ALFAGUARA

Ilaria Tuti

La porteadora



Narrativa Internacional

Traducción de Xavier González Rovira

Ilaria Tuti

La porteadora

Traducción de Xavier González Rovira

ALFAGUARA

Dedicatoria

A papá.
Ahora entiendo por qué estabas tan orgulloso de ser un alpino.

A Maria Gabriella Tuti,
ejemplo luminoso de fuerza y amor.

Cita

«*Anin, senò chei biadaz ai murin encje di fan*».
Vamos, que si no esos pobrecitos se morirán de hambre también.

MARIA PLOZNER MENTIL
(1884 - 15 de febrero de 1916)

Prefacio

Mayo de 1976

Hundió las arrugas de sus manos en las de la tierra, en un gesto que encerraba la ternura del regreso a los orígenes y la búsqueda de las raíces en el fondo húmedo, para anudarlas a sus dedos y atraer hacia ella cuanto había quedado, en una parte del mundo que se había abierto paso desde el valle hasta las cumbres.

La Carnia había temblado, el Friuli se había desgarrado y sangraba en el silencio del polvo. El Orcolat*, así lo habían rebautizado los hijos de la tierra devastada en escombros: se había despertado el ogro que, según la leyenda, vivía en aquellos recovecos, sacudiéndose de encima a la humanidad. El terremoto había imprimido en los sismógrafos un trazado que repetían las noticias en televisión. Si se tomara y se tensara entre imaginarios dedos, esa línea de cúspides afiladas habría dibujado el informe de un corazón conmovido. Una pequeña tensión más y habría recordado el perfil de las montañas.*

La mujer levantó la vista hacia las cimas y fue como volver a encontrar una costumbre nunca erradicada, sentirse redibujar entre surcos remotos, durante largo tiempo abandonados.

No había vuelto a ver su tierra desde hacía décadas. Había cruzado océanos para volver al lugar donde todo comenzó, ahora que todo parecía haber sido borrado. Sin embargo, sus ojos aún eran capaces de seguir los antiguos senderos hacia los campos de forraje que trepaban claros hasta las escasas praderas de altura. El pal *estaba allá arriba, más allá de los bosques, con su corona de*

rocas y de trincheras. Ya nunca más un miserable pastizal, sino un santuario bendito.

Los cascotes se escurrieron entre sus dedos junto con la tierra.

Reconoció la llamada del valle en el viento.

Y el recuerdo de lo que había sido volvió a correr por su sangre.

1

Junio de 1915, la Guerra

De niña vi una manada de lobos en estas montañas.

Mi padre los señaló entre las ramas cargadas de nieve, más allá del montículo que nos protegía. Eran una hilera en peregrinación al otro lado del arroyo.

Me convencí de que podía aferrar su olor en el viento. Aún lo recuerdo: el pelaje húmedo y la vida errante, una cálida acidez, sangre salvaje.

La escopeta se quedó sobre el hombro de mi padre.

—Los lobos no se comen —me dijo en un susurro que llevaba las huellas de su voz atronadora. Tenía un pecho ancho, que yo adoraba sentir sacudirse bajo mi mejilla con cada explosión de risas.

Con esas palabras me lo explicó todo, me armó con una ley de vida y una conciencia que nunca he perdido. Él siempre supo cuál era el lugar del hombre en este mundo.

Las bestias que arañaban el hielo con sus garras desgastadas no se parecían a las de los cuentos. Eran delgadas y encorvadas. Eran ojos dorados en hocicos afilados por el hambre, como los nuestros. Aquel invierno, el hielo andaba golpeando a todas las criaturas del Señor.

El lobo que iba al frente de sus compañeros cojeaba, la hembra que lo seguía rozaba el suelo con sus mamas exhaustas. Los dos ejemplares más jóvenes eran poco más que cachorros, su forma de andar delataba su inquietud: sabían que no serían capaces de valerse por sí mismos. El pelaje indicaba privación y fatiga: grandes manchas revelaban las curvas de las costillas bajo la piel.

Mi miedo se convirtió en piedad. Era una manada moribunda.

Nunca más he vuelto a ver lobos en esta tierra. Incluso hoy en día, ya de adulta, me pregunto cuál sería su final. Sin embargo, ahora me parece que los tengo otra vez delante de mis ojos. Solo que ahora sus rasgos son humanos, habitan en esta iglesia mientras el sacerdote asperja con incienso el aire rancio. Casi todos los bancos están vacíos. Las cabezas gachas pertenecen a mujeres y a algunos niños. Los enfermos se han quedado en sus casas. En Timau ya no hay hombres sanos. Ha estallado la guerra.

El portal sufre una sacudida que hace que nos giremos, igual que animales alerta. Entra un oficial, a paso rápido, sus botas golpean el suelo sagrado. Se acerca al sacerdote sin darle tiempo a bajarse del púlpito. La guerra es profanadora, y ese hijo suyo no lo es menos. Vemos cómo su boca de labios finos articula palabras que solo ellos dos pueden oír.

El padre Nereo parece turbado cuando luego se dirige a nosotros.

—Los batallones desplegados en la zona de Carnia tienen problemas —anuncia—. El Mando Logístico y el de Ingenieros solicitan nuestra ayuda. Se necesitan brazos para asegurar las conexiones con los almacenes del fondo del valle.

Los generales y los estrategas del Mando Supremo se han dado cuenta por fin de lo que los campesinos y los leñadores saben desde siempre: no hay caminos transitables que lleven a las faldas de las montañas, ni muleros para transportar hasta allí arriba víveres y municiones. Las líneas defensivas están aisladas en las cumbres, miles de jóvenes están ya agotados, y esto es solo el principio. Soñé con ellos, la pasada noche, hundidos en sangre. Fluían valle abajo como flores pálidas llevadas por una corriente púrpura.

La voz del sacerdote ha temblado al invocar nuestra ayuda, y yo sé por qué. Se siente avergonzado. Sabe lo que nos está pidiendo. Sabe lo que significa subir esas despiadadas pendientes, durante horas, y hacerlo con granadas que truenan como la ira de Dios sobre nuestras cabezas.

A su lado, el oficial permanece frente a nosotros sin que su mirada se tope en ningún momento con nuestros rostros. Debería hacerlo.

Se daría cuenta de lo que tiene delante. Lobos cansados, cachorros hambrientos.

Se daría cuenta de que somos una manada moribunda.

2

Nos hemos reunido con la oscuridad, cuando los animales, los campos y los ancianos postrados en cama ya no tenían necesidades que satisfacer. Siempre he pensado que estamos acostumbradas a que nos definan según las necesidades de otras personas. Incluso ahora, hemos salido del olvido solo porque necesitan nuestras piernas, nuestros brazos, nuestras espaldas robustecidas por el trabajo.

En el silencioso pajar, somos ojos que persiguen otros ojos, en un círculo de mujeres de todas las edades. Una tiene a su hijo pegado al pecho. Otra es poco más que una niña, si es que aún se puede serlo en estos tiempos, si es que en esta áspera tierra que nunca da nada a cambio de nada alguna vez fue posible serlo. Me miro las manos: no son las de las damas sobre las que leo en los libros de mi padre. Uñas agrietadas, astillas que han formado callos y una red de heridas coaguladas unas sobre otras. En algunas, la tierra ha penetrado tan profundamente que se ha convertido en carne. La sangre que gota a gota ha manado de mí sobre los surcos de los campos me ha hecho más que nunca hija de este valle.

Mis compañeras no son una excepción, tienen cuerpos forjados por el esfuerzo con el que convivimos cada día. Nacidas con una deuda de trabajo a la espalda, decía mi madre, una deuda que tiene la forma del cuévano que utilizamos para mecer a nuestros hijos, así como para transportar heno y patatas.

El resplandor de la lámpara de aceite nos transforma en líneas parpadeantes entre la sombra y la luz, entre lo que es deseo y lo que es obligación. No estamos acostumbradas a preguntarnos qué

es lo que realmente queremos, pero esta noche, por primera vez, tendremos que hacerlo.

—Nos acaban de dar permiso para volver a nuestras casas, ¿y ahora tenemos que salir de ellas para poner en peligro nuestras vidas?

Viola da voz a los pensamientos de todas nosotras. Ella y yo nacimos la misma noche de Navidad de 1895 y nos sentimos como hermanas, pero su lengua siempre ha sido más suelta y rápida que la mía.

—Se han dado cuenta de que vivir en el último pueblo antes de la frontera y hablar un dialecto alemán no significa estar del lado de los invasores. Nunca es demasiado tarde —murmura Caterina. Es la mayor de todas nosotras y, en apariencia, la más tranquila. Parece que no puede ser derrotada, como la piedra más resistente, y como una piedra ha permanecido inmóvil desde que ha venido a reunirse con nosotras, encorvada en la oscura vestimenta de la viudez, con su pelo mullido y con estrías blancas recogido en un moño bajo. En realidad, bajo su chal, sus dedos nudosos como madera de río nunca han dejado de tejer.

—¡Siguen sospechando de nosotras, por supuesto! —replica Viola —. Si no, ¿por qué envían a nuestros hombres al Carso, en vez de a las montañas que conocen?

—No tienes marido, Viola, y ni siquiera tienes novio. —La hace callar Caterina, sin levantar en ningún momento la vista de la media que toma forma entre sus rodillas—. Quizá por eso estás enfadada. ¿Dónde vas a encontrar ahora a alguien dispuesto a quedarse contigo?

Las más jóvenes se ríen, las otras mujeres se permiten una sonrisa fugaz, como si fuera indecente olvidar la muerte, aunque sea por un instante. Tal vez lo sea, o tal vez, por el contrario, sea algo necesario.

Viola se retrae, pinchada por un aguijón que pretendía ser benévolo.

—Alguien ha quedado —dice, en un tono tan tranquilo que parece querer animarse a sí misma. Sus ojos se escapan de las riendas de la voluntad y me buscan. Sé en quién está pensando, y lo saben

también las demás: las atenciones que me prodiga Francesco Maier la afligen desde hace meses. El hijo del boticario está acostumbrado a coger sin pedir y no atiende a razones. No correspondo a su interés, pero Dios no quiera que Viola se aleje de mí.

Lucia, que ha permanecido en silencio hasta este momento, acude en nuestra ayuda con el instinto maternal que la caracteriza desde que era una chiquilla y cuidaba de nosotras, unos años más pequeñas.

—Tal vez allí arriba, entre los picos, encontraréis un guapo alpino —dice.

Rompemos a reír y por fin me parece que puedo respirar, pero el silencio vuelve pronto a nuestras bocas. Creo poder saborearlo, tiene una consistencia viscosa y el sabor salado de la duda: cuanto más comes, más sientes la necesidad, y al final tienes los labios secos, la garganta abrasada.

En esta noche de desasosiego, aparecemos de la oscuridad como si fuéramos expertas, pero en modo alguno lo somos. Tenemos grandes ojos húmedos, vientres cóncavos y espaldas vigorosas envueltas en los negros chales de la tradición. Las enaguas de las tareas diarias, con los bordes amarronados por la tierra, aún conservan el olor de la leche ordeñada antes del anochecer.

Conozco desde siempre a cada una de ellas, pero es la primera vez que las veo asustadas. En las montañas alrededor de Timau los cañones disparan. Es el diablo que carraspea, dijo un día Maria, pasando el rosario del que nunca se separa.

Me pregunto cómo es posible decidir nuestro destino así, entre esta paja enmohecida que no será reemplazada por otra fragante durante el verano, porque ninguna de nosotras subirá a las crestas para segarla.

Lucia abraza a su hijo dormido con esos brazos suyos tan fuertes que podrían rodear el mundo entero. A pesar de su corta edad, con su tranquila fuerza siempre ha sido un punto de referencia para nosotras, ahora más que nunca. Me fijo en sus ojeras y a punto estoy de preguntarle si hoy ha comido algo más que una patata. Recibe ochenta céntimos al mes por su marido soldado en el Carso y treinta por cada uno de sus cuatro hijos. No es suficiente.

—Yo voy. Agata, ¿tú qué quieres hacer? —Lucia se me anticipa, de repente.

Por un momento no encuentro las palabras. Es tan difícil elegirlas, amasadas como están con la incertidumbre y el miedo, amalgamadas en un pacto de obediencia y de cuidado que nunca nadie ha exigido verbalmente, pero que habita en la sangre de madre a hija.

¿Que qué *quiero* hacer? Nunca nadie me lo ha preguntado.

Miro a estas mujeres, mis amigas.

Viola, la exuberancia y el entusiasmo.

Caterina, la sabiduría tranquila y a veces áspera de la madurez.

Maria, un poco apartada, con el rosario entre los dedos y siempre una oración en los labios.

Sé que mi respuesta traerá, como en una cadena, también las suyas, y esta certeza me asusta: soy un ave cuyo reclamo tal vez cantará para apresarlas en una empresa suicida.

Pero entonces Lucia me sonríe, con una de esas sonrisas que llevan el alma a la docilidad.

Conocemos estas montañas mejor que nadie, me está diciendo en su silencio, las hemos subido y bajado muchas veces. Sabemos cómo protegernos, si es necesario.

Por otra parte, soy consciente: si no respondemos las mujeres a este grito de auxilio, no lo va a hacer nadie más. No queda nadie más.

—Yo iré contigo —oigo salir de mis labios.

Lucia asiente, un gesto tan breve como solemne, antes de depositar un beso en la frente de su pequeño.

—Vamos —susurra—, que si no esos pobrecitos se morirán de hambre también.

3

Todavía no ha amanecido cuando ordeño la cabra: un tazón de leche, no le saco más. El chivo no se ha separado nunca de ella, su hocico negro y húmedo me olfatea sin tregua. Mientras me alejo, él se apropia otra vez de una mama, asegurándose de que todo está en su sitio. Me reconozco en él: yo también sé que la felicidad, en ocasiones, consiste solo en constatar que nada ha cambiado.

Me gustaría poder decir lo mismo de mi vida. El establo no acoge otro ganado desde el invierno pasado, su vacío es la obscenidad de la miseria. Pero la cabra está ahí, me digo, y ha parido. La felicidad, al fin y al cabo, es también una obstinada disciplina mental.

Cierro el establo, mientras el frescor casi punzante de la noche alpina me pincha la piel bajo el cuello del vestido, sacudiéndome con escalofríos. Las calles del pueblo están desiertas. Las farolas brillan en el azul violáceo del tiempo suspendido entre la oscuridad y el día. La nueva línea eléctrica se detiene justo antes de nuestra casa. Entre la bruma que arropa el abrazo de los bosques, la cresta del Gamspitz se recorta justo por encima de Timau. En las últimas semanas, la capa de nieve que sobrevivió en las zonas de sombra perenne ha disminuido hasta desaparecer.

Una luz aparece en la colina, en la linde con el Bosque Prohibido. Es el *stali* de Caterina la viuda. Mi fantasía puede dibujar en las evanescencias su ordenado comedor, y a ella somnolienta, colocando su pedernal, su larga melena cenicienta sobre los hombros, que ninguna de nosotras ha visto nunca suelta. Unos instantes después, otra ventana se ilumina unos tejados más adelante. Viola también ha encendido su lámpara.

En el resplandor de esta agitada noche, las mujeres se despiertan como estrellas de la mañana. La línea de luces desciende desde Timau hacia Cleulis y Paluzza. Muchas de nosotras hemos respondido a la llamada.

Respiro profundamente mi tierra. Sobre el valle del Bût flota un silencio irreal. La guerra parece tan dormida como el bosque, pero, cuando levanto la vista hacia el perfil de la frontera, el norte brilla enrojecido. Las cimas del Pal Grande, del Pal Piccolo y del Freikofel arden como braseros. Los cerros son el templo en el que habita un gigante hambriento de hombres. Es allí donde, desarmadas, tenemos que ir.

La casa me acoge con su calor, el olor chamuscado del caldero ennegrecido en el que hierve el agua, la dulzura de la melisa colgada para secarse en pequeños manojos entre las vigas, por encima de los trapos de cocina en los que reposan los capullos y las hojas de las flores de árnica e hipérico, menta silvestre y tila. Los tablones del suelo crujen bajo los *scarpetz*, el único ruido que me acompaña. Las actividades preparatorias del nuevo día son un daguerrotipo descolorido de cuando aquí vivía una familia. En un rincón junto a la chimenea, el telar lleva meses esperando mis dedos. Solo Dios sabe lo mucho que necesito enaguas y camisas nuevas.

Entre mis manos, el tazón lleno de leche esparce una promesa de mantequilla y de queso graso que quedará sin realizar. Con un hombro empujo la puerta de la habitación que hay detrás de la estufa. Está orientada hacia el este, para recibir el sol de la mañana, pero ahora solo una lámpara de aceite ilumina la cama y al anciano que yace entre las mantas como un oso agotado por demasiados inviernos. El catre de lana tiene los colores del follaje bronceado y lleva los rastros olorosos del aceite de hipérico con el que cuido los miembros inmóviles de mi padre. El letargo no ha desaparecido con la primavera. Durará para siempre.

—Papá —lo llamo—. Amanece.

Deposito el tazón en la cómoda y ocupo mi lugar en la silla junto a él. Aprieto sus manos entre las mías: están apoyadas sobre las

sábanas, como cuando le deseé las buenas noches.

—Están frías —le digo, y se las froto dulcemente. Eran fuertes, ahora parecen de cartón piedra. De niña, se las miraba durante horas, mientras trabajaba con la navaja las jóvenes ramas de avellano, en las largas tardes de tormenta o de temporal. Descortezaban, tallaban, repelaban hasta obtener finas tiras de médula con las que tejer cestos ligeros y duraderos. A veces pienso que yo también soy un cuévano: descortezada por la vida hasta que solo ha quedado lo necesario, tallada por las pérdidas, repelada por la necesidad.

Entre los párpados entrecerrados, los ojos de mi padre miran velados un punto por encima de mis hombros. Sus libros. Cubren toda la pared. Siempre fueron su tesoro más preciado, los colocó meticulosamente según el color: desde el azul marino hasta el lapislázuli, una ola de verdes brillantes que descienden hasta el amarillo, el dorado y el marrón, se incendian en el rojo cardenal y el morado más brillante. No encontró otra forma de ordenarlos: es analfabeto. Esos libros pertenecían a mi madre.

Y ella está allí, entre ellos, en el último recuerdo que dejó y que permanece desde hace tiempo guardado en una caja de terciopelo púrpura, incrustada entre los lomos de las novelas que más le gustaban. Ni mi padre ni yo hemos tenido el valor de abrirla desde que ella murió.

Me pregunto si él, prisionero de una boca sin voz y de un cuerpo que es un ataúd, aún sigue conmigo. Nunca lo sabré, pero, en cualquier caso, mis labios no serán avaros con las palabras de afecto y para él solo guardaré tiernas caricias.

Acerco el tazón y con paciencia lo alimento. El movimiento de su garganta es poco más que un reflejo involuntario. Más tarde lo lavaré como lo haría con un niño. Se me ocurre un pensamiento: en el invierno de la vida, sagrada es la presencia que se ocupa de la dignidad humana.

Miro cómo se va aclarando el azul por la rendija entre las persianas. Es hora de partir. Es hora de enfrentarse a la montaña y ascender.

—Papá, tengo miedo.

La confesión se disuelve en el silencio, como los círculos en el agua.

Cuando las primeras luces del día atraviesan las murallas naturales y bañan de oro las aguas del Bût, llegamos a Paluzza, con los cuévanos tan vacíos como las barrigas, y casi sin aliento. Lucia ha guiado una fila extrañamente silenciosa. Ninguna de nosotras tiene muchas ganas de hablar, ni siquiera Viola. Encontramos el pueblo bullicioso como en un día de mercado, lo atravesamos entre el polvo que levantan las botas con pasos apresurados y hombres uniformados que lanzan secas llamadas. Los carros militares desfilan por la calle de entrada, cargados de armas y municiones. Se encaminan al almacén del campamento, como nosotras. Dos alpinos se cruzan en la carretera tirando de seis mulas recalcitrantes que, a falta de caminos de herradura, son tan útiles como un buey de tiro cojo. Caterina parece leerme el pensamiento.

—Hoy somos nosotras las mulas —me dice al oído.

Viola busca mi mano y me la aprieta.

—¿Los has visto? Los alpinos… Parecen caballeros. Se visten como príncipes, y esos sombreros…

Los he visto. Son chicos de nuestra misma edad, veinteañeros, o tal vez incluso más jóvenes, sus rostros sombríos van cubiertos por sombreros de fieltro con la pluma de águila y la borla del batallón, y algunos de ellos llevan una capa del color del bosque sobre los hombros, aunque el sol está empezando a calentar el suelo. Creo que deben de ser patrullas nocturnas que acaban de regresar de su turno de guardia, pasado en el frío húmedo del bosque y de los barrancos. No son los príncipes de los cuentos, acompañan a las mulas por las riendas y no a blancos corceles, pero su aspecto es muy distinto al de los hombres a los que estamos acostumbradas.

El barullo me desorienta. Nunca ha resonado tanto ruido entre estos grandes valles. Rostros desconocidos deambulan como si fueran los dueños donde antes había hermanos y hermanas, padres y madres. Órdenes que restallan y manos que empujan impacientes han sustituido las lentas transformaciones de la naturaleza. El

mundo que conocía ha cambiado hasta el punto de hacerme sentir extranjera. Su olor a metal y a miedo forma un nudo en mi estómago.

—Ánimo, no os paréis —nos alienta Lucia, y cruzamos la plaza con rapidez. Al fondo, veo batas blancas y cruces rojas que se mezclan con los uniformes gris verdoso: el hospital de campaña está en esa dirección.

Delante del depósito militar, otras mujeres del lugar nos reconocen y levantan el brazo para invitarnos a reunirnos con ellas. Somos en total una veintena, y hay más que están por venir, nos dicen.

Es Lucia quien asume en nombre de todas la misión de hablar con los oficiales, una tarea que ninguna querría para sí misma. La veo pedir información a un soldado y señalarnos. Poco después, ambos se reúnen con nosotras. La expresión del alpino desprende consternación cuando pasa revista a nuestro aspecto: el pañuelo anudado en la nuca, las camisas arremangadas, las capas de enaguas, los ovillos de lana que sobresalen de los bolsillos de nuestros delantales. Y luego, nuestro calzado, los *scarpetz* de la tradición, hechos de ligerísima pana negra bordada.

Estamos a punto de ascender por un frente vertical donde se está llevando a cabo un rito de sangre, como durante la matanza del cerdo antes del invierno, y lo hacemos como nos han enseñado estas montañas.

El soldado se presenta como cabo y anuncia que antes de nuestra partida hay que resolver una serie de cuestiones. Frente a la mesa de una taberna arrastrada hasta el centro de la explanada, cada una de nosotras recibe una franja de tela roja con un número estampado: es el brazalete de identificación que hemos de llevar, indica la sección a la que hemos sido asignadas. En una mano nos ponen el bono de recogida y en la otra una pequeña cartilla.

—Ahí se anotarán las entregas que realicéis. Os pagarán una lira y media por viaje.

Nos miramos asombradas ante esa inesperada generosidad, pero no hay tiempo para alegrarse.

El cabo nos examina una por una.

—¿Cuál es vuestro título de estudios? —pregunta.

—Me saqué el certificado de estudios a los once años, señor —responde Lucia.

—Yo no he estudiado —admite Caterina—, pero sé llevar las cuentas y también sé escribir mi nombre.

—Llevar las cuentas… —murmura el alpino, levantándose—. Mujeres, ¿habéis entendido bien adónde iréis? —Ante nuestro silencio, su tono se vuelve más apremiante—. ¿Habéis entendido lo que es la guerra y los riesgos que conlleva?

Lucia no se deja amedrentar. Al menos ella, pienso.

—Cabo, puede que seamos unas ignorantes, pero nuestros oídos oyen bien. Lo hemos entendido.

Sin más preámbulos, nos conducen hasta el almacén militar, donde nos invitan a que coloquemos nuestros cuévanos en el suelo. Ninguna de nosotras se mueve.

—Habéis dicho que vuestro oído es perfecto. Dejad los cestos, hay que llenarlos —nos insta el cabo.

Lucia da un paso adelante.

—Los cuévanos se cargan a hombros —explica, con amabilidad—. O se cuelgan. De lo contrario, es imposible levantarlos una vez que están llenos. Y vosotros queréis llenarlos todo lo posible, ¿verdad?

El soldado aprieta los labios, pero asiente. Nos hace poner en fila, cada una al lado de la otra. Soldados a los que no logramos mirar a la cara comienzan a colocar los suministros en los cuévanos, mientras otros los marcan en los bonos de recogida. No se dicen palabras de consuelo, ni se pregunta quiénes somos. Por primera vez en la historia de nuestro pueblo, los cuévanos que durante siglos hemos utilizado para llevar a nuestros niños, los ajuares de novia, la comida que nos da sustento, la leña que calienta los cuerpos y los corazones se llenan de instrumentos de muerte: granadas, municiones, armas.

El peso aumenta, pero nosotras no nos quejamos.

El peso aumenta, pero nadie nos pregunta si es demasiado.

Cuando terminan, sujetan en mi cuévano y en el de Lucia dos banderines rojos.

—¿Para qué sirven? —pregunta Viola.

El cabo que ha seguido en silencio la operación de carga pierde por un instante la compostura. Lo veo titubear y toda su cara se sonroja de incomodidad. Un apuro que ni mis compañeras ni yo le evitamos, pues seguimos mirándolo fijamente a la espera de una respuesta. Finalmente llega, y es un latigazo.

—Indican una carga de explosivos —nos explica, apresuradamente —. Ustedes dos llevan balistita y pólvora.

Había pensado que era antipático por naturaleza y por su rango. Me equivoqué: la verdad es que siente preocupación por lo que se ve obligado a hacer. Ahora sabemos que con nosotras podrían dar mecha a los cañones de todos los frentes.

Miro a Viola y nos entendemos.

—Dame tu cuévano —dice ella, dirigiéndose a Lucia—. Eres mamá.

Lucia duda, pero Caterina y yo ya le estamos bajando las correas de sus hombros y poco después, no sin esfuerzo, el intercambio se concluye.

Intentamos dar unos pasos, encorvadas. Balanceamos el peso sobre la espalda, encontramos el equilibrio. Será lo mismo durante horas y horas.

Nos ayudamos mutuamente a ponernos el brazalete. Tiemblan las manos y la voluntad. No puedo abrochar la banda alrededor del brazo de Viola. Lo hace Lucia, me aprieta por unos instantes los dedos, como para infundirme valor.

—Estamos preparadas —anuncia, mirándome serena. No soy capaz de comprender si me lo dice a mí o al soldado que espera.

Nos ponemos en marcha con el silbato del cabo, pero al primer paso Maria nos detiene.

—¡Esperad! —Lleva el rosario en una mano y con la otra sujeta el cuévano de Lucia.

Entendemos su propósito. Haciendo caso omiso de las llamadas para proseguir, nos reagrupamos. Ojos en los ojos, respiraciones profundas, tan solo nos persignamos. No hay tiempo para rezar.

4

Nos han asignado al subsector del Alto Bût, operaremos justo hasta la línea del frente. En grupos, cubriremos las trincheras desde la cima del monte Coglians hasta el paso del monte Croce, continuando desde el Pal Piccolo hasta el Pal Grande, desde el Freikofel hasta el Gamspitz, nuestro hogar. Dieciséis kilómetros de cumbres, han dicho. Sé calcular el camino necesario para recorrerlos todos —miles de veces mis brazos multiplicados por dos veces y media mi paso—, pero no me veo capaz de desplegarlos en mi mente para darles un valor en términos de esfuerzo. No será la amplitud de este escenario de guerra lo que nos parta el lomo, sino su distancia del cielo. He aprendido de los soldados a llamar por su nombre al enemigo de temperamento más vigoroso: desnivel. Hasta mil doscientos metros de ascenso nervioso asomado a los barrancos. Medio día de agotamiento, y lo mismo para el descenso.

La línea defensiva está constituida por los batallones Tolmezzo y Val Tagliamento de los alpinos, los únicos con reclutamiento local. Nuestra esperanza es encontrar alguna cara conocida allí arriba, entre los doce mil soldados atrincherados en las barricadas.

Cruzamos el fondo del valle con la gloriosa luz del día. La mañana ha estallado con cantos de gorriones y reclamos de francolines entre el follaje. A los agudos del macho siguen los gorgoritos invitantes de las hembras. La hierba de la maleza del claro se agita con el vuelo zumbante de multitudes de insectos, puntos luminosos que rozan las corolas color amarillo encendido de los botones dorados y el azul violáceo de las prunelas y las gencianas. Las ásperas espigas de la grama se pegan a nuestras faldas, dejándose transportar lejos. La naturaleza palpita de vida, sigue germinando y fecundando vientres,

mientras el hombre sucumbe ante su hermano. El hoy parece no ser consciente de sí mismo.

A medida que el terreno empieza a empinarse, la fila de treinta mujeres se divide entre los saludos y las bendiciones. Proseguiremos en grupos pequeños, atacando las cumbres como los radios de una rueda, cada uno dirigido a la unidad que le ha tocado. Lucia, Caterina, Maria, Viola y yo estamos destinadas al Pal Piccolo. Con los rostros levantados, nos concedemos unos instantes para contemplar el gigante de piedra que estamos obligadas a domar.

Caterina parece leerme el pensamiento.

—Solo está inmóvil en apariencia —murmura—. Puede desmontarnos de su grupa cuando quiera.

No hay piedra que no pueda rodar, siempre lo repiten los viejos. Pon un pie delante del otro. No levantes el segundo si el agarre del primero no es firme. Todo se mueve. Todo puede precipitarse y arrastrarte hacia abajo.

—Las correas de los hombros son una tortura. Me hacen daño —se queja Viola.

—A mí también, mucho —suspiro.

Las correas de cuero se están metiendo en la carne, y sé que esto es solo el principio. La carga parece querer atornillarnos en el suelo, cuando por el contrario los pies tendrían que volar para alcanzar la cima.

Gritos lejanos anticipan una llegada inesperada. Vemos una silueta oscura y con dos cabezas que avanza temblorosa por los prados. Los dos hombres en bicicleta gritan palabras que el viento nos trae en sílabas desmenuzadas, el más fornido de pie, detrás de su compañero, quien se aferra al manillar como al timón de un barco a merced del temporal.

—Es el padre Nereo. —Lo reconoce Maria—. Y con él está Francesco Maier. —De manera instintiva, ante este último nombre me retraigo.

Los dos hombres nos alcanzan traqueteando y resoplando. El cura se mantiene en equilibrio sobre el portaequipajes, con un gran saco de yute al hombro; Francesco está inclinado sobre el manillar, con la cara roja. Abre bien los muslos e intenta una atrevida frenada a lo

largo de un montículo, clavando de golpe los talones. El suelo, empapado de rocío, absorbe sus pies y, por un momento, el vehículo parece estar a punto de levantarse por detrás y lanzarlos por los aires, pero el tamaño del sacerdote mitiga el impulso. La bicicleta se detiene con un estremecimiento y el ring extemporáneo del timbre.

Lucia y Maria tienden sus manos hacia el sacerdote para ayudarlo a bajar, pero él no las coge a tiempo, tropieza con la sotana y se cae al suelo, dejando al descubierto sus piernas desnudas. Me gustaría apartar la mirada por respeto, pero el padre Nereo se baja rápidamente la tela y yo no soy nada candorosa debido a los cuidados que le brindo a mi padre. Mi sentido del pudor desapareció cuando mi padre enfermó, por eso ahora mis ojos no han huido. Mientras las demás lo ayudan a ponerse en pie, yo me doblo sobre mis rodillas, con la espalda recta y firme como una tabla, procurando no desequilibrar el peso del cuévano. Recojo las cartas que se han caído del saco del padre Nereo y no puedo dejar de notar que la escritura de los sobres es casi siempre elegante. Manos de mujeres han trazado nombres masculinos precedidos por los rangos militares, o seguidos por los nombres de las unidades.

Madres, esposas, novias, hermanas, hijas.

Otras manos se unen a las mías y fingen rozarlas por casualidad. Levanto la vista hacia el hermoso rostro moreno de Francesco. Me escruta con una mirada de ascuas, apenas mitigada por una amable sonrisa a la que no soy capaz de corresponder. Mi pensamiento vuela hacia Viola. No necesito confirmación para saber que nos está observando.

—¿Cuándo podemos hablar? —me pregunta Francesco en voz baja.

Retiro la mano, el corazón me palpita en la garganta. Fijo mis ojos en la noble curva de su muñeca, delineada por un algodón pulcro y almidonado. Conozco a Francesco desde que nací. Para mí, siempre ha sido «el hijo del boticario» y yo, para él, «la hija de Maddalena, la maestra». Pero esa maestra, en sus últimos meses de vida, tuvo que replantearse su forma de estar en el mundo, de resultar útil a su familia. Reconozco en las costuras de la camisa de Francesco el paso

pulcro y minucioso de los dedos de mi madre, o tal vez solo estoy buscándola en los detalles más pequeños ahora que ella no está.

—Ya lo estamos haciendo —respondo.

—Sí, bueno… Me refería a ti y a mí. Solos.

Me levanto con toda la rapidez que me permite el peso en vilo sobre los hombros, y por un momento me balanceo entre el equilibrio y la caída. Caterina me aferra por un codo y me sostiene, y yo aprovecho la circunstancia para interponer dos pasos entre él y yo.

—Llevaremos nosotras el correo al frente, padre Nereo —le está diciendo Lucia mientras tanto—. Unos kilos de más no supondrán ninguna diferencia —miente.

El sacerdote asiente, se nota que nos abrazaría a todas. En cambio, nos bendice y reza una breve oración. Una mano baja luego a palparse la pierna izquierda, la que le he mirado hace un momento. La pierna que la polio le dejó más corta. Si hubiera podido, el padre Nereo se habría ofrecido a estar al frente de nuestra empresa. Arriba, hasta la cumbre.

Cogemos el saco y nos dividimos el peso. A Viola y a mí nos basta con una mirada para entendernos: nosotras no llevaremos las cartas. Si por alguna razón estallamos con nuestra carga, al menos esas palabras de consuelo y de amor llegarán a su destino.

Nos despedimos, justo a tiempo para ver cómo los labios de Francesco componen en silencio una sola palabra.

—Quédate.

¿Quédate por qué? ¿Porque mi presencia es un capricho suyo o porque ir es peligroso?

¿Quédate para quién? ¿Para protegerme a mí misma o para entregarme a él?

Proseguimos nuestro camino y yo respiro aliviada. Sé con seguridad que estoy a punto de adentrarme en un territorio que Francesco no contempla ni en sueños. La montaña, con su dureza, con el sudor que exige para permitir el paso, es una frontera que él nunca ha cruzado. El prestigio de la familia a la que pertenece, la riqueza que desde hace generaciones le asegura sábanas suaves sobre las que dormir, lo preservan de las pruebas más duras. No me

giro a mirarlo. Sigo el paso de las demás por los senderos transitados desde tiempos inmemoriales para el forraje de verano, caminos donde apenas caben nuestros diminutos pies y que solo un ojo entrenado sabe distinguir de los marcados por el paso de los animales. Poco después, el bosque me ofrece un refugio para la mirada de este hombre que casi parece ser mi pretendiente, pero sigo sintiéndola sobre mí lo mismo que un olor.

Reconozco lo que me molesta de Francesco: ser ajeno al esfuerzo, a esta lucha por la supervivencia, una lengua que él nunca ha tenido que aprender. Yo tengo manos más hábiles que las suyas y una espalda más fuerte. Y una piel dura, y unos dientes que podrían devorar el mundo, hasta ese punto es el vacío que habitualmente mastican. Incluso en estos tiempos, en que las ancianas, las madres y las jovencitas se rompen el alma y el cuerpo para llevar alivio al frente, su condición de nacimiento lo exime del sacrificio, y esta marca de diferencia yo no puedo tolerarla. Somos especies diferentes. Si él hubiera insistido en ayudarme y yo le hubiese cedido este cuévano, sé que se habría derrumbado bajo su peso. El perro domesticado por una mano benévola nunca tendrá la feroz resistencia del lobo.

Lucia y Caterina sacan cada una cuatro agujas de tejer de los bolsillos de sus delantales, para confeccionar guantes, calcetines y gorros de invierno. Se ponen a tejer sin añadir ni una palabra, su espíritu está tan moldeado por el trabajo que no se permiten el ocio, ni siquiera durante la subida. Por delante de mí, Viola parece abatida de repente. Puedo oír su orgullo crepitando como una llama que trepa por la paja seca de su ilusión. Si se la alimenta, desencadenará un incendio. En la primera curva del camino, la adelanto.

—Viola, yo no siento nada por Francesco —susurro entre jadeos.

Estoy segura de que me ha oído. Todos sus sentidos estaban a la espera de esta confirmación, también su corazón.

Mi sombra es un dobladillo en movimiento alrededor de mis pies mientras dejamos el mundo conocido de los claros y de los bosques. Después de horas de dura caminata, levanto la cabeza y veo la

cumbre, aún lejana. Como en un maleficio que quiere agotarnos, cada paso que damos parece alejarnos otro tanto de ella. Debe de ser el dolor del cuerpo el que erige del pedregal este espejismo invertido, porque la prueba de que avanzamos está a nuestro alrededor: hace un buen rato que hemos entrado en un lugar silencioso y sideral. El silencio solo es crispado por el viento, que al penetrar por entre los canales canta con voz de barítono, y por el sonido de un desprendimiento lejano. Ya no hay bosque, ya no hay reclamos ni fugas furtivas de animales entre la maleza. Solo algunas briznas de hierba que se obstinan en vivir donde la naturaleza no lo considera necesario.

He tenido tiempo, casi, de contar la roca en las esquirlas en que la eternidad la ha quebrado, y he intentado desde luego definir todos los infinitos matices que la luz, la sombra y Dios utilizan para teñirla. No hay dos grises idénticos, e incluso el blanco calcáreo tiene sus variaciones particulares. En un lienzo mineral que muchos imaginan monótono, redescubro caprichos inesperados de aciano, azur y bronce. El frío azul de la camelia y el diáfano celeste de la achicoria silvestre se mezclan con las frías luminiscencias de la plata, cuando un rayo de sol incide en las piedras partidas por los desprendimientos. Rodeamos rocas diez veces más grandes que nosotras. Los nervios que recorren el granito me hacen pensar en las venas bajo la piel de un gigante, en los ídolos monolíticos sobre los que leí en los libros de mi madre, cabezas gigantescas de reyes y guerreros guardianes de una isla en la que ya no quedan árboles.

Es un reino inclinado que posee un olor propio, el del corazón desnudo de la tierra y el agua antigua que mana en gotas que nunca reflejarán el brillo del día en las cavidades más remotas. Así es como desde que era niña he imaginado el aroma de la luna.

El aire es más fresco, pero el sudor sigue corriendo a chorros por mi cuello y me pica al encontrarse con las ronchas que las correas han cavado en la carne. A veces intento meter por debajo los dedos, levantar el cuero de la llaga, pero el peso es tal que ni siquiera un hilo de seda pasaría por allí. Arde la piel, arden los miembros, sometidos a un esfuerzo inhumano.

Lucia se gira un poco, es solo un perfil cuando habla.

—¿Queréis parar? —pregunta—. Lo justo para dar un bocado.

—Un bocado llamaría a otro —respondo, pero yo también miro a mi espalda y pregunto a las demás.

—¿Una parada?

—Tengo miedo de no poder seguir luego si me paro —dice Viola.

Caterina y Maria asienten.

—Continuamos.

Un sorbo de agua se ha convertido en una obsesión. El cansancio solo ha dejado espacio para el pensamiento obstinado de la llegada.

Truena. Instintivamente miramos al cielo despejado. Es un desierto azul, de lado a lado. Al este me parece ver que la tierra estalla hacia el cielo en un abanico que por un momento ensombrece el horizonte.

—¡Disparos de cañón! —grita Viola. Todas gritamos y nos agazapamos entre las piedras como podemos. Me doy cuenta de que en este punto estamos al descubierto, el sendero serpentea por el lomo de una pequeña cresta sin ofrecer ningún refugio. Un poco más adelante, trepa entre torreones de piedra.

—Hay que continuar —digo, levantándome. No por valor, sino por instinto de supervivencia. Conmigo arrastro a Viola, recalcitrante. Lucia está justo detrás de nosotras y a ella la siguen Maria y Caterina. Es como uno de esos sueños en los que intento correr y, en cambio, a duras penas logro dar unos pasos. El cuévano nos sujeta contra el suelo.

—¡Vamos a morir!

Viola estalla en sollozos, pero no da ni un paso atrás, no elude la responsabilidad que ha asumido junto con los víveres y la munición que lleva.

Señalo con un dedo hacia los murallones.

—Allí estaremos a salvo —digo—. Las crestas nos protegerán.

Así que avanzamos, por el aire pasan silbando granadas y proyectiles, y nosotras cada vez vamos más encorvadas. Maria entona una oración a la Virgen a la que todas nos unimos. Nuestras voces tiemblan mientras el aire es sacudido por estruendos que parecen romper la montaña. Por primera vez desde que acepté, me

pregunto qué nos espera más allá de la línea del frente, qué se verán obligados a ver mis ojos.

Pienso en la pesadilla que tuve, en los regueros de sangre que teñían de púrpura las cimas, uniéndose en un torrente de cuerpos rotos y de ojos sin vida.

De repente estas oraciones me parecen letanías fúnebres, y yo no quiero encomendar mi alma a Dios y a la Virgen hasta que no llegue el momento. Todavía estoy viva y empiezo a cantar. Canto contra el miedo, canto cada vez más fuerte para no oír las piezas de artillería.

Me vuelvo para mirar a mis compañeras y, de golpe, nos echamos a reír. Mi canto se convierte en el de todas ellas.

A saber qué pensarán los soldados cuando nos vean llegar al frente entonando canciones de amor, con nuestros faldones del color de las corolas, nuestros cabellos escapados de los pañuelos. Mujeres que no saben hacer la guerra, que no tienen estudios para entenderla. Es un pensamiento que impulsa el ritmo de mis pasos, que eleva mis miembros por encima de los peñascos y me empuja hacia delante con un ardor que roza la ira.

—¡Agata, espera! —me llaman las otras, pero yo corro. Me bajo el pañuelo al cuello, quiero sentir el aire y el sol acariciándome, igual que me acarician las plumas de las águilas que dominan estas altitudes y que la artillería ha alejado.

—¡Ya falta poco, veo el *pal*! —anuncio. El prado de diente, aferrado al nervio de la cresta con raíces cortas, pero duras como el acero, es quizá lo más parecido a nosotras en este momento.

Vuelvo tras mis pasos, los ligeros *scarpetz* se agarran a la grava, se flexionan adoptando la forma de las piedras, y me convierto en la montaña. Este es el modo en que mi pueblo la ha afrontado desde hace siglos, me digo. He llegado donde los escaladores experimentados no han podido llegar. Las botas de los soldados aprenderán a respetar este calzado pobre, hecho de capas de viejas telas cosidas con un cordel.

Ayudo a las demás a subir, nos convertimos en una cadena de manos que se agarran y se sueltan, superamos las últimas pendientes y por fin los vemos, de pie en las paredes verticales como íbices.

Son los primeros vigías. Alpinos.

5

Si el alivio ofrecido por la llegada no fuera una barrera para todas las demás percepciones, reconocería inmediatamente el olor.

Si estuviera familiarizada con la guerra, sabría con qué palabras saludar el silencio que flota a baja altura tras el humo, después de una eternidad de cañonazos. No es «paz», ni tampoco «tregua», sino «recuento de los muertos».

Si yo no fuera quien soy, huiría. En cambio, permanezco clavada al suelo, junto con las demás.

—¿Cuántos son? —solloza Viola, pero no entiendo a qué se refiere. Si a los vivos o a los muertos, si a los cuerpos o a sus pedazos.

No tengo voz para hablar, ni aliento para gritar.

Tum. Tu-tum. Tum. Tu-tu-tum.

El enemigo no ha vuelto a abrir fuego a traición, es mi pecho el que late en mis oídos, la sangre que galopa por mis venas. Oh, Dios mío, ¿es este tu Hombre?

La explanada delante de nosotras se mueve con un frenético arrastrar y recomponer lo que ha podido aferrarse en la bruma purulenta. Sombras furtivas emergen de las trincheras como animalitos de las madrigueras: primero la cabeza, luego el cuerpo. Se levantan, corren por las curvas y arramblan con cuanto pueden de sus compañeros. *Cuanto* pueden.

Por encima de ellos, más allá de la bruma de polvo y miasmas, ondea una bandera blanca. Su gemela responde con restallar de tela desde la vertiente, en la mano del enemigo. Pertenecen a ejércitos opuestos, pero relatan el asedio con el mismo alfabeto, son letras fúnebres escritas en los jirones de un sudario.

El infierno es gris y no arde. Tiene el hedor de los cuerpos rotos y las entrañas expuestas. Es una cloaca de sangre y de heces bajo nuestros pies.

Solo ahora se oyen los gemidos, como si para liberarlos los supervivientes hubieran esperado a nuestra llegada.

—Son solo unos críos. —La voz de Maria es un gimoteo. Lucia y Caterina dan la espalda al horror y lo ocultan a nuestros ojos.

—No miréis —dicen—. ¡No os paréis! —Una vez más, parece que las espaldas cubiertas por los cuévanos sean la única parte de nosotras capaz de seguir adelante en este mundo: nos sirven de escudo, pero no nos hacen sordas a los llantos, a los gritos. Oigo que alguien invoca a su madre. La llama «mamá», una palabra que desgarra cuando tiembla en lo alto de un alarido. Voy tras esa voz, levanto la mirada y veo a un joven que ya no tiene piernas.

—No te pares, Agata. —Las manos de Lucia me empujan adelante.

Nuestra llegada suspende el tiempo, como si fuéramos una helada repentina que cristaliza todos los movimientos.

Los que están delante de nosotras son hombres que nos miran sin nada marcial, solo parecen desesperados, son solo supervivientes. ¿Qué más habrán visto, aparte de esto, que ya está más allá de lo que una mente sana puede soportar?

Tienen ojos oscuros sobre los que ha caído un velo. En el fondo de su mirada se agita una promesa: tú tampoco volverás a ser la misma.

El silbato de un cabo devuelve la atención al campamento y nosotras damos un respingo ante una llamada que nos insta a avanzar. Un alpino nos indica que sigamos adelante y nos señala un grupo de tiendas de campaña en las posiciones más atrasadas, luego se pone a cavar de nuevo zanjas, su sombrero con la pluma de águila depositado sobre la tierra manchada. ¿Qué símbolo podría ser más poderoso?, me pregunto aturdida. Pienso que las fosas son trincheras hasta que desde el sendero más elevado vislumbro el contenido de las ya terminadas. Las náuseas me llenan la boca de saliva ácida.

Las tiendas se alzan contra la ladera de la montaña, junto a pequeñas edificaciones en construcción, más allá del alcance del fuego austrohúngaro. Vigas y piedras, ahora abandonadas entre herramientas y trapos, dan testimonio de la laboriosidad de los artesanos militares que dividen su tiempo entre batallas y trabajos de construcción, alternando mosquetes con cinceles y paletas. Uno de ellos estaba tallando el número del batallón en un dintel. En estos momentos, si ha tenido suerte, estará recogiendo cadáveres. Si se ha salvado, tendrá que lavar la sangre de sus compañeros de sus manos, antes de retomar su trabajo.

El refugio más amplio es, de todas formas, de dimensiones reducidas. Su uso lo declara la cruz roja cosida sobre la tela clara, pero es una precaución innecesaria: las lonas de la entrada aspiran y escupen sin cesar soldados, enfermeras y camillas. Alguien se ha aferrado a ellas, sus dedos han dejado rastros de sangre. El pequeño hospital de campaña más cercano está en Paluzza, a casi cuatro horas de caminos y barrancos por debajo de nosotros. Me pregunto con angustia qué pueden hacer las manos de los que quedan aquí, salvo cerrar ojos y cavar tumbas.

Lo veo, veo el cementerio. Es un pequeño campo en el límite de donde alcanza mi vista, tierra removida y cruces de alambrada por el suelo: los obuses enemigos ni siquiera respetan a los muertos. Siguen golpeándolos y los dispersan alrededor. El viento sopla y me trae su aliento. Por un momento, me parece oírlos cantar.

Pero no hay tiempo para llorar a los caídos, porque dos soldados se hacen cargo de nosotras.

—¡Vuestras cartillas! —ordenan. En nuestra agitación, se nos caen de las manos, las confundimos con los bonos de recogida, que nos arrebatan.

—¿De dónde venís? —preguntan.

—Timau.

—¿Quién os envía?

Las mujeres nos miramos confundidas. No lo sabemos y solo ahora nos damos cuenta de que la llamada a la que respondimos tenía poco de oficial y mucho de desesperación.

Por fin leen los papeles que nos acompañan y parecen empezar a entender. Comparan las listas de lo que llevamos y las pocas palabras que intercambian se intercalan con miradas de incredulidad en nuestra dirección.

—¿Cuándo salisteis? —pregunta uno de los dos.

—Al amanecer —responde Lucia, haciendo un esfuerzo para mantener la voz firme.

El soldado pasa revista a nuestros cuévanos, lo imagino sopesándolos y echando cuentas del esfuerzo realizado.

—No es posible. —Le oigo decir.

Cuando se dan cuenta de lo que llevamos, llegan otros más y aquello es casi una agresión. Manos que hurgan, que empujan, que arrancan los cuévanos de las espaldas anquilosadas. Las correas rompen las ampollas y el dolor estalla, más fuerte que las bombas. Privados del peso que sostenían, los huesos y los músculos se aflojan hasta el suelo, como le ocurre también al espíritu cuando cesan las preocupaciones: el alivio, a veces, es un dolor que se expande por los miembros atrofiados, que invade los intersticios abandonados por la voluntad. Pero acogemos este dolor como una liberación. Juntamos las rodillas y nos quedamos sentadas, casi tocándonos unas con otras, masajeándonos mutuamente las espaldas. Frente a nosotras, la escena es la de un asalto: la disciplina militar ha dado paso al frenesí, los rangos jerárquicos se entremezclan con los instintos humanos elementales. Son soldados y son chicos. Unos y otros acaban turnándose allí donde se cruza la línea imaginaria del estado de necesidad, tan confusa, tan íntimamente conectada con el carácter y la resistencia de cada uno. Los miro con un temor cada vez más acusado, e incluso mi fastidio por el trato recibido se desvanece en una indulgente ternura, cuando veo que el bien más codiciado por estas ásperas manos está hecho de letras. Buscan sus nombres, piden ayuda a sus compañeros para descifrar los escritos. Me doy cuenta de que muchos son analfabetos.

—Buscan más las palabras de consuelo que los suministros de comida —murmura Lucia, a mi lado. La veo contener una sonrisa y pienso que nunca dejará de ser una madre para cualquier criatura

indefensa que necesite ser atendida. ¿Quién puede sonreír delante de toda esta devastación sino quien quiere con todo su ser seguir viendo la vida? A falta de esta vocación, ninguna de nosotras estaría ahora aquí.

Yo, en cambio, no puedo dejar de sentir escalofríos, pero es un terremoto interior lo que me sacude. Es la materia más profunda de la que estoy hecha la que se mueve, haciéndose añicos que colisionan entre sí.

De la enfermería de campaña sale un oficial que pone firmes a los soldados con su mera presencia. Se mantienen erguidos y casi no respiran, algunos con los brazos llenos de víveres, otros con los ojos todavía clavados en esos papeles que una gruesa caligrafía ha llenado, otros todavía dedicados a sacar municiones y proyectiles de los cuévanos como relucientes frutas metálicas recién cosechadas. El oficial nos ve, por un momento su mirada se demora sobre nosotras, pero me doy cuenta de que con solo unos parpadeos ya ha calibrado lo que necesita saber. Lo llaman «capitán», es el comandante de este infierno, pero ha salido de la tienda con las mangas subidas y las manos sucias, el uniforme desordenado y los pantalones manchados de barro hasta las rodillas. Un soldado recibe sus órdenes, luego se reúne rápidamente con nosotras.

—Llevará tiempo —dice—. Hay que verificar la carga.

Las mujeres nos miramos. El tiempo en estas montañas no lo marcan los hombres, aunque sea un capitán. Lucia me exhorta con un movimiento de cabeza a expresar nuestras razones. Todas esperan que sea yo quien hable, porque he domesticado este arte hasta el punto de hacerme su amiga. En los libros de mi padre, página tras página, noche tras noche, durante largos años, encontré el espacio de mundos enteros que ahora sé llamar por su nombre, y visité geografías interiores que ya no me desorientan. Pruebo las palabras en mis labios antes de pronunciarlas, suenan apropiadas.

—Esperaremos, pero… —añado deprisa la última palabra para no despedirlo—. Pero solo hasta que el sol haya llegado hasta esa aguja. —Mi dedo dirige la mirada del soldado—. Entonces tendremos que volver al valle. Y, si vuestro capitán pide explicaciones, decidle

que necesitamos las horas de luz. Nos esperan las labores en el campo, y en casa hay quienes necesitan nuestros cuidados.

Lo veo dudar y por un momento espero una réplica desabrida, que, sin embargo, no llega. Por la expresión del joven alpino, me imagino que se está preguntando cómo, o tal vez incluso si informa de nuestras intenciones.

Vuelvo a sentarme con las demás, Viola se me acerca de inmediato.

—¿Pero de verdad creen que hemos robado cosas mientras subíamos? —susurra—. ¡Deberíamos dejarlos morir de hambre!

—¡Shhh! —La hace callar Lucia—. ¿No has visto ya suficiente muerte hoy como para desear más?

Sacamos de nuestros bolsillos el almuerzo que hemos pospuesto hasta este momento. Unas patatas cocidas, cortezas de queso viejo y restos de polenta tostada, que repartimos a partes iguales. Una comida que me cabe en la palma de la mano y que huele a moho. La cantimplora de agua se vacía enseguida.

—Masticad mucho —dice Maria—. Tal vez parezca que es suficiente.

—¿Suficiente? Habría que saber multiplicarlo —rebate Caterina.

El afilado codo de Viola se me clava en el costado.

—Ya vuelve —advierte, bajando los ojos.

El joven alpino recorre el mismo trayecto tras sus pasos, pero poniendo más fervor en ello. Tiene la cara roja. Frente a mí, esta vez hace un ligero gesto con la cabeza.

—El capitán quiere hablaros. Por favor.

No me cabe duda de que ha añadido las últimas palabras por iniciativa propia: son el desgarbado soplo de un cuerno escapado de sus labios. La ansiedad trunca la respiración.

Tranquilizo a Lucia con una palmada en el hombro, vuelvo a meter el almuerzo en el bolsillo del delantal y sigo al alpino, arrebujándome con mi chal. El aire de los picos hace que mi sudor sea gélido. Es así como doy mis primeros pasos en la retaguardia del frente, que no está muy lejos de la primera línea. Las trincheras y los barracones se aprietan entre la ladera de la montaña y el vacío. En el otro lado, visibles, corren las líneas de defensa enemigas. Si lo quisiera, podría

mirar a los ojos a un austriaco, solo con que desde las piedras y los sacos amontonados alguno de ellos se atreviera a levantar la cabeza.

La visión de las fosas en las que viven, luchan y resisten los chicos italianos me repugna. Barro, suciedad y degradación habitan en ellas tanto como las ratas, me imagino. Algunos soldados se permiten un descanso, rebuscando cada uno de ellos en el pelo de los otros. Los piojos ya han llegado y no conceden ni un respiro. El terreno está recubierto de latas vacías. Nunca las había visto antes de hoy y la comida que contienen, desprovista de la forma y del olor que conozco, me hace pensar que he acabado en un triste futuro.

El soldado que me ha abierto camino se detiene ante una tienda de campaña, retira las lonas de la entrada y, en posición de firmes, me hace señas para que pase.

El oficial al que poco antes vi salir de la enfermería de campaña está delante de mí, de espaldas.

—Soy el capitán Colman, estoy al mando de esta unidad. —Se presenta, sin darse la vuelta. Se frota las manos en una palangana, instintivamente me gustaría decirle que la sangre no va a desaparecer, nunca, porque es eso lo que cada uno de nosotros intentará hacer hoy: borrar lo que ha contaminado su alma.

Se da la vuelta y veo que ha intentado arreglarse. Ha desenrollado las mangas, ha limpiado como ha podido el resto, incluso se ha peinado. Las apariencias forman parte de la disciplina y son una expresión de respeto. Sin embargo, no ha logrado afeitarse, a pesar de que tiene lo necesario al lado de una jarra. En su rostro, una sombra oscura traza su mandíbula desde la perilla hasta el cuello. Es mayor que yo, pero no sabría decir cuántos años. Supongo que unas semanas de guerra envejecen lo mismo que décadas de paz. Sobre una mesa de campaña, el sombrero con la pluma parece esperarlo, alargando su sombra hacia el campo de batalla.

—¿Cuál es vuestro nombre? —pregunta con sequedad, pero no aguarda mi respuesta—. Sois voluntarias, ciertamente nadie os ha obligado a subir aquí, ni os ha pedido de forma explícita que os atengáis a las normas militares, pero eso es lo que espero de vosotras. —Se seca las manos en un paño limpio y lo arroja sobre la

mesa—. Las órdenes de un capitán no pueden ser cuestionadas, sobre todo delante de sus hombres. Por lo tanto, no las cuestionéis.

Se cruza de brazos sobre el pecho y me pregunto si me habrá llegado el turno de hablar, pero el capitán aún tiene mucho que decir.

—Sois mujeres, no estáis obligadas a entender las exigencias de la guerra. La jerarquía es economía de palabras, y la economía, en el campo de batalla, a menudo salva vidas. Esperaréis hasta que yo os diga que podéis marcharos. Mis hombres están verificando la carga, y, por mucho que esta tarea os parezca insignificante o incluso incomprensible, os atendréis a las órdenes. Y, como falte ni que sea un alfiler, os pediré cuentas.

Lo único que consigo pensar es que este hombre tiene una idea bastante vaga de la expresión «economía de palabras». Nunca ha conocido a un timavés. Y me equivocaba sobre el concepto de respeto: acaba de tratarnos como a ladronas.

Ahora debería decir algo. Él, por fin, está esperando. A pesar de todo, siento de repente que no lo entendería, que no está listo para escuchar.

Dejo caer el chal un poco. Solo unos dedos, lo justo para descubrir el cuello enrojecido por el cuévano, las manchas de sangre en la camisa, a la altura de los hombros.

Coloco un pie sobre el otro y me quito los *scarpetz*. Apoyo los pies sobre la tierra desnuda, el aire sobre mi piel me hace ver que es como yo pensaba: las horas de caminata cuesta arriba han desgastado la lana ya lisa de los calcetines y mis dedos se muestran lívidos a su mirada.

Finalmente, cojo la media patata que he guardado en mi delantal y la deposito sobre la mesa, junto a su sombrero.

Me quedo así, durante un tiempo que a los dos nos parecerá incluso excesivo; luego respondo a su única pregunta, esa para la que no le interesa obtener respuesta:

—Me llamo Agata Primus.

¿Puede romperse una mirada? La suya acaba de hacerlo.

Cojo mis *scarpetz* y me marcho de allí. Fuera de la tienda de campaña me los pongo, dando saltos, y luego, impidiéndome salir

corriendo, llego junto a mis compañeras. En cuanto me ven, se levantan y me rodean.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Lucia.

—Que podemos marcharnos —respondo, cargando el cuévano sobre mis hombros. No la miro a los ojos, pero sé que no he mentido.

El alivio revive a todo el mundo y poco después, con el paso ligero del descenso, abandonamos las trincheras.

Viola me coge del brazo.

—¿Se la has montado? —pregunta.

—¡Pues claro! —asiento—. Lo he puesto de vuelta y media.

Viola se ríe, me suelta y casi baila por el sendero delante de mí.

La verdad es que me encantan las palabras, pero mi instinto es el de custodiarlas. He aprendido a manejar su arte, pero dentro de mí sigue existiendo con fuerza la convicción de que algunos sentimientos, muy pocos, no necesitan sonidos y no requieren dialéctica. Se expanden en los gestos, cantan en los sentidos.

—¡Agata Primus!

Me doy la vuelta, sorprendida. El capitán Colman está bajando a grandes zancadas. Cuando llega a mi altura se agacha, las manos sobre las rodillas.

—No sois una mujer de muchas palabras —dice entre jadeos.

Le sostengo la mirada. Tal vez está acostumbrado a las sombras de las trincheras, lo veo entrecerrar los ojos, deslumbrado por la luz.

—Ahora también, ¿por qué no respondéis? —me insta.

Me gustaría decirle que no ha hecho ninguna pregunta, que necesito mi aliento para bajar, que tiene un churrete sobre la nariz que invitaría a sonreír si no fuera porque está hecho de sangre, pero, como de costumbre, él no espera. Se incorpora y el olor de su uniforme me golpea como el aliento de un moribundo.

—Agata, os pido perdón por mis bruscos modales —dice, manso de repente—. Hoy he perdido a sesenta y tres hombres, y ni siquiera es por la tarde. No estábamos preparados para veros llegar. La única dama a la que encontramos en estas montañas es la de la guadaña. Hemos olvidado nuestras buenas maneras, yo el primero. ¿Puedo esperar que aceptéis mis disculpas en nombre de todas?

Me tiende su mano. Ningún hombre ha pedido la mía para estrechármela y sellar así un acuerdo. Miro la palma de su mano y veo astillas, callos y un corte mal cicatrizado que la atraviesa de punta a punta. Sobre su piel está escrito un relato que mi piel sería capaz de entender.

Busco a las demás con la mirada y las veo esperándome justo antes de la curva cerrada. Conozco su voluntad, no necesito preguntar.

Estrecho la mano del capitán, con una breve inclinación de la cabeza acepto, en nombre de todas, su propuesta de un nuevo comienzo, pero, cuando me doy la vuelta para marcharme, me retiene.

—Si no os vemos volver, lo entenderemos —dice—. Estamos muy agradecidos por lo mucho que ya habéis hecho.

Deslizo mis dedos entre los suyos. Busco las palabras más respetuosas para no ofenderlo, pero al final tengo la esperanza de que las circunstancias justifiquen la desvergüenza de lo que estoy a punto de decir.

—Ordenad a vuestros hombres que preparen su ropa sucia para mañana si desean que se lave.

6

Llegamos al valle a media tarde. Lucia se encuentra a su hija esperándola donde empiezan los prados; en sus manos la niñita lleva un cestito con la colleja recolectada para la cena, una amita de casa a sus nueve años. Pietro, un año menor que su hermana, llega corriendo y se lanza a los brazos de su madre.

—¿Has visto a los soldados? —pregunta.

—Sí, claro que los he visto.

—¿Y los cañones?

—¡Esos también!

—¿Y tú, Agata?

—Yo he conocido a quien está al mando.

—¿Y has hablado con él?

El niño insiste en llevar el cuévano de su madre y sigue con nosotros.

—Algo le he dicho, sí.

Pietro me coge de la mano.

—Ya no me enseñas a escribir. ¿Cuándo empezamos de nuevo?

—Pronto —le prometo—. Pero tú sigue leyendo antes de dormir.

—Lo intento, pero es difícil.

—Insiste, así es como se aprende.

Nos separamos al llegar al pueblo.

Caterina y Maria han cogido el camino hacia Cleulis, donde las esperaba un pariente en común para algunos acuerdos sobre un límite entre campos. Viola y yo continuamos hasta Timau, despidiéndonos en la puerta de su casa.

—Reza a san Lorenzo antes de dormirte —me ha dicho—. Él protegerá los sueños de la guerra.

—Y tú no pienses demasiado en los alpinos, o no descansarás.

Solo al anochecer soy capaz de contar los daños en mí misma, cuando he llevado a cabo las tareas más urgentes. Los calcetines no son lo único que se ha roto en este día. Con exasperada lentitud me levanto la blusa. Por debajo, los hombros están desollados. Demasiado peso. Demasiado. La piel abierta me impresiona, no porque no la haya visto nunca, sino porque el pensamiento que me asalta es que la vida, tras rascar todo lo posible, ha empezado a consumirme hasta los huesos y pronto no quedará de mí más que un esqueleto puro y duro.

Me recojo el pelo, lo sujeto en la nuca con una cinta. Las ondas son cualquier cosa menos brillantes, un denso tejido de hebras apagadas.

Me aplico sobre las heridas un trapo húmedo. El agua parece encender el dolor como el vinagre, y el ungüento que me pongo, con cuidado de no frotar las llagas, no me produce un alivio inmediato.

Un sordo borboteo me reclama de nuevo en la cocina. La sopa de ortigas y diente de león está resoplando en el caldero. Saco la olla del fuego y la dejo sobre la mesa, que ahora solo es una tabla apolillada que apenas recuerda ya ágapes de afecto ni acoge las historias de la noche desde hace un tiempo que ya no puedo contar con los dedos de las dos manos. Las arrugas de la madera son ondulaciones vacías, en los últimos meses he extraído y comido hasta el más pequeño fragmento de miga.

De todo lo que he visto en el frente y de todo lo que he hecho hoy, una única imagen se enrosca y se desarrolla en mi mente: la media patata que dejé allí arriba. He sido una tonta. Renuncié a ella por orgullo, pero el orgullo solo llena el pecho, nunca la barriga.

De la despensa cojo el último huevo regalado por la mujer del panadero, «para tu padre, Agata», y un envoltorio en el que guardo un trozo de tocino del año pasado. Empiezo a abrir el envoltorio y los olores de otra vida me envuelven en espirales tan consolatorias que siento que se me humedecen los ojos. El cuarto de ahumar ahora está vacío, las paredes ennegrecidas conservan recuerdos fragantes y nada más, pero recuerdo incluso demasiado bien la época en que salchichas y jamones colgaban de las vigas del techo.

Comida. Se me llena la boca de agua tibia.

Corto una loncha de tocino, una tira tan fina que se transparenta a contraluz. Las manos tiemblan, los dientes castañetean como si quisieran aferrarla. No se lo permito, no suelto las riendas de este maldito instinto que tanto valora mi propia conservación, pero que me convertiría en una hija impía.

Lo único que me concedo es colocar la loncha en la punta de la lengua e inspirar profundamente. La saliva burbujea entre mis mandíbulas, que a punto están de saltar, y espero hasta el último momento antes de tragar, sabores y nada más que estallan en la garganta, que los aspira con una deflagración mayor que la de una bomba. Alejo rápidamente de mí la tentación, dejo el tocino en un plato que lleno de sopa humeante y que dentro de poco matará el hambre de mi padre. A mí me tocará el plato magro, como lo llamaba mi madre: nada de carne, solo el caldo oscuro y amargo. Media patata, medito testaruda, lo habría hecho más dulce. Dejo que se enfríe, el calor se desvanecerá junto con mi tormento: el cansancio, si no otra cosa, acalla los pensamientos, incluso los más obstinados y crueles.

Fuera de la ventana, el crepúsculo va cubriendo el valle. Las montañas son siluetas puntiagudas contra un cielo lapislázuli. La noche es un tinte que cae en polvo sobre el bosque y sobre las casas, difumina los contornos, une lo que está distante. La llamo la «hora azul», pero también la de la vergüenza. Este es el momento en que salgo de esta casa y me dirijo al lavadero del pueblo, cargada de ropa que otros ojos no deben ver. La enfermedad no solo mancha la ropa y las mantas, sino también la dignidad. No es mi decoro el que protejo, sino el de aquel que me dio la vida.

He lavado a mi padre, he masajeado con esencias de hierbas su cuerpo, que parece volver a ser el de un niño día tras día. Le he cambiado la ropa y las sábanas de la cama y, mientras tanto, le he descrito la guerra. No la real, que se consuma entre dificultades y piojos, sino la de los poemas épicos que mi madre me explicaba como si fueran cuentos. ¿Por qué arrebatarle el poder de la imaginación, del pensamiento poderoso y enérgico de los héroes que protegen estas montañas? ¿Por qué arrebatarme a mí la ilusión?

Así se los he descrito, relucientes en vez de mugrientos, erguidos y orgullosos en vez de encorvados por el miedo y el cansancio. Le he contado sobre Eneas, Héctor y Aquiles disfrazados, mientras mi mirada vagaba por la habitación en busca de algo más que intercambiar al día siguiente para poder comer.

Enciendo la llama de la lámpara y drapeo el chal de lana para proteger las llagas. De nuevo, por última vez hoy, cargo el cuévano a la espalda. Es ligero, el peso de sábanas y camisones es casi una caricia.

El aliento de las montañas sopla por la calle que baja hasta el centro del pueblo y se acompaña con el zumbido de los insectos nocturnos. Los aromas de los prados y de los pastos convierten el aire en balsámico. Un mugido desganado hace vibrar la calma hasta que se apaga; incluso los establos se preparan para el sueño. Las calles están desiertas, los postigos de las casas ya están cerrados. El cacareo de la fuente podría guiar mis pasos hasta en la oscuridad.

Por detrás de los umbrales no hay un alma que no se percate de mi presencia, pero nadie vendrá a molestarme. Saben lo que estoy haciendo.

El lavadero acoge mi cuévano con su piedra alisada durante generaciones. Abro las prendas y con gestos que la costumbre ha vuelto eficientes, empiezo a remojar y a frotar, entre cenizas y jabonera. El agua brilla en la noche; de los glaciares perennes no solo tiene el olor a liquen, sino también el frío, y adormece las manos.

Hasta hace unas semanas, el verano del pueblo se animaba con las charlas apacibles en los patios y las risas de los niños. En los callejones se expandía el aroma de la polenta y de la masa dulce de los *cjarsons*; tal vez un pretendiente tocaría el acordeón, antes de ser ahuyentado por un padre celoso.

Ahora, la casa de la vieja ciega tiene el tejado con las tejas desportilladas y un batiente que cuelga de una única bisagra: la imagen, tal vez, de una plaga en curso. Ya nadie se ocupa de ella. La guerra detuvo la vida antes incluso de arrebatársela.

Sumerjo y froto. Sumerjo y froto con rabia, un sentimiento tan nuevo para mí y, sin embargo, ya arraigado. Levanto la vista hacia el

horizonte, intento adivinar entre las sombras el paso del monte Croce. Es allí donde las mujeres del valle acompañaban antaño a sus maridos, novios e hijos hasta la frontera. Eran ellas las que llevaban las maletas de los emigrantes en el cuévano, por las interminables curvas de horquilla. Se despedían de ellos con los ojos secos y los corazones apesadumbrados. Volverían a verlos muchos meses después, o quizá incluso años.

Ahora, las repatriaciones forzadas han secado los anhelados envíos de dinero, han obligado a esos hombres a regresar para ir al frente a sacrificarse, o a consumirse en sus hogares, cada vez más desnudos, sin trabajo. Todos, excepto mis hermanos. Las cartas y el poco dinero que Giovanni y Tommaso enviaban cada mes dejaron de llegar cuando les escribí para informarles de la enfermedad de nuestro padre. Nos han dejado atrás, como si para nosotros ya no hubiera ninguna esperanza. Me he jurado a mí misma resistir hasta que vuelvan algún día para reclamar la casa de nuestros antepasados: no van a encontrarla vacía. Los esperaré para mirarlos a los ojos, aunque me lleve toda una vida, y, si muero antes, le ruego a Dios que me perdone y que abandone aquí mi alma, de manera que pueda maldecirlos toda la eternidad. Traidores a la familia y a la patria.

Un repiqueteo de cascos me corta la respiración. Inmóvil, miro avanzar la oscura silueta, cojeando. Lleva una guadaña colgada de un hombro. Al pasar junto a una farola, veo la piedra de afilar que cuelga de un costado y reconozco el rostro arrugado del anciano. Así que es cierto lo que se dice de Tino el cojo: en las noches de luna sube a segar los prados, invisible en la oscuridad a los ojos de los soldados italianos y austriacos. Él también se detiene, pero solo el tiempo de saludarme con un gesto, y luego prosigue su camino. Me pregunto cómo puede sostenerlo su pierna enferma en el esfuerzo de trabajar en la pendiente, o si es algo más, un sentimiento tenaz que conozco muy bien, lo que aguanta su cuerpo y su voluntad. Todo el pueblo sabe que lo hace por sus animales: dos maltrechas vacas lecheras que tienen más años que pelos en la grupa.

Enjuago y escurro la ropa, la doblo, la coloco en el cuévano y solo entonces me fijo en la flor que se arremolina en la cubeta, un aciano

alpino, con los pétalos como llamas de color violeta, de azul profundo, casi negro en la noche. Parece como si estuviera recién cortado, aunque debe de llevar aquí largo rato, atrapado entre el musgo, y liberado de pronto por la corriente. Lo recojo y me lo meto en el ojal de la blusa. Yo también, como Tino el cojo, siempre he tenido reparos en abandonar lo que aún está vivo, a pesar de que su tiempo ya haya terminado.

El camino a casa es una tranquila caminata, los movimientos del alma por fin se adormecen. La luz de la ventana por un momento me hace creer que dentro hay alguien que me espera. No a mis brazos, no a mis servicios. Solo a mí. Me pregunto si tal cosa ocurrirá algún día, si el destino me concederá tiempo para ser algo, alguien distinto a todo esto.

Un nervioso raspar detiene mis pasos. Luego, el silencio de nuevo, roto por una respiración feroz. No estoy sola. Cruje una madera, en la parte trasera de la casa, hacia el huerto y el bosque. Con lentitud, me descuelgo el cuévano. Todavía jadeando, una respiración que resopla agresiva. Entonces lo oigo: como un animal olfateo el olor de las otras bestias, y corro gritando hacia el huerto.

Está destrozado. De las verduras que a duras penas estaban creciendo todo lo que queda son tocones que sobresalen de la tierra agitada. El jabalí remueve y aplasta todo lo que está al alcance de su gran hocico. Recojo una madera de la empalizada derribada y me abalanzo contra el majestuoso macho, sin preocuparme por esos colmillos que podrían destriparme sin esfuerzo, con una furia que le sacaría ventaja incluso a un hombre. Entre lágrimas, lo golpeo en el costado, pero solo consigo arrancarle un grito de sorpresa.

La bestia me enfila, gruñe nerviosa. Los pequeños ojos brillan en la oscuridad, casi como si me desafiaran.

—¡Vete! ¡Vete de aquí! —le grito—. Vete —le suplico.

Me complace sin prisas y probablemente solo regresa al bosque porque ya no le queda nada que destruir y yo no soy una rival muy interesante.

Me desplomo en el suelo, exhausta, vacía, derrotada. La noche es clemente y no permite ver todos los estragos que debe de haber en

realidad. Pienso en las semillas, obtenidas con sacrificio. ¿Algún día habrá algo por lo que no tenga que luchar?

Por encima de mí, las cumbres de las montañas brillan plateadas. Los cañones callan. Es la primera vez que pienso en el frente desde que salí de allí. Las demás tampoco han dicho una palabra al respecto durante el descenso.

Me pregunto si esos hombres dormirán con un sueño tranquilo, si por fin están saciados, si el capitán Colman se ha comido mi media patata.

Me levanto de nuevo, con la espalda gruñendo con crujidos de anciana. La sopa, por fin, me aguarda.

Es al pasar junto a la ventana de mi habitación cuando la oscuridad se llena con un sentido diferente, más ambiguo y aniquilador, como un profundo malestar, y me doy cuenta de que acabo de abrir los ojos en la noche, una noche diferente: en el alféizar de la ventana, puesto por una mano que sé que conozco, hay un aciano alpino.

Me vuelvo hacia las sombras, aunque Francesco nunca saldrá al descubierto.

Me ha seguido, ha estado conmigo en el lavadero. Escondido en la oscuridad, pero tan cerca que podría haberme rozado con sus manos perfectas, si lo hubiera querido.

Estaba aquí, bajo esta ventana, mientras me cambiaba.

Ya no tengo hambre.

7

Solo ha pasado una noche, pero la suerte de la batalla ya parece haber cambiado. Los italianos han perdido la posición elevada, los austriacos han conquistado la cima más alta del Pal Piccolo y están lanzando piedras a los nuestros.

Nos enteramos de ello cuando llegamos a las inmediaciones de las líneas de refuerzo, al ver las posiciones de retaguardia y los refugios. Un alpino que está de vigía se reúne con nosotras, nos informa y nos ordena que guardemos silencio. Con su acento cantarín de la llanura veneciana, añade inmediatamente:

—La recuperaremos.

Lo seguimos, midiendo nuestros pasos en el sendero para comprobar la estabilidad de cada punto de apoyo y evitar el más mínimo deslizamiento de piedras: el enemigo está al acecho y trata de sacarnos de la madriguera con oído de cazador.

La montaña tiene la solemnidad silente de una tumba y nuestras respiraciones fatigadas se mezclan con la del viento. Hoy el cielo tiene el color del fusil que el soldado lleva al hombro, por ahora inerte; espero que ambos permanezcan mudos, que no estallen en rayos y ráfagas de disparos.

Se nos han unido otras mujeres, adolescentes y ancianas. Antes de partir, les dimos instrucciones para que se ahorraran las llagas: todas nos hemos colocado el lienzo de yute de las grandes cargas bajo el cuévano.

Y luego ha llegado la gran carga, tal vez más mortificante que la anterior; ni siquiera los esbeltos hombros de las más jóvenes han sido perdonados. La necesidad no puede dispensar clemencia, aunque no carezca de misericordia: algo ha cambiado en la actitud

de estos hombres. El respeto ha pasado a través de un toque amable robado a las prisas, un encuentro de miradas por fin directas.

Ninguno de ellos esperaba vernos regresar. Nadie habría lanzado los dados en una apuesta contra el miedo y el agotamiento. Ni siquiera yo.

Sin embargo, aquí estamos, y no por las monedas. Un poco de dinero puede comprar a un traidor, pero no el sacrificio agotador que se clava entre los omóplatos. Quizá hayan entendido por qué y para quién lo estamos haciendo.

Nos dirigen hacia los barracones de las tropas de reserva, donde las esteras de caña que hemos traído atadas a la cintura son recibidas con un entusiasmo desarmante; servirán para no tener que seguir viviendo sobre la tierra desnuda, igual que los animales. Las desenrollan de inmediato y las adaptan a los nuevos usos.

La parada no es más que una etapa de camino hacia otro destino: nos dicen que hemos de continuar hacia los puestos de avanzada, desde el tercero hasta el primero. Viola busca mi mano, yo estrecho la suya. El reconfortante gesto dura solo un instante, porque avanzamos por estrechas pasarelas que nos imponen la fila india.

Hoy no observamos el frente desde la retaguardia, hoy estamos caminando por él. Es natural preguntarse si esto se debe a la confianza, o solo a la necesidad. Al pasar, los soldados nos saludan con un gesto; los más intrépidos, con una palabra amable y una sonrisa.

Los vemos sepultados en las trincheras, líneas que se parten para avanzar en diferentes direcciones. Siempre las había imaginado como largos pasillos con curvas; en cambio, forman ángulos agudos y los ramales están unidos por pasarelas y túneles.

—Si el enemigo irrumpe, no debe encontrar libre el paso.

Me doy la vuelta para buscar al dueño de la voz que ha respondido a mis pensamientos.

—¿Amos? —pregunto insegura.

Mi primo me abraza, una rápida presión, pero casi violenta. A duras penas reconozco en él al chiquillo con el que pasé parte de mi infancia. A estas alturas es un hombre, un hombre consumido. Sus

rizos castaños han caído bajo el golpe de la navaja, y sus ojos, brillantes como las aguas del Fella, me miran apagados, atrapados en una red de arrugas trazadas por la suciedad. Por encima de sus hombros cuelga un uniforme demasiado grande, lo que acentúa su deterioro. De un modo instintivo levanto una mano hacia ese rostro marcado por el sufrimiento, pero él me la aferra, cortando la caricia de raíz. Me doy cuenta de que ya no es un niño al que consolar. Quiere ser tratado como un hombre.

—¿Y los tíos? —le pregunto.

—Están bien. ¿Giovanni y Tommaso?

Al nombrar a mis hermanos, la única reacción que el orgullo me concede es un encogimiento de hombros. Negar con la cabeza habría significado «muerte»; este gesto, en cambio, significa mucho más: ausencia, silencio, carencia. Incluso traición. Veo su consternación y sé lo que está pensando. «Austriacante»: así es como se llama a quien es sospechoso de colaborar con el enemigo, y yo tengo dos hermanos con olor a consejo de guerra.

El cabo que nos guía nos insta a continuar, pero Amos se ofrece a sustituirlo. Cuando las demás lo reconocen, lo rodean con afecto y preguntas. Lleva años sin pasarse por Timau.

—Estoy alistado en el Batallón Tolmezzo —explica, empezando a caminar mientras nos hace una señal para que lo sigamos—, pero por ahora apenas he cogido el fusil. De mí solo quieren que trabaje, hay que acabar el barracón que acogerá al comandante.

Levanta las manos y gira las palmas. A Amos siempre se le ha dado bien la construcción. La piedra y la madera parecen doblarse con su toque, pero me pregunto si es posible edificar algo en la guerra que no esté destinado a destruir o repeler.

—Eso no es malo —le digo. Entiendo lo que lo salva, por ahora: los artesanos sirven para otra cosa, no serán enviados a primera línea como carne de cañón. Lo veo agachar la cabeza, dar unos pasos con los ojos siguiendo el ir y venir de sus botas, y comprendo que ver morir a sus compañeros mientras él está a salvo lo turba. Una vez más siento rabia hacia un rey que inculca un sentimiento suicida de culpabilidad a los hijos que se supone que debería proteger.

Las trincheras no están excavadas en el suelo, salvo una parte. No es posible penetrar en la dureza de la montaña. Así que, para erigirlas, han utilizado lo que tenían a su disposición: sacos de arena y piedras. Las antorchas iluminan el sombrío día en los túneles, y latas vacías se han reconvertido en portavelas. El olor a petróleo se superpone al de tierra. La artillería enemiga está en silencio, pero los italianos no abandonan sus posiciones y permanecen a la espera, con sus fusiles cargados al hombro.

Yo como raíces, estos hombres salen de oscuras cavernas para cazar a otros hombres a la luz de las antorchas. Parece que el conflicto haya dado la vuelta a las épocas, devolviendo a la superficie usos ancestrales. Es una constatación que me inquieta, porque sugiere que solo estamos al principio de la barbarie.

Necesitan más esteras, me descubro pensando cuando veo las botas hundidas en el barro. Hace unos días que no llueve, pero aquí arriba cuesta mucho que se seque la humedad. En algunos puntos hay quien ha empezado a colocar tablones sobre los charcos.

El eco lejano de una piedra que se precipita por encima del parapeto me recuerda que al otro lado, más allá de las nubes que respiramos, los tiradores austriacos están apostados al acecho. Entonces camino más encorvada. Me doy cuenta de que ayer el recorrido se hizo a cielo abierto gracias a las banderas blancas desplegadas: los muertos nos garantizaban el paso, pero hoy cada una de nosotras podría ser encuadrada en un punto de mira.

Amos se despide de nosotras delante de la enfermería y se permite estrecharme en un abrazo más largo de lo que me esperaba, momentos en los que vuelvo a ser una niña y nuestra infancia corre por nuestros miembros entrelazados, trepa por árboles imaginarios y crea un arcoíris entre los pies infantiles que baten las orillas de los ríos.

—Solo tenemos que resistir —me susurra al oído, cada sílaba agrietada—. Un día más, y luego otro más.

Vuelvo a abrir los ojos y a mi alrededor ha reaparecido la guerra. Lo miro y no veo la turbación que he notado vibrar en su voz. Sonríe cuando se aleja de mí.

—Amos —lo llamo, ni siquiera yo sé por qué. No puede quedarse conmigo, no puede irse. El hombre llamado a matar a su hermano no tiene elección, si no quiere morir él mismo delante de un pelotón.

—Mañana seguiré estando aquí —promete, y desaparece en el estrecho mundo de las trincheras. Me gustaría preguntarle dónde y cuándo lo encontraré, pero me callo. No era conmigo con quien estaba hablando, sino con Dios.

Delante de la enfermería veo con alivio que han limpiado la sangre de la lona exterior. Alguien, por inteligencia o por caridad, ha alejado la muerte de los ojos de quienes están llamados a sobrevivir.

No muy lejos, el mando es una silueta barrida por el viento, encaramada sobre un recodo de la montaña. También parece haber desaparecido el capitán Colman. El comandante es solo un pensamiento vago, carente del poder de la pasada noche. Otra urgencia ha tomado la delantera: por fin podemos liberarnos del peso de los cuévanos.

—Tú, no —me dice un soldado destinado a suministros—. Ve a la enfermería.

Los modales siguen siendo expeditivos, pero al menos las palabras tienen inflexiones más suaves. Hubo un tiempo en que mis hermanos me hablaban así, y ahora vuelvo a verlos en estos chicos que me tratan con las maneras rudas que se reservan a una hermana pequeña.

Hoy transporto medicamentos. El banderín de señalización de los explosivos ha sido sustituido por una cruz roja sobre fondo blanco. Los frascos de cristal que llevo han tintineado con cada uno de mis pasos. Me pongo en camino sola, mientras Viola casi discute con un artillero. El alpino se desvive por los proyectiles que lleva en su cuévano, pero Viola lo mantiene a distancia y reclama espacio. Es una de las pocas veces en que su belleza queda en un segundo plano.

—He empleado toda una mañana en llegar hasta aquí arriba —le dice—. Podéis esperar unos minutos más.

Y él, mansamente, aguarda sus gestos, que, estoy segura, serán ahora más lentos de lo necesario.

No se puede llamar a una lona, así que entro en la enfermería anunciada por el tintineo de los frascos.

Iba preparada para el olor, lo reconozco. Había imaginado la sinfonía grave de suspiros que me acompaña en la semioscuridad, pechos que suben y bajan como teclas pulsadas por la muerte, ama inconstante que hace tictac, indecisa sobre qué se llevara o no. Camino de puntillas para que no se abran los ojos demasiado cansados y dolientes de los heridos.

Lo que no me esperaba es la voz que me llama.

—Daos prisa.

Me llega nítida desde una sombra trémula entre las lámparas y las sábanas colgadas, al final de las hileras de camas. A pocos de estos desgraciados les ha tocado en suerte un camastro; para los demás, solo catres de paja.

Detrás de la tela casi transparente de la pantalla improvisada, la sombra se inclina sobre la de un paciente.

Aparto la sábana y el olor de la tintura de yodo se vuelve penetrante.

—¿Tenéis las manos limpias? —me pregunta el hombre que está de pie. Sobre su uniforme lleva un delantal que en algún momento sería blanco, pero que ahora me recuerda el de un carnicero.

—No —respondo. Me obligo a no bajar los ojos hacia el cuerpo del soldado herido que nos separa.

—Necesito las vendas que lleváis.

No es una petición que se pierda en la cortesía, pero tampoco es brusca. Es simplemente práctica y no me molesta. Me apresuro a dejar el cuévano en el suelo y rebusco entre las bolsas empaquetadas.

—Desinfectaos antes de abrirlas.

Obedezco, frotándome con el líquido oscuro que vierte sobre mis dedos. La guerra de trincheras es para hombres jóvenes, pienso, observando a hurtadillas su rostro seco, los pómulos pronunciados bajo las pecas. Su pelo castaño deja espacios abiertos por encima de las sienes, pero no creo que sea mucho mayor que yo. Bastan un par de pasos para revelar la rigidez del porte de su cuerpo alargado,

la rodilla derecha entablillada. Una cicatriz reciente sube por su antebrazo.

Se percata de mi mirada.

—Una caída desastrosa, nada heroica. Pronto volveré a estar en forma.

Encuentro las vendas, abro la bolsa y, sin rozarlas siquiera, se las tiendo. Con unas pinzas levanta una y la deposita sobre el abdomen del herido. Creo que es una buena señal, en un pequeño mundo de escasez donde nada puede ser desperdiciado, y donde ni siquiera la caridad puede ser demasiado generosa.

—¿Sois capaz de realizar un vendaje? Me faltan manos y las vuestras me irían muy bien. Los enfermeros están recorriendo el campamento. Solo permanecen aquí los que no pueden sostenerse sobre ambas piernas o ni siquiera arrastrarse.

Habla rápido, se mueve rápido.

—He hecho algún vendaje —murmuro.

—¡Una frase, por fin! ¿E incluso sois capaz de sonreír?

Lo miro fijamente y lo veo guiñarme un ojo, tras los sucios cristales de sus gafas. Sostiene una aguja entre sus dedos rojos.

—Doctor Janes, teniente médico —se presenta, rompiendo el hilo tras dar la última puntada.

—Agata Primus, campesina.

Una risa breve que no tiene nada de burlona.

—Muy bien, Agata. Yo levantaré al herido, mientras os encargáis de su tórax. Si os decidierais a bajar los ojos, la cosa sería más fácil.

Obedezco y siento que mi piel se retira de mi cuerpo, como si quisiera escapar. No es un hombre lo que estoy mirando.

—¿Sobrevivirá? —pregunto.

El doctor Janes hace una mueca.

—Nunca hay que preguntar por la vida o la muerte de un paciente si uno tiene al paciente delante de las narices —murmura, levantándolo con cuidado—. Pero por suerte nuestro soldado está definitivamente fuera de combate. Vendad apretado.

—Le ruego que me disculpe.

Me apresuro a desenrollar la gasa alrededor del pecho del soldado herido. Su cuerpo maltrecho parece estar hecho con recortes

remendados, los puntos de sutura hundidos con el propósito de sujetar así su alma.

—Más apretado, sin miedo. Respondiendo a vuestra pregunta, Agata: no siempre la herida más horrible a la vista resulta ser necesariamente mortal. El verdadero peligro es la septicemia. He perdido chicos hasta por un rasguño, mientras que a otros los he recogido y recompuesto y aquí siguen.

El doctor Janes conversa con el tono amable de alguien que está hablando del tiempo. Le estoy agradecida por ello.

Vuelta tras vuelta de gasa, por una alquimia que no consigo explicarme, el cuerpo del herido ya no me provoca malestar, no me recuerda a la criatura compuesta de miembros desconocidos y animada por una vida antinatural descrita en una de las novelas más espantosas que he leído en mi vida. Alimenta en mi interior un impulso que transforma los gestos hacia un desconocido en ritos de amor. Al fin y al cabo, será hijo de alguien: lo hago por esa mujer que un día podría ser yo, y por ese hijo que podría ser el mío. Es el futuro lo que estoy atendiendo, pero me pregunto hasta qué punto el trabajo de una criatura miserable como yo puede importar en los planes de Dios.

—Mi padre tenía un hermano gemelo —empiezo a contar—. Según dice todo el mundo, de los dos, él era el más devoto y también el más hábil a la hora de talar un bosque. Murió dando un único hachazo, aplastado por el árbol que se derrumbó bajo un desprendimiento. Nadie se había percatado de las rocas que estaban en vilo sobre la ladera. El desprendimiento lo arrastró, mientras mi padre estaba a pocos pasos de distancia, recién despierto. Había dormido bajo ese árbol hasta un momento antes.

Parece que haya cogido al doctor Janes por sorpresa, luego me mira como si por fin hubiera descifrado mi pensamiento y su alcance lo asombrara.

—Sí, Agata —asiente—. Yo también creo que es el azar el que decide nuestro destino en este mundo. ¿Qué otra cosa puede ser? Solo un poco de suerte y de cobre, que en nuestro caso es lo mismo.

Ahora soy yo la que no entiende.

—¿Cobre?

Señala una damajuana al pie de un pequeño armario. La han llenado con balas que brillan a la luz de la lámpara, resplandores fríos y otros cálidos, como un tesoro. Baja la voz, como si fuera a hacer una confesión.

—Nueve de cada diez veces una herida en el abdomen termina en un funeral. Una herida en una extremidad es un poco más probable que tenga un final diferente, aunque a menudo deja el cuerpo mutilado. Sin embargo, si cuando la extraigo veo que la bala tiene una corona de cobre, entonces suelto un respiro de alivio. Hay algo en ese metal que parece impedir la infección.

He terminado, sujeto la venda con una pinza. El doctor Janes comprueba la firmeza de mi trabajo con un dedo, luego retira la sábana y remete la manta de aspecto hirsuto.

—Muy bien, Agata. Muy bien, de verdad.

—¿Y él? —pregunto—. ¿Tenía cobre en su cuerpo?

El doctor sonríe, pero es como si fuera el hilo de la más ciega tenacidad la que le tensa los labios, y nada más.

—Todo el mundo lo tiene.

Retrocedo un paso ante esa mentira piadosa. De repente no sé qué hacer conmigo misma. El cuévano está a la espera de ser vaciado, y yo, de poder bajar al valle, donde los hechos de la vida y la muerte son los que conozco y puedo afrontar.

—¿Quién puede hacerle esto a un hombre? —pregunto con un hilo de voz.

Los ojos del médico se dirigen a mi cara, llenos de compasión.

—¿Quién? Otro hombre. ¿Sabéis cuál es el mayor temor de estos chicos? El asalto con arma blanca, tener que hundir la bayoneta en otro joven, sus ojos en los ojos del otro. Es un pensamiento que los atormenta. Me imagino que para el enemigo será lo mismo.

Una tercera sombra invade el espacio encerrado entre las lonas, anunciada solo por el crujido de la tela. El médico saluda con un gesto.

—He encontrado a una valiosa ayudante —dice, ya sin aturdimiento—. Espero no haberme aprovechado demasiado de ella.

El capitán Colman está un paso por detrás de mí cuando responde.

—Otra deuda de gratitud con esta mujer.

Janes se apresura a enjuagarse las manos en una palangana.

—No me he dado cuenta de la hora que era. Tendréis que regresar a casa, Agata. Os llevará unas horas y el cielo amenaza con lluvia… Cumplo con mis obligaciones en unos instantes y os devuelvo vuestro tiempo.

Mientras trastea con los frascos y las medicinas que saca del cuévano, el silencio entre el comandante y yo se vuelve casi físico.

—¿Cómo estáis? —Se decide a romperlo, después de algunas miradas que se han perseguido. Podría jurar que he captado una vacilación en su voz, como de vergüenza—. Me refiero a… ¿Y vuestros hombros?

Con mi mano corro a rozármelos. En cuanto me doy cuenta, la retiro.

—Mucho mejor, gracias.

—Temía que no hubierais venido, o que hubieseis cambiado de opinión por el camino.

Niego con la cabeza y él me ofrece un envoltorio. Huelo su contenido en un suspiro y se me cierra la garganta con un espasmo. Pan.

—Si se trata de un regalo para disculparos de nuevo, no es necesario, pero debo deciros que no puedo rechazarlo —le respondo, y es tan difícil mirarlo a los ojos mientras confieso la necesidad—. Sabed, de todas maneras, que lo compartiré con las demás.

—Cada una de ustedes ha recibido uno.

Se me acerca, me lo tiende de nuevo y entonces me permito cogerlo.

—No faltaba ni un alfiler —dice en voz baja. Cuando sonríe, parece mucho más joven.

Janes vuelve con nosotros y me ayuda a ponerme el cuévano. De nuevo está charlatán y de buen humor.

—Venid a verme, en cuanto podáis —propone—. Si queréis, naturalmente. No suelo intercambiar otras palabras que no sean una

instrucción expeditiva que se da a los enfermeros.

—No le creáis —susurra el capitán, inclinándose—. Siempre está charlando, a menudo en voz alta consigo mismo. Hasta los austriacos se han dado cuenta de ello.

El doctor Janes estalla en una carcajada y yo pienso que se trata por fin del sonido de la vida que irrumpe en este limbo.

—Volveré de buena gana —le prometo mientras me despido, con el fragante envoltorio sujeto contra el pecho.

Fuera de la tienda la luz me hiere los ojos. Es cortante, como las agujas de estos picos, como las hojas montadas en las bayonetas que asoman de vez en cuando desde los fortines de defensa de la frontera.

El comandante no se aparta de mi lado, sus pasos se ajustan a los míos, sus manos entrelazadas a la espalda.

—Todo está en silencio —murmuro, y soy la primera en darme cuenta de la banalidad de la constatación, pero su respuesta me sorprende.

—¿Estáis segura? Escuchad con más atención.

Entonces me detengo y entre las escasas ráfagas de viento me parece captar un canto grácil y alegre. Un gorjeo, que es seguido poco después por un segundo y luego un tercer reclamo.

Miro al capitán.

—¿Es posible? —pregunto.

Señala la trinchera de la primera línea.

—Tenemos varias parejas de canarios. ¿Los habéis visto alguna vez?

Niego con la cabeza.

—Cuando volváis, si es posible, os llevaré a verlos. Tienen plumas amarillas como el oro, como los ranúnculos que cubren vuestros prados.

Empezamos a caminar de nuevo, pero algo me turba, un detalle que altera la consonancia.

—¿Os hacen compañía? —pregunto.

No me mira cuando contesta y advierto la presencia tangible del drama que hasta ahora solo había percibido.

—Están aquí para salvarnos la vida, Agata. Serían los primeros en detectar la presencia de gases letales.

No comento nada. No podría. Aquí arriba, cerca del cielo, todo orden se subvierte, incluso la naturaleza de los hábitos comunes se vuelve afilada y letal, y un canto inocente puede ser anuncio de la muerte.

Viola se pone en pie de un salto cuando llego con el comandante, su mirada es un asalto, y, aunque Lucia, Caterina y Maria fingen estar concentradas en las actividades de remiendo con las que pasan la espera, sé que su necesidad de saber lo que nos hemos dicho no es menos acuciante.

El capitán Colman carraspea y señala una pila ordenada de paquetes sujetos con cordeles. Puedo intuir lo que contienen.

Viola y yo nos miramos: ¿es posible que unas pocas mujeres hayan conseguido poner a este hombre en un aprieto?

—Nos vemos obligados a aprovecharnos de vuestra generosa oferta recibida ayer —está diciendo—. Para aquellas que todavía quieran hacerse cargo, hemos preparado la vestimenta para ser lavada. Mis hombres estarán encantados de pagar por el servicio, cada uno según sus posibilidades. Os pido comprensión si en muchos casos el pago es poco más que simbólico.

Es Lucia la que da el primer paso. Recoge uno de los paquetes y la veo dudar por un instante, pero la vacilación dibujada en su rostro pronto se disuelve en una sonrisa y tras un saludo se pone en marcha. Una a una la imitamos, y cuando me llega el turno me doy cuenta de qué era lo que había dejado su gesto en suspenso: el cordel sostiene una flor en el nudo, y no es una flor cualquiera.

El capitán Colman se acerca a mí.

—Nos hubiera gustado regalaros rosas, como es de rigor, pero como comprenderéis no ha sido posible.

Giro el tallo entre mis dedos. En la grisura de este día, los pétalos carnosos y recubiertos de pelusa atrapan la escasa luz y brillan como la plata.

Me siento sonreír.

—No conozco las rosas. En cambio, hay una expresión más acertada que habla de la tenacidad de este edelweiss: lo llamamos

«flor de roca».

El capitán Colman asiente.

—Esto es lo que sois. Flores tenazmente aferradas a esta montaña. Aferradas a la necesidad, sospecho, de mantenernos con vida.

8

Tenaz es la sangre, no yo. Es ella la que se agarra a la montaña, a las personas, a estas camisas que, por mucho que las frotemos, nunca volverán a ser blancas.

El lavadero parece haberse convertido en el aquelarre que describen los cuentos: calderos que burbujean sobre grandes fuegos improvisados. Caterina remueve con un largo palo las prendas, que gorgotean entre vapores acuosos y efluvios de hierbas. En estos pagos combatimos los piojos, y dejamos los austriacos para los alpinos en los contrafuertes. Parecemos brujas, con chales negros y cantos sombríos, con largas cabelleras que el agotamiento ha liberado de los pañuelos y con nuestras prendas flotando entre las llamas. Nuestros pasos danzan sobre la muerte para llamar a la vida, mientras partimos el pan que nos han regalado los soldados.

Froto ropa de muertos. Los que nos las dieron no tenían heridas como para hacer manar todo este rojo sobre el valle. Una vez más, nada puede ser desperdiciado y así la sangre tiñe la trama más profunda, penetra en los recovecos como una epidemia, con ese particular tono de rosa que no recuerda a un amanecer o a pétalos de flor, sino a las vísceras de un cuerpo abandonado en el campo de batalla: la esperanza arrancada de cuajo.

Me pregunto cómo está hecha realmente esta sangre, cómo la ven los estudiosos mediante sus lentes de aumento. Me la imagino como millones de patitas de insecto, con diminutas espinas que se aferran a todo lo que encuentran, y al mismo tiempo es una ola que invade y que llena el pecho con un anhelo de eternidad.

—Una gota de *grappa*, para levantar el ánimo.

Viola se sienta a mi lado. Acepto la petaca medio vacía y trago un sorbo de valor.

—En los picos han empezado a disparar de nuevo —digo.

—Lo he oído.

Pero el cielo está oscuro, así que tal vez los disparos de cañón provengan de otros campos de batalla. Tal vez Amos esté a salvo, tal vez el doctor Janes no tenga que velar a otros moribundos y el capitán Colman no contará a sus hombres para descubrir que, cualquiera que sea la decisión que tome, la resistencia es un continuo acto de sustracción. Tal vez pueda yo dormir esta noche.

Aquí abajo remendamos, nos esforzamos por mantener unida la vida, en la medida de lo posible, mientras que allá arriba la están haciendo pedazos. Nosotras damos puntadas firmes, ellos abren cuerpos. Mantenemos unidos los bordes, mientras que en el frente alguien los rompe.

—¿Terminará alguna vez? —pregunto en un susurro, pero sé por mí misma que esto acaba de empezar.

Viola bebe un sorbo generoso.

—Mi padre dice que Italia pronto obtendrá la victoria.

Cierro los ojos.

No será tan fácil. Las ropas de los soldados venían envueltas en hojas de periódico que me he molestado en conservar. He recorrido las noticias: no eran recientes, pero sin duda sí fiables. El Ejército Real sigue sufriendo por las enormes sumas invertidas en la guerra de Libia. Hay escasez de suministros de todo tipo y las fábricas militares van con retraso. El parque de artillería tiene carencias. El general Cadorna dio instrucciones para que ningún batallón tomara posiciones en la línea del frente hasta el último momento, mientras que el enemigo, por el contrario, llevaba semanas esperando, organizado y eficaz, con numerosas y bien entrenadas tropas de reserva, un moderno arsenal y tiempo disponible para desplegarlo. Fue una masacre.

Vuelvo a abrir los ojos y una lágrima arde caliente sobre mi piel. Si nuestros soldados resisten, y es así, es solo al precio de sacrificar sangre joven.

Viola parece inmune a los pensamientos nefastos.

—He pedido entregas para mañana —dice—. Llevaremos más munición, y proyectiles para obuses y cañones. Los he visto, ¿sabes?, abajo, en el almacén. Hay uno que pesa casi tanto como yo.

Tiene húmedos los ojos, son jade calentado por las llamas. Habla y parece tejer su pelo oscuro con los dedos. La gruesa trenza está hinchada de rizos brillantes. Es con esta cara y esta piel morena como me imagino a las antiguas reinas de Oriente. Una de las historias que mi madre me contaba para dormirme hablaba de un pergamino milenario en que se celebraba a una poderosa gobernante llamada Cleopatra. Cuántas veces la vi a través de sus palabras, remontando un río en una galera con la popa de oro y los remos de plata, y las velas de seda púrpura hinchadas. Me la imaginaba de niña, como yo, y ya entonces tenía la cara de Viola.

Apoyo el mentón sobre las rodillas y siento que ella me roza una mejilla.

—Antes de que termine el verano —susurra—, podremos volver a bañarnos en el río. Te teñiré los labios y las mejillas con jugo de frambuesa. Te lavaré el pelo y lo trenzaré con flores y bayas. El sol lo habrá aclarado y parecerá miel.

—Tengo hambre —murmuro, frotando los dientes contra mi falda —. Podría comerme las bayas.

—Las flores también, si es por eso.

Le aferro una mano y se la estrecho. El pan no me ha saciado, al contrario: ha abierto un abismo.

—Tengo tanta hambre que a veces me parece que voy a volverme loca —confieso. Tanta que a menudo me asusto de lo que podría ser capaz de hacer.

—No lo pienses, Agata. Te lo ruego.

Viola me aprieta, pero casi inmediatamente afloja la presión.

—La solución está delante de ti —susurra entre un beso rápido y la huida.

Francesco nos observa desde el callejón que lleva a la iglesia, de esa manera característica que le pertenece y que me inquieta: perfectamente a la vista, pero mezclado con la oscuridad.

Me levanto deprisa y cojo una cesta con la ropa que Caterina acaba de sacar del caldero. Humea como una chimenea, y sin embargo siento escalofríos. Empiezo a tender las prendas sobre los rastrillos que desde hace días esperan en vano el forraje para su secado.

—Agata.

No me doy la vuelta.

Lo oigo suspirar, o tal vez está buscando mi olor en el aire. Sé que es capaz de hacerlo.

Gira a mi alrededor, se aferra con los dedos a una de las clavijas y me mira como si fuera su carcelero.

—Háblame —murmura.

Continúo con mi trabajo, pero no puedo evitar responderle.

—Tienes que dejar de buscarme, de mirarme cuando crees que no te ven.

—¿Por qué?

Golpeo unos pantalones antes de tenderlos.

—Porque no es justo que me trates como si yo fuera algo tuyo.

Me roza los dedos. Los retraigo rápida. Veo que Lucia nos está mirando con aprensión. Parece haber sopesado ella también a Francesco, y haber visto más sombras que luces.

El hermoso rostro de él está iluminado por una languidez que me desagrada, el pelo le cae sobre la frente húmeda. Su sudor es afán que aflora.

—Ayer por la noche estabas delante de mi ventana —le digo. No es una pregunta, es una acusación. Me gustaría preguntarle qué mendigaba su mirada, qué fue lo que de mí robó su imaginación, pero el valor mengua cuando pasa la mano por la madera, pulida por el tiempo. Es una caricia lenta y ostentosa, que siento sobre mi piel.

—Si no me tienes respeto a mí, al menos podrías demostrárselo a mi padre —le digo.

La voz me sale a duras penas, pero Francesco no parece captar mi estado de ánimo.

—Tu padre… necesita cuidados, Agata.

Es un engaño que hace arder mis mejillas.

—No hay cuidados que puedan devolvérmelo.

Veo que frunce el ceño.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? ¿Porque te lo dijo un viejo sacerdote que juega a ser médico?

Francesco está delante de mí, cerquísima, ya no hay nada que nos separe y su mano es un toque de ortiga sobre mi brazo.

—Existen nuevas medicinas que pueden ayudarlo, pero son muy caras. Yo puedo conseguírtelas, solo falta que me dejes ayudarte.

Lo veo como si fuera la primera vez.

—¿Qué me estás proponiendo, un intercambio? —le pregunto.

Sus dedos buscan mi piel bajo la manga y es como si un viento helado que no está soplando subiera por mi cuerpo.

—¿Tan horrible sería? —pregunta con un hilo de voz.

—¡Agata, ven! Necesito ayuda —me llama Lucia, fulminándolo con una mirada cargada de desprecio. No ha olvidado cuando su prima aceptó la invitación para ir al río que le hizo él y volvió muy afectada, hasta el punto de que no quiso hablar de ello.

Francesco levanta los ojos al cielo. Por la forma en que sonríe, me doy cuenta de que él tampoco lo ha olvidado.

—Estás a salvo —dice, como si la pasión obsesiva que siente por mí fuera solo una broma—. Buenas noches, Agata.

Con las manos en los bolsillos, desaparece en la oscuridad que siempre parece dispuesta a acogerlo, pero algo de él permanece. Un pensamiento claro me atraviesa: nunca más me sentiré sola. No será porque siempre va a haber alguien dispuesto a protegerme, sino porque él estará escondido en algún lugar, observándome.

Dondequiera que me encuentre, incluso en la noche más silente y profunda, sabré que tengo su sombra sobre mí.

9

Tengo que decidir entre ahorrar o engañar el hambre.

Puedo elegir entre quedarme con tres liras y comerme cuatro cortezas de queso y lo que ha quedado de la hogaza.

O bien guardar solo dos liras y poner en la mesa cuatro cortezas de queso, el pan sobrante y unos huevos, o una gruesa loncha de jamón. Tal vez, dos puñados de harina.

Otra opción: ninguna moneda tintineante y una comida decorosa; la sal es un nuevo oro cristalino y la pimienta ha desaparecido de las tiendas y las mesas.

Solo tengo sumandos y sustraendos, ningún factor. Sumo y quito, pero no puedo multiplicar.

Todo el poder está en mis piernas entrenadas, en mis riñones, en este cuerpo que ya no puede más.

Si subo de nuevo al frente, tal vez coma.

Si no como, tal vez pueda comprar medicinas.

Si, si, si.

No importa cuántas cuentas haga, ni lo experta que sea en apañarme con nada. En cualquier caso, mañana, pasado mañana o dentro de un mes, el padre de Francesco subirá el precio de cualquier cosa que le pida y estas monedas ya no serán suficientes. Nunca lo serán.

Así es como se domestica un alma refractaria al juego: con la necesidad. No la propia, sino la de quienes más nos importan.

El poder no está en mi cuerpo, sino en su capacidad de ponerse a disposición de los deseos de quienes lo anhelan.

Desde la habitación de mi padre me llega su sibilante jadeo. Exhala con fuerza en los días de viento, como si las corrientes de

aire lo habitasen hasta llenarlo. Él también se convierte en viento, gruñe en la oscuridad, y su sufrimiento me atormenta.

Frente a la mesa de la cocina, me aferro a la almohada hasta clavar las uñas en la tela. Está mojada de lágrimas, está caliente con mi calor. No recuerdo cómo ha llegado a mis manos y esto me da miedo, porque sé dónde debería estar: en la habitación del hombre que me dio la vida, en su cama, junto a su cara.

Sé muy bien, sin embargo, el propósito con el que, por un momento, solo por un momento, la he cogido. Es el multiplicador de mi supervivencia. Es el silencio capaz de acallar el viento. No es la oscuridad, me digo. Es la desesperación, la caridad, el alivio.

Pero la lanzo lejos con un grito ahogado. Todavía puedo aguantar, puedo resistir por los dos. Y la nueva rabia hacia Francesco será una loba que cante en mi sangre y el nervio resistente para cuando tenga que subir.

Cierro la única persiana que quedaba abierta. La cierro de golpe, como me gustaría hacer con el chantaje recibido.

No habrá ninguna vela en la ventana para dar la bienvenida a un hombre patrón y a una vida más fácil. No se celebrará ningún sacrificio de lobos cansados. Esta noche, y si Dios quiere también las siguientes, yo seré suficiente para mi manada.

10

Se abrirán nuevos caminos donde antes se extendía un inaccesible reino de grietas. Los trabajos han comenzado, los ingenieros del Ejército Real reclutan entre la población, ni siquiera los niños están exentos. Todo aquel que cuente aunque tan solo sea con una mano para mover piedras y tierra, es decir, todos menos la familia de Francesco, nadie puede librarse. Viola contó que lo había visto sirviendo como voluntario en Paluzza, pero no supo decir en qué servicio. Ahora parece estar alejada del enamoramiento que la obligaba a sufrir la indiferencia de Francesco; en cambio, está centrada en llevar la munición más pesada a las alturas.

Hoy subo al frente después de pasar unos días a media altura, ocupada como una hormiga en masticar y digerir laderas de montañas entre explosivos y escombros de los trabajos.

Mi mundo está cambiando otra vez, y no sé hasta qué punto este cambio conservará intactas las raíces. Es un incesante derribo y troceo de lo que estaba bien plantado en esta tierra. Hábitos, tradiciones y certezas saltan por los aires junto con los peñascos a cuya sombra echaron sus raíces. Abajo, en el pueblo, hay quien dice que es el futuro que avanza, pero a duras penas puedo vislumbrarlo entre los vapores de la guerra.

Vamos encontrando escuadras de zapadores del Cuerpo de Ingenieros durante la ascensión: construyen de la nada atrevidos puentes sobre los barrancos y conquistan gargantas y crestas con escaleras de hierro ancladas a la roca.

El conflicto se ha recrudecido y ellos preparan la montaña para que sea su hogar, pero nada me impide pensar que ella revelará pronto su lado traicionero: la guerra que tendrán que afrontar estos

chicos no será solo la que libran contra el ejército del káiser. El invierno llegará demasiado pronto.

Junto a nosotras desfilan mulas conducidas a pie por los alpinos. Se necesitan tres para transportar un cañón a la cumbre —una para la caña, la segunda para la cureña y la tercera para la munición—. Es reconfortante ver cómo los soldados las cuidan, llamándolas con nombres cariñosos y acariciando sus lomos polvorientos. No dejan que les falte un sorbo de agua, antes incluso que para ellos mismos.

¿Es posible sentir gratitud hacia un animal? Aquí, en este lugar y en este tiempo, es así más que nunca.

El padre Nereo se ha unido a nosotras durante la ascensión, pidiendo mil veces perdón por la ralentización que supone su presencia. Sin embargo, la urgencia por conocer al capellán castrense asignado a esta parte del frente se ha revelado más apremiante que cualquier reticencia o sentimiento de culpa. Con su típico ímpetu, que le enciende el alma y las mejillas, el padre Nereo sube a asegurarse de que el ministro de Dios en la guerra elegido por el mando es capaz de llevar a cabo su trabajo, el de impedir que se sientan abandonados esos jóvenes a los que ya siente como hijos suyos. De no hacerlo así, sería capaz de telegrafiar al obispo y al general Cadorna, exigiendo un mayor cuidado en el momento de la valoración.

Durante un trecho ha cojeado; durante otro, un soldado de montaña le ha prestado su propio *alpenstock*. Al final, ese mismo soldado ha ordenado parar una mula y, junto con un compañero, se ha hecho cargo de los morrales y de las bolsas que transportaba, y ha subido en ella al padre Nereo, que para entonces estaba tan agotado que no ha podido protestar. Su inusual silencio, sin embargo, nos decía mucho a las que lo conocemos.

Me quedo pensativa un buen rato antes de acercarme a su lado. Apoyo una mano en el cuello de la mula, siento su respiración, la fuerza pacífica que recorre sus músculos, venas y tendones.

—¿Cómo está tu padre? —me pregunta el padre Nereo. A estas alturas, ya casi nadie lo hace.

—No ha cambiado nada —respondo.

—Vendré a verlo pronto —promete, serio—. Los últimos acontecimientos me han distraído de la tarea que el Señor me ha encomendado.

Me aferro al pelaje del animal.

—¿Podría encontrarse mejor? —le pregunto.

Un pensamiento desagradable surge entre las cejas del sacerdote.

—Ya conoces su enfermedad, Agata. Te lo expliqué, ¿recuerdas?

—Me preguntaba solo si había cambiado alguna cosa, si una nueva medicina…

El padre Nereo posa su mano sobre la mía y yo entiendo. Esas tres liras no podrían ayudar a mi padre ni aunque fueran treinta o tres mil. Siempre lo he sabido, pero a veces incluso la certidumbre necesita ser alentada.

Francesco me mintió.

Me suelto, y abandono también la esperanza insensata. Sin darme cuenta, reduzco la velocidad y voy a la deriva, pero no me quedo sola. Viola cierra la columna con un avance fatigoso, sus pasos casi incrustados en el sendero. Transporta un proyectil que pesa más de cuarenta kilos. Su entrega está tomando los perfiles de una declaración de amor.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás resistir? —le pregunto.

Ni siquiera puede levantar la cara, hasta ese punto se ha encorvado su cuerpo.

—Hasta la cima —suspira.

—¿Hasta que él te vea?

No me contesta, aún no está preparada para confesar sus sentimientos por el alpino moreno de sonrisa abierta que la impele a romperse el lomo y a ser siempre la última de la fila, a la vista de todo el mundo, cuando llega la hora de abandonar el frente. Es un triste legado de nuestras mujeres realizar sacrificios a cambio de consideración, como si no tuviéramos nada más, como si no fuéramos nada más.

—Viola, por favor, pide que te ayude una mula.

—*No.*

Está a punto de echarse a llorar, la voz agrietada como las vértebras por su obstinación. La dejo en paz con el corazón

encogido, le ahorro el aliento que con tanto esfuerzo logra hacer entrar en sus pulmones. Me gustaría decirle que no merece la pena sufrir más de lo que ya lo ha hecho, pero me doy cuenta de que tal vez solo quiero consolarme a mí misma.

Cuando pasamos costeando el lado sur del *pal*, se nos invita a acelerar el ritmo: sobre nuestras cabezas, un potente sistema de poleas suspende un cañón en el vacío.

—Una pieza de artillería del 75 —nos informa un alpino de nuestra columna.

Brazos y sogas tensadas hasta el límite lo izan hacia un torreón natural desde el que dominará el acceso a la retaguardia italiana.

El frente ya no es solo una fábrica de muertos. Ha cambiado su rostro con vapores de ranciedad y un trabajo industrioso apenas fuera del alcance del enemigo. Se están construyendo nuevas edificaciones de piedra y tejados inclinados y, desde ese mundo antes desnudo y mudo, se eleva ahora el parloteo de la vida. Tal vez sea inevitable, me digo, por muy sorprendente que parezca. El bosque envía adelante a sus especies pioneras, capaces de extraer sustento de un suelo pobre, preparándolo para otros; aquí el hombre —este hombre— cincela el infierno en el que se ve obligado a estar para hacerlo habitable. Pero sigue siendo el infierno, basta una mirada más atenta para reconocerlo: en algunos lugares, más allá de las construcciones, la tierra es negra y fértil, hierve con los cadáveres en descomposición enterrados por todas partes.

Viola tiene por fin su tan anhelado encuentro: dura solo unos instantes, lo suficiente para que el soldado alpino que ha entrado en su corazón se haga cargo del proyectil para el obús con la ayuda de un compañero. El soldado no se da cuenta de que aquello es un regalo para él. Si mirara a Viola a los ojos, lo entendería; en cambio, los dos alpinos cargan la munición en un carrito y se marchan con un fugaz agradecimiento. Pero luego el joven parece pensárselo mejor y corre hacia ella. Oigo a Viola contener la respiración, es una inundación inversa que me absorbe a mí también.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunta.

—¡Viola!

—Artillero Guglielmo Moro —se presenta—. ¿Mañana me traeréis otro, por favor? —Inmediatamente vuelve a desaparecer.

Viola se desploma, agotada.

—Medio día de escalada y ahora, con un solo tirón de cuerda, todo habrá terminado —la oigo gemir.

—Al menos la mula será feliz. Un peso menos que cargar —dice Caterina, pero el codo de Lucia en su cadera la conmina a que no vaya más allá.

Estamos tan cansadas que nos entregamos con abandono a las manos que nos despojan de nuestra carga. Unas charlas, un trago de agua y un poco de queso. No tenemos ni fuerzas para ir con prisas.

—¡Agata! —me llama el padre Nereo—. Échame una mano, por favor.

Lucia me planta dos palmas en la espalda y empuja para que me levante.

—Menos mal que te ha llamado a ti —susurra. Sé que le duelen los pechos y cada movimiento le cuesta un sacrificio, nos hemos puesto en marcha de madrugada y no ha tenido tiempo de amamantar.

Las rodillas crujen, en el bajo vientre siento el peso ardiente de la inflamación. La subida prende fuegos en el cuerpo.

Ayudo al padre Nereo a bajarse del banco que utilizaba para distribuir las sacas del Correo Real. Ha sido tomado al asalto, como si fuera un caldero fragante después de un día de trabajo en el campo.

—Cuatro de cada diez son analfabetos —murmura—. Tendré que hacer algo al respecto. Tal vez quedarme, de tanto en tanto, y leer para ellos. Necesitan más que nunca palabras de consuelo.

Sé que hará mucho más. Hará que le dicten las cartas de respuesta, aunque sean docenas y docenas, y se inventará afecto espigando alguna información entre sus compañeros para los que no reciben nada de casa. Recogerá el miedo y lo amasará con unas cuantas mentiras piadosas para hacer con ello esperanza. Primero el hombre, y luego la doctrina, suele decir.

—Padre Nereo, soy Amos.

La llegada de mi primo nos sorprende a ambos. Hace días que no lo veo y lo encuentro más cambiado todavía, como si hubieran pasado vidas enteras y él las hubiese vivido todas.

El padre Nereo lo aferra por los hombros. Por la forma en que lo mira, me doy cuenta de que nunca lo habría reconocido.

—¡Amos, muchacho, qué bien te veo! Cuánto tiempo ha pasado.

—Aquí arriba el tiempo parece detenerse, padre. Solo coge velocidad durante las batallas.

El padre Nereo lo ciñe en su abrazo y Amos parece desaparecer.

—Te las estás apañando bien —le dice.

—Todavía no he luchado, padre. Como mucho he llevado hasta el frente algún parte de novedades de batallón. Aquí me dedico a construir.

—Eso es bueno, eso es bueno.

Amos me sonríe, una sonrisa apagada. El padre Nereo busca nuestros brazos para caminar, lo sostenemos cada uno de un lado.

—He oído que os han asignado un capellán castrense. Me gustaría verme con él —dice.

Amos nos acompaña al lugar donde se levantará la capilla del Pal Piccolo. La construirá con sus propias manos, junto con otros canteros, utilizando el método del *opus incertum*, como hacían los antiguos romanos, nos explica, y tendrá un techo inclinado para cuando la nieve sea tan alta como un hombre. Por un momento, he reconocido en su entusiasmo la pasión de cuando era solo un chiquillo.

En estas cumbres se necesita a Dios. Pero yo no logro verlo entre las cruces oscuras clavadas en el suelo. Ellos tampoco, así que han pensado en erigirle un símbolo.

Solo veo a tres hombres avanzando por la explanada de las tumbas, hablando entre ellos como si no estuvieran pisando un ejército de muertos —la sombra, o tal vez el futuro, del que respira en la superficie—. Reconozco a dos de ellos e imagino quién es el tercero. Representan la cadena que en estos tiempos hace de un joven un cadáver o un superviviente: el capitán que pide a sus soldados que maten y que no mueran, el médico que juega una partida con la muerte para arrebatárselos, cuando ella cree que ya

los ha aferrado, y el sacerdote, que los acompaña en su último viaje a unos palmos bajo tierra, o los consuela por un ojo que han perdido.

Llegan hasta nosotros con las manos unidas a la espalda, los sombreros alpinos con la pluma agitada apenas por el viento.

El padre Alberto Degano lleva el uniforme y un pequeño crucifijo colgado en el pecho, es un sacerdote que en los sermones aboga por el fin del conflicto, pero también es un oficial del Ejército Real y, por su rango, podría encontrarse él al mando si muriera el capitán. Tiene una mirada clara y combativa y apunta directamente al alma. Es joven, como todos los sacrificables.

—Así que sois el que quiere construir una pequeña iglesia en estas laderas —empieza el padre Nereo, mirándolo con intensidad.

—Y también diré misa en ella, entre un bombardeo y un asalto —responde el otro.

Cada uno ha encontrado la horma de su zapato, como diría mi padre, pero se entienden quizá precisamente porque se ven a sí mismos el uno en el otro.

Los apretones de manos y las presentaciones me involucran, lo que me incomoda. Este no es mi lugar, a pesar de la amabilidad del padre Alberto y de la sonrisa con la que me ha recibido el doctor Janes. Retrocedo un paso, pero mi retirada se ve frenada por un cuerpo que no permite la huida. El capitán Colman no me mira, pero estoy segura de que lo ha hecho de manera intencionada.

—La capilla también servirá para albergar los restos de los caídos, antes de ser enterrados —está diciendo el médico—. Necesitamos un cementerio más grande, aquí ya no queda espacio.

La mirada del padre Nereo recorre el espacio abierto.

—Caen como espigas segadas —murmura—. Me pregunto si los campos de toda Italia se convertirán en un cementerio.

El comandante se inclina hacia mí.

—¿Puedo hablaros? —pregunta—. Tengo una petición que haceros. —Sin esperar, hace que me aleje unos pasos de los demás.

—Podéis explicárselo a Lucia, ella…

No me deja terminar.

—Tengo la impresión de que el resto de las compañeras confían en vuestras palabras, ¿o me equivoco? Habláis bien. Pocas veces, pero con convicción.

—No más que las otras.

—Sabéis que eso no es cierto. ¿Tenéis estudios?

Esa inocua pregunta, pronunciada por sus labios, me hiere.

—Sería extraño para una campesina, eso es lo que insinuáis —murmuro.

—Yo nunca insinúo nada, yo siempre hablo claro.

El comandante se calla y espera mi respuesta, estoico en su resistencia a mi malestar.

—Solo lo apenas necesario —me convenzo a decir.

—Sin embargo, parecéis bien instruida.

—Leo.

Sigue estudiándome, reflexivo.

—¿Ya puedo marcharme?

—Tengo algo que mostraros.

Me hace señas para que lo siga, precediéndome decidido por los pasadizos. Desde la retaguardia a las trincheras, me pierdo en un laberinto que poco a poco me parece que voy conociendo. En mi cara comienza a soplar el viento de altura, que susurra a través de barrancos y picos, aplana el *pal* y gruñe en las gargantas con aliento de abismo: nos vamos acercando a la primera línea. A nuestro paso, oigo el ruido de los fusiles y veo manos que se acercan a la frente. Las defensas se han organizado, hombres armados hasta los dientes vigilan el perímetro de la última barricada, tras la cual, más allá de las empalizadas y de la tierra de nadie, se encuentra el invasor.

Las zanjas han sido equipadas con escalones de piedra para proteger los pies del barro y aberturas para observar el campo de batalla. El capitán se sube al parapeto y me entrega sus prismáticos de campaña, invitándome a utilizarlos. Acerco los ojos a las lentes y la cara a la rendija, y doy un respingo cuando el frente enemigo parece venírseme encima, cerquísima, de golpe, casi como si estuviera a punto de tocarlo. Las trincheras austriacas parecen estar apenas a un brazo de distancia. Puedo leer las letras estampadas en los sacos de arena, veo el humo sutil que sale de las chimeneas

improvisadas. Sigo una sombra que se asoma de manera intermitente entre los huecos.

—Mirad un palmo a la derecha. ¿Veis algo raro?

Es solo una línea, pero tan recta que entre las piedras revela su origen artificial.

—Sí. Lo veo.

El cañón de un fusil emerge de un recoveco.

—Es un territorio de guerra atravesado por grietas y relieves, los francotiradores son necesarios para controlar todos los espacios desprotegidos —me explica el comandante—. Disparan con escasa frecuencia, pero no cometen errores. Apuntan a la cabeza con balas explosivas y no hay escapatoria. Son pacientes y saben leer las señales que una presa deja a su alrededor, ya sean reflejos del metal de un fusil o breves llamaradas de cerillas.

Reconozco en la descripción al padre que tuve.

—Cazadores —murmuro.

Sé que me está mirando, pero no me vuelvo. Continúo observando el puesto de avanzada del enemigo desde la rendija, tan inmóvil y a la vez letal.

—Sí, probablemente son todos cazadores de alta montaña —confirma—. Pero a nosotros nos divierte llamarlos *cecchini*.

—¿Qué significa eso?

—Hijos de Cecco: es decir, de Francesco Giuseppe, el emperador de Austria-Hungría.

Recuerdo algunas caricaturas satíricas en los periódicos que se burlaban del káiser, llamándolo con ese mote tan poco regio. Le devuelvo los prismáticos al comandante, aunque sea difícil romper el contacto visual con la otra barrera: no es el lado oscuro que refleja este, no es la caverna que se abre delante de los justos.

Son solo montañas, son solo hombres. Hombres que tienen hambre, que tienen miedo, que sienten nostalgia de casa y que tienen que matar, como los nuestros.

No es natural estar a pocos pasos los unos de los otros, compartir los mismos sacrificios y los mismos padecimientos. Hace falta una determinación sobrehumana para no sentir la llamada del mutuo reconocimiento.

El capitán Colman se cruza de brazos en el parapeto de piedra seca, le toca a él apuntar al enemigo.

—Los francotiradores no solo están aquí. Defienden desde el principio la cima del Freikofel —murmura, absorto—. Han tenido todo el tiempo necesario para tomar posiciones. Desde allí, disponen de amplios campos de tiro sobre las pasarelas que conectan el Pal Piccolo con el Pal Grande, y durante el día impiden cualquier movimiento. Controlan toda la zona, salvo una quebrada que han dejado sin vigilancia: demasiado inaccesible para que alguien intente subir por ella.

Es en la forma en que me mira donde intuyo su propósito.

—Conozco la quebrada de la que habláis —le digo, y delante de mis ojos aparece la imagen de hombres que ascienden en un silencio feroz las paredes del precipicio.

—Mañana por la noche, tendremos que caminar sobre terciopelo —continúa, persiguiendo mis pensamientos—. Tendremos que caminar por estas montañas de la forma en que lo hacéis vosotras.

La caída de su mirada en mis pies es elocuente.

—¿Podéis ayudarnos? —me presiona, sin dar tregua a mi estupor.

—¿Con cuántos de vuestros hombres? —logro preguntar, ahuyentando la confusión.

—Ochenta alpinos y un comandante.

Son más de los que imaginaba.

—Sí, podemos ayudaros —respondo sin titubear, y me parece verlo sonreír, pero es un destello que le ilumina el rostro solo por un momento.

—Ni siquiera habéis contado las horas de vigilia a las que os obligaríais a soportar a vos misma y a las otras mujeres —murmura.

—Os equivocáis. Lo he hecho. Al parecer, también sé echar cuentas.

Su risa esta vez estalla límpida y resuena en la garganta que nos separa del enemigo. Me imagino a los *Kaiserjäger* apostados al otro lado dando un brinco, recuperando frenéticamente el control del punto de mira, buscando su origen en una sombra, desorientados por el eco. Debería temer por mí misma, pero en cambio estoy tranquila. Sé que el comandante ha tenido en cuenta todos los

detalles, la sorpresa y la confusión. Se ha permitido una libertad que sabe que no podrá repetir.

Señala la zanja que acabamos de cruzar y que pronto volveré a recorrer en sentido inverso hasta regresar a la vida.

—Devolved los saludos militares cuando regreséis —me advierte —. «Porteadoras», así os llaman. Os consideran una unidad, y no se equivocan. Creo que es la primera vez en la historia de un conflicto armado.

Me vuelvo hacia los hombres agazapados con los fusiles en las manos.

Sus saludos respetuosos de antes no eran para el capitán.

Eran para mí. Para nosotras.

11

Hacía años que no se veían lobos en aquellas montañas. Incluso había quienes afirmaban que nunca se habían aventurado hasta allí, como si algo los repeliera hacia los bosques más espesos de Eslavonia o hacia las profundidades de Carintia. Con seguridad, ese algo en los últimos tiempos era la guerra que atronaba casi sin pausa.

Sin embargo, mientras iba en pos del enemigo por caminos invisibles para el ojo inexperto, arriba, hasta casi las rocas, él iba encontrando sus rastros. Restos de presas, excrementos, algunas huellas. Una noche de guardia en los barrancos, cuando el fusil había empezado a pesar entre sus manos de un modo casi insoportable tras horas de inmovilidad y los párpados se le cerraban a pesar del esfuerzo para mantenerlos bien abiertos, una noche de silencio en la que la artillería enemiga había cesado por fin su tamborileo, oyó la llamada del lobo que se elevaba desde la ladera de enfrente. Se le erizó la piel violentamente. Ese aullido parecía provenir de un mundo ya extinto y que, sin embargo, estaba presente, escondido, feroz.

El lobo había empezado a seguirlo a distancia en los últimos días, siempre sabía dónde se apostaba, en qué cavidad descansaba: no lo temía, trazaba un mapa. Era el soldado quien se encontraba en el territorio de la bestia. Bestia él también, pero de una especie aún desconocida para el animal y, por eso mismo, interesante, con el olor antinatural de la cordita siempre encima, y el repulsivo olor de la sangre de sus semejantes en su uniforme manchado de barro y musgo.

Aunque tal vez solo se trataba de una imaginación enferma, la suya, una fantasía alimentada por la soledad, por la meticulosa y monótona misión que le había asignado su unidad y por el deseo de reconocerse en un elemento natural para no sentirse monstruoso.

No había ningún lobo. Él *era el lobo.*

No era solo su mente la que engendraba visiones. En aquellas montañas, en aquel conflicto, sucedían hechos insólitos, entre los senderos de piedra que llevaban a la cumbre, como si la sangre bebida por la tierra hubiera embriagado la realidad. Podía ser que viera a mujeres con largas enaguas subiendo las empinadas laderas, oírlas cantar, ascendiendo hasta las primeras líneas donde caían las bombas. A veces, si se encontraba con el viento a favor, podía oler el aroma del algodón lavado, de los manteles que llevaban sobre sus espaldas encorvadas, de la lana que tejían entre sus dedos.

El comandante no le había hablado del tema, pero él no tardaría en preguntar por ellas. Volvía tan pocas veces al campamento militar que a esas alturas se sentía casi ajeno al lugar; el suyo era un paso rápido como el de unas patas salvajes por el claro, para recoger provisiones con las que llenar su cantimplora y su zurrón.

Pero, cuando se miraba a sí mismo, solo veía unas manos. La tierra del frente penetraba bajo las uñas, pintando medialunas negras; le entraba en la boca cuando se lanzaba en un desnivel y casi la mordía. Lo alimentaba como una nodriza de pechos ensangrentados y lo llenaba hasta el corazón.

Solo su dedo en el gatillo del fusil le recordaba qué era realmente.

No, él no era un lobo.

Era un francotirador.

Un cazador de otros seres humanos.

12

Cosimos durante horas, toda una noche, hasta que las yemas de los dedos se nos despellejaron y sentimos que nos ardían contra el cordel. Continuamos con la luz del amanecer, hasta que el sol invadió el granero a través del entramado de las maderas. Bautizamos las capas de tela con la sangre de los dedos y la esperanza de los corazones de mujer. Algunas cosieron medallones con la efigie de la Virgen María en las suelas y bordaron una diminuta cruz resplandeciente de Cristo Redentor sobre el terciopelo negro.

Los *scarpetz* de los soldados se confeccionaron con nuestras enaguas más limpias y valiosas. Ninguna de nosotras quería que esos chicos fueran a la batalla con harapos y trapos viejos.

Pasó todo un día y cayó otra noche sobre el valle del Bût. Sentada en el banco de la Oficina de Correos, miro el cielo nocturno e imagino furiosos combates en el Freikofel.

La cumbre es nuestra, el capitán Colman y sus hombres la recuperaron subiendo por el barranco infranqueable en la oscuridad de las horas más remotas, convertidos en roca y silencio, sombras furtivas y señales. Con la ayuda de dos pelotones de apoyo, la conquistaron y desde hace un día están defendiendo su posición elevada ante los intentos imperiales de retomarla.

No se oyen los disparos de cañón y eso me inquieta: significa que la lucha es cuerpo a cuerpo, se compone de asaltos bajo el mando de los silbatos perentorios de los oficiales, mirándose a la cara con el enemigo, comiéndose el aliento del otro antes de arrebatárselo, con gritos que se rompen en el estómago.

Cierro los ojos y estrecho la mano de Viola. Ella tampoco tiene el valor de abandonar este banco y juntas mendigamos noticias que nunca satisfacen la necesidad de saber que el enemigo ha sido rechazado. Los despachos sugieren que el Ejército Imperial se ha llevado la peor parte y que por fin teme a los italianos.

Mors tua vita mea. El precio que se ha pagado hasta ahora es un río de sangre. Mi sueño por fin se ha hecho realidad. La quebrada por la que ascendieron los nuestros se ha llenado de cadáveres, casi todos jóvenes húngaros, heridos y caídos de las rocas como una cascada de vidas segadas. Ya lo han llamado el «vallecito de los Muertos».

El padre Nereo sale de Correos, lleva un mensaje telegrafiado en sus manos. No pronuncia ni una palabra, pero se dibuja la emoción en su sonrisa. Cuando asiente, Viola estalla en un llanto liberador entre mis brazos.

Allí arriba ya ha terminado. Están a cubierto. La cresta del Freikofel puede encenderse con pequeñas llamas en la noche para reconfortar las almas aún temblorosas, de la forma en que los soldados han aprendido a hacerlo: latas vacías, una gota de aceite de sardina y algo de grasa sobrante de la carne, el hilo de un calcetín como mecha, y he aquí que la oscuridad retrocede. Yo también levanto mi lámpara, levanto mi cara para sentir el viento que ha soplado en esos picos, respirado por esos hombres.

Vida, susurra. Al menos por esta noche, vida. Amos, el doctor Janes, el capitán. Dentro de mí, siento que están vivos.

13

Una carta para mí, desde el frente. En la sede regional de Paluzza, me la entregan en vez del bono de recogida. La mantengo suspendida entre mis dedos como si fuera posible cristalizar este momento en el amanecer cantarín que ilumina el cielo. Temo las palabras impresas en el papel, temo leer la despedida de otra persona en él. Me doy la vuelta antes de abrirla, buscando un lugar donde esconder el dolor, en caso de que me abrume. Cuando desdoblo el papel, empiezo a leer desde el final: también lo hacía con las cartas de mis hermanos, convencida de que lo peor siempre se confía a las últimas palabras, las de pésame, mientras que las primeras y las intermedias son solo una preparación compasiva para el golpe que cae. Empiezo por el final y subo por las frases como un pez por la corriente de un río en el que se arremolinan nombres y sentimientos. Los atrapo todos con rápidos parpadeos y, solo cuando mi red está llena, recojo desde el principio y voy río abajo. Finalmente, vuelvo a respirar.

Querida Agata:

Por si acaso os lo habéis preguntado, y sé que es así, aquí arriba estamos bastante bien. Gracias al capitán Colman, las pérdidas fueron limitadas e intenté ayudar a la buena suerte, tanto como pude. Dios y vuestros scarpetz *hicieron el resto. Os envío el agradecimiento del comandante y de todos los soldados destacados aquí.*

Vuestro primo Amos os saluda y os manda decir a través del abajo firmante que no tenéis motivo para preocuparos: ¡sigue tallando piedras!

Hemos retomado nuestras posiciones en el Pal Piccolo, donde espero recibir pronto vuestra visita. La enfermería es demasiado silenciosa y el frente un lugar carente de atractivo sin las sonrisas de las Porteadoras.

Sé que os será asignada una nueva tarea, y que será onerosa, pero estoy seguro de que nadie sería capaz de llevarla a cabo mejor que las mujeres de esta tierra. Hay algo sagrado en vuestra compasión.

Esperando volver a veros, os saludo con gratitud.

Vuestro amigo, doctor G.

A. Janes

Lucia me alcanza y me sacude por el brazo, para apartarme del efecto adormecedor del alivio.

—¿Te has enterado? —pregunta—. Hoy no vamos a subir y tal vez tampoco mañana. Quién sabe por cuánto tiempo. Tenemos que construir un cementerio.

¿Un cementerio? ¿Nosotras?

Lucia mira a lo lejos con un ceño fruncido que nunca hasta hoy había visto en ella. Donde yo solo veo las ya habituales actividades militares, ella parece vislumbrar una sombra que amenaza, ¿pero qué podría volver a ocurrir que no hayamos afrontado ya?

—La guerra —murmura, como si eso lo explicara todo—. *Lottuns chaan Vriin.*

—La guerra, dice, no nos deja en paz. Pero nosotras, debe de haber pensado alguien del Mando Supremo, podemos dar paz a los muertos.

—¿Cuándo? ¿Y dónde? —pregunto en un susurro.

—Cuanto antes. En Timau.

Construir un cementerio significa penetrar en la tierra, perforar el primer nido, excavarlo hasta dejar al descubierto su corazón húmedo. Quiere decir sumergir las manos y deshuesarlo, arrancar raíces hinchadas de savia. No edificar, sino perforar, y hacerlo con las manos desnudas, con el alma despojada de toda defensa contra el

miedo atávico de llenar algún día, demasiado pronto, una de esas fosas.

Fosas, no capiteles ni arcos de mármol. Un campo rectangular, una empalizada que completar y oscuros hoyos.

Las mujeres de Timau son figuras agachadas que tamizan el polvo, liberan de fango perímetros idénticos que se replican hasta el horizonte y preparan lechos sobre los que llorarán lágrimas en lugar de madres y esposas lejanas, por ese delgado pero inalterable hilo de carne y amor que las une a la vida que ha sido parida.

Así que cavamos durante todo un día, y mañana empezaremos de nuevo.

A nuestro alrededor vuelan alas negras que esparcen sombras, planean picos de cuervo que hurgan en busca de gusanos. Pronto esta tierra estará plagada de ellos. Esperad, bestias, esperad y os saciaréis.

Levanto la mirada, Viola está donde la dejé hace horas: arrodillada, inmóvil, mira las montañas. No ha completado todavía su primera tumba, pero mira hacia el frente como si esperara de un momento a otro la llegada de un cuerpo que depositar allí. Me impresiona, me asusta. Tengo miedo. Que la mente no resista —la suya, la mía, la nuestra—, que ya nunca será posible volver atrás y el negro contamine cualquier otro color.

Doy vida a un canto, una letanía baja en mi lengua materna, que me llena la garganta e hincha los labios, antiguas estrofas cobran vida como volutas en la noche más oscura.

Solo me doy cuenta de los pasos que me rodean cuando unos zapatos apenas cubiertos de polvo se detienen bajo mi mirada. No son *scarpetz* ni tampoco zuecos.

—¿Agata?

Continúo cantando. No quiero que vuelva el silencio a este valle de fosas, quiero llenarlas de vida mientras pueda, mientras la ficción se sostenga sobre las frágiles piernas de mi obstinación.

—Agata, escúchame. Tengo un consejo importante que darte.

Giuseppe es un notable de este pueblo, lo unen a mi padre la misma nodriza y una amistad nacida desde los pañales, aunque

luego el destino tomó caminos diferentes para cada uno de ellos: bienestar y miseria, salud y enfermedad.

Al final, se impone el silencio y me decido a mirarlo.

—Para ti he sido como un segundo padre, ¿verdad? —me pregunta.

¿Puede un padre venir solo en los momentos de fiesta? ¿Puede un hombre olvidarse de su hermano cuando este pierde la capacidad de estar en el mundo? Yo no lo creo. Mi mutismo parece ponerlo nervioso. Se da golpecitos en la pierna con el sombrero. Una nube de polvo se levanta, él baja la voz.

—Te lo digo porque para mí eres como la hija que nunca tuve, Agata. Alguien ha empezado a murmurar sobre tus hermanos. Desertores, los llaman, y a tu nombre muchas veces lo acompañan ciertas palabras. No tienes a nadie que pueda protegerte.

—¿Cuál es el consejo? —le pregunto.

Giuseppe vuelve a ponerse el sombrero, pero ya no consigue esconderme nada de sí mismo.

—Búscate un marido, únete a alguien por encima de toda sospecha. Despeja las dudas por ti misma —dice, casi como una orden.

Remuevo largo rato mis pensamientos, hasta el punto de que lo veo estremecerse de impaciencia.

—No han quedado muchos jóvenes aquí —digo al final, sin apenas mover las pestañas, entornadas para no dejarme deslumbrar por sus palabras.

Giuseppe aparta la mirada, la aleja de golpe, como haría con un tizón ardiendo que llegara por alguna imprudencia a sus manos.

—Alguien queda —murmura—. No hace falta mirar muy lejos.

Oh, sé que no sería necesario dar la vuelta al mundo para encontrar al hombre que Giuseppe tiene en la cabeza.

Le ahorro la incomodidad liberándolo de mi mirada y prosigo con mi trabajo.

—¿Y si yo hubiera sido el hijo varón que no has tenido? —pregunto, golpeando una gran piedra sobre otra—. ¿Me habrías dado el mismo consejo? —El tercer golpe es seco, parto la piedra y

Giuseppe se sobresalta—. No me ofendas —le digo—. No vuelvas a hablarme nunca más como si mi padre ya estuviera muerto.

A Giuseppe se le cae la máscara y su rostro aparece por fin como lo que es: el de un hombre vacío que se viste a sí mismo con los caprichos de los demás, más poderosos que él y, pese a todo, aún más hambrientos de dominio.

No es Giuseppe quien habla en este momento. Francesco ha elegido la ausencia, pero se cierne sobre mí como una nube, oscurece el día y huele a lluvia, quizá a lágrimas —las que no derramaré—. Me siento vibrar aunque no mueva ni un músculo, me siento arder aunque el viento sea fresco. En mi interior se ha abierto una brecha de carne viva que quisiera devorarlo.

—¿No te has enterado? —digo—. Subo al frente y transporto balas bajo el fuego enemigo. ¿A quién iba yo a necesitar?

—No me sentiré responsable, en caso de que te ocurra algo. —Giuseppe suspira y todavía tiene el aliento en la garganta cuando sus pasos se alejan y ya no puedo ver las puntas de sus zapatos. Huye, Giuseppe, aférrate al pudor que te queda y huye lejos de la vergüenza.

Siento que me abrazan, Caterina se inclina sobre mí. Su pelo gris es una madeja de fino hilo dorado. Cuando me roza las manos, me doy cuenta de que están sucias y de que sostienen en su regazo las mitades de una piedra.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

—El sol se pone ya, ven. —La luz se está acostando sobre el mundo y lo dibuja a contraluz, ondula el suelo y el tiempo, pero yo sigo mirando la veta mineral que mancha el corazón de la roca, una cruz negra.

—Parece un mal presagio —digo.

Caterina apoya una mejilla en la mía.

—¿Qué no lo es en estos tiempos?

Hace siglos en estos surcos se sembraban semillas, ahora los roturamos para acoger a los muertos.

Y entonces ¿por qué la tierra está plagada de flores y yo canto?

Porque el sol sigue calentando, las estaciones siguen sucediéndose y las madres siguen dando a luz a sus hijos bajo constelaciones luminosas. Es la vida, tan íntimamente conectada a la muerte que a veces resulta imposible diferenciarlas.

El miedo del hombre, en este inmenso misterio, es poco más que un grano de polvo que baila en la oscuridad del universo.

14

—No queda más espacio, ¿cómo os lo tengo que decir?

El capitán Colman insiste en la costumbre que más detesto, pero que a estas alturas hace que me resulte familiar.

—¿Podéis daros la vuelta? —le pregunto, paciente.

—No cambiaría mi respuesta.

—Pero os convertiría en un caballero.

Me da esa satisfacción, aunque el tiempo que me concede es solo un relámpago antes de ocuparse de otros asuntos.

—O lo hacéis o no lo hacéis, Agata. No hay otra forma de plantear la cuestión. Si os parece una petición poco razonable, decídmelo y no lo penséis más. Nadie os obligará, pero no me hagáis perder más tiempo.

—Sabéis muy bien que ninguna de nosotras se negará —insisto.

—Y esto es lo que a vos os resulta intolerable.

—Lo intolerable, comandante, es que, a pesar de saberlo, no os hayáis abstenido de pedirlo.

Deja de rebuscar entre los papeles. No quiero saber qué está escrito en esos telegramas, qué órdenes harán que las noches de estos hombres sean insomnes.

—Ya que estamos librando una guerra, ¿por qué queréis empezar otra conmigo? —me pregunta, los dedos manchados de tinta apoyados sobre la mesa.

—No es esa mi intención.

—Pues entonces no os entiendo.

—No encuentro las palabras para explicároslo.

Se levanta.

—Y, pese a todo, parece que nunca os falten.

—Al contrario. Me faltan hasta en exceso, creedme.

Da la vuelta alrededor de la mesa e interrumpe un rayo de sol que por un momento le devuelve la juventud que la guerra ha arrebatado a todo el mundo.

—Tenéis razón, es una terrible petición y no estoy orgulloso de ello —dice abriéndose de brazos—. He tenido que tomar muchas decisiones discutibles desde que estoy aquí y esta ni siquiera es la peor. Todos los días envío a que mueran a chicos de veinte años, Agata. *Esto* es insoportable.

Él los envía a que mueran, a nosotras nos pide que los recojamos.

Hoy me he dado cuenta de que la nueva misión a la que el doctor Janes se refería en su carta no era la construcción del cementerio, sino su ocupación.

Siento que los hombros se me bajan, a pesar de mi esfuerzo por mantenerlos erguidos.

—Solo me gustaría…

—¿Qué?

—Una mayor…

—*¿Qué?* Por el amor de Dios, Agata. Decidlo ya y libradnos a los dos de esa preocupación.

—Me gustaría que se nos tuviera una mayor consideración, capitán Colman.

Abre los ojos como platos.

—Ya la tenéis —asegura.

No soy capaz de mirarlo. No sé por qué, pero de repente lo que siempre me han permitido ser no me resulta suficiente.

El comandante carraspea.

—En el caso de que os lo hubierais preguntado, me la comí: me comí esa media patata —dice.

No levanto los ojos de la punta de sus botas. Dan otro paso adelante.

—Hice que me durara hasta el día siguiente, y durante todo ese tiempo me pregunté cómo lo hacíais. Sois mujeres de una fuerza insospechable.

—La fuerza parece ser nuestra condena —respondo de improviso.

—No me refiero solo a la prestancia física, Agata, sino a la determinación, a la audacia, al valor. No sois diferentes de mis mejores oficiales destinados a primera línea, y si a veces os parezco brusco es porque no hago ninguna diferencia entre vosotras y ellos.

Levanto la vista.

—¿Iguales?

Sonríe.

—A menudo mejores.

Asiento.

—Que, por lo menos, no nos entreguen los cuerpos de los pocos que conocemos —le pido—. Y que los otros estén ocultos a la vista.

El comandante vuelve a colocarse detrás de los papeles.

—Se hará del modo en que nos pedís —asegura, y lo dice como si un vínculo nos uniera, como si fuéramos cuerpos de un mismo engranaje que en apariencia crujen y se empujan mutuamente, pero que en realidad generan el movimiento que lleva a estas defensas a resistir y a las fosas a ser llenadas. Rotamos porque no podemos hacer otra cosa. Rotamos porque dentro de nosotros, en algún cobijo que no queremos explorar, se arremolina, igual y opuesta, la necesidad de hacerlo. Es difícil admitir que podamos encontrar la plenitud en la tragedia.

Nos despedimos con un gesto de la cabeza y una mirada púdica a las cosas de la vida en las que nos hemos reconocido.

Fuera del puesto de mando, la tienda de campaña que aún alberga la furrielería ondea al viento como la vela de un barco. No he visto nunca el mar, pero me imagino que el aislamiento que se experimenta en estas cimas no quedará lejos del que impone el océano. Las montañas son gigantescos transatlánticos en rumbo de colisión sobre la línea de un confín. Como en un barco, aquí hay que aprender a bastarse a uno mismo, a domar las necesidades, a llevar a cabo nuestra tarea diaria para que la de los demás no sea en vano.

Aún no he podido reunirme con el doctor Janes, pero puedo entreverlo por un momento caminando detrás de una camilla. Lo escoltan dos soldados, uno de ellos lleva una bandera blanca en la

mano. Aprieto el paso y lo llamo, pero el grupo marcha veloz hasta hundirse en las trincheras.

—¿Adónde van? —le pregunto a Caterina, en cuanto llego junto a las demás. Ellas también están mirando el punto por donde ha desaparecido la procesión.

—A canjear un austriaco por un italiano —responde, con la mano presionándose el abdomen desde esta mañana—. El doctor ha dicho que es una práctica común, que no nos preocupemos.

Una vida por otra, un trueque en tierra de nadie. Dios está ausente y el hombre intenta como puede ocupar su lugar.

—Deberías pedirle al doctor Janes que te visite —le digo.

—¿De qué me serviría? —suspira—. Sé lo que le pasa a mi hígado. Puedo llamarlo por su nombre, ya se llevó por delante a mi padre.

—Tal vez deberías ahorrarte el esfuerzo de la ascensión, Caterina.

—¿Y quedarme en casa esperando? No.

Es una mujer sola. En ella veo mi futuro.

—¿Están listas las patatas? —le pregunto.

—La cáscara casi se desprende. Dentro de un par de días.

—Te ayudaré a recogerlas —le prometo.

Solo ahora me fijo en el hombre sentado a horcajadas sobre los barriles. Es el único, aparte de nosotras, que no lleva uniforme, y sus canas desentonan entre tantos jóvenes soldados. Sostiene un paquete de cuero sobre las rodillas y un carboncillo entre sus dedos negros. De tanto en tanto levanta la mirada hacia nosotras.

—Es un pintor —susurra Lucia, dándole la espalda—. Y lo único que hace es mirar hacia aquí.

—¿Un pintor?

—Viene de Venecia, se quedará un par de semanas, para conocer la vida en el frente. El comandante lo mandó llamar.

—¿Colman? ¿Y eso por qué?

—Le ha encargado un cuadro para la capilla.

No tengo tiempo para reaccionar ante la noticia de un espíritu tan polifacético oculto en algún lugar dentro del comandante, porque un cabo nos reclama de nuevo con el silbato. Es hora de marcharse, pero, en contra de lo habitual, ninguna de nosotras muestra el menor entusiasmo ante la idea de iniciar el descenso.

La carga del cuévano parece hecha de plumas, los soldados se han asegurado de no llenarlos con nada más que las camillas que llevaremos por parejas hasta el pequeño hospital de campaña de Paluzza. No habrá urgencia en nuestros pasos, porque no hay ningún aliento que caliente las mantas. Hoy no habrá canciones, sino el rezo del rosario. Maria ya ha empezado a pasarlo. Llevará ella las cartas del mando, que ocuparán el lugar de los hijos y de los maridos en las familias a las que lleguen.

El capellán castrense ya ha bendecido los restos mortales. Las gotas de agua bendita han brotado como flores de plomo en las telas y se mezclan con las de la lluvia que empieza a repiquetear. Por ahora es escasa, pero hacia el oeste las nubes comienzan a verse cargadas.

Viola y yo somos las últimas, ella espera a su artillero. Con el nuevo crepitar del horizonte, la conmino a marcharnos.

—Un minuto más, solo uno —susurra, con la mirada fija en el agujero negro de una trinchera.

—La tormenta está cerca.

—Guglielmo vendrá. De aquí no me voy sin verlo. —Late en ella una desesperada necesidad de vivir. Entre nosotras, la litera acoge un fardo de mantas y cuerdas que fue un soldado. Tan cerca de la muerte, no pedimos más que algún reflejo de un futuro posible.

Me resigno a esperar, mientras Viola recita el nombre de él en una oración cada vez más rabiosa, como el viento que silba, enreda el pelo, trae una tormenta. Levanto la cara al cielo y una gota fría cae sobre mi frente. Por encima de nosotras refulgen los relámpagos que me provocan mareos. Es un torbellino de sílabas cortadas. Oigo el tañido de una campana lejana, pero tal vez solo sea el latido de mi corazón en el costado, convertido en una cueva.

—Viola —la llamo.

Su boca sigue invocando ese nombre sin cesar, pero el agujero continúa siendo negro.

Los relámpagos vuelven a desgarrar el cielo, tan cerca que puedo notar cómo rascan mi piel. La aferro por la muñeca y estoy a punto de tirar con fuerza de ella cuando por fin aparece él, abriéndose paso entre uniformes todos iguales. El artillero alcanza a Viola y,

delante de ella, le entrega un fardo de ropa para hervir, junto con una sentida petición:

—¿Mañana me traeréis otra bomba para el obús?

Los labios de Viola tiemblan.

—¿Nada más? —consigue preguntar.

Alguien lo llama y el joven se despide sin responderle siquiera.

Siento pena por ella, siento pena por todos los cachorros de esperanza que morirán de hambre.

—Estoy bien —dice cuando le rozo un hombro.

—¿Preparada? —le pregunto.

Parece que por fin se despierta.

—Nunca lo estaré —responde, y su mirada se posa de través sobre la camilla.

Caminamos alrededor de la misma, con las faldas crujiendo. Agitadas por la tramontana, iluminadas por los relámpagos, llamamos a la tormenta y olemos a hierba y a bosque.

Levantamos la camilla. Así que esto es lo que queda de un muchacho, un peso que echa por tierra toda intención de ignorarlo, que tiembla con nuestros pasos y nos hace inclinarnos hacia abajo, como para pedirnos que lo cojamos en brazos.

Te voy a llevar abajo, pienso. Te sacaré de aquí y te pondré bajo tierra. Nació de un vientre y a otro vientre volverá, pero oscuro y frío.

El grupo nos ha dejado atrás, solo Maria nos espera en el camino. Sigue rezando, mueve los labios en silencio, rápido, y bajo el gris purulento de la tempestad me inquieta. Me inquieta la forma en que ha comenzado a mirar estas montañas en los últimos días, como si viera moverse en ellas cosas que no se atreve a contar. Cuando era niña su abuela le besaba los ojos, decía que eran santos. Ahora creo haber entendido el porqué.

Maria, tú los ves. Los ves como si aún estuvieran con vida.

El cielo llora violencia. En unos instantes, la ropa está empapada, el estruendo de la pared de agua se traga cualquier otro ruido, mientras la roca parece resquebrajarse y nuevas cataratas brotan con un estrépito alarmante. La tierra tiembla, hasta ese punto llega el empuje que se abate sobre ella.

Caminamos a duras penas entre las rachas: los pies resbalan, las manos aprietan. Nuestro pelo es una red que nos gotea delante de los ojos y el frío se ha abierto paso en nuestro interior.

Las telas húmedas dibujan el perfil de un hombre que ahora ya se ha hecho evidente, y yo empiezo a percibir su presencia, surgida del capullo como si la muerte fuera solo otra forma de vida. Me habla con su corazón mudo, presiona con su pecho inmóvil contra el mío. Es un eco al revés, que reclama para sí mismo toda la respiración del mundo, incluida la mía.

—¡Agata!

El grito de Viola me sorprende con un pie ya en el abismo. El sendero se derrumba y yo con él. Siento el vacío, el viento que me azota, mis dedos aferrados a la litera. Oigo a Viola gritar más fuerte, un asidero bajo mis pies, la desesperación que me empuja a tantearlo. El punto de apoyo se sostiene y yo subo, mientras la carga se desliza un poco más abajo. Viola le suplica a Maria que nos ayude, pero ella ni siquiera nos mira. Lo mira a *él*.

No iré, pienso. No iré abajo contigo. Pero el chico tiene la fuerza de la gravedad, de la pendiente que lo arma con un poder adverso al nuestro, y nosotras perdemos el equilibrio.

—¡Agata! —me llama de nuevo Viola.

Los ojos en los ojos, reconocemos la una en la otra la parte salvaje que nos impulsa a soltarlo y a dejarlo caer. Dentro de mí ya lo veo caer, lentamente, como caen las cosas sumergidas en el agua. Una zambullida abajo, entre las grietas, el debilitamiento de las ataduras apretadas por el sentido del deber. Y sé que Viola también lo está viendo con su propia imaginación. Es solo un cuerpo, nos estamos diciendo.

Pero ese mirarnos la una a la otra también nos recuerda con prepotencia nuestra humanidad, y la loba que se estremece en nosotras para sobrevivir regresa a su madriguera con un aullido. Esta vez ha perdido el combate.

Con un último esfuerzo desesperado apretamos los dientes e izamos el peso, entre un desprendimiento de piedras y de barro se lo arrebatamos al abismo dando un golpe de riñones que nos parte el lomo y nos hace gritar. Nos apartamos del precipicio,

arrastrándolo como podemos, y, solo cuando estamos seguras de que el suelo a nuestros pies aguantará, nos dejamos ir, tumbadas, con las bocas abiertas de par en par en busca de aire y llenándosenos de lluvia.

Maria deja de rezar. Dios está cada vez más lejos.

15

La tormenta se introducía sibilante por entre los barrancos, era una sinfonía furibunda. Podía reconocer todos los instrumentos de la naturaleza perfectamente afinados: los arcos hechos de ramas, con sus primeros y segundos violines; los violonchelos y los contrabajos, más cargados de follaje. En ciertos momentos de aparente calma, emergían las flautas traveseras de las corrientes que ascendían por la quebrada, pero el sonido rápidamente adoptaba los tonos ásperos de las trompas y del oboe. Y luego la percusión, cuando las rachas de viento chocaban contra las rocas.

Pensó otra vez en su padre, que como admirador de Vivaldi en aquello habría reconocido en cambio el presto *del* Verano*.*

Era un recuerdo que se remontaba a una vida anterior, a otra existencia. Viena y las comodidades modernas eran luces más distantes que las estrellas, y él se frotaba las manos sobre una precaria llama, al abrigo de una lona extendida entre los bordes de un risco, como un salvaje.

De salvaje siempre había tenido un corazón y un temperamento que en repetidas ocasiones le había causado problemas en la refinada y rancia sociedad de la que procedía, pero que también lo había salvado en aquellos días de guerra. La medida de las cosas y de los sentimientos había cambiado. Permanecía lo esencial. Incluso su familia parecía estar lejos de su corazón, se preguntaba continuamente si al final de la guerra sería posible recuperar aquel calor.

Limpió entre los labios la cuchara sucia de rancho y se reflejó en el hueco demasiado opaco: no logró reconocerse ni reconocer la herencia de la estirpe que lo había engendrado. Su abuela había sido

una princesa y él ahora solo era una cara manchada de barro, uñas negras y poco más.

Formaba parte de la «Juventud de Hierro», pero se sentía viejo. El cuartel lo había domado y forjado para ser un héroe, pero él solo se sentía un superviviente.

Tiró los cacharros y borró de su mente la imagen del muchacho que había sido. Ya no tenía sentido demorarse en ello. Buscó otra en el bolsillo interior de su chaqueta, la visión de un futuro diferente: era una postal con los bordes desgastados que reproducía la silueta de un transatlántico. A lo largo de las coordenadas en las que la había doblado y vuelto a doblar, surcos blancos habían ido erosionando los detalles del dibujo, pero la composición seguía manteniendo la promesa de una aventura grandiosa. Pasó un dedo por el papel, tan húmedo que parecía piel. Aquel viaje podía ser un nuevo inicio donde la sangre derramada no podría alcanzarlo: se habría dispersado por el océano, diluida y mezclada por olas tan altas como edificios, hasta desaparecer. Ahora incluso ese proyecto de vida le parecía tonto y vacío. El frente transformaba a los individuos en pelotones, a chicos despreocupados en soldados toscos y crueles. Ismar había visto matar y había matado. Esos muertos le colgaban encima como medallas sin gloria; temía que ni siquiera al final de la guerra sería capaz de desnudarse de ellos.

Sacó del bolsillo un regalo que le había hecho un sargento polaco. Era un hombre con largos bigotes y una fe inquebrantable. Una noche le puso un pequeño crucifijo entre los dedos.

—Hace días que te observo —le dijo tan solo, cuando él lo miró interrogativo.

Karol, se llamaba, y había visto el más negro abismo en él.

Un ruido lo sacó de sus reflexiones. Se puso en alerta, con el fusil en las manos y la espalda contra la roca rezumante. Con una bota apagó el fuego y esperó en la oscuridad. Había sido poco más que una caída de grava sobre su cabeza, pero la vida salvaje lo había acostumbrado a lo que era natural y a lo que no. Incluso el rodar de una piedra por la pendiente podía explicar muchas cosas sobre su origen.

Permaneció inmóvil largo rato, como el depredador en que se había convertido, pero aparte de la ira de Dios nada parecía transitar esos senderos.

Con el arma al hombro y el cuchillo en una mano, trepó hasta la boca de la grieta. El alambre que había tendido entre las piedras estaba en su sitio. Observó la lluvia, escuchó el aullido de la montaña. Allí afuera no había nada más que viento y agua. Regresó a la guarida, cubrió la entrada, pero no volvió a encender el fuego.

En aquella profunda sombra, por un momento le pareció oír el grito de una mujer.

16

Cuando llegamos al valle, nos dejamos secar por el sol, con los chales anudados a la cintura, el pelo suelto. La tempestad es ahora solo un sombrero de nubes arremolinadas sobre el Pal Piccolo, pero ha dejado una red de arañazos en mis brazos. Hemos vuelto al calor del fondo del valle, donde las bandadas de pájaros siguen siendo dueñas del cielo. La luz es cegadora, los campos desprenden su perfume. Resurjo a la vida como Perséfone durante la primavera, abandono el reino de los muertos hasta mi próximo descenso al Hades, que para mí será un ascenso.

Tan cerca de casa, el peso de la camilla se nos hizo ligero, las palabras atrofiadas se convirtieron en cháchara.

A lo largo del arroyo, nos cruzamos con niños que juegan a perseguirse entre salpicaduras luminosas. Me lleno de su vitalidad, la siento bailar sobre mi piel en volteretas infantiles. Los niños nos rodean jugando a ser caballeros descalzos, con ramas en lugar de espadas y un perro sin orejas como único corcel. Me apresuro a arrojar mi chal sobre la litera, para que no adivinen la carga, y dejo que nos escolten hasta el pueblo. Con ellos está también Pietro, sentado con las piernas colgando en el puente.

—¿Y tu madre? —le pregunto.

Levanta la vista del libro que está leyendo. Reconozco la novela que le presté antes de que estallara la guerra.

—Ha pasado ella también con una camilla, pero no ha ido hacia el hospital.

Mira la camilla, no nos pregunta qué llevamos. Se levanta y nos acompaña.

—¿Te gusta el libro? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Es bonito.

—¿Pero…?

Le da una patada a un guijarro por el camino.

—Francesco dice que no debería perder el tiempo estudiando, que así no ayudo a mi madre —confiesa.

Al oír ese nombre, Viola ni siquiera se gira. Creo que es una buena señal.

—¿De verdad? ¿Y qué deberías hacer, según él? —le pregunto, conteniendo mi irritación.

—Espabilarme. Ponerme a trabajar. ¡Pero ya le he dicho que solo leo cuando he acabado todo lo que tenía que hacer!

—No lo escuches. ¿Me has entendido?

Asiente con la cabeza, pero parece abatido. Tendré que volver a hablar con él, lo antes posible.

En Paluzza, los soldados ahuyentan a los niños con aire bonachón y nos piden la placa de identificación del chico. Viola la ha guardado en el bolsillo de su delantal y se la entrega sin mirarla. Nos dicen que vayamos a la rectoría, donde nos reunimos con las demás. Algunas ya se han marchado, otras se ponen en camino hacia sus casas.

Dejamos la camilla, la espalda nos cruje tras horas de tensión.

—Me gustaría quedarme, pero los niños me están esperando —nos dice Lucia con los ojos húmedos—. He preparado a dos.

La caricia que deja en mi cara y en la de Viola es un gesto de ánimo que no entiendo, pero que Viola parece comprender a la perfección. La veo negar con la cabeza, mientras se ciñe el chal, ahora ya casi seco.

—No voy a poder hacerlo —murmura, y las palabras suenan como una petición de perdón mientras pasa por mi lado sin cruzarse con mi mirada.

Lucia duda, le cuesta salir y yo quisiera decirle que deje de sentirnos a todos como si fuéramos sus hijos, que eso le hace daño, que la está consumiendo.

—Si puedo, volveré más tarde —promete, antes de irse.

En el claro crepúsculo de verano me quedo sola con un muerto delante del cementerio de la iglesia. En el campanario, las grajillas se disputan una presa con aleteos negros y sedosos.

—No me abandones a mí también, eh.

Me giro a tiempo para ver la preocupación del padre Nereo enmascararse con una sonrisa.

—Ahora ya no me es posible —respondo.

El estallido de su carcajada era un recuerdo lejano en estos lugares.

—Vamos, llevemos adentro a este pobre desgraciado.

En la rectoría lo aguarda una mesa. La han despejado, con una sábana extendida encima como mortaja, una palangana llena de agua y un paño ya humedecido. No hay más cadáveres, imagino que están esperando delante del altar.

Dejamos la litera en el suelo. Desatamos los nudos, enrollamos las mantas hasta las caderas. No más abajo, porque sería inútil demorarse con los ojos. No lo desnudamos, no tendríamos nada con que cambiarlo y, al fin y al cabo, es justo que sea enterrado con el uniforme que honró.

Abro los bordes y descubro su rostro. Qué joven es. Me gustaría consolarlo y darle calor a su palidez.

—Puede sentirte, si le haces una caricia.

Miro al padre Nereo.

—No, no lo creo, padre.

—¿Y tú qué sabes?

Siento que una ceja se me dispara hacia arriba.

—Nadie ha vuelto nunca para explicarlo —replico.

—Vergüenza, vergüenza, vergüenza. Siempre has sido una devota rebelde.

En su voz hay orgullo de un padre putativo.

Al final, le hago la caricia, tengo que tocar a este chico abandonado por la vida. Mientras el padre Nereo le peina el pelo hacia un lado, yo le lavo las manos y la cara con el paño mojado en agua de la fuente. Hago como que no me doy cuenta de los claros caminos que las lágrimas han abierto sobre sus pómulos. Los borro, lo entrego sereno al paraíso.

¿Tuviste miedo?, le susurra mi corazón. Ya no tienes motivo para tenerlo.

¿Sufriste? Te has liberado del dolor.

No estás solo. Te acompañaremos.

Le ponemos bien su uniforme, recomponemos las manos entrelazando sus dedos. Colocamos el sombrero con la pluma sobre su pecho.

—Ya te puedes ir, si quieres —me dice el padre Nereo.

No, no me voy a ir. Llevamos al joven con sus compañeros ante el crucifijo con siglos de antigüedad, asisto a la bendición y rezo una oración, aunque sean otras las palabras que me gustaría decirle a Dios. Las mastico en silencio, las trago con los ojos cerrados. El olor del incienso, de las velas y del pasado cubre el de la muerte.

Hasta la puesta de sol, es un trabajo tenue de palas y de cuerdas, un ir y venir encorvado desde la rectoría hasta el cementerio. Al final, llega la noche con el púrpura de los cardos depositados sobre la tierra removida de las tumbas.

Tengo la impresión de que he enterrado también algo de mí misma en el fondo de estas fosas. Algo de mí que ya no respira.

17

Me lleno las manos con los músculos de mi padre. Los aliso, los estiro y los comprimo. Parecen escabullírseme debido a la pomada, pero es un engaño que dura el tiempo de secado. Si presiono un poco más, noto el hueso. Quedan lejos los días en que su cuerpo dominaba estos bosques, asestando golpes que derribaban abetos centenarios, y tal vez sean solo un sueño aquellos en que, feliz, me columpiaba colgada de su brazo.

No logro evitar la idea de que los músculos invisibles que nos sostienen no son muy distintos de los que están hechos de carne. Crecen con nosotros, se mueven para realizar saltos de voluntad y se tornean con el ejercicio del dolor. Se pueden desgarrar y, hoy, he sentido ese desgarro más que nunca.

Visto a mi padre con los gestos consumados de un ritual. Huele a niño y lo voy acompañando de la mano hacia una nueva vida, cada día un paso. Mi madre lo decía: el nacimiento y la muerte pertenecen a las mujeres.

Extiendo sus brazos sobre las almohadas, creo un círculo en el que me refugio y los cierro a mi alrededor. Me consuela encontrar inmutable la voz de su corazón: es un pulso que rebulle de vida. Su pecho sigue siendo un nido cálido.

—He hecho cosas que nunca pensé que haría —confieso—. He visto lo que es morir a manos de otra persona. —Paso su mano por mi pelo y espero un consuelo que no puede llegarme.

He aprendido en los libros que la realidad es nuestra interpretación personal de los hechos. Tejemos sin cesar una tela con personas y cosas, arreglamos las arrugas con las opiniones o las creamos con las dudas. Cortamos y cosemos, confeccionando con

los pensamientos nuestro pequeño mundo, en el que nos contamos quiénes somos y quiénes son los demás, pero por definición el punto de vista de un personaje nunca es fiable, aunque sea el del protagonista de la historia.

Así que me resulta más fácil aceptar la impresión que me sugiere el inevitable silencio de mi padre: la de ser la antesala de una revelación —mi revelación—. Su silencio me desafía para que pronuncie las palabras que he guardado para mí, casi como si se obstinara en no volver a dirigirme las suyas hasta que llegue ese momento.

Una vez más, estoy narrando y, pese a todo, acepto este pacto como si mi padre fuera la contraparte, y no yo misma.

Dilo, Agata, y tal vez esta noche la conciencia no llamará a tu sueño, no descortezará tu voluntad de olvidar hasta deshilacharla, hasta tejer las nervaduras del remordimiento para hacer jaulas.

—He visto a jóvenes destrozados por las bombas —susurro—. Al otro lado de las trincheras debe de ser lo mismo. Entierran a chicos destrozados, papá. —Aprieto con fuerza su mano en la mía—. Los he matado yo también un poco.

18

El dolor me despierta. Me laten las sienes, una cadera me presiona contra el borde de la cama; me he dormido en la silla, encorvada sobre mi padre. Duerme con una expresión serena, pero necesita que lo limpien.

Es de día, un descubrimiento que me hace dar un respingo sentada, los ojos pegajosos por el sueño, hinchados hasta hacerme notar su peso. Desde que dejé de ser una niña me he estado anticipando al amanecer.

Alguien aporrea la puerta. Reconozco la vehemencia y la voz que se alza graznando improperios.

Corro a abrir. La vieja clava en mí sus ojos lechosos como si supiera el punto exacto donde cruzarse con mi mirada.

—¿Se ha muerto tu padre por fin? —me pregunta.

—¡No!

—¿Y entonces por qué sigo aquí afuera esperando?

—Perdóname, estaba agotada.

Entra arrastrando las enaguas claveteadas con agujas de pino. Esparce por el aire el olor de la pipa fumada nada más despertar: ya no es tabaco, sino hojas de nogal y polvo de genciana, como es costumbre ahora en el valle. De su cadera cuelga una bolsita con medicinas, frascos que tintinean a cada paso, junto con el bastón.

—Yo, en cambio, no me canso de venir aquí todas las mañanas para curar a quien ya no puede ser curado —se queja.

Me apresuro a ponerme mis *scarpetz*.

—Tus manos son muy valiosas, necesita moverse. No he tenido tiempo de lavarlo —digo.

Se detiene. De espaldas es un bulto negro, y en el tejido de su chal hay plumas minúsculas apresadas; sus barbas blancas parpadean como si tuvieran vida propia. La vieja emite un sonido con los labios que nunca he sabido descifrar: un chasquido que termina en una succión.

—Te costará cinco liras más —anuncia.

—¿Cinco liras? ¡No tengo cinco liras!

—Oh, a mí no me vengas mendigando, listilla. Sí que las tienes.

Camino a su alrededor, busco su cara ajada. Quiero que sepa de dónde le llega mi voz.

—Necesito tu ayuda, solo por esta vez.

—Y la tendrás. Por cinco liras más.

Suspiro.

—El agua está en el barreño de la mesa. Caliéntala, no la uses fría. Ya sabes cómo hacerlo, conoces esta casa. —Por cinco liras, hasta puedo dar órdenes. Le pongo entre las manos la ropa limpia, que deja caer. La recojo y se la vuelvo a poner a la fuerza en sus manos—. Hoy me pagarán el viaje y cuando regrese tendrás tu dinero.

Me acompaña hasta la puerta. Cuando las bisagras chirrían, su sonrisa burlona es un barullo de viejos huesos y de pulmones maltrechos que crece poco a poco.

—Me temo que ninguna de vosotras va a subir hoy. —Se ríe—. Y el domingo, las campanas doblarán.

—¿Qué quieres decir?

Mantengo la mirada en los pocos dientes que le quedan a la sanadora: se abren y se cierran, y pronto soltarán desgracias desde ese antro que apesta a sepultura. Con el hocico parece estar siguiendo algo en el aire, hasta mí.

—¿No la oyes? —musita, una mano ahuecada sobre la oreja—. ¿No oyes los gritos de Viola?

Miro hacia fuera.

—¡Corre, Agata! Corre, aunque de todas maneras llegarás tarde.

Pronto dejo atrás su carcajada, tal es el ímpetu que anima mis piernas. Me precipito por el camino que desciende hacia la casa de

Viola y frente a la empalizada me aferro para no caerme. Su madre está en el huerto.

—¿Viola? —pregunto, jadeando.

Deposita los cubos de agua en el suelo y se lleva una mano a la frente.

—Fue a llamarte cuando todavía estaba oscuro —responde—, pero luego bajó sola a Paluzza. ¿Qué te ha pasado?

Corro a toda velocidad y en Paluzza encuentro la plaza en ebullición. Por fin oigo los gritos: no proceden de Viola, sino de una mujer que parece reconocerme. Se está arrancando el pelo, arrodillada en el polvo. Me acerco a las mujeres que la rodean sin intentar consolarla. No hace falta preguntar.

—Ha perdido al único hijo que le quedaba. Saltó sobre una mina, en el Carso.

—¿Giulio? —pregunto.

—Así es. Ni siquiera recuperará su cuerpo.

Giulio y yo éramos compañeros de colegio. Solo ahora veo la carta en el regazo de su madre, la escena es una Anunciación al revés. Me gustaría decirle aunque fuera solo una palabra, pero soy incapaz, el pudor me lo impide. El duelo es un acto íntimo que exige soledad, es la realización de una cesura que requiere pasos lentos. A veces, toda una existencia. El chal de mi madre estuvo colgado en la rama del peral durante semanas, antes de que mi padre encontrara el valor para enfrentarse a su aroma.

Estaba clavado por el amor al «antes», sabiendo que ya no habría un «después», no para ellos dos.

La madre de luto me aferra la mano, violenta. Mira al suelo, la voz es dura, como si viniera precisamente de allí.

—He perdido un hijo. Hay quien ha perdido a su prometido. Al final somos lo mismo: vientres vacíos.

Entonces la oigo, oigo a Viola. Reconozco el grito con el que me llama. Aflojo la presión de los dedos que quisieran ceder su propio dolor clavando sus uñas en las existencias de los demás. Sigo el lamento hasta la enfermería número 88, justo cuando Caterina está saliendo de allí. Me ve y niega con la cabeza, una mano sube para taparse la boca. Sus ojos parece que van a salirse de las órbitas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Lucia se une a nosotras y responde por ella.

—Una misión, en horas nocturnas —dice—. Una carnicería.

—¿En el Pal Piccolo?

—Sí. Hoy no se sube.

—¿Dónde está Viola? —Me voy abriendo paso entre el trajín de camillas y carros de medicinas, entre esas nuevas mujeres-ángeles vestidas de blanco llamadas enfermeras. Las veo caminar rápidamente y desaparecer detrás de las mamparas, hablar con los médicos y consolar a los familiares. He leído en los periódicos sobre el veto de la Iglesia a su presencia en los hospitales de campaña: demasiada desnudez masculina expuesta a sus miradas. Pero estos no son tiempos púdicos y hasta el santo padre se ha visto obligado a llegar a un acuerdo con los montones de muertos y heridos que produce la guerra. Estas mujeres son necesarias aquí donde están.

Me dejo guiar por el olor de la sangre, el gemido de Viola ha cesado. Cuando la encuentro detrás de un tabique, me gustaría darme la vuelta y marcharme de aquí.

—Viola, ven conmigo —me obligo a decir y, como Caterina, me llevo una mano a la boca. Con la otra busco su hombro y la atraigo hacia mí.

»Déjalo —insisto, cuando ella opone resistencia. Esos ojos opacos los he visto solo en quien ya estaba muerto, pero ella respira, agarra con fuerza lo que queda de su artillero.

Si se queda, se volverá loca. Desato el abrazo que la une a él, sin conceder nada a la piedad o a la repulsión: introduzco mis dedos entre ellos, me la llevo lejos, ignorando el grito feroz que hincha su garganta y sus venas. Ese grito es para mí. Una exhortación a que no los separe.

Luchamos hasta que Lucia y Caterina me ayudan a sacarla del hospital de campaña; entonces se desploma entre mis brazos y empieza su llanto. La acuno, la lleno de besos y palabras que, soy consciente, ni siquiera oye.

Desde la plaza, su madre y su padre la llaman asustados. Deben de haber bajado al pueblo detrás de mí.

Cuando llegan a nuestro lado, les cedo el abrazo a Viola y me alejo mareada. El equilibrio se rompe de nuevo. El impulso vital de Viola alimentaba el mío.

—¡Agata!

Amos corre hacia mí y enseguida me fijo en su abultada mochila, que se agita con cada zancada.

Mi primo me aferra.

—Qué suerte haberte encontrado —jadea—. Me marcho, solo tengo tiempo para un abrazo.

La noticia y su entusiasmo me confunden.

—Me envían al Carso, han aceptado mi solicitud de traslado —dice —. Voy a luchar.

Me gustaría preguntarle qué cree que hemos hecho hasta ahora.

—¿Y quién se queda aquí? —pregunto.

—Te enviaré noticias —promete—. Se está haciendo historia, Agata.

Me miro las manos.

—La historia es un relato que pide ser escrito con sangre —observo, triste.

Amos se da cuenta de lo que está manchando mis dedos y baja la voz.

—No son tiempos en los que se pueda pensar en el individuo. Cuídate.

—¡Espera!

—Dime, deprisa.

—¿Qué pasó anoche en el Pal Piccolo?

Mira a su alrededor, circunspecto, pero nadie nos presta atención.

—Un oficial encontró un tramo de trinchera desguarnecido, durante su recorrido de inspección, justo donde las líneas enemigas están más cerca de las italianas.

—¿Desguarnecido? ¿Quieres decir que estaba abandonado?

Amos casi escupe la palabra.

—Traición. Nos traicionaron, Agata. Trece de ellos se pasaron al enemigo. La noticia fue inmediatamente telegrafiada a los mandos superiores, los desertores fueron identificados y condenados en rebeldía por el Tribunal Militar. ¿Sabes qué significa eso?

Niego con la cabeza.

—Si vuelven a poner un pie en Italia, los aguarda el pelotón de fusilamiento.

Al decirlo, aferra con fuerza su fusil. Pienso de nuevo en lo que he visto en el hospital.

—¿Y qué hay de esos jóvenes que murieron destrozados?

Amos saca una colilla del bolsillo y se la mete entre los labios.

—El capitán Colman tuvo que limpiar el nombre de la compañía —murmura—. No había otra forma, o la habrían disuelto por el acto vergonzoso de unos pocos.

Lo agarro por el brazo.

—¿Qué ha hecho? —le pregunto.

—Formó una Compañía de la Muerte y recuperó la posición donde los austriacos recibieron a los desertores. A base de explosivos, armados con morteros de trinchera Bettica y tenazas.

La Compañía de la Muerte. Sé lo que son: un puñado de soldados que, arrastrándose en la noche hasta las líneas enemigas, cortan las alambradas y se introducen tras la retaguardia, cargados de explosivos. Soldados voluntarios, porque la mayoría de ellos saltan por los aires junto con las trincheras enemigas. Van a un suicidio.

—Tengo que irme —me está diciendo Amos—. Nos vemos de nuevo al final de la guerra, o bien imagíname feliz, en el paraíso.

Recibo su beso y lo veo mientras se marcha hacia el fin con el entusiasmo infundado de un chiquillo.

Cruzo la plaza sin sentir nada más, soy una copa vacía que pronto se llenará del único estado de ánimo que fluye aquí en abundancia, la desesperación. En mi boca revuelvo silenciosa una única palabra: honor. Me provoca rabia.

Por eso, cuando lo reconozco entre sus hombres, serio y frío como siempre lo he visto, mis piernas recorren la distancia sin que sea yo la que realmente lo ordene.

—¿Qué es el honor? —le pregunto, casi gritando.

Todo el mundo se da la vuelta, el doctor Janes apaga su sonrisa como lo haría con el resto de un cigarrillo.

Pero él, el capitán Colman, no me concede ninguna reacción.

—¿Qué es el honor? —le pregunto de nuevo, y levanto las palmas de mis manos hacia él. Es una señal de rendición a una lógica masculina que no entiendo, o tal vez sea un ataque. La sangre está seca, se oscurece, pero alguien como el comandante la reconocería incluso en la oscuridad, me digo.

Nos dejan solos, enfrentados.

—Qué es el honor —repito, y esta vez lo mío es un silbido.

—Para vos parece que es algo maligno —observa.

—No es a mí misma a quien estoy preguntando.

—¿Estáis segura de ello?

—¡Los enviasteis al matadero para recuperar el orgullo que habíais perdido!

Me callo, reacia de repente a decir una sola palabra más. Sin embargo, la reacción violenta que esperaba no se produce. El capitán Colman se saca un cigarrillo de la manga y lo enciende. Su mano derecha está vendada de cualquier manera. Es la primera vez que lo veo fumar. Da profundas caladas, y cuando responde lo hace con cierta condescendencia en la voz.

—Me preguntáis por el honor como si no lo conocierais —dice.

—Así es. No lo reconozco en lo que veo.

—¿No reconoceríais, pues, a un ser querido vuestro solo porque la expresión de su rostro ha cambiado?

—No lo reconocería si la expresión fuera feroz, en vez de orgullosa. Dudaría de su identidad.

Me observa con los párpados entrecerrados.

—¿Llorasteis anoche? —pregunta.

—No hay honor en reparar el propio orgullo sacrificando la vida de otros.

—Sí, habéis llorado. Y largo rato, a juzgar por la hinchazón.

—¿Me habéis oído?

Expulsa el humo, y tal vez ira también. La expele, para que no me llegue a través de sus palabras.

—Orgullo… Es la segunda vez que lo nombráis. Yo no sé qué hacer con el orgullo en las trincheras. Habláis de lo que no sabéis, no conocéis las razones de la guerra.

—¿Acaso las tiene?

—Varias, a decir verdad.

—¿Por ejemplo?

—¿Solo una? Os daré esa satisfacción. Suponed que un puñado de soldados deserta de su compañía y decide unirse al enemigo. Pensaréis que el fango que han arrojado sobre sus compañeros y sobre su comandante es solo figurado. ¿Me entendéis?

Asiento.

—Pues no, Agata. Ese fango es real, tan real que mancha a quienes, por el contrario, han permanecido lealmente en su lugar. Mancha con la duda, y la duda es peligrosa. En la guerra, uno debe confiar en sus hombres y en sus compañeros como si fueran padres y hermanos. Es una cadena de supervivencia. Respeto, confianza, valor: no son solo palabras. —Hace un gesto vago con la mano, como para poner otra vez en marcha la historia que ha empezado a contar—. Si el Mando Supremo comienza a dudar de la lealtad de los soldados restantes, el comandante sabe cuáles podrían ser las consecuencias: la disolución de la compañía por deshonra, el envío de sus hombres a otros frentes, separados, marcados con una vergüenza indeleble que los aislará y los expondrá a los riesgos más graves. Nadie les cubrirá la espalda.

Empiezo a entender adónde quiere llegar, pero lo dejo terminar.

—De manera que el comandante sabe qué hay que hacer. Escuchadme bien, Agata: qué hay que hacer. Se va y se brinda una muestra tangible de amor por la patria, porque el destino de los que han quedado dependerá de cómo juzguen sus superiores esa empresa. Algunos no volverán, y por incomprensible que os resulte, por brutal que os pueda parecer, esos muertos ayudarán a los otros a seguir adelante.

El cigarrillo se ha consumido. El capitán Colman observa por un momento cómo se debilitan las brasas, luego lo tira lejos. Con él, también se ha ido mi ira.

—Ahora decidme qué es el honor —le pido.

Él suspira, luego esboza una sonrisa.

—Cuando todo está perdido, el honor es la única moneda de cambio que le queda al hombre para verse reconocido como tal, y

no como un infame. Es la única posibilidad que tiene de no acabar frente a un pelotón de fusilamiento.

—No sois un idealista.

Se ríe.

—Lo soy, pero la guerra, por desgracia, tiende a volverle pragmático a uno. —Baja su mirada a mis manos y vuelve a ponerse serio—. Lo lamento por los hombres que han muerto, lamento la pérdida que ha sufrido vuestra amiga, pero la verdad es que la sangre que tenéis en vuestros dedos está bendecida, es el salvoconducto para la vida de los demás.

Reflexiono que se debería hablar con pudor sobre el sacrificio, si uno no es el primero en ir adelante, cuando noto algo inusual en su uniforme.

—Estabais con ellos —digo, con la boca repentinamente pastosa.

Se mira el pecho, como si solo ahora hubiera recordado la placa de metal que lo protege. Desengancha las correas y la deja caer. Por un momento, también cae al suelo la máscara de compostura tras la que está acostumbrado a encontrar refugio. Soy capaz de ver su abatimiento.

—¿Queréis saber qué es el honor? —le pregunto.

—Decídmelo.

—Un capitán que nunca abandona a sus hombres, ni en la batalla ni en el recuerdo.

Vuelve su rostro hacia las montañas.

—Nunca los olvidaré.

Lo sé.

El silencio al que permitimos que invada la distancia que hay entre nosotros es tranquilizador, es paz, al fin. Luego el capitán se recobra, recoge la placa y se la coloca bajo el brazo.

—Es hora de volver a subir —dice, con la voz firme otra vez—. De regreso a los puestos de combate.

—Y nosotras mañana nos reuniremos con ustedes.

Parece querer añadir una palabra, pero al final se toca el sombrero en un gesto de saludo y se marcha.

19

El estruendo de la explosión lo despertó de golpe. La montaña se había abierto e inmediatamente se había vuelto a cerrar. A veces parecía viva, gorjeaba como una criatura de lejanas épocas que hubiera sobrevivido.

Desde su puesto, había visto cómo la línea del frente estallaba en violentas llamaradas, siguiendo el cuerno de terreno que se extendía hacia las posiciones enemigas: una franja de tierra de unas decenas de metros que separaba a los dos ejércitos. Los italianos habían combatido durante la noche, se habían vengado con una acción insensata y muy atrevida, hija del temperamento por el que se les conocía: el de la gente latina, de humor variable, fácil de excitar y de abatir, enfrentada a un enemigo frío y decidido, pero capaz de recuperarse de la forma más inesperada. La resistencia al cansancio que mostraban era tan impresionante como su forma imaginativa de interpretar la disciplina. Eran imprevisibles y, por eso mismo, peligrosos.

Incluso los Kaiserjäger *los temían. Incluso él, después de aquella noche, había empezado a considerarlos de un modo diferente.*

Sus superiores le habían enseñado todo lo que sabía sobre el arte de la guerra, había aprendido que un ejército es un organismo vivo, fruto de una obra colectiva gigantesca y llevada a cabo durante varias generaciones. Era la expresión del pueblo y de la nación que lo había generado. El italiano era una criatura joven, carente de las tradiciones militares, de la instrucción y de los arsenales de los que, en cambio, presumía el Imperio; era hijo de una nación atrasada y atravesada por divisiones internas. Sobre el papel, no podría hacer nada. Sin embargo, no cedía ni un solo paso entre aquellas

montañas. Algo de la grandeza de las legiones de la antigua Roma latía dentro de aquellos hombres.

Lo que vio esa noche lo acompañaría durante toda la guerra, y quizá más allá.

Al amparo de la oscuridad, cubiertos por el murmullo de la tramontana, los italianos se deslizaron justo por debajo de las líneas enemigas y, a costa de numerosas bajas, las hicieron saltar por los aires. El comandante que los dirigía se quedó hasta el último momento, de manera que a él le dio tiempo de apuntarle, calcular la distancia, la acción distorsionadora del viento, y calcular el mejor momento para apretar el gatillo. Pero algo en el último momento lo distrajo. Ese hombre había levantado los ojos, mirando en su dirección, a través del punto de mira con el que lo estaba observando. El italiano estaba rodeado de llamas, iluminado, perfectamente visible. Y estaba mirándolo. Sabía que estaba allí, apostado en la pared rocosa que se asomaba sobre la explanada, pese a que solo el brillo de las estrellas reflejado en el metal del fusil podría haber indicado su presencia.

Pero esa noche no había estrellas y él era un punto negro encima de una hoja igualmente negra. Eso significaba que el italiano llevaba algún tiempo estudiándolo, sin duda alguna seguramente hasta el anochecer de ese día.

En un momento dado, el italiano empuñó el fusil, apuntándolo con él.

Un acto sin sentido, que lo había confundido. Nunca podría haberlo visto, así que mucho menos haberle acertado. Hasta que lo comprendió: el comandante italiano no lo estaba desafiando, sino que estaba dando tiempo a sus hombres para regresar de la retaguardia.

Le habían enseñado todo sobre la guerra, y su padre mucho sobre la caza, pero nunca se había enfrentado a algo semejante, un comportamiento tan alejado de la naturaleza animal, del instinto de supervivencia.

De pequeño, su padre lo llevó con él a una batida de caza sin fusil. Ante su sorpresa, el hombre respondió, riéndose bajo su bigote:

—Hoy observaremos, Ismar. Elegiremos nuestra presa. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos.

Siguieron las huellas de un grupo de cinco gamos hasta el nuevo escenario que las bestias habían elegido para sus peleas durante la época de celo. Eran animales orgullosos y poderosos; los habían visto dar impresionantes saltos entre las rocas chorreantes. En un determinado momento, uno de los del grupo se dio la vuelta, volviendo tras sus pasos para rechazar al último de la fila. Su padre señaló inmediatamente el ejemplar caído, un ejemplar melánico que en apariencia no se diferenciaba de los demás.

—Es nuestra presa, el miembro más débil —dijo—. La manada lo ha elegido como sacrificable. Si un lobo ataca la manada, ninguno de ellos acudirá en su defensa. Ya está condenado. Es la naturaleza, Ismar.

E Ismar aprendió pronto que el valor de esa ley se extendía mucho más allá de las fronteras del bosque.

Pero no allí, no entre esas montañas, no en el clan del comandante italiano que se plantaba delante de él como un guerrero invicto.

Ismar bajó su fusil, abrumado.

El italiano lo miró todavía un momento más, luego desapareció entre los humos del fuego, como una visión. Había cerrado la fila. Ningún herido había quedado atrás, ninguno de sus muertos había sido abandonado.

20

Han pasado semanas, las montañas son pirámides iridiscentes. No hay nada triste en las hojas que caen en otoño: los árboles ceden a la tierra lo superfluo, preparándose para el largo sueño del invierno, pero antes se adornan con el púrpura y el oro de un cardenal. Es un saludo vivaz que precede al último bostezo.

Pero, cuando caen los brotes, entonces es una enfermedad.

Esto es lo que está ocurriendo: nuestros niños han empezado a morir, a esqueletizar a las familias del valle. Nunca antes los habíamos perdido, hay madres que lloran hasta a tres. Solo puedo intentar imaginar el eco desaforado de un vientre al que le han segado sus frutos.

Creo que estar sola es una bendición, no hay nada más obsceno que tener que enterrar a nuestra propia creación. Los niños caen no por un disparo de fusil, sino por la enfermedad que acompaña a la guerra, esparciendo babas infectadas, y que como las legiones de demonios tiene muchos nombres: hambre, penurias, hambre, fiebres que devoran por dentro, privaciones. Más hambre todavía.

Muchas de esas mujeres de luto se han unido a las subidas, han llamado a las hijas supervivientes de no más de trece años y a las abuelas con los ojos resecos, desde la frontera del paso del monte Croce a lo largo de todo el curso del Bût y del Degano, hasta Val Canale y más arriba, hasta la aldea de Dogna.

Es como si la muerte nos hubiera llamado a las armas para defender la vida. No podemos esperar, ni confiar en la esperanza. A veces pienso que nosotras somos la esperanza.

Y somos muchas. Dos mil mujeres, dicen. Un batallón.

21

—Agata, *anin*.

Manos que me rebuscan en el sueño. Abro los ojos de par en par en la oscuridad. La noche aúlla, el viento dobla los viejos tablones unidos por clavos centenarios.

Es la voz de Viola la que me ha despertado, o tal vez sea la de mi conciencia. Me gustaría responder que no a ambas. Entre la paja del establo, entre los olores de las cabras flacas que la miseria hasta ahora ha perdonado, busco a tientas los zuecos claveteados. Me duelen las llagas cuando me los pongo en un gesto que a estas alturas ya es natural.

El aire huele a hielo, el invierno llama con adelanto. Me muerdo los labios partidos por los vientos de altura, en un silencio con sabor a sangre.

Anin. Vamos. Me ciño el chal.

Anin. Otra subida. Otra ascensión de horas con la humedad calándonos los huesos, la lana de los calcetines que pincha, el frío que abre surcos dolorosos en la piel y el peso agotador del cuévano. El miedo a los francotiradores austriacos que infestan como demonios blancos las extensiones de hielo del Val d'Inferno hasta Malpasso no es nada comparado con el que se siente por las avalanchas.

Me pregunto si al final yo soy algo más que este espectro. Me pregunto qué soy yo, sino una porteadora.

—¿Has dormido aquí? —me pregunta Viola.

No le digo que las bestias estaban nerviosas, que a veces encuentro consuelo en su presencia, en la relación entre madre e hijo hecha de cercanía y calidez. También Viola es un espectro, que

me mira como si yo no la viera realmente, que ya no siente más que la necesidad de volver cada día adonde fue feliz. Hay quien dice haberla visto subir al *pal* incluso de noche, con una vela en las manos.

—Tenemos que irnos, el padre Nereo nos reclama —dice.

—¿Ya ha amanecido?

—No, todavía es de noche.

Solo ahora oigo las campanas tañendo con furia. No es un canto alegre. Me levanto de un brinco.

—¿Qué pasa?

—En el morral de un oficial enemigo han encontrado un plan de ataque para las primeras horas de la mañana. Las trincheras están desguarnecidas, faltan hombres y armas. Vamos a intentar ir nosotras. Todos los pueblos se están despertando.

Me detengo.

—¿Vamos a la batalla?

—O subimos nosotras, o bajan los austriacos.

Me gustaría ver su barbilla temblando, oír el crujido de algo haciéndose añicos, pero ahora todo en ella está firme, tan quieto que la siento irremediablemente distante. Viola cree que ya ha perdido todo lo que le importaba.

—Rápido, ya te ocuparás de tu padre más tarde. —Me empuja hacia fuera, cierra por mí la puerta del establo. Me libero de su presión y echo un vistazo a la parte trasera de la casa: el huerto está reventado. La presencia que ha empezado a atormentar mis noches se vuelve cada vez más violenta, tangible. Tan cerca que puede hacer daño.

También Viola se percata de los estragos.

—Qué animal… —empieza a decir, pero entonces se fija en la puerta cerrada y la empalizada intacta. Mueve la cabeza, incrédula —. No ha sido un animal.

—Depende de cómo lo entiendas —digo—. Para mí lo es.

—¿Quién es ese desgraciado?

—Francesco.

Hubo un tiempo en que habría jurado venganza, habría ido corriendo a su padre para reclamar por mí. Hoy, se queda en

silencio.

En Paluzza, nos unimos a las demás y a algunos ancianos que están en condiciones de mantenerse de pie.

—Los niños, no —murmuro, mirando a mi alrededor.

—Solo harán una parte de la subida, luego seguiremos solas —me tranquiliza Lucia. También se encuentran allí sus hijos y cada uno de ellos lleva algo entre los brazos. Las campanas han dejado de sonar y el padre Nereo ha bajado a la plaza para coordinar las columnas de Porteadoras y habitantes del valle que pronto empezarán a ascender por los oscuros caminos de herradura.

—Deprisa, os lo ruego. Daos prisa —repite, pasando entre quienes esperan recibir la carga y los que en cambio ya están listos para moverse hacia el frente.

Oigo castañeteo de dientes, pienso que el esfuerzo nos hará entrar en calor, pero cuando por fin nos ponemos en marcha el ruido no cesa. Al menos, el hábito de los pasos calma nuestros pensamientos, incluso los niños se han vuelto mansos.

Subo con la cara vuelta hacia las estrellas. De niña, estaba convencida de que podía oír su voz, en las noches más frías, con oído atento intentaba percibir su crepitar. Fuego azul ardiendo en flechas de cristal, así es como las imaginaba, pero hace tiempo que permanecen calladas y todos mis esfuerzos por volver a ser una niña son en vano.

Sin embargo, no necesito imaginar el hielo: nos rodea, mina los pasos de quienes no llevan las *dalminis* claveteadas, se adhiere a los dobladillos de la ropa y se clava en la piel expuesta. Cuando llegamos a la mitad de la cuesta, flota entre la niebla y abre brechas hasta los pulmones.

Acallamos nuestra respiración para no ser oídos y sostenemos en nuestras manos las piedras que los que nos preceden hacen deslizar imprudentes. Bajo nuestros pies son blancas como huesos, me parecen cráneos rodantes.

Recuerdo unos versos memorizados bajo la energía perseverante de mi madre: *Guarda come passi: va sì, che tu non calchi con le piante le teste de' fratei miseri lassi*.[1]

Dante avanzaba sobre el Cocito con el mismo cuidado que nosotros; el lago con apariencia de cristal y no de agua aprisionaba a los hombres en sus transparencias, alimentado por los ríos infernales y helado por el viento de las alas de Lucifer.

Imagino a mis hermanos como los dos condenados atrapados bajo los pies del poeta; tan cerca el uno del otro como para haber mezclado sus cabellos, tuercen sus cuellos para mirarme y de sus ojos brotan lágrimas que se solidifican de inmediato, cerrando sus miradas a la vida. Si estuvieran muertos, encontraría una de sus mitades en la Caína de la cuenca infernal, entre los traidores a la familia; y la otra, en la Antenora, con los jóvenes desertores que en estas montañas le dieron la espalda a la patria.

Mi madre tenía razón, los libros hablan de la humanidad y a la humanidad, en ellos el hombre y la historia se reconocen y se persiguen, y no importa cuánto tiempo hace que fueron escritos. Son inmortales.

La despedida de los niños es desgarradora. No volverán a sus casas, esperarán nuestro regreso en la oscuridad, o huirán al bosque, en caso de derrota. Ahora tenemos claro lo que dejamos atrás, lo que impulsa nuestra necesidad de defender los límites de esta nación hasta convertirnos en parte de ella.

Miro por encima de mi hombro y veo cuerdas de antorchas aferradas a la montaña como guirnaldas. Somos muchos y vamos armados, ¿pero seremos capaces de enfrentarnos a la muerte con valor?

Hace tiempo me pregunté qué es el valor, ahora me pregunto si puede latir en estos pechos miserables, o si el instinto de supervivencia se apoderará de nosotros y nos hará huir.

Al acercarnos a la cima, apagamos las antorchas contra las piedras húmedas, pero el camino no prosigue en la oscuridad. La densa niebla refleja cada pequeña chispa de luz hasta robarle un brillo azulado a la noche.

Emergemos en el frente de entre la niebla, fantasmas mojados más asustados que los vivos. Los vigías nos apuntan con sus fusiles antes de reconocernos.

—Hemos venido a unirnos a vosotros —anuncia el padre Nereo. Dejamos los cuévanos y los morrales, el tintineo de las armas que contienen disipa cualquier duda acerca de nuestro propósito; no obstante, la incredulidad no se disipa.

—¿Qué traéis?

—Fusiles y brazos para disparar. Vamos, no perdamos el tiempo. —El padre Nereo empieza a vaciar los cuévanos. Los soldados lo ayudan y las armas pasan de mano en mano desde la retaguardia hasta las primeras líneas. Llegan algunos con los carros y cargan en ellos los proyectiles.

—Vuestra generosidad es conmovedora. —El doctor Janes se ha acercado a mí por detrás—. He venido corriendo en cuanto me he enterado.

—No es generosidad —respondo, esforzándome por sonreírle—. Allí abajo están nuestras familias.

—No sois de los que se quedan esperando.

—Ni vos tampoco —observo, fijándome que viste de uniforme y está sucio de barro.

—Había que reforzar las trincheras y ahora le toca a la enfermería. Voy a limpiarme un poco y volver a hacer lo que se me da mejor, que es lo que espera todo el mundo.

Tendrá que hacerlo durante horas, durante días enteros, después de la batalla. Y a saber por cuántos de ellos.

—¿No os quedáis a ayudarme con alguna palabra de ánimo? —le pregunto.

—¿Ayudaros? Sospecho que no seréis vos quien tenga problemas. —Me coge la mano, la acerca a sus labios y se despide con un saludo respetuoso—. Me imagino qué vais a pedirle al comandante, pero yo no sé si podría soportar veros herida. Perdonadme.

Nos indican con señas que lo dejemos todo. Un oficial que ha subido a menudo con nosotras en estos últimos tiempos reconoce a Lucia y le habla con confianza.

—Dios os bendiga, pero ahora bajad. Pronto comenzará la batalla.

—Estamos aquí para ayudar —repite Lucia, dejando caer el pañuelo sobre sus hombros para descubrirse la cabeza—. Dadnos un fusil.

Todos los gestos quedan congelados por sus últimas palabras.

—Lucia, sois ancianos y mujeres… Volved a vuestras casas, antes de que estalle aquí el fin del mundo.

—Hasta ahora las mujeres os han ayudado a resistir y los viejos han subido hasta aquí arriba: ellos también podrán apretar un gatillo, ¿no creéis?

El alpino parece perdido ante la tranquila sonrisa de Lucia, casi como si hubiera comprobado con su mano la consistencia real.

El círculo que nos rodea se expande, el capitán Colman se abre paso entre sus hombres. Él también va sucio, con la cara manchada de negro.

El oficial que ha hablado antes le señala a Lucia.

—Capitán Colman, las mujeres se ofrecen a luchar, pero esta tiene hijos.

Levanto los ojos al cielo.

—Por Dios, casi todas los tienen, y no desde esta noche.

El comandante se percata de mi presencia.

—Agata Primus.

—Capitán.

—El peligro… —insiste el soldado, pero ambos lo ignoramos.

—Lucia ha dejado a sus hijos en esta montaña para quedarse aquí a defenderlos —le advierto—, y lo mismo han hecho las demás. No vengáis a hablarnos de peligro, o de valentía. No os atreváis.

El capitán Colman despide al oficial con un gesto de la mano.

—¿Cuántas sois? —pregunta, siguiendo con la mirada la larga fila.

—No nos hemos contado. Han respondido a la llamada por todo el valle. También hay algunos hombres.

—Lo veo.

No hace ningún comentario sobre sus condiciones.

—Somos muchas, comandante. ¿Realmente queréis que nos marchemos?

Da unos pasos.

—Al enemigo le han llegado noticias sobre nuestra línea momentáneamente desguarnecida —dice en voz alta, para que todos puedan oírlo—. Atacará con todas sus fuerzas para ocuparla y el frente arderá. Piensa que es ahora o nunca.

—Piensa mal. Ya no está desguarnecida —responde Lucia.

—*El frente arderá* —repite.

—Nos encontrarán preparados —le insta el padre Nereo.

Colman posa una mano sobre su hombro.

—Padre, deberíais consolar las almas, no agitarlas.

—Para nosotros también es ahora o nunca —intervengo.

—Solo intentamos protegeros, Agata.

—Entonces dejadnos que hagamos lo mismo.

Niega con la cabeza. Ahora lo tengo delante de mí.

—Las mujeres nunca han formado parte de los ejércitos, porque los hombres no están preparados para verlas morir.

—Os equivocáis. Los hombres están preparados para matar a las mujeres. No todos los soldados se mueven por espíritu caballeresco. Sabéis perfectamente cómo terminan las invasiones…

Le tiembla un músculo en la cara debido a la fuerza con que aprieta la mandíbula.

—¿Sois capaces de disparar? —pregunta.

—La mayoría de nosotras —asegura Viola—. Somos hijas y esposas de cazadores, desde hace generaciones. Llevamos limpiando y montando fusiles desde que éramos niñas. Las otras pueden aprender deprisa.

—Disparar no significa acertar.

—¡Con esta niebla nadie puede estar seguro ni siquiera de apuntar a un blanco! —replico vehemente—. Pero, si nos unimos a vosotros, el frente de fuego estará unido y será imponente. ¿Qué hemos hecho hasta ahora que sea tan diferente a vuestras hazañas?

Me callo, no era esto lo que quería decir, pero es lo que siento.

Los ojos del comandante se dirigen a mi cara. Yo no bajo los míos.

—Capitán Colman, o después de todo esto nos considera dignas de estar a vuestro lado, o bien…

—Para mí nunca ha sido un problema si sois dignas o no, Agata. Este puesto es vuestro por derecho, lo sabéis. No seré yo quien os diga lo contrario.

—Entonces haced lo que hay que hacer.

Me pregunto si alguno de nosotros puede seguir respirando, tanta es la tensión.

El comandante tiende una mano y pide que le entreguen un fusil. Lo deposita entre mis manos, pero no lo suelta.

—El peso de esta guerra se desplaza de vuestras espaldas a los brazos —dice—. ¿Seréis capaces de soportarlo? —me pregunta.

La pregunta que se ha guardado es otra. Pienso en los niños asustados que esperan el regreso de sus madres, en mi padre, en los otros enfermos abandonados, en los animales indefensos. Podemos salvar todo esto; si es necesario, incluso podemos matar.

—Sí, lo estamos. —Es mi respuesta.

Suelta el arma.

—Mujeres en el frente —murmura—. Que así sea, entonces. Como nosotros. Iguales a nosotros.

Me quedo mirando su capa, mientras imparte a sus hombres las nuevas órdenes, quedándome con la sonrisa que le he visto ocultar, en las últimas palabras pronunciadas, eco de una conversación que ya mantuvimos y que el capitán no ha olvidado.

Viola despliega la bandera que ha cosido en los últimos días. La veo subir a un talud y conseguir que un soldado la ayude a izarla junto a la desgarrada por los vientos y por las granadas. En el oeste, brillan las luces de las antorchas: fuegos de campamento en una falsa avanzadilla, para confundir al enemigo.

El comandante se gira para llamarme.

—¿No vais a venir?

Lo sigo, el fusil al hombro, tropezando con los pies entre decenas de otros pies, codo con codo con los soldados, sacudida por un temblor que no sé a qué achacar. Hoy no solo hay miedo en mi interior, y ya no hay solo hombres en estas trincheras.

—Desde esta rendija —me dice, mientras todos toman posiciones y el desorden se convierte en un orden inmóvil a lo largo de las líneas. Preparamos nuestros fusiles, con el cuerpo apretado contra la pared de piedras y sacos de arena.

»Respirad. Os necesito con vida.

—¿Cómo podéis bromear?

—La costumbre, supongo.

Me ayuda a encontrar una postura mejor para el codo.

—Notaréis menos el retroceso.

Se ha quitado sus galones de oficial de las hombreras y los ha cosido en el dobladillo de la manga, para que no sean visibles a los francotiradores.

—¿De verdad no tenéis miedo? —le pregunto.

—El miedo no es algo malo si se sabe gobernar.

—¿Y vos lo gobernáis?

—Si me lo preguntáis, no soy convincente.

—Lo sois incluso en exceso.

—¿Qué os habría gustado hacer en vuestra vida?

La pregunta me sorprende, no sé ver qué hay más allá de sus palabras, discernir el propósito que late en ellas. Solo puedo ser sincera.

—Enseñar. —Las palabras me tiemblan en la garganta—. Mi madre era maestra. De ella aprendí todo lo que sé.

—¿Y por qué no habéis llegado a serlo? Los hombres me han dicho que han aprendido mucho de vos en estas semanas. Habéis sido capaz de hacerlo en poco tiempo.

—Lucia me ha ayudado, y Viola también ha…

—¿Por qué no habéis llegado a serlo?

No serviría de nada contar una historia que es igual a tantas otras.

—La vida suele estropear los planes —respondo—. ¿Y vos? ¿Qué más sois, aparte del uniforme?

Un silbido atraviesa la niebla y me estremezco. Proviene del frente enemigo.

—Esta es la señal para que los *Kaiserjäger* ocupen sus posiciones y se preparen. —El comandante acerca su ojo al visor—. Con el segundo, empezará el ataque.

Lo imito, pero por delante de mí solo veo nubes.

—¿Y nosotros? ¿Esperamos? —pregunto, sin reconocer mi voz.

—Nosotros respondemos. ¡Carguen armas!

La orden seca se propaga llevada de boca en boca y el parloteo metálico de cientos de fusiles desplegados resuena en el desfiladero, multiplicándose. Es el gruñido de una fiera nunca antes vista cruzando por estas crestas.

—No pasarán —me oigo decir, y ni siquiera sé si es una oración.

—Agata…, suceda lo que suceda, acabe como acabe esto, el respeto que os habéis ganado será perpetuo.

Abro la boca para responder, pero al final la apoyo en la culata del fusil.

El silencio que sigue es algo que, lo sé, será imposible de olvidar, si es que sobrevivo. En algún lugar en la niebla, por encima de nuestras cabezas, restalla la bandera del Reino de Italia, cosida por Viola. No necesito verla para tenerla delante de mis ojos. Bordado justo debajo de la cruz de Saboya, desplazado a un lado en la posición del corazón, sé que un pequeño edelweiss da testimonio de nuestra presencia aquí, entre estos hombres, en las fronteras sagradas.

La sangre me zumba en los oídos, mis sienes palpitan al ritmo furioso del corazón, pero el segundo silbido no llega. Miro al comandante, que sigue apuntando a la nada con su fusil.

—Tienen miedo —dice alguien—. Los hemos cogido por sorpresa.

Quizá ya estemos muertos y no lo sepamos, se me ocurre pensar.

—Tal vez ya estamos muertos y no lo sabemos —responde otro—. Esto es el limbo.

El murmullo se convierte en parloteo y luego en risas que estallan y enseguida se apagan.

Desde las líneas enemigas, suena con fuerza una campana. Anuncia la tregua cuando las banderas blancas no se pueden ver.

—No atacarán —murmura el comandante. Sigue siendo cauto, reacio a creer lo que no está pasando.

La niebla, nuestra presencia inesperada e imponderable detrás de la muralla blanca, la sensación de sentirse observado cuando cree ser el único que observaba, todo esto ha hecho que el enemigo desistiera de efectuar el ataque.

Permanecemos en posición largo rato, antes de que el capitán Colman decida hacernos retroceder en grupos.

—Vamos, marchaos —me dice—. Hoy nadie va a morir aquí.

—¿Y vos?

—Me quedo con las tropas de guardia.

Aparta la cara del visor el tiempo suficiente para encenderse un cigarrillo, luego vuelve a interrogar a la niebla con la pericia de un

adivino.

Me alejo, aturdida por el alivio. Se lanzan bengalas luminosas en tierra de nadie y otras se dejan caer en el desfiladero para comprobar que las tropas austrohúngaras no intentan una nueva incursión, pero en la bruma no se mueve ni una sombra. La montaña está inmóvil.

Muchas de nosotras se quedarán aquí hasta la llegada de las nuevas unidades solicitadas al Mando Supremo. En la retaguardia, me despido de Lucia con un abrazo.

—Recojo a los niños y enseguida voy a ver a tu padre —me promete—. No tienes que preocuparte.

—Gracias. Cuida también de Caterina.

—Sí, he visto que le cuesta.

Viola y Maria se quedan conmigo, junto con otras mujeres del valle. A algunas no las conozco, pero cuando se cruzan nuestras miradas nace espontánea la sonrisa. Me reuniré pronto con ellas para intercambiar algunas palabras, pero lo único que quiero ahora es tranquilidad.

Vago por la retaguardia, las actividades del frente pasan por delante de mí sin tocarme. Oigo restallar la tela, sigo el viento y los pasos ascienden, de la blancura emerge el poste que sostiene la bandera. Es madera de estos bosques, alimentada por el valle. La niebla sigue subiendo, se mueve en poderosas olas, gigantescas oleadas surcan las islas de las cumbres y se derraman en cascadas espumeantes. Un rayo de sol irrumpe incendiando este mar etéreo; con una sensación de vértigo me aferro a la cuerda y me siento en el cielo, al timón de una nave que es mi vida. Por un momento soy la Artemisia de Halicarnaso de la que hablan las crónicas antiguas, general de Jerjes el Grande, comandante de navíos. No es cierto que las mujeres nunca hayan entrado en combate. El hombre, sencillamente, las ha olvidado.

Esta es mi tierra, aquí están enterrados mis ancestros. Allí abajo está mi casa, mi padre me espera. Y yo, por fin, sé de lo que soy capaz.

22

Caen los primeros copos cuando dejas de respirar.

La nieve ha llegado con un mes de adelanto. Ha venido a por ti, pensé. Ha pintado tu piel de ceniza y te ha vestido de frío. Ha excavado un espacio sin adornos dentro de mí.

Ha sido una noche de vigilia, en tu aliento he reconocido la indolencia de una despedida largamente preparada, pero difícil aún.

No he pedido ayuda. Se trata de un momento que es solo nuestro, papá.

He notado cómo se acercaba la despedida. Estoy convencida de que tu alma temblorosa ha impedido que la mía se durmiera, despertándola con mil toques. Te conozco: has tenido la paciencia de esperar a esta hija somnolienta, no querías asustarme con tu inmovilidad.

Me enseñaste a no llorar por quien está a punto de emprender un largo viaje y ahora no voy a llorar, o las lágrimas te seguirían. Las contengo y, si me resulta imposible, entonces cantaré el dolor.

Petirrojo: así me llamabas de niña, tan frágil en apariencia, pero capaz de atravesar largos inviernos. Y este invierno recién empezado no deja ver su final. Tu mejilla ya está fría, estás de camino.

No tengas miedo, y yo tampoco lo tendré, me decías cuando era pequeña. En aquel entonces, para mantenerte a salvo, fingía ser fuerte y al final me hacía fuerte de verdad.

Peino con mis dedos tu pelo todavía abundante; el cansancio de estas horas lo ha desordenado, pero ha sido el último. Aliso las arrugas de las mantas y se me viene a la cabeza que tendré que encontrar otros gestos cotidianos para quererte.

El de tu corazón es el último latido de una familia, contigo se extingue el «nosotros»: ahora solo queda este «yo», un pedazo demasiado pequeño para construir nada con él.

Perdona mi cansancio, si puedes. Perdóname si a veces he creído que todo esto era demasiado para soportarlo.

Te vas con la amabilidad con la que viviste, en un amanecer rosado que se filtra entre las nubes y esparce cristales, en el silencio solemne de los bosques.

Te beso por última vez, ya no creo en las despedidas. Fuiste mi padre y te convertiste en mi hijo: siento un desgarro a la altura del regazo.

Gracias por la vida que me has dado.

Y no tengas miedo. Yo tampoco lo tendré.

23

La vieja curandera ha olfateado la muerte en cuanto ha cruzado el marco de la puerta. Se ha dado cuenta por el silencio. Su afilada lengua respeta la memoria de mi padre, o tal vez solo siente pena por mí.

Juntas rompemos el hielo de la fuente y recogemos esa poca agua en un cubo. No me deja sola y se lo agradezco. Nos sujetamos la una a la otra durante todo el camino a casa. Los copos de nieve me rozan la cara, la bañan con las lágrimas que llevo dentro.

Estoy a punto de poner el caldero en el fuego cuando me doy cuenta de que no es necesario.

Preparamos a mi padre, encendemos una vela junto a su catre, quemamos los manojitos de hierbas recogidas en la noche de San Juan.

Cuando todo se ha llevado a cabo, me siento. Mañana habrá otra tumba que cavar y me tocará a mí hacerlo.

El pueblo se ha despertado, la noticia se difunde de casa en casa y sus habitantes empiezan a llegar para ofrecer consuelo y una última despedida.

Acepto con gratitud abrazos y palabras de afecto, pero me siento distante.

Todos han traído algo de comida y la han dejado sobre la mesa. Están alimentando a la última que queda.

También viene Francesco. Desliza una mano sobre mi cintura con la misma estudiada solicitud con que me promete atenciones y ayuda. Viola y Lucia lo llevan a ver a mi padre. Saben que Francesco no soporta la visión de los muertos y, en efecto, se queda allí solo unos instantes antes de abandonar la casa.

—Tienes que ser fuerte, Agata —me dice el padre Nereo.

Su mirada se posa en el frasquito con el que han estado jugueteando mis dedos todo el rato. Lo coge rápidamente, se lo mete en un bolsillo y me lanza con la mirada una advertencia, entre el miedo y la consternación. Sabe mejor que yo que el aceite de hipérico también es un veneno.

Yo nunca lo habría hecho. Este aliento que me sostiene es lo último que tengo ya de mis padres.

Permanezco sentada hasta que cae la oscuridad. Las oraciones de las mujeres me llegan desde la habitación de mi padre.

Solo cuando todo se queda en silencio, en la hora más oscura, encuentro fuerzas para levantarme, pero no es a su lado adonde voy. Él ya no está allí.

Salgo a la nieve, la noche está estrellada.

La respiración se convierte en un grito. Lo estoy llamando, o quizás le estoy diciendo a mi tierra que yo estoy viva.

24

Ismar la oyó. Esta vez estaba seguro: no se trataba de la imaginación, ni del viento.

Una mujer estaba gritando a la noche.

La tormenta de nieve había barrido la montaña desde el amanecer hasta la puesta de sol, lo que lo obligó a bajar de cota para refugiarse en las primeras pinedas, a un paso de la frontera.

Con la oscuridad el grito había ascendido nítido desde el valle, ahora que la naturaleza guardaba silencio. No era de ira, ni de miedo. Encerraba dolor, pero solo en parte.

Al primero le siguió un segundo, y un tercero.

Ismar se quedó escuchando, con la cara apoyada sobre el fusil como si fuera una almohada.

La noche del bosque resonaba con esos reclamos, él estaba aprendiendo a reconocerlos. Los animales los utilizaban para reforzar los límites que no debían cruzar, otras veces para invitar a los miembros de la manada a conocer a los cachorros del jefe, pero a menudo seguían siendo cantos secretos que celebraban los misterios de la vida.

La guerra que le había tocado librar pertenecía al intelecto, pero nunca antes como entonces el hombre y la bestia habían vuelto a contemplarse el uno a la otra y a reconocer en esa mirada un camino común.

25

Ha pasado la Navidad, un cumpleaños solitario, y ha llegado el nuevo año. No ha cambiado nada, aparte de una cosa: he adquirido la costumbre, cuando subo al frente, de detenerme e intercambiar unas palabras con el capitán Colman. En cuanto puede, el doctor Janes se reúne con nosotros. Las gélidas temperaturas obligan a hacer una pausa más larga antes de emprender el descenso, pero, aunque no fuera así, tengo la impresión de que nuestras conversaciones son reconfortantes para ambos. Ya no hay nadie esperándome en casa y el comandante no tiene prisa por volver a sus obligaciones: el invierno ha congelado la guerra, que ahora se compone más que nunca de escaramuzas por las crestas entre patrullas de reconocimiento. Las trincheras y los fortines están enterrados bajo metros de nieve. No faltan las muertes, pero matan más las congelaciones y los aludes.

—Ha habido otro —me está diciendo el comandante, mientras saca el té de la estufa portátil—. Enterró a trece en Malpasso. Habían construido el campamento en la trayectoria habitual de las avalanchas. No hicieron ningún caso a los soldados locales.

Llena la taza de latón que tengo entre mis manos y poco a poco voy logrando mover los dedos.

—Lo sé. —Acerco mi cara al vapor.

El comandante echa otro tronco al fuego. Me mira, serio.

—¿Podemos estar tranquilos aquí?

Sonrío y bebo un pequeño sorbo. El comando del Pal Piccolo se ha construido de piedra y a cubierto, y ahora el espíritu un poco loco y a la vez práctico de estos hombres ha intentado dotarlo también de

algunas comodidades. Muchos soldados van y vienen y siempre son bienvenidos.

—Sí —respondo—, o no me lo tomaría con calma.

—Es verdad. Si no os hubiera visto volver, habría empezado a hacerme preguntas.

Se frota las manos. La piel está tan seca y agrietada por el hielo que suena como madera rugosa. Me ha hablado de la indumentaria inapropiada con la que el Comando Sur ha equipado al ejército, de la falta de monos de color blanco para vestirse y no ser un objetivo fácil en la nieve, de las botas que se desbaratan al mojarse, de las cantimploras de madera en las que el agua se congela en invierno y se pudre en verano, de las polainas apenas pasables para soportar las largas horas de guardia sin moverse.

—Tendrían que haberse fiado de quienes tienen más experiencia —murmura—. Todavía seguirían con vida.

—Para fiarse, primero hay que admitir que no se sabe —reflexiono —. ¿Sería fácil para vos?

Se sienta en el taburete frente a mí, los codos sobre las rodillas.

—Vuestras preguntas son extrañas, pero siempre me suponen un problema.

—Admitirlo así es otra forma de no responder.

—Sois despiadada. ¿Estáis segura de que no corre sangre teutona por vuestras venas?

—El orgullo y la ignorancia matan más que los austriacos y más que las avalanchas.

Agacha la cabeza.

—No sabéis cuánta razón tenéis.

—¿Qué queréis decir?

—Hubo un caso de motín en las cumbres del Cellon.

—¿Otro?

Niega con la cabeza, enciende uno de los cigarrillos enrollados con hojas de nogal que le he traído. Se han acabado las existencias de tabaco. Sopla el humo con una expresión de desagrado, pero de todos modos da otra calada.

—No, muy diferente —responde—. Ninguno de los nuestros intentó escapar o se unió al enemigo. Un comandante recién

llegado, inexperto en los lugares y las tácticas, dio órdenes a la compañía de atacar la cima oriental. Algunos soldados del valle, leñadores, intentaron disuadirlo.

—¿Tuvieron éxito?

—No. Fueron derrotados.

—¿Y…?

—Al día siguiente, el comandante ordenó repetir el ataque. Los soldados de costumbre le sugirieron otra vía, más segura, pero él no quiso escucharlos. Hubo fuertes reacciones en la compañía, rayanas en el amotinamiento.

—Esos hombres no querían que los mandaran a morir de una manera tan tonta.

—Yo diría que no.

—¿Cómo acabó el asunto?

—Están arrestados. Mañana al amanecer serán juzgados por un consejo de guerra. Corren el peligro de que los fusilen.

—¡Eso es absurdo!

—Absurdamente humano, pero necesario.

—*¿Necesario?*

Se inclina hacia mí.

—Si mando una compañía, espero que me obedezcan. He de estar *seguro* de que me obedecen.

—¿Y esperaríais que os siguieran incluso en la locura?

Cruza las piernas, con el cigarrillo ya consumido entre los dedos.

—La pregunta es otra: estando en el lugar de ese capitán, ¿habría sido yo capaz de fiarme? ¿Habría sido capaz de admitir que no sabía lo suficiente?

—Tal vez no, sois un hombre. Pero yo os habría torturado hasta que cedierais.

Se echa a reír.

—Eso es cierto.

La puerta se abre e inmediatamente se cierra, polvo de nieve se arremolina con la corriente. El doctor Janes golpea el suelo con los pies, liberando el hielo de sus suelas.

—Recordadme todo esto cuando me queje del calor —resopla, colgando su abrigo junto a la estufa. Se saca del bolsillo una botella

de *grappa* medio vacía y tres vasitos.

—¿Os apetece? —pregunta.

—No, gracias.

De todos modos, rellena generosamente uno para mí también.

—¿No sabéis que esto alimenta el valor? —me pregunta—. Y, lo más importante, calienta.

Huelo el líquido transparente y siento que me lloran los ojos.

—Tengo que bajar… —protesto.

—Bajaréis más rápido, creedme.

—… con uno de los vuestros.

—Ah. Bueno, está claro que más daño no podríais hacerle.

—¿De quién estáis hablando? —pregunta el capitán.

El médico hace la señal de la cruz en el aire y ninguno de nosotros tiene ánimos para comentar nada. Sospecho que ambos evitan mirar la escopeta de mi padre, que descansa junto a mi silla. Ahora, cuando subo, siempre la llevo conmigo.

—Antes de que lo olvide, tengo un mensaje para vos, Agata. —El doctor Janes hurga en el bolsillo de los pantalones y me tiende un papel doblado por la mitad.

—¿Es para mí?

Lo abro y leo las pocas líneas con creciente alivio.

—Un soldado destinado en el Carso me da noticias de mi primo Amos —digo—. Está bien.

—Ha ido preguntando a todo el mundo por vos hasta que ha llegado hasta mí —dice el doctor Janes—. Estaba aquí de paso, subió a propósito para reunirse con vos. Lo han enviado no muy lejos, a Forni Avoltri. No quería marcharse sin haberos hablado antes, así que le sugerí que os escribiera. ¿Lo conocéis?

Leo la firma.

—Es un cabo del 11.º regimiento de Bersaglieri. No, no lo conozco.

—Lo importante es que vuestro primo está bien.

—¿Qué tal la situación en la enfermería? —pregunta el capitán Colman.

—Estable. La fiebre está controlada, los casos de congelación de los dedos de los pies están en vías de curación.

—¿El cadáver que hay que bajar al valle?

—Es el sargento al que un francotirador disparó ayer. No he tenido tiempo de decíroslo, ha fallecido esta mañana.

El comandante vacía su vaso y se despide de nosotros.

—Ya he tenido suficiente. Es hora de limpiar —murmura, poniéndose el sombrero y el capote—. Abaten a hombres y estados de ánimo. Hemos tenido que inventarnos un sistema de espejos para disparar. Así no avanzamos.

—¿Qué pretendéis hacer? —le pregunta el médico.

No responde. Janes me mira.

—Perdonadme, he de ir con él.

—Cuidaos —les digo, pero ya han salido. La puerta se cierra de golpe, pero no lo bastante rápido como para detener una ráfaga que me hace estremecer.

Miro la hoja de papel que tengo en mis manos. El mensaje es alentador, pero el tono enfático me ha perturbado. ¿Cómo puede uno ensalzar la guerra cuando la está viviendo y a su alrededor están cayendo sus compañeros?

Lo arrojo a las llamas y vacío el vaso.

La guerra es siempre y solamente desgracia.

Me pongo en camino sola, prestando atención a no desviarme del recorrido ya trazado. «La nieve puede tragarte», me decía mi madre, intentando contener con una advertencia el brío infantil que me encendía: «La nieve puede asfixiarte y no dejar que vuelvas a mi lado».

El trineo se desliza tras mis pasos sin oponer resistencia, el cuévano vacío va sujeto a un lado y va atrapando hielo en su trama. El viento ha amainado tras la primera curva y el frío parece casi hacerse amable. La frontera del bosque es un umbral que las miserias del conflicto no cruzan. Me adentro por entre las brillantes frondas de gruesas agujas como en un reino de cuento. El manto de nieve cruje y centellea, y está salpicado de huellas: cabras, zorros, ardillas y pájaros han correteado por senderos entre la maleza.

Entre copos dispersos y nuevos riachuelos gorgoteantes, una silueta gris pardo cruza saltando mi camino. Detengo el trineo. La liebre parece no haberse dado cuenta de mi presencia, pero olfatea el aire con rápidos movimientos de hocico. Es joven, probablemente nunca se ha cruzado con un ser humano y no sabe descifrar mi olor. Tal vez crea que soy una extraña especie de árbol, tan quieta en medio del pequeño claro.

Salta unas veces más, me ofrece su trasero.

Dejo caer las correas de remolque, cojo la escopeta y la cargo.

La bestia se hunde en la nieve y emerge de nuevo con un temblor de bigotes y pelaje.

Bajo el cañón de la escopeta, pero vuelvo a subirlo casi de inmediato. Fantaseo con un estofado cocinado durante horas, a fuego lento, con patatas y cebollas cortadas en trozos gruesos, rehogado en vino tinto y aromatizado con salvia.

Me trago todas mis reticencias. Si el buen Dios nos ha dado el hambre, entonces es justo que nos alimentemos con todo lo que esté a nuestra disposición, me digo.

Sigo a la liebre con pasos cautelosos. Me ha bastado con un vistazo para elegir como puesto de tiro un montículo del terreno cubierto de maleza. Me agacho y clavo los codos, apunto, pero de repente la prominencia se levanta, haciéndome caer. El susto es tal que ni siquiera soy capaz de gritar.

Es un hombre lo que está frente a mí, blanco como la nieve que resbala por sus hombros.

Instintivamente reconozco su especie y disparo.

26

Solo era un diablo. Un diablo blanco.

Sigo repitiéndomelo a mí misma mientras corro hacia el pueblo, con el trineo dando bandazos por detrás de mí con su carga. La muerte parece perseguirme de verdad dondequiera que vaya.

—Solo era un diablo blanco —repito en voz alta, a beneficio de mi conciencia. Solo era un francotirador austriaco, que a saber por qué se encontraba en el lado equivocado de la frontera. Debería estar aliviada, él se ha llevado la peor parte, en cambio no logro encontrar la paz.

¿Realmente he matado a un hombre?

Ni siquiera la visión de las chimeneas humeantes más allá de los últimos árboles me alienta. ¿Qué voy a decir —si es que lo digo—, a quién y de qué manera?

Finalizado el descenso, el peso del trineo se deja notar. Me ato las correas a la cintura y lo arrastro como lo haría un buey, resoplando entre dientes. Los niños y los ancianos curiosos se me acercan, pero, cuando caen en la cuenta de que estoy transportando un cadáver, se alejan a toda prisa.

—¡Padre Nereo! —lo llamo, frente a la rectoría—. *¡Padre!*

—¡Ya voy, ya voy!

El padre Nereo se asoma por la ventana de la rectoría. Mira el trineo y su expresión se entristece.

—Otro —murmura—. Llevémoslo a la parte de atrás.

Hago como él me dice, aunque me cueste gestionar la muerte ahora que soy su artífice directa. Este infeliz es la imagen del enemigo que he dejado desangrándose en el bosque.

El padre Nereo desata las cuerdas y retira la lona.

No puedo apartar la mirada. Lo que veo no es la cara de un chico desconocido, es el diablo blanco. El enemigo está muerto, y sin embargo abre los ojos de par en par y busca los míos.

Doy un salto hacia atrás.

—¿Agata?

La voz del padre Nereo me llega desde lejos. Todavía estoy en el bosque. La sangre se extiende sobre la nieve y la derrite. No es la de un diablo. Es roja como la mía.

—¿Agata? ¿Estás bien?

—No.

Me zafo cuando el padre Nereo me aferra por los hombros. Intento hablar, pero de los labios solo me sale un confuso tartamudeo.

—… matado…

—Agata, me preocupas. Ven, siéntate un momento.

Doy un paso atrás, levanto la mirada hacia el crucifijo colgado de la pared. Cristo parece enfadado, y me mira directamente a mí. Me doy cuenta de que este es un lugar sagrado, pero yo no voy a redimirme con la confesión.

—No puedo estar aquí.

El reloj de mi padre marca la medianoche. Las últimas brasas se desbaratan en la chimenea, liberando llamaradas. He estado mirando cómo se quemaba la madera junto con mi remordimiento: una es casi ceniza, el otro es tizón crepitante, más peligroso que una llama.

La escopeta colgada en la pared parece hablarme en el silencio: ¿realmente crees que eres mejor y más rápida que un francotirador?, pregunta. ¿Realmente crees que le diste al enemigo tú primero?

Qué tonta. No le diste tú primero. Sencillamente, el enemigo no iba a disparar.

Son las tres y he pasado la noche insomne, escuchando cómo el viento sacudía la casa. Parecía que alguien la golpeaba con mano furiosa y he tenido miedo. Me imaginaba al diablo blanco sangrando fuera en la nieve, y que la miraba con ojos de hielo.

Porque la pregunta que me mantiene despierta es solo una.

¿Y si todavía estuviera vivo?

27

He sacado los ladrillos del fuego y los he envuelto en paños gruesos, antes de cargarlos en el cuévano. Cuando abro la puerta del establo, el azul de la noche en las últimas ya se está desvaneciendo. Me quedan muchos pasos por delante antes de que el valle se despierte.

Saludo a las cabras con una caricia y un puñado de heno. Hace dos días que la madre no da leche y tres que Caterina no sale de casa. Su ventana está a oscuras y seguirá estándolo. Nos ha pedido que cavemos su tumba, que esté ya preparada para acogerla. Ayer ayudé a Viola a prepararla. El suelo está tan congelado que solo se puede excavar haciendo el doble de esfuerzo. Creo que pronto llegará el momento del adiós y habrá más oraciones que rezar. Las de esta noche me han servido de consuelo.

La lámpara de aceite se balancea como mi determinación e ilumina las huellas que dejé anoche en mi huida precipitada hacia el pueblo: reconozco los surcos peligrosamente cercanos al acantilado que ha marcado el trineo, arrastrado por mi terror. Voy siguiendo mis huellas como si una corriente contraria me empujara, en cambio, a volver tras mis pasos. De tanto en tanto, lejanas, murmuran horribles las avalanchas. Es la voz de la «muerte blanca». Me doy aliento pensando que aventurarse en la montaña de noche es más seguro que hacerlo de día.

A veces es difícil hacer lo que es justo, tan horrible que lo sentimos como un acto antinatural. ¿Puede el hombre tener compasión en este mundo que nos quiere enfrentados unos a otros, que sustrae constantemente y nos empuja a usar dientes y garras como bestias para defender lo que nos queda?

Yo también me he descubierto feroz, puesto que no dudé en apretar el gatillo.

O tú o yo, diablo blanco. Es la eterna lucha por la supervivencia.

Al llegar al claro, sigo las manchas de sangre como si fuera un personaje de un cuento, imaginando al diablo herido, arrastrándose sobre los codos con la esperanza de huir de un bosque hostil.

Ya no es posible decir quién es el bueno y quién es el malo.

Donde las huellas terminan, el pecho se agita. Levanto la lámpara y la veo temblar.

De una guarida excavada en la nieve asoma un retazo de tela, como una pata herida que no se ha logrado arrastrar y poner a cubierto.

Él está allí y está armado, mientras que yo no he traído la escopeta. No quería armar mi miedo.

Cojo una rama seca, la arrojo y corro a refugiarme detrás de un árbol.

Observar es tal vez lo más difícil que he hecho nunca. No me parece que se haya movido nada. Busco una piedra y la lanzo contra el cobijo, pero de nuevo el trozo de tela permanece inmóvil. Luego recojo una más grande, pero entonces pienso que si estoy allí es para reparar mi error, no para empeorarlo, y la dejo caer.

Tengo que mirar dentro de la guarida, no hay otra forma, porque sea como sea nadie saldrá de allí por su propia voluntad.

Me acerco, lista para implorar misericordia si el enemigo se abalanza sobre mí.

Me arrodillo en la nieve y pienso que realmente sería una forma muy tonta de morir, después de todo lo que he superado.

—Oh, Dios…

El diablo está allí, realmente, abrazado a su fusil. La capa blanca del ejército invasor lo cubre. La cara está tapada por un casquete de lana y la capucha, solo sus pálidos párpados quedan al descubierto: algunos cristales están atrapados entre las pestañas, la piel es casi azul. Tiene las piernas pegadas contra el pecho. Las botas que lleva parecen resistentes y lo cierto es que, en el invierno de estas montañas, pueden marcar la diferencia entre vivir y morir.

Me acerco algo más, estremecida por el miedo. No necesito apoyar mi oído en el cuerpo inmóvil. Lo siento en mi mejilla: respira.

Retiro la capa. El lado izquierdo está rojo y hay nieve sobre la herida. El hielo ha interrumpido el flujo de sangre, pero lo ha convertido en un frío fantasma.

Lo recubro y respiro profundamente. Todavía no es un fantasma, pero pronto lo será. Miro al cielo entre las copas de los abetos. Está a punto de amanecer, de vuelta me encontraré con las demás, subiendo hacia el frente.

Tengo que dejarlo aquí, el refugio que ha encontrado es bueno. Saco del cuévano la bolsa con los paños y los ladrillos. Los coloco contra su cuerpo aterido, sobre las piernas y alrededor del pecho. La vida recobrará fuerzas en las venas, pero ese escaso calor no bastará para conservarla.

Un temblor en la cara del diablo me coge por sorpresa y con una mano acallo el grito que a punto está de escapárseme de la garganta.

Abre los ojos, una fina rendija por la que vislumbro unas pupilas dilatadas. Parece que le cuesta percibir lo que tiene delante.

—Intenta no morir —le digo, pero ya se ha desmayado.

—Agata…, sois vos. Todavía es de noche.

—En realidad, ya casi está amaneciendo, doctor.

El doctor Janes sale de las dependencias para los oficiales estremeciéndose dentro de su abrigo. Se estrecha con sus propios brazos, con la inocencia de un niño dibujada en la cara. Le cuelgan torcidas las gafas en la nariz.

—¿Y por qué, en nombre del cielo, habéis subido a oscuras hasta aquí? —pregunta.

—Más tarde me esperan otros trabajos que realizar y… Quiero ser útil, pero tengo otras tareas pendientes. No puedo esperar a que llegue el día —balbuceo.

Se pasa una mano por el pelo revuelto y despide al soldado que lo ha llamado ante mi insistencia.

—Hasta la guerra duerme, pero vos no —murmura.

—No quería despertaros, perdonadme. —Miro a mi alrededor—. ¿El comandante?

—Aún no ha vuelto. Ha salido con un destacamento a la caza de los francotiradores que infestan esta zona. Quiere sacarlos de sus madrigueras de una vez por todas.

Me llevo una mano al estómago.

—¿De qué manera? —pregunto.

—Con granadas.

—¿Con granadas?

El doctor Janes me hace una señal para que lo siga a la enfermería. En el interior, una estufa de hierro fundido irradia calor y olor a humo.

—De todos modos, duermo mal —está diciendo—. Sin duda alguna me habéis salvado de una pesadilla que no recuerdo. Vamos, dadme la cartilla, a ver qué me traéis.

Me quedo rígida.

—No llevo conmigo la cartilla.

El doctor Janes en ese momento no parece entender mi respuesta.

—¿No tenéis la cartilla? Ya sabéis que sin una anotación en la cartilla este viaje no se os pagará —dice.

—Y no he traído nada.

—¿Estáis bien?

—Sí.

—A mí no me lo parece. Estáis divagando. Agata, ¿a qué habéis venido?

Me retuerzo las manos en los bolsillos, hasta sentir dolor.

—¿Podríais darme un poco de tintura de yodo, por favor? —le pregunto.

Veo cómo frunce el ceño.

—¿Tintura de yodo? —repite.

Aparto la mirada.

—Está escrito en las cartillas que distribuís a los soldados —digo —. En caso de herida, tienen que taponarla con gasas limpias y…

El médico se me acerca.

—Sé lo que está escrito —dice—. ¿Para qué la necesitáis? ¿Hay algún herido en el pueblo?

Noto cómo se me humedecen los ojos. De entre todos, no quisiera mentirle precisamente a él, así que no lo hago. Mi silencio es una muralla que él sabe que no puede derribar.

Lo oigo suspirar y dar unos pasos. Lo miro de reojo y lo veo rebuscar en el armarito de las medicinas.

—Si alguien está mal, hacédmelo saber. Me gustaría ayudaros —dice.

Me coge una mano y coloca el frasco de yodo en ella.

—Gracias —murmuro.

—¿Hay algo más que pueda hacer por vos? —pregunta.

Ahora sí que tengo que mirarlo.

—Sí, doctor. ¿Tenéis algún muerto que entregarme?

28

He dicho mentiras y he entregado un cuerpo que ha ocultado el tuyo. He cerrado puertas y postigos, he dejado fuera todo lo que he sido hasta este momento.

Y ahora estás aquí, diablo extranjero, en la cama que fue de mi padre.

La capa y las botas ya están en el baúl, junto con el fusil, los calcetines y los guantes. Esta casa se está llenando de secretos.

Desenrollo el pasamontañas y le descubro la cara. Por un instante, me tiemblan las piernas.

El diablo austrohúngaro no parece, al fin y al cabo, tan cruel. Hay algo noble en los rasgos masculinos y nada de las caricaturas que lo representan con mandíbulas de perro, cuello taurino y ojos impasibles. Recuerdo su mirada, antes del disparo: la sorpresa lo encendía con mil turbaciones. Los periódicos escriben que los *Freiwillige Schützen* acogen a jovencitos de dieciséis años como tiradores voluntarios y que la índole del enemigo es despiadada por naturaleza: el mero hecho de que respire es una fuente de peligro. Pero yo, delante de mí, solo tengo a un hombre joven y herido.

He encendido el brasero, su piel sigue ardiendo de fiebre, la poca sangre que le ha quedado está hirviendo. Me gustaría ser brusca, pero es difícil conservar ira en mis dedos. A veces se escapan a rozarle los pómulos. Es tan raro poder tomarme esta libertad, tocar aquello de lo que he estado meses huyendo. Es como acariciar un animal feroz que está dormido, alisar su pelaje sin ser devorada. Un velo de barba parpadea en la claridad de la llama, donde el mentón se frunce en el surco de una cicatriz casi borrada por el tiempo. Me

imagino que es el botín de un niño vivaz. De ese niño, el diablo ha conservado unas largas pestañas que suavizan los rasgos.

Lo empujo y lo pongo de costado: no hay orificio de salida. Le desabrocho la camisa y se la saco. Cuando la miro a contraluz, el agujero es evidente: la bala sigue dentro de él. Debería encomendarme a los santos, he visto las consecuencias de la infección en otros soldados.

Los escalofríos brotan como flores en el pecho lampiño del enemigo. El rubio de la piel y del pelo es tan claro que se diferencia del italiano, es una frontera entre nosotros, tan categórica como la cresta afilada de las montañas que separan nuestras tierras. Los hijos del norte llevan encima ese sol que tan raras veces brilla en sus latitudes. Superpongo la palma de mi mano a la suya. Nuestras manos, sin embargo, no son en el fondo tan diferentes: las del diablo son más grandes y angulosas, pero muestran en la superficie las incrustaciones de una historia atribulada. Siempre he pensado que un cuerpo puede contar más cosas que las palabras, y ser más sincero.

—Os enseñan a matar incluso antes que a formar una familia —murmuro—. Ese es el problema de la guerra: os convencen de que la patria es un vientre fértil y que comer fronteras os alimentará más que plantar trigo en ellas.

Hablo más de lo que me resulta natural, mientras apelotono su ropa. Me parece que las palabras le quitan peso a la mirada, la aligeran de la morbosidad que acompaña a la medida de lo prohibido.

—O no te orientas bien en la nieve, o has estado demasiado seguro de ti mismo. —Giro entre mis dedos su placa de identificación —. Ismar.

Huele a sangre y a bosque, la savia de estos tiempos.

Tomo un generoso sorbo de la media botella que he encontrado en la bodega. La *grappa* me revuelve el estómago, pero me hará perder todos mis miedos. Nunca he metido mis dedos en la carne viva de un hombre.

—Pero lo he visto hacer, varias veces —me doy ánimos a mí misma. La voz, sin embargo, me ha salido estridente.

Vierto la tintura de yodo sobre la herida y me rocío las manos con ella. La hoja del cuchillo ya está candente sobre la llama de la lámpara.

En vez de rezar una oración, me bebo otro trago.

Hundo la hoja, un reguero de sangre le baja por el costado y otro llena su ombligo. Siento repulsión. Tal vez solo lo estoy matando. Me obligo a recordar los gestos del doctor Janes, lo he ayudado muchas veces, solo tengo que repetir lo que he visto. Después de varios intentos, me parece notar algo contra la punta del cuchillo, una consistencia más dura. Muevo la hoja por debajo del cuerpo extraño y hago palanca. Poco a poco, levanto el grumo oscuro hasta lograr que salga. La bala brilla entre mis dedos, la punta envuelta en el algodón desgarrado por el impacto.

Me gustaría gritar de alivio, pero cuando miro hacia abajo me parece que voy a desmayarme.

Todo es rojo.

—Oh, no, no…

El líquido caliente se desborda entre mis manos. Parece imparable.

Realmente lo estoy matando.

El alcance de lo que he hecho me queda claro en toda su temeridad. Pienso en Viola, tan lejos ahora. Pienso en el padre Nereo, en la confianza que indignamente he traicionado, y me doy cuenta de que solo hay una persona a la que puedo pedir ayuda. Cuando poco después llamo a su puerta, parece oler la sangre que escondo bajo mi chal.

—Necesito tu ayuda, curandera, pero he de estar segura de tu silencio —susurro sin aliento.

Se apoya en el marco de la puerta. Tiene mucho tiempo, y yo no tengo ni un minuto. No habrá negociación.

—Todo tiene un precio —plantea.

—Lo sé. Pero ahora date prisa.

La carcajada de la anciana es un estremecimiento que crece con lentitud.

—Ni siquiera preguntas cuánto —grazna, de buen humor—. Esto tiene un nombre. Se llama «secreto».

—¿La bala? ¿La tela?

—He sacado todo lo que había, pero ha perdido mucha sangre —le digo, metiendo un trozo de cuero entre los labios del chico.

—Lo noto.

—Algo he hecho mal.

La curandera valora la herida mientras mete sus dedos en ella. Tengo que apartar la mirada.

—No, no has hecho nada mal, es un buen trabajo.

—Pero…

—Sangre vieja todo infecta —murmura—. Ya hará más. No hay nada roto por aquí dentro. La hoja.

Le paso el cuchillo al rojo vivo. Lo hace girar en el agujero hasta cauterizar todos los lados.

—Ahora cose —ordena. Sigue mi trabajo de la única manera que puede hacer: con toques rápidos, con un sentido misterioso que la hace percibir incluso lo que uno quisiera ocultar.

—Solo necesita descansar. No te preocupes si duerme durante días, pero haz que beba —dice, tras haber aprobado mi última puntada. Olfatea el aire—. ¿Por qué no estás quemando salvia? ¿Cómo te las apañas para mantener alejada la muerte, si le abres la puerta a su olor? —suelta—. Y tráeme paños empapados en vinagre.

Corro a buscar las hojas secas a la despensa y las prendo en un cuenco. El humo perfumado se extiende por la casa. Vuelvo a su lado con lo que me ha pedido y juntas, con paciencia, frotamos el cuerpo para que le baje la fiebre. De vez en cuando, la curandera aprieta con más fuerza, deshace nudos en las extremidades que yo no soy capaz de ver.

—Está más enredado que una madeja —murmura.

—¿Qué debo hacer si empeora?

—Cataplasmas y palabras. Háblale, lo ayudará a quedarse.

—¿Crees que vivirá? —le pregunto cuando ha terminado, incapaz ya de contener la pregunta.

La anciana se ríe, se envuelve en su chal.

—¿Y qué vas a hacer con él, eh, si sobrevive?

—Siempre te las arreglas para ser desagradable.

—Exactamente como la conciencia de un pecador, querida.

No respondo a su provocación.

—Exactamente como la conciencia…

—Ya te he oído. —La hago callar.

Empuja una palma de la mano fuera del chal.

—Y ahora, mi compensación.

—¿Cuánto quieres?

—No cuánto, sino qué. Algo que sea tan valioso para ti como tu secreto.

—No tengo nada de valor.

—Oh, vamos. Haz un pequeño esfuerzo con tu memoria.

Un destello en sus ojos lechosos me inquieta. Parece verme como lo que realmente soy, pero no es ella quien me está mirando por dentro, soy yo en presencia de mí misma, de mis miedos y de mis mezquindades. Ella sabe, y lo sé yo, que si este hombre está aquí no es para salvar su vida, sino para salvar la mía.

—La soledad mata —la oigo musitar, dueña de mis turbaciones—. ¿Realmente quieres volver a caer para conservar un recuerdo?

Miro la estantería, la caja de terciopelo rojo apoyada en un estante. Lo que me pide a cambio es la imagen de mi madre aprisionada en su interior. Quiere mi esperanza de volver a verla algún día.

—Todo menos eso.

—Pues, ya ves, eso es exactamente lo que quiero.

Tiemblo de rabia y de miedo.

—¿Qué hace con ella una ciega? —casi grito.

—¿Qué hace con ella una pobrecilla que ni siquiera tiene dinero para lograr que funcione? Ganar algo de dinero, eso es lo quiero hacer con ella.

—Debe de haber algo más que desees tener.

Resopla, su hirsuta barbilla tiembla.

—Me decepcionas, pero, si realmente no quieres cederme lo que te pido, entonces el chivo es un precio justo —dice.

—No…

—Sí.

—¿Qué quieres hacer con él?

—No es un lechal, pero tampoco es demasiado correoso.

—Quieres comértelo.

Me busca la cara y repiquetea con un dedo en la frente.

—¡Despierta, niña! A veces pareces tan retrasada como tu padre. Los machos no sirven para nada si no los apareas. Será más útil en mi olla.

Alejo su mano.

—Basta ya, vieja bruja.

—Y tú dame lo que me corresponde o le diré a todo el mundo que escondes a un hombre entre las sábanas. ¿Crees que no me he dado cuenta de que le has tapado la boca? ¿Es un desertor, un cobarde como tus hermanos?

—¡Ya basta!

La empujo hacia la puerta. Se gira de golpe.

—¿Entonces? —pregunta.

Cada uno es libre de sobrevivir lo mejor que pueda, ambas no hacemos otra cosa. Yo le he pedido su ayuda y su silencio. La ira es hacia mí misma.

—Tendrás lo que te corresponde.

29

La cabra no ha dejado de quejarse desde que la separé de su hijo. El chivo ya estaba crecido, pero la madre ha intentado defenderlo de todas las formas posibles. ¿Pero cómo puedes enfrentarte a alguien que quiere quitarte una parte de ti si no tienes manos o ni siquiera garras, o colmillos para morder? Pobre animal, solo podía abrir los ojos como platos y dejar que le temblaran los labios. No la hemos mirado, ni escuchado.

Ahora podría jurar que el suyo es un llanto. No me deja dormir.

El diablo desnudo no me da menos tormento. Le ha bajado la fiebre, pero parece que terribles pesadillas han empezado a devorarlo. Se retuerce, haciendo que se le abran las heridas; en el delirio de la enfermedad, su fuerza es impresionante. Exhausta, he tenido que atarlo.

Los dos no me dejan en paz, parecen aliarse en su propósito de lograr que me arrepienta de todas mis elecciones.

Acaricio la caja de terciopelo rojo. Dentro de un estuche de madera, la placa de bromuro de plata contiene la última imagen de mi madre. La curandera sabe que es valiosa y que se puede reutilizar.

—El negativo está esperando a ser devuelto a la vida —murmuro —, pero soy demasiado pobre, Ismar. No puedo permitirme el lujo de convertirlo en una fotografía. Ni siquiera ha podido mirar la placa: si la abriera, la luz la estropearía irremediablemente.

Oigo cómo se agita, jadea palabras incomprensibles en su inconsciencia.

—Se la saqué yo, mucho antes de que empezara esta guerra, en una tarde de verano. Mi madre estaba a punto de marcharse, pero

seguía siendo hermosa —empiezo a contarle, dejando la caja y sentándome a su lado—. Había gente de ciudad que estaba de paso por el pueblo. Un fotógrafo y su familia. Un eje de su calesa se rompió y los enviaron a ver a mi padre. Tardó un día entero en repararlo y yo me hice amiga de la nieta del hombre. Se llamaba Tina, tenía solo un año menos que yo y estaba a punto de marcharse a Estados Unidos. Quería ser fotógrafa y actriz. Ella me enseñó a disparar la fotografía. Cuando llegó la hora de volver a marcharse, insistieron en que nos quedáramos con la placa como parte del pago. Ninguno de nosotros tuvo el valor de decir que nunca podríamos usarla y que, en cambio, unas monedas más serían bien recibidas.

Apoyo los codos en la cama.

—Pienso a menudo en esa chica y bendigo su regalo. Lo único que me queda de mi madre son recuerdos, pero el tiempo se llevará los detalles. Me reconforta saber que tal vez algún día podré volver a ver cómo era su cara. La fotografía, en el fondo, es un acto de amor, ¿no crees? Sirve para tener a nuestro lado a los que amamos.

Empiezo a sentirme tonta hablando sola, pero la vieja curandera tenía razón: de alguna manera, mis palabras lo mantienen en el mundo. Ha dejado de agitarse.

—Los soldados también hacen fotografías, los he visto. Pero no hay amor en lo que hacen, solo propaganda bélica. Pensé que podría llevarles la placa y pedirles ayuda para revelarla. Quizá algún día lo haga. —Dudo, junto las rodillas entre mis brazos—. Me digo que quiero tener el dinero para pagar el trabajo, pero tal vez no sea toda la verdad.

Miro la caja.

—¿Y si no existe ninguna imagen ahí dentro?

El silencio con el que me responde la casa ya no me da miedo. Ahora hay dos respiraciones que lo cruzan.

—A ti también te gusta mucho una fotografía en particular. La he encontrado.

La saco del bolsillo de mi delantal y la dejo sobre la mesita de noche, junto a la carta doblada y un crucifijo que hallé en su bolsillo.

Ambas cosas estaban cosidas en el interior de la chaqueta, atadas una a otra con un cordel: la fotografía de un transatlántico y una especie de carta de recomendación. Reconocí algunas palabras y muchas otras las intuí, porque eran parecidas al timavés.

Ismar es ingeniero: le encanta construir, pero la guerra lo ha obligado a destruir.

—Soñabas con irte, ¿verdad? Como Tina.

Quiere enfrentarse al océano en un transatlántico, después de que el océano haya demostrado al mundo entero que ninguna obra del hombre, por muy genial y portentosa que sea, es insumergible.

¿Qué puede empujar a un ser humano a enfrentarse a una bestia de agua viva, que traga y quita el aire, salvo una esperanza más fuerte que cualquier otro miedo?

El enemigo parece haber depuesto finalmente las armas. Su respiración se ha calmado, todo su cuerpo se ha vuelto manso. Desato las cuerdas y le pongo una mano sobre el corazón: es poderoso, su vigor se propaga hasta el mío y lo hace galopar salvajemente.

Acerco la cara. Tiene los labios entreabiertos, como si quisiera dejar escapar alguna palabra que, no obstante, se queda atascada en la garganta.

—Pero, si en tu interior hay tanta esperanza, ¿cómo puedes ser malo?

En el establo, la cabra continúa con su lamento de dolor y a mí ya no me quedan fuerzas para ignorarlo.

Me abandono contra la silla. El crujido de la madera parece el de los huesos cansados.

—Le arrebaté un hijo a su madre solo porque quiero seguir aferrando el recuerdo de la mía —le confieso en un susurro—. ¿Qué habrías hecho tú?

30

Al amanecer enterramos a Caterina. Yo me encontraba en el establo, con un chivo más y una caja roja menos, cuando pasó a saludarme. La puerta se abrió y una ráfaga de viento sopló hasta levantarme el pelo. Todavía era frío, pero olía a brotes, y se desvaneció como una fantasía. Se ha ido al cielo, pensé.

—He dejado marchar a mi madre a cambio de un chivo —le dije.

Sé que ella habría entendido mi necesidad de vivir.

La necesidad me arrancó de casa sin darme tiempo a ver cómo estaba el herido; ahora me angustia el peligro que corremos ambos: él, de morir; yo, mucho peor. Cada mirada y cada palabra que me dirigen me hacen temer que el secreto haya sido traicionado.

Mi vida siempre ha sido límpida hasta en lo más profundo, hasta el punto de hacerme sentir, a veces, transparente. Los pensamientos solían dar saltos en la superficie, crispándola con sonrisas o ceños fruncidos. Nunca, antes de ahora, los había desterrado a las profundidades de mi ser, tan secretos que se han vuelto insondables incluso para mí misma.

Solo veo sombras y no me veo a mí misma, pero quizá esa sombra temblorosa e inacabada sea yo.

No es la Agata que me resulta familiar la que ha cedido lo más querido para ella, sino una mujer que la ha habitado durante toda su vida, permaneciendo oculta, o que tal vez haya nacido hoy mismo, surgiendo de sus cenizas como un retoño deforme y macilento, y pese a todo decidido a quedarse.

Ya no logro alimentarme solo de pasado, tengo hambre de futuro, una palabra que suena como un anatema en tiempos de guerra y

que incluso puede tener la apariencia de un aflato loco, siempre que se aleje de la mera supervivencia. Estoy loca. Estoy viva.

No subimos hasta el frente, porque a medio camino encontramos al capitán Colman dirigiendo una patrulla que vigila la construcción de un arriesgado puente. Los zapadores cincelan y pican sin descanso, mientras los alpinos vigilan subidos en escaleras de hierro que se aferran a la pared rocosa. Cuando nos ve, desciende con un par de saltos y se reúne con nosotras.

—Os hemos estado esperando —dice—. Hoy no os cansaréis hasta llegar a la cima.

—¿Se ha parado la guerra? —pregunta Viola.

—El perro austrohúngaro dormita al sol, parece. No lo despertemos.

Nos ayuda a quitarnos los cuévanos, sus hombres transfieren su contenido a las mochilas.

—Hemos traído pan y vino. Compartidlo con nosotros.

Hacemos una parada, sentadas sobre la nieve helada. Bajo la capa brillante, atravesada por minúsculas huellas de roedores, se oye fluir el agua. En algunos puntos surgen mechones de un verde brillante y las carnosas y rosadas corolas de los eléboros. El hielo parece estar lejos, pero aún es pronto para esperar la llegada de la primavera.

—Se os ve taciturna —me dice el comandante—. Y con poco apetito.

Jugueteo con un trozo de queso entre mis dedos.

—He dormido poco. —Me permito admitirlo, aunque de todas formas está lejos de ser toda la verdad.

—Yo también.

—¿Problemas en el frente? —Me doy cuenta de la estupidez de la pregunta—. Perdonadme. A veces me olvido de quién sois.

El comandante sonríe.

—Y eso es bueno. Hacedlo más a menudo.

Una sombra gigantesca oculta el sol y se cierne sobre nuestras cabezas, para continuar hacia el oeste.

Las mujeres soltamos un grito y de un modo instintivo nos acurrucamos en el suelo.

—No tengáis miedo —nos tranquiliza el capitán Colman. Él también grita, pero solo para que se le oiga por encima del estruendo—. Forman parte del Cuerpo Aéreo del Ejército.

—¿Son italianos? —pregunta Lucia, incrédula.

—Sí. Han preparado un aeródromo en Cavazzo Carnico para albergar los primeros cuatro aviones de la 29.ª Escuadrilla de Reconocimiento.

Los miramos conmocionadas, con la nariz levantada y el pecho agitado. El rugido producido por los motores y las hélices es ensordecedor.

—Son toneladas de metal que surcan el aire —dice el comandante.

—Y, sin embargo, parecen elefantes perezosos. —Me levanto y sigo con la mirada las siluetas grises que se alejan para dibujar amplias trayectorias elípticas.

—¿Los habíais visto alguna vez? —me pregunta.

—Solo dibujados, los dos.

—Es increíble lo que puede hacer el hombre.

—Grandes obras de ingeniería que en la guerra se convierten en eficaces instrumentos de muerte. —No he tenido más ganas de seguir mirando.

—Todavía no son tan eficaces, después de todo. —Afirma el pie en un saliente rocoso y los señala, ahora ya lejanos—. Han asignado los Farmans a esta zona. Tardan una hora y media en elevarse desde que reciben la orden de despegue y otra hora más en alcanzar la altura de vuelo. En este campo de batalla, solo son útiles para los vuelos de reconocimiento.

Realmente son paquidermos.

—¿Y queréis saber algo divertido? —Baja la voz—. Tienen que revisar el sistema de disparo: los proyectiles de la ametralladora acaban en la hélice. Los pilotos tuvieron que corregir el inconveniente con remedios artesanales.

Nos miramos por un instante con los ojos como platos, es imposible contener la risa, pero la mía dura poco.

—El enemigo también atacará pronto desde el cielo, ¿no es así? —pregunto.

El comandante se enciende un cigarrillo.

—Estamos preparados, solo estaba desdramatizando. Tenemos aviones con potentes motores y nuevos héroes ya están despuntando también en las batallas aéreas. Al capitán de caballería Baracca lo llaman el «caballero del cielo»: lleva un caballito rampante pintado en su avión —responde entre las volutas del humo —. Este es agradable.

—Es genciana.

—Mejor que el nogal.

—Os traeré más, pero solo si me prometéis no hacer propaganda.

—¿Porque os hablo del curso de la guerra?

—Por los tonos y las palabras que utilizáis. Los héroes, por regla general, mueren de forma desafortunada, ¿no lo sabéis?

Sonríe.

—Parecéis nerviosa, aunque tenéis razón. Los héroes mueren. La mayoría de las veces, solos.

—Tengo que marcharme ya.

—¿No os quedáis a charlar un rato?

—Lo acabamos de hacer.

—Ha sido breve y hoy Dios no amenaza con la muerte. Quedaos.

—Si os oyera el padre Nereo, no dudaría en castigaros con una colleja.

—Por suerte estáis aquí en vez de él —dice. La amabilidad de su voz no puede ser ignorada—. Vuestra amistad es muy valiosa.

Al oír la palabra «amistad», bajo los ojos, y no por timidez.

—Volveré mañana —aseguro con una sonrisa.

—Cuando queráis.

Me ayuda a colocarme el cuévano.

—Por lo menos ahora me siento más tranquilo por vos y por vuestras compañeras.

—¿Qué queréis decir?

—Había un francotirador, más duro que los demás, que se estaba acercando demasiado a la senda que estáis acostumbradas a recorrer. Nos costó dos días de reconocimiento, fuimos de cornisa en cornisa y desencadenamos el infierno en todos y cada uno de los escondrijos, pero al final lo sacamos de su guarida.

Me doy la vuelta.

—¿Lo atrapasteis? —pregunto con voz ronca. Por su expresión deduzco que uno no baja a recoger lo que una granada ha esparcido.

—Ese loco diabólico ya no atacará más —asegura, y para él es una prueba.

Su orgullo es mi vergüenza. El capitán Colman cree que ha eliminado a un peligroso francotirador. Yo me he llevado a casa a ese francotirador.

Me comporto como una apestada, siento que me ha contaminado el secreto que guardo y que no me atrevo a llamar por el nombre que le corresponde. Durante el descenso, me mantengo apartada de las demás, pero, cuando las palabras se vuelven sombrías, no puedo evitar escucharlas.

—Los ejecutaron con un disparo de fusil en el pecho —le está diciendo Maria a Lucia—. Recé por ellos.

Aprieto el paso.

—¿De quién estáis hablando? —pregunto.

—De los alpinos que hace dos días se negaron a asaltar la cima del Cellon —me dice Lucia—. El consejo de guerra los declaró culpables. El juicio duró un instante, en la escuela de Cercivento.

—¡No fue un motín! —Estoy aturdida—. Habían sugerido otro camino.

—Para el Mando Supremo, eso no contó para nada. Esos hombres no obedecieron.

No me veo capaz de seguir. Lucia se gira y me espera.

—Agata, no te aflijas. Es la guerra.

—Habían sugerido otro camino —repito, entre lágrimas. No sé por qué me duele tanto su ejecución. Los soldados mueren cada día.

Lucia vuelve hacia mí y me enjuga la cara con una caricia.

—Son tiempos oscuros —murmura—. He oído decir que algunos soldados han corrido la misma suerte solo por decir que la guerra es injusta. Parece que consideran la duda un mal mayor que la fiebre de las trincheras. Hay que extirparla.

Recuerdo haberlo leído en las páginas de los periódicos: lo llaman «derrotismo» y la represión es despiadada. «No quiero morir por la patria», escribió un hijo a su padre. La patria lo ejecutó, como ha hecho con los que dudaron durante un asalto o con quien busca ser herido en el frente, preso de la locura.

Me vuelvo para mirar la cima desde la que acabo de descender. Todo parece estar tan lejos de esta mezquindad, allí arriba. Desde el capitán Colman hasta el último soldado que reparte las escudillas, todos parecen animados por un valor que yo calificaría de sobrehumano, pero ahora me pregunto si más bien no serán, hasta un punto que resulta insondable a mis ojos, rehenes de Italia, a la que siempre retratan como una mujer.

—¿Has tenido noticias de tus hermanos? —me pregunta Lucia.

—No, no me han escrito desde antes de que empezara la guerra.

Se me acerca, como en el acto de hacer una confidencia.

—Si lo hacen, quema la carta, y hazlo rápidamente.

—¿Por qué?

—Respiramos aire venenoso, Agata. La sospecha puede matar, especialmente si se paga bien. Se ha puesto una recompensa de cincuenta liras por la cabeza de quienes se manchan con la traición.

—¿Cincuenta liras?

—Es una enormidad, en una tierra hambrienta. —Lucia da unos pasos, se gira otra vez—. A cualquiera pueden entrarle ganas de acusar.

31

A veces, un parpadeo puede ser más importante que el retumbo del corazón. Revela que al menos una parte del cuerpo, por infinitesimal que sea, sigue moviéndose.

Ese temblor de la cara hizo que Ismar recuperara lentamente el conocimiento. Estaba soñando que tenía una mariposa posada sobre la cara, pero, cuando su mano hizo ademán de cogerla, la mariposa se transformó en un mechón de pelo arrancado por una granada a un compañero.

Dio un respingo, por fin despierto. Sus manos corrieron hacia los ojos. No había mechones ensangrentados movidos por el viento de guerra, la piel olía a limpio, la tierra del frente había sido rascada pacientemente de debajo de las uñas. La vista volvió, junto con la luz que se colaba entre sus párpados, y luego una explosión de colores hizo que le doliera la cabeza.

Tragó, con el hormigueo del pánico subiéndole por las piernas como millones de insectos.

No había ningún bosque a su alrededor. El calor del catre, el abrigo de un techo y la suavidad de unos calzoncillos de rayas hasta entonces desconocidos eran peor que una bomba a punto de estallar sobre su cabeza. Había aprendido a distinguir el característico silbido de los proyectiles al acercarse, reconocer su calibre significaba encontrar el refugio más apropiado, pero no estaba preparado para este golpe. No sabía cómo defenderse, pero de una cosa estaba seguro: era peligroso.

Se incorporó para sentarse y una punzada ardiente en el costado lo dejó sin aliento. Su vientre estaba envuelto en vendas de tela.

Poco a poco, el recuerdo del encuentro en el bosque afloró de la nebulosa confusión que lo envolvía.

Se levantó con cautela, las tablas del suelo crujieron bajo los dedos desnudos de sus pies, haciéndole sudar de miedo. Sus ojos corrieron hacia la puerta, pero esta permaneció entrecerrada. La casa estaba en silencio, como si solo él viviera en ella. Dejó vagar su mirada: no había rastro de la mochila con sus efectos personales. Sus manos notaban la ausencia del fusil y del cuchillo como un lisiado con los miembros recién amputados. Había asistido a un compañero en las últimas horas de su agonía, mientras se quejaba por el dolor en el pie. Un pie que ya no tenía, como toda la pierna.

Con una mano presionando sobre la herida, se acercó a la ventana y miró a través del hueco entre las persianas echadas.

Chimeneas humeantes, tejados aún nevados. Un anciano cojeaba por la calle con una pipa apagada entre sus bigotes, un perro con calvas le hacía compañía. Los edificios no tenían nada de la típica arquitectura austriaca, e Ismar conocía bien el perfil montañoso del horizonte. Mientras iba calculando su posición, sus piernas se iban debilitando.

Se dio la vuelta. La librería repleta de volúmenes, las mantas elaboradas en el telar, el brasero todavía caliente al lado de la cama. Todo le pareció tan letal como una trampa.

Se dejó resbalar hasta el suelo.

Estaba al otro lado de la línea del frente, en medio de una aldea italiana, y vestido únicamente con unos malditos calzoncillos a rayas.

32

Grito de rabia al ver la pila de leña esparcida por el patio. Me costó horas y sudé de cansancio ordenándola en el lado soleado de la casa, a cubierto. Ahora está mojada, la llama no prenderá y la casa se llenará de humo. Un pensamiento repentino me hace desistir de quedarme parada mirándola o de recoger ni que sea un solo tronco. Entro en el establo y cierro con el pestillo.

—¡Como te pille, te ensarto!

Apunto con la horca hacia el batiente. Sé que ha sido Francesco y sé que me está observando, escondido en algún lugar. Empiezo a sospechar que evitó ir al frente no gracias a las influencias movilizadas por su familia, sino porque hay algo que chirría en su mente. No me atrevo a imaginar lo que podría hacer con un arma en las manos, con una mujer prisionera entre sus brazos.

Rebusco en mi bolsillo y me cuesta encontrar la llave. Demasiado temblor, demasiado miedo. Las cabras balan, están nerviosas.

—No pasa nada. No pasa nada…

La voz es un ensayo de llanto.

Corro a casa y de ventana en ventana, de habitación en habitación, echo un vistazo por entre las rendijas. No hay ni un alma, pero entre los callejones que llevan a la plaza alguien canta una tonada romántica de estas tierras. En los labios de Francesco, sin embargo, esas palabras de amor se vuelven obscenas y lascivas.

No bajo la guardia hasta que oigo que se aleja, solo entonces me abandono al alivio. El frío del cristal sobre mi piel calma el martilleo de mis sienes.

Vuelvo la cara hacia la librería, buscando el vacío dejado por la caja roja, ahora más que nunca un desgarro.

El lomo verde de un libro interrumpe la sinfonía de los amarillos.

Me enderezo.

El lomo verde de un libro interrumpe la sinfonía de los amarillos y no he sido yo quien lo ha cambiado de sitio.

Miro hacia la cama. Dos ojos gélidos me observan.

—*Keine Angst…*

No le doy tiempo a decir nada más, lanzo la horca. Las púas se clavan en la cabecera de la cama, sacando al diablo rubio fuera de las mantas. En un visto y no visto se encuentra en una esquina, yo en la otra, y nos miramos, jadeantes. Ambos parecemos incrédulos de estar frente a frente en esta improbable cercanía. No hay fronteras que crucen esta casa, excepto las establecidas por el miedo.

Y es el miedo el que me ha hecho retroceder miles de años, transformándome en un ser guiado por el puro instinto, es el miedo el que ha movido mi mano.

El enemigo intenta comunicarse conmigo. Podría tratar de captar el significado de las palabras, algo en su sonido no me es ajeno, pero en cambio elijo ignorarlas, como hago con el temblor de sus manos, tendidas hacia mí. No para acercarme, sino para mantenerme alejada. Me teme, lo huelo, pero en sus ojos tan solo capto una determinación de hierro.

Quiere vivir. Yo también.

Esta vez es incapaz de esquivar el disparo y el orinal lo golpea en el centro de la frente. El metal resuena como un címbalo contra el hueso. Quizá esta vez lo haya matado.

He esperado hasta la hora más negra de la noche. Entre las hayas centenarias del Bosque Prohibido respiran fuerzas que no puedo ignorar. Los grandes sabios, como los llamaba mi padre. Eran los únicos árboles que se negaba a cortar, por muchas monedas que pudieran suponerle. No había precio que pudiera inducirlo a cometer ese sacrilegio.

Bajo este follaje, se respira magia. Susurran, murmuran a los demás habitantes del bosque. Los nudosos troncos se abren en

ramas que semejan manos de largos dedos tendidos hacia la bóveda celeste. Parecen invocar un hechizo. Un hechizo sobre esta humanidad que avanza errante.

—Soy una pobre hija de esta tierra —me presento a los espíritus que lo habitan, antes de cruzar el umbral del bosque.

Mi madre habría sonreído, recriminándome tanta credulidad. Mi padre, en cambio, lo aprobaría.

Elijo ser indulgente con mis debilidades, me abandono a la sugestión de las antiguas creencias. Todo con tal de no sentir el peso real de lo que estoy haciendo.

El trineo se desliza sobre la nieve helada sin hundirse y da botes sobre las calvas oscuras, cada vez más amplias. El invierno, aquí en el valle, se está retirando, pero el frío durará aún semanas y esta noche, quizá la última, está nevando. El cielo ha decidido ayudarme, borrará mis huellas.

No siento cansancio, solo miedo, y la urgencia de alejarme de mi culpa.

El diablo no está muerto. Tampoco esta vez. Ya he elegido el árbol bajo el que abandonarlo a su suerte: el más poderoso, el más antiguo. En su corteza, lleva las señales de las batallas que ha librado para crecer y conquistar la luz. El tronco se retuerce y se abre en grietas que huelen a resina. Generaciones de jovenzuelos han grabado sus nombres en la corteza marrón, pensando en fijar para la eternidad un momento que en cambio la planta ha fagocitado, saneándose. Sus almas están prisioneras ahí dentro, decía mi padre, su destino está marcado por ese acto brutal. Tal vez arremetía contra algo que él no era capaz de hacer, o tal vez lo que lo guiaba era realmente un sentimiento de respeto hacia aquellas tan majestuosas como indefensas criaturas. Era un leñador, pero no aceptaba las marcas irrespetuosas.

No era un idiota. Conocía el mundo mejor que la mayoría y su pensamiento corría rápido. Solo las palabras le resultaban hostiles, bailaban delante de sus ojos, confundiéndolo, deshaciéndose en letras que no era capaz de poner en orden.

Mi madre y él parecían diferentes, es cierto, pero solo en la superficie. Como los árboles más fuertes, se anclaban a la tierra con

raíces tan extensas y pertinaces como para hacer que el follaje más exuberante pareciera débil. Estaban entrelazados en las misteriosas profundidades del amor.

Despojo el trineo de su improvisado camuflaje. Los manojos de ramas descubren el cuerpo del enemigo. Con un pie lo hago rodar sobre la nieve y lo empujo hasta debajo de la gran haya.

Somos diferentes, diablo blanco. No solo en lo que es visible, sino sobre todo en lo esencial, intangible.

Lo aferro por la solapa y lo enderezo contra el tronco. Tarde o temprano alguien lo encontrará.

Vestido de nuevo con su ropa, vuelve a ser un enemigo letal. Desearle buena suerte sería pedir para nosotros el más negro de los infortunios.

—Te herí y te salvé. Ya no te debo nada.

En el mismo momento en que pronuncio estas palabras, recuerdo un dicho que solían soltar los ancianos del pueblo como si pasaran el rosario.

Mientras tu sangre está caliente, no puedes estar seguro de que el diablo esté satisfecho.

33

Podría derretir el hielo con mis lágrimas, pero las bestias no lloran. El bosque guarda silencio, me niega su voz y así me castiga. El trineo es ligero; el corazón, pesado.

Una sombra se mueve veloz unos pasos por delante de mí, al pie de la ladera.

—¿Quién está ahí? —grito.

Un niño se deja ver. Reconozco a Pietro, el hijo de Lucia. Voy hacia él, intento cogerlo entre los brazos, pero se zafa con el orgullo de sus ocho años. El hielo le ha despellejado las rodillas, que los pantalones cortos dejan al descubierto

—Pietro, es tarde. ¿Qué haces en el bosque?

—¿Y tú?

—Recojo leña.

Mira por encima de mi hombro, ve los haces que transporto en el trineo. No hace ningún comentario.

—¿Dónde está tu madre?

—Rezando.

Más allá de la maraña de arbustos, las vidrieras emplomadas de la iglesia resplandecen con dorados, rojos y turquesas. El aire huele a incienso.

Lo cojo de la mano y esta vez el niño acepta. En el interior encontramos el calor de las respiraciones de la gente arrodillada en los primeros bancos. El pequeño se suelta y se acerca desganadamente a su madre.

Me siento en la parte de atrás. Haciendo un esfuerzo levanto la mirada hacia el altar. Las velas votivas humean sus súplicas mientras

se pasa el rosario a la Virgen María, como en las primeras horas de un luto. Son oraciones para acompañar a las almas de los soldados.

El banco cruje. El padre Nereo se ha sentado a mi lado.

—Me alegro de verte aquí de nuevo.

Podría pedirle que me confesara, pero la mía no sería una oración de absolución dirigida a Dios, sino solo un mezquino intento de compartir una carga.

En la doctrina de la fe, no logro encontrar ninguna indicación que pueda venir en mi ayuda.

Pon la otra mejilla.

Ofrece el pecho a la hoja de la bayoneta.

Acoge a tu hermano.

Acoge al enemigo invasor, aliméntalo y sacia su sed.

Las dudas me devoran como lombrices hinchadas. El lento chisporroteo de la estopa es mi conciencia ardiendo. Me parece ver que las llamas se balancean con mi aliento.

—¿Qué haría Dios en nuestro lugar? —murmuro.

El padre Nereo suspira, apoya la frente en sus manos unidas, descansa los codos sobre las rodillas.

—Tu dilema es también el mío, Agata. —Sus ojos buscan un punto de apoyo en los símbolos que nos rodean, pero santos y ángeles mantienen las bocas cerradas y las miradas severas, alas y aureolas que no nos pertenecen.

—No creas que no me siento herido desde que empezó la guerra. La desconfianza ha penetrado en mi alma… Desconfianza hacia todo lo que siempre he predicado desde el púlpito con fe inquebrantable. Pero luego voy con nuestros chicos, allá arriba, veo los sacrificios que hacen, los veo inmolarse, y entonces tengo la esperanza, vaya si la tengo, de que sobrevivan, de que sean ellos los que ganen, aunque esto signifique que otros perezcan. Que Dios me perdone, pero ahora yo soy su padre, y tú, tú, Agata, eres una madre y una hermana para esos desgraciados.

—Otros. Siempre somos «otros» para algún otro. Siempre hay un sur y un norte, un este y un oeste. ¿Acaso no tienen los otros también una madre y un padre que están esperándolos? ¿No tienen ellos también derecho a vivir?

El padre Nereo levanta la cara hacia el crucifijo que está sobre el altar.

—Si al menos detuvieran esta guerra injusta que ellos iniciaron…

—¿Y si alguien les hubiera dicho que no es injusta? —pregunto—. ¿Y si solo fueran jóvenes como los nuestros, obligados por órdenes que no entienden, o que no comparten?

—El hombre siempre puede elegir el bien en vez del mal.

—¡No, no puede! En la guerra a eso se le llama motín.

—Agata…

No consigo parar. No puedo.

—Son solo unos chicos. Son solo seres humanos. Podríamos hablar con ellos, intentar comprender. Los prisioneros…

—¿Los habéis visto alguna vez, a los prisioneros? —pregunta una voz—. No los veo, y, si no los veo, no están ahí. Ya no.

Tino el cojo es poco más que una sombra junto al confesionario, tiene la barbilla apoyada en su bastón, el rostro cubierto por su sombrero de paño. Solo su gran nariz bulbosa como un tubérculo sobresale por debajo del ala cuando habla.

El padre Nereo lo fulmina.

—¿Qué estás diciendo, Tino?

—Nadie los ha visto y nadie se pregunta qué pasa con ellos. Solo los oficiales tienen valor para ser intercambiados por los nuestros, los demás son un lastre.

El padre Nereo se quita el sombrero de tres candiles y lo golpea en la mano.

—¡Qué vergüenza! ¡Insinuar semejantes infamias! Como si el espíritu de todo el mundo no estuviera ya puesto a prueba hasta el umbral de lo soportable.

Dejo a esos dos discutiendo. No quiero creer en las palabras del anciano, pero siento frío. A estas alturas, la duda ya ha sido expuesta, y, por mucho que me esfuerce en aplacarla, sé que encontrará la manera de darse la vuelta y empujar para salir a la superficie.

La Virgen de yeso me mira con dolor.

Has entregado a mi hijo a la muerte, me acusa.

Piel de luna, la suya. La mía es de humo y huele al humo de la derrota. Ella es madre, mientras que yo, quizá, nunca lo sea. Mi vientre es estéril desde hace meses, el cansancio me ha arrebatado el futuro.

En esta noche oscura, la ferocidad se alza en el viento y barre la piedad. La esperanza es mujer y camina descalza, cae y se levanta. Con los pies heridos traza caminos escarpados.

La Virgen de yeso me mira con triste reproche.

Si no encuentras el valor, parece decirme, no eres digna de mi rey —pero su rey cuelga de la cruz—.

Yo también soy hija tuya, me gustaría gritar. En cambio, me rindo, huyo seguida por las espirales de incienso.

Vuelvo a la gran haya: él no está allí. En la oscuridad no consigo encontrar huellas, pero aquí la frontera pasa muy arriba y él está herido, no puede andar lejos.

Detrás de mí se rompe una rama y algo en mí la imita: ningún animal lo haría, porque es demasiado ligero, o demasiado astuto.

Afronto esa presencia aún oculta, asustada por la audacia que me ha traído hasta aquí, pero que ahora me ha dejado sola.

—Sal para que te vea —ordeno como una reina desesperada.

—¿Por qué has vuelto aquí?

El miedo se deshincha. Es Pietro.

—¿Y tú por qué me sigues?

El niño se entristece.

—¡Quieres robar mi tesoro!

—¡Pero qué dices! Vete a casa.

Pietro huye y yo me veo obligada a perseguirlo: no estamos solos en el bosque. Hay un diablo herido que se esconde y yo no sé —¡no lo sé!— cuánta compasión ha conservado su corazón, o si realmente es tan oscuro como dicen. Dicen que los que son como él se los comen, que se comen a los niños.

—Vuelve aquí, Pietro. ¡Venga!

—¡No!

—¡Iré a buscarte y luego se lo diré a tu madre!

A estas alturas apenas lo veo, persigo una silueta. Estamos bajo la pared rocosa de la Creta de Timau cuando consigo rozarlo, pero mis

dedos se cierran sobre la nada.

—En cuanto te pille…

Por encima de nosotros la oscuridad cruje.

No doy un paso más. Fragmentos de hielo me llueven sobre las mejillas. Algo se está moviendo, allá arriba.

—Pietro —digo en voz baja, tendiendo una mano hacia él—. Vente aquí, rápido.

—¡He de recoger mi tesoro!

El niño se agacha al pie de la pared, cava y da tirones.

El crepitar corre.

—¡No seas estúpido, obedece!

—¡Tú no eres mi mamá!

El sonido del hielo al romperse resuena temible.

Miro hacia arriba.

—Dios mío.

El glaciar se ha desprendido. Una pequeña parte de la montaña se está precipitando, siguiendo el curso que es el de las aguas superficiales que en primavera se abren en cascada cuando las lluvias son torrenciales, pero es justo por encima de nosotros donde está a punto de caer. Es una lengua que se lanza entre las rocas cayendo hacia el fondo con estruendo.

Llego a la altura de Pietro, lo cojo con fuerza para no perderlo en la nube helada que ya nos ha alcanzado, y lo aplasto contra la pared. La roca es la última esperanza y me aferro a ella hasta sentir que se me rompen las uñas. Si la dejo, la avalancha nos arrastrará hasta abajo, nos robará el aliento.

Al final llega, la muerte blanca se derrama sobre nosotros y gritamos. Siento que me golpea la espalda, que me aporrea los brazos con furia, y con más furia aún me agarro a la montaña. La nieve me apuñala en la garganta y ahoga el grito, me sacude y me golpea, pero no me asfixia. Que al menos se salve el niño, por lo menos él, pero Pietro ya no grita y la angustia me arrebata las fuerzas. Mis dedos pierden su agarre, lo buscan sin encontrarlo de nuevo. Me invade el pánico, cuando otra mano presiona con fuerza la mía y la ayuda a mantenerse firme. Otro cuerpo empuja contra los

nuestros y enseguida da calor. A nuestro alrededor, la oscuridad golpea y aúlla, pero no nos atrapa.

Solo cuando vuelve el silencio siento que me tiran de los brazos, el peso que me presiona encima desaparece y el aire me embiste, haciéndome toser. Se eleva un llanto, apagado. La cabeza de Pietro busca mi pecho, sus flacos brazos me aprietan el cuello.

Me entran ganas de llorar, pero tengo tanto frío que las lágrimas me caerían en forma de cristales.

Alguien me pasa una mano por los ojos, me quita el hielo, pero no tengo el valor de abrirlos y mirar. Permanece inmóvil durante unos instantes, luego oigo cómo se aleja.

Voces asustadas se persiguen en el bosque y se hacen más cercanas. Reconozco la voz de Lucia, del padre Nereo y de otras mujeres.

No sin dificultad me pongo de costado y arropo a Pietro con mi chal. Todavía estamos medio enterrados bajo el alud.

—Todo va bien, ahora viene tu mamá.

Francesco es el primero en llegar a nuestro lado y excava con sus manos desnudas alrededor, maldiciendo. Libera a Pietro y se lo entrega a su madre. Lucia ha caído de rodillas y solloza estrechándolo contra su pecho.

—Te dije que no salieras. ¡Te lo dije!

Busca mi mano y murmura un «gracias» a flor de labios.

Francesco me ayuda a levantarme, sus dedos se cierran con fuerza sobre mis hombros magullados.

—¿Qué estabais haciendo aquí, con tanta oscuridad?

Me sacude, está furioso, pero su mirada severa también me enciende a mí de rabia.

—Estaba buscando leña. —Me zafo—. ¿No vas a preguntarme por qué?

—Menos mal que me han llamado.

Como si eso hubiera supuesto alguna diferencia.

Me alejo, lo dejo con su vanidad. Todo el mundo está alrededor de Pietro. El niño insiste en recoger su tesoro y está claro que no se calmará hasta que lo tenga de nuevo con él. Es una caja llena de cobre que el padre Nereo y Tino desentierran con esfuerzo de la

nieve. Ese metal significa una barriga llena durante días. Casi muere por defenderlo y ahora mira a Francesco como haría con un valiente caballero.

Pero no fue Francesco quien nos sacó de la tumba de hielo. No era su cuerpo el que protegía el nuestro, el que conservaba el aire por nosotros.

A la luz de las antorchas, nadie se ha fijado en las huellas que ahora se mezclan con las de los recién llegados. Nadie se ha fijado en el pequeño crucifijo que ha caído al suelo, que brilla señalando un camino de gotas de sangre. Lo cubro con un pie, me pongo delante de la luz para que mi sombra oculte el rastro. Solo me muevo para cerrar la fila que vuelve hacia el pueblo, sin girarme ni una sola vez.

Solo más tarde, cuando todas las almas están dormidas, vuelvo sobre mis pasos. Voy dando un largo rodeo para regresar al punto de partida.

Sé dónde buscarlo: donde me escondería yo, es decir, a lo largo de la trayectoria del alud. Nadie se atreverá a aventurarse por ahí durante días.

Y sé dónde encontrarlo, dónde buscar un punto de comunión que salve las distancias: a medio camino de nuestras experiencias, que son las de dos jóvenes.

Se esconde bien, pero yo soy hija de un cazador. Las nubes se han deshecho, solo unas finas manchas corren por el horizonte. El cinturón de Orión brilla y yo sigo la sangre negra.

—*Hilfe.*

Ayuda. Es la oferta que susurro cuando estoy segura de que me encuentro lo suficientemente cerca como para que pueda oírme. Firme en mi determinación, le doy tiempo. Al final, se deja ver.

A la luz de la luna, es imponente. Está perdiendo sangre y tiembla, pero sus ojos muerden. Parece que me acusa: me hieres, me salvas, me abandonas y vienes a por mí. ¡Decídete ya, de una vez!

Le lanzo el crucifijo y una manta.

—¡Si hubiera estado segura de mi propósito desde el principio, ya estarías muerto!

34

Yo ya no soy yo. La transformación se ha producido, pero la criatura salida del capullo no es una mariposa.

Renazco con la apariencia de una gris y opaca polilla. Despliego las alas quebradas por los dedos del destino y vuelo desbaratada. Hasta tal punto necesitada de luz que acepto la cercanía de cualquier llama, sin preguntar de dónde procede, sin preguntar qué peligros comporta.

En la oscuridad que ciega estos tiempos, soy capaz de contemplar misteriosos movimientos y pensamientos que llevan lejos cuando ni siquiera podemos atrevernos a dar un solo paso.

Y así lo he entrevisto, tan perdido como yo, famélico de días futuros, este enemigo que tanto se parece a un hombre.

Nos miramos, en lados opuestos de la habitación. Todo se hace arduo, ahora que las miradas se encuentran.

Se deja caer en la cama, pálido.

—*Wasser, bitte.*

Pide algo para beber. Voy a buscar la jarra, pero cuando vuelvo no le lleno la taza.

—Se dice «agua». Esto sigue siendo Italia y con la ayuda de Dios seguirá siéndolo.

Me mira frunciendo el ceño.

—Si quieres…, si quieres algo, pídelo en italiano —silabeo lentamente—. Agua.

Se extiende para cogerla, pero la herida lo hace doblarse. El ceño fruncido se ha convertido en una mezcla de hostilidad y de preocupación. De los dos, él es quien más tiene que temer.

Espero, pero la rendición no llega. Creo que tenemos tiempo, para llegar a un acuerdo, para buscar el equilibrio. Tal vez soy cruel, pero es importante que reconozca que se encuentra en tierra ajena. Es un invasor, debe deponer las armas de las que está dotada su mente, antes que sus manos.

Intenta levantarse, pero el dolor le arranca una queja rabiosa.

Dejo la jarra y me acerco, ahuyentando cualquier temor. Tarde o temprano, en cualquier caso, tendría que decidirme a hacerlo.

—Debes quedarte quieto, o la herida no se curará.

Lo ayudo a quitarse la pesada ropa y las botas y le hago tumbarse. Me obligo a pensar que ya lo he hecho muchas veces con los heridos del frente. Es solo un soldado, me digo, con un uniforme diferente.

El silencio tiene el poder de solidificar el aire, las miradas son capaces de caminar sobre la piel y atormentar con inesperados hormigueos.

—Se dice «gracias» —murmuro, para rebajar la tensión, mientras con paciencia le renuevo el vendaje—. Me llamo Agata. Agata —repito, golpeándome el pecho.

Él permanece en silencio. Señalo la herida.

—Ahora está limpia. Intenta dormir.

Se toca la venda. Dice algo en su idioma.

—Total, no te entiendo.

Insiste, niega con la cabeza. Creo que me está acusando de haberlo golpeado y de haberlo llevado hasta el enemigo.

—Ya estabas de este lado —murmuro.

Le muestro mis muñecas unidas y con un gesto lo invito a que haga lo mismo. Retrocede, pero no desisto.

—Tengo que atarte.

Se da la vuelta y no me mira. Tiene el perfil recto de la estirpe teutona, pero el chichón de su frente rompe la perfección y hace que su altivez sea torpe.

Señalo la puerta, luego sus brazos otra vez.

—O te ato o te vas de aquí.

Mira al techo, su pecho se ensancha respirando profundamente y se desinfla con un temblor. Por un momento siento por él algo

parecido a la compasión.

Está lejos de sus compañeros, atrapado tras la línea del frente, encerrado en una habitación junto a quien ha intentado matarlo.

Tiene miedo, como yo. ¿Puede el miedo unir, en vez de separar? Pronto lo descubriremos juntos.

Lleno la taza de agua y se la ofrezco.

—Tienes que decir «gracias» —repito, pero de él no sale nada.

Me gustaría mandarlo al infierno, pero luego pienso en lo que nos habría pasado a Pietro y a mí si no nos hubiera protegido, y me siento menos beligerante hacia él.

Nos ha salvado. Me conformaré con eso. Espero paciente, hasta que comprende que ha llegado el momento de ceder y, por fin, me tiende las muñecas. Lo estoy atando para mantenerme a salvo; sin embargo, la sensación que tengo es otra: no son los nudos los que me hacen sentir protegida, sino la fuerza de estas muñecas. Son fuertes y él las ha puesto en mis manos.

35

Me despierto al amanecer, con la certeza de que no estoy sola.

Hay otro corazón que late al otro lado de esta pared. Otros anhelos, otros pensamientos. Tan iguales, algunos de ellos. Ferozmente diferentes, otros.

Lo dejo descansar todavía un rato más. Cuando por fin me siento segura, llamo y abro la puerta. Está despierto.

Lo saludo con un gesto y dejo sobre la cómoda un barreño de agua tibia y un paño limpio. De la cajonera saco una muda de ropa y la coloco sobre la cama.

—Te apañarás tú mismo —le digo.

Cuando estoy a punto de salir, levanta las muñecas y me muestra las ataduras.

Dudo, pero no hay nada más que pueda hacer salvo liberarlo.

Me acerco.

—Tengo una navaja en el bolsillo.

No es tanto una advertencia para él como una forma de darme ánimos. Desato los nudos pensando que estamos demasiado cerca, que él puede que esté herido, pero sigue siendo el más fuerte, y que es un desconocido, un austriaco. Mis manos tiemblan y sus ojos se han dado cuenta: se demoran en las mías, en mis dedos. Y de nuevo en mi cara. No logro respirar.

En cuanto puedo, me alejo.

—¡Date prisa! —le digo, y cierro la puerta tras de mí. Tengo que revisar la casa, asegurarme de que las ventanas están bien cerradas, así como todas las entradas. Me ocupo de las cabras, les doy heno fresco, limpio la cocina y preparo la comida. De vez en cuando, entreabro una puerta y observo la aldea desierta. Viola no ha venido

a buscarme, ya no lo hace. Es doloroso, pero ahora también es algo bueno, para las dos.

Cuando creo que ya habrá acabado, vuelvo con él, llevándole un plato.

Lo encuentro compuesto, incluso ha intentado peinarse. Su rostro ha recuperado un buen color.

Se ha atado las cuerdas alrededor de sus muñecas como ha podido. Solo tengo que atar más fuerte los nudos.

Nos observamos.

¿Lo has hecho por mí?, me gustaría preguntarle.

Me acerco y aprieto con fuerza. Dejo suficiente cuerda para que pueda comer por su cuenta.

—Sopa —le digo, al tiempo que le tiendo la cuchara—. Y queso.

No lo veo comer, ordeno la habitación. Recojo la ropa sucia y limpio. No deja de escudriñarme.

—Tengo que enseñarte cómo marcharte de aquí —le digo en un momento dado—. Muy pronto será el momento de hacerlo.

Me observa con ojos atentos y cautelosos. Me recuerda al lobo al que tantas veces me he acercado.

—Más allá de la aldea, por detrás del torrente, encontrarás el Bosque Prohibido. Ahí es donde te dejé.

Me acerco a la ventana. Abro un poco las persianas y el mundo exterior entra a través de una fina línea con mezcla de colores y reflejos. Señalo el verde brillante al fondo.

—Bosque. ¿Me entiendes?

Tiene la expresión de alguien que, por mucho que se esfuerce, no es capaz de orientarse. Cierro los postigos.

—Tenía un perro que me entendía mejor.

Murmura algunas palabras. No hay impetuosidad, casi no existe la esperanza de ser comprendido. Querría haber sido maestra, quizá ahora tenga ocasión de serlo por un tiempo, con quien menos lo hubiera pensado.

Del cajón de la cómoda saco una hoja de papel, tinta y pluma, y me siento a su lado.

Con unas pocas líneas dibujo una casa.

—Nosotros estamos aquí. Casa. Nosotros estamos en esta casa.

Se sostiene sobre un codo, parece intrigado.

Por detrás de la figura, dibujo árboles, perfiles lanceolados y copas vaporosas.

—Bosque. Nosotros lo llamamos *bolt*.

Entreabre los labios, pero aún no está decidido a darme esa satisfacción.

Sal a mi encuentro, pienso, y tal vez seamos un poco menos extranjeros, estaremos menos alejados.

—*Der Wald* —murmura.

Me guardo para mí la satisfacción por esa pequeña victoria y escribo palabras junto a las imágenes.

—Casa. Bosque. Se llama Bosque Prohibido. Ahí crecen las hayas más antiguas e imponentes. En el siglo XVI, la República de Venecia lo requisó, declarándolo prohibido y reservándose la valiosa madera para la construcción de sus barcos.

Se lo voy explicando, de manera que el sonido de la lengua se vaya haciendo algo habitual para sus oídos. No es importante que entienda todas y cada una de las palabras, sino que el significado de alguna manera vaya abriéndose paso.

—Venecia… *Venedig?*

Lo he confundido más e intento rebobinar el hilo.

—Ahí es donde encontramos al niño. Niño. —Se lo dibujo, diminuto—. Niño. Nosotros decimos *Ckint*.

—*Das Kind!*

—¡Sí! Pero repite: niño.

No lo hace.

Vuelvo a dibujar, una línea quebrada por detrás de la casa, pero esta vez no digo nada y le dejo a él la tarea de dar un paso más.

Señala con el dedo.

—*Die Berge.*

La emoción por haber encontrado una comunión profunda con quien representa todo lo que una quisiera rechazar es grande. El dialecto de Timau llega sin cambios desde la Edad Media y, sin embargo, está vivo, es una herramienta de encuentro, es algo que en algún momento de la historia unió a nuestros pueblos.

—Para nosotros es *bearga* —le explico—. Son las montañas.

—Mon… —Cierra los labios. Lo intenta otra vez—. Monta… ñas.

Sonrío.

—Montañas. Con *ñ*. Montañas.

Escribo las tres palabras. *Berge. Bearga.* Montañas.

—Escribir. —Hago el gesto de escribir, lentamente.

—*Schreib…*

—Muy bien —lo animo, pero enseguida me pongo seria. Ahora ha de entender lo que voy a decirle, porque su supervivencia depende de ello—. Tendrás que atravesarlas para llegar a la frontera. Frontera.

Dibujo una alambrada.

—Frontera —silabeo—. *Grenz.*

Escucha con más atención.

—Ist die Grenze hier?

—Sí, ahí está la frontera, al otro lado está Austria. No será fácil. La nieve sigue siendo profunda. *Sghneab*, ¿entiendes?

—*Schnee.*

Suspira y se deja caer sobre la almohada. Está preocupado, pero parece satisfecho.

—Lo lograrás.

Me sorprendo con lo que acabo de decir. ¿Lo logrará y luego volverá a cumplir las órdenes que le han dado? Tal vez un día será él quien me dispare a mí, o a alguna persona que me importa. Estoy criando un cachorro de desgracia.

—Volverás a la batalla —le digo—. Nada va a cambiar. *Ckempf.*

Se da la vuelta, con la mirada clara oscurecida.

—*Kampf* —susurra, y parece querer decirme que no es nuestra guerra, aunque tengamos que librarla.

Me roza. Es solo un toque amable en mi muñeca, al que yo sin embargo reacciono como si me hubiera dado un tirón. Una reacción exagerada, el verdadero rostro del miedo.

—Perdóname —me apresuro a decirle, pero con la mano en el corazón, aplacándolo.

Lo señala.

—*Herz.*

—*Hearza.* Corazón.

Mi respiración se ha calmado. Una campana da la hora.

Esta vez su dedo señala la ventana. Quiere continuar con nuestro juego y yo lo complazco.

—Campana. *Klouka.*

El sonido le hace sonreír.

—*Die Glocke.*

Señala el plato vacío, coge la cuchara y se la lleva a los labios. Las cuerdas alrededor de sus muñecas se tensan.

—*Essen?*

—*Eisn.* Comer.

—Comer.

Así me retiene, tejiendo entre nosotros una red de palabras alejadas de la guerra, alejadas de la tarea que tendrá que emprender para regresar al lugar de donde vino armado y decidido a conquistar.

El mapa con la ruta de escape se ha deslizado al suelo y allí permanece.

La pregunta que me atormenta es qué pasará conmigo fuera de los confines seguros de esta casa. Lo que estoy haciendo tiene un peso y de alguna manera tendré que soportarlo.

Ismar señala la estantería, los volúmenes que ya no tengo tiempo de leer.

Mi mano cubre mi boca.

Dios mío, he pensado en su nombre.

Me escondo dándole la espalda, asustada de mí misma.

Cálmate, Agata. Es solo un nombre.

Me concentro en los libros. Quiere una palabra para llamarlos. Hay muchas, y todas ellas dolorosas.

—Historias. Sueños. Esperanzas.

Vuelvo a mirarlo.

—Rotas.

36

Me he escondido durante días, viviendo en una oscuridad que me crece por dentro.

He ido aplazando este momento cuanto he podido, pero hoy he tenido que subir al frente. Si no lo he hecho antes no ha sido por ningún impedimento o por necesidad, sino por la angustia que me produce ahora volver a esos lugares.

Sé que tendré que verme con el capitán Colman y no lo rehúyo. Prefiero enfrentarme a él antes de perder el poco valor que me queda, pero encuentro el puesto de mando vacío. Unos pocos papeles ordenados y la ausencia de su estuche de escritura me asustan.

En la salida me topo con el doctor Janes, que me saluda con un abrazo.

—¡Por fin nos vemos de nuevo!

—¿Qué ha pasado con él?

—El capitán ha subido arriba con los mejores hombres de la sección y permanecerá allí unos días. Las órdenes son ponerse al mando de un puesto de avanzada.

El corazón no quiere calmarse.

—¿Se espera un ataque?

—No tenemos noticias de movimientos de tropas enemigas, pero los austriacos quieren ese espolón de roca, nos lo hacen ver con constantes escaramuzas. Si lo logran, subirán ametralladoras y obuses hasta allí y podrán atacar en reversa nuestras trincheras, que dominarán desde las alturas. Pero no os preocupéis, nunca ha sido nada serio. Resulta demasiado complicado luchar allí arriba.

—¿Y quién está al mando aquí mientras tanto?

—El oficial de mayor rango… soy yo.

Su expresión divertida me hace reír.

—Perdonadme, doctor. ¡No, comandante!

—«Doctor» es el único título que me importa. Si os soy sincero, prefiero suturar que ordenar un asalto con bayoneta.

Una pausa que nos devuelve al peso de la realidad.

—¿Volverá pronto? —pregunto.

—¿Y quién puede decir cuánto porfiarán los austriacos? Pero yo creo que sí. En estos días ha preguntado mucho por vos. Estaba preocupado, al no veros.

No me veo capaz de responder.

—No nos abandonéis, Agata. Necesitamos vuestra templanza.

—Volveré mañana —lo tranquilizo, aunque no sé si es la verdad.

El doctor Janes me coge del brazo.

—Venid, vamos a tomar un té juntos.

—Debo marcharme…

—Concededme vuestra compañía todavía un momento más. Acabáis de llegar y hoy parece que la paz está con nosotros, como un sueño en duermevela.

—Sois un comandante poeta, doctor —bromeo, pero fingir me pone de los nervios—. Ya tomaremos el té mañana, os lo prometo.

Lo dejo descontento y me apresuro en busca de Lucia y Maria, hacia la pequeña iglesia del frente.

La capilla del Pal Piccolo se ha convertido en un símbolo de resistencia y esperanza que llama al recogimiento de los soldados en cuanto les es posible. En estas cumbres, como un antiguo *hospital*, ofrece amparo al espíritu de los combatientes. Se yergue entre las cruces y al abrigo de una escarpada pared, tan perfecta e inesperada que parece un espejismo.

Las abundantes nevadas la han cubierto varias veces hasta el crucifijo que despunta en el tejado, pero ha resistido, tan estoica como quien la ideó. No he olvidado que las manos de Amos también contribuyeron a pulir sus piedras. Me pregunto cómo estará mi primo, si estará más seguro en el Carso que aquí.

No sé si allí el frente está resistiendo. He aprendido a desconfiar de las noticias gritadas en los periódicos. Siento fastidio al ver las

viñetas satíricas, así como las postales de propaganda. Muestran una guerra que aquí nunca hemos visto, que no existe, hecha de gigantes, de luchas entre titanes sin que se derrame ni una gota de sangre, sin que se rompa o se pierda ningún miembro, sin vísceras esparcidas sobre un campo de carne. Es una guerra cuyo olor a duras penas puede imaginarse, y que yo nunca podré olvidar; le ha sido arrebatada la voz con la que sigue gritando en las noches de quienes, por el contrario, la vivimos. Es una narración anodina, que ni siquiera posee la épica de los poemas, porque no hay valor donde no espuma el sacrificio.

Encuentro a las otras, están con Viola. Se hallan escuchando misa en la pendiente nevada. Somos demasiadas para poder entrar todas.

El capellán castrense oficia el rito bajo el arco del portal; a su lado, como un tótem pagano erigido por una estirpe beligerante y desgraciada, despunta un gigantesco proyectil, clavado en el suelo. A veces, resulta salvífico mantener a nuestro lado lo que más miedo nos da.

Recuerdo el día de la inauguración de la pequeña iglesia. El cielo atronaba, el enemigo había olido en el viento la realización de un acontecimiento especial y había lanzado la artillería más pesada sobre nuestras cabezas. La tierra estallaba y hervía como millones de cráteres, pero ni un proyectil la alcanzó en ningún momento. Esta casa de almas y de corazones se construyó sabiamente.

Nos juntamos cerca unas de otras. Viola me susurra al oído.

—¿Has visto el cuadro? El pintor ha hecho que lo trajeran hoy de Venecia. ¿No te recuerda a nadie?

Por detrás del sacerdote, dos alpinos sostienen una imagen de la Virgen María. Estamos lejos, pero reconozco los rasgos iluminados por una luz espiritual, la expresión amorosa, el colorido de un lirio de montaña. Entre sus manos sujeta una corona de laurel, como para ceñir la cabeza de esta Italia herida, o de sus hijos caídos en su defensa. No logro contener la exclamación.

—¡Lucia!

Viola estalla en carcajadas, mientras Lucia con gestos nos pide que nos callemos, las mejillas en llamas. Esa Virgen es ella.

La abrazo, feliz por un momento. ¿Quién, mejor que ella, puede ponerle cara a la Madre de estos chicos?

Nuestro contento no contagia a Maria. Está lejos con su pensamiento, mira hacia las líneas enemigas.

Cuando habla, todas nos estremecemos.

—El Cordero abrió el cuarto sello. La Muerte llegó en un caballo verde, seguida por el inframundo. Tenía el poder de exterminar con la espada, con el hambre, con la peste y con las bestias de la tierra.

—Qué alegría —murmura Viola.

—Es el *Apocalipsis* —dice Lucia—. Tiene razón al recordárnoslo. Que Dios sea nuestro testigo: nunca hemos hecho nada para atraerlo hacia nosotros.

—¿En serio?

—¿No lo crees?

Viola no cruza su mirada con nadie, se ha vuelto cada vez más descarada, provoca porque está impaciente por descargar el odio que alberga en su interior. Está perdida, contagiada.

—Si el infierno se ha desencadenado aquí —replica—, seguro que es porque alguien habrá pecado. ¡A mí lo primero que me gustaría sería aplastar a esos infames austriacos! ¡Que se mueran todos!

—¡Viola!

Lucia intenta abrazarla, pero se zafa y desaparece entre los soldados. Son ellos, ahora, su única preocupación. Una preocupación obsesiva: mantenerlos con vida, animarlos a atacar. Busca venganza por su artillero muerto. El ansia de venganza acabará por ahogarla.

—Agata, ¿por qué no intentas hablar tú con ella?

Lucia deposita en mí una esperanza ya muerta en origen. Viola no me escuchará, según ella aún no he perdido lo bastante como para alcanzarla donde se encuentra ahora.

Me alejo de allí con una excusa, sin esperar la bendición, y me vuelvo a casa perseguida por una inquietud que ha anidado en mi interior. Es una sensación que se desvanece en cuanto me parece que soy capaz de captarla, pero sé que está hecha con las mentiras contadas, con el rencor de una amiga, con la imagen del capitán Colman armado, en una cumbre.

Por la noche, recupero mi sitio junto al diablo blanco. Parece contento de volver a tener compañía por fin. Su mirada es benévola, su cuerpo está echado tranquilamente. La exuberancia de su juventud es la de un dios caído, o tal vez la de un fauno. Casi puedo ver sus cuernos, en la sombra que proyecta, y son muy parecidos a los de un demonio.

Veneno, me digo. El odio de Viola hoy me ha contagiado a mí también.

Después de la comida, reanudamos nuestro juego de palabras, pero el camino que yo misma trazo pronto se desenrolla en la maraña de un bosque de arrepentimientos y de culpas.

Levanto las manos, las alineo, cierro los dedos como si sostuviera un fusil invisible.

—*Jäger?* —pregunta.

Niego con la cabeza. No es «cazador» la palabra que tenía en la cabeza. Apunto y aprieto un gatillo imaginario.

—Asesino —deletreo.

Cambia de expresión. Por un momento, cierra los ojos, como si la bala que he fingido disparar fuera real. Cuando los abre de nuevo y me mira, no es arrepentimiento lo que veo, sino una cólera tranquila.

—*Träger* —musita.

No necesita expresar con gestos el significado de la palabra que ha relacionado con mi acusación. El sonido es semejante a ese con el que han empezado a llamarnos también en el pueblo.

Dar Trogarinnen.

Las Porteadoras.

37

Ismar llevaba más de un año sin ver a una mujer, pero esa chica no era como las jovencitas que lo esperaban ansiosas en Viena. No vestía blusas de colores, ceñidas sobre los rollizos pechos, ni faldas vaporosas que dejaban entrever voluptuosos tobillos, ni olía a maquillaje ni a colonia.

No se parecía a Lena.

Lena. Durante su último permiso había evitado verse con ella. Antes de la guerra habría dado un brazo por llevarla al Café a tomar un chocolate con nata o a la cervecería a comer salchichas blancas con mostaza y pretzel*. Habría dado lo que fuera por convertir el presente en un futuro luminoso.*

A menudo se cruzaba con ella en sus sueños, durante las primeras semanas que pasó sobreviviendo en el frente: vestida con un dirndl *azul celeste como sus iris, el pelo rubísimo peinado en ondas brillantes, su cintura ceñida en el corsé… Había imaginado miles y miles de veces desatar los nudos con un dedo, mientras las bombas atronaban.*

Pero poco a poco esa imagen se fue desvaneciendo. El sueño se había quebrado, revelando una angustiosa nada. La nada de su vida anterior.

*Volver a casa, sabiendo que no podía escapar a la llamada de la guerra, era un calvario. Responder a las preguntas de su padre sobre la vida en el frente, asegurando a su madre que sería prudente —*prudente*—, riendo con sus hermanas, satisfaciendo la curiosidad de los transeúntes… Era una puesta en escena que había consumido todas sus fuerzas.*

Se sentía incapaz de compartir sus intereses, sus alegrías, incluso sus preocupaciones. Todo le parecía tan mísero, tan insignificante comparado con lo que estaba acostumbrado a hacer cada minuto de su nueva vida: seguir vivo. Ismar se había convertido en otro, se había convertido en «otra cosa». Despojado de todas las pretensiones, de todos los ridículos adornos, era un rey desnudo, por fin libre.

Pero, para quienes prefieren la seguridad de las convenciones, la libertad es locura.

La chica italiana estaba todo lo lejos como podía estarlo de Lena, del sueño de Ismar.

Hombros anchos —el esfuerzo—.

Manos ásperas —el trabajo—.

Ropa lisa —la miseria—.

Ojos de bosque y pelo largo y despeinado del color de la canela. Una boca grande, hambrienta de vida. Una boca que era capaz de acusarlo incluso cuando callaba.

Había en ella algo salvaje en lo que Ismar podía reflejarse sin sentirse culpable y, al mismo tiempo, algo tranquilo y solemne.

La aspereza de ella también pertenecía a Ismar —era la de las cosas consumidas por la vida—, pero coincidía, milagrosamente, con los puntos de apoyo que había aprendido a explotar para seguir vivo. Había aprendido a desconfiar de las superficies lisas y brillantes, tanto en las ermitas de las montañas como entre los hombres.

Ella lo mantenía atado. Ismar se lo dejaba hacer. La entendía.

Pero a ella no se le daban bien los nudos y, en cuanto salía y cerraba la puerta de casa, se liberaba.

En esos momentos de soledad, sin ser visto, la conocía de verdad.

38

Un mensaje llega desde el frente. Estoy sacando agua de la fuente cuando el timbre de la bicicleta del padre Nereo anuncia noticias. Al verme, frena y desgasta las suelas sobre los adoquines. La nota es para mí.

La leo y la aprensión pronto da paso al desconcierto. El capitán Colman me pide que suba urgentemente hasta el pedestal de roca que lleva días defendiendo con una sección, en una posición elevada, sobre la línea del frente.

Se la dejo leer al padre Nereo, que entorna los ojos ante la naturaleza de la segunda petición.

—¿Por qué? —pregunta.

No lo sé.

Debo llevar conmigo el vestido más hermoso que posea y el juego de mesa más rico que pueda encontrar. El mensaje no proporciona ninguna explicación.

—Ve a buscar el vestido, ya me encargo yo de lo demás. Nos veremos en la sacristía, date prisa.

El padre Nereo pone los pies en los pedales y sale a toda velocidad en dirección al campanario.

No me queda más remedio que darme prisa, mientras el cubo salpica agua con las sacudidas. Al final lo suelto en el suelo y el nerviosismo adquiere la forma de una carrera alocada.

En casa, encuentro al enemigo en la misma postura que lo dejé. Lo observo, con la respiración entrecortada: mantiene los ojos cerrados, la cabeza relajada sobre un hombro, las manos apoyadas en el vendaje del abdomen siguen atadas a la cama, pero sé que está fingiendo. La respiración durante el sueño es diferente a la de la

vigilia, y he aprendido a reconocerla en las noches pasadas junto al cabezal de mi padre.

Acerco la jarra de agua en la mesilla de noche y le coloco sobre el regazo un pañuelo con pan y queso.

—Tengo que irme, pero volveré pronto.

Abre los ojos. No finge la confusión de quien es arrancado de sus sueños, siempre ha sido consciente de cada uno de mis pasos. Le señalo el orinal.

—Si quieres seguir a salvo, no intentes moverte.

Media hora después, ya estamos de camino. El padre Nereo, yo y una mula cargada con todo lo que hemos conseguido reunir. La bolsa en el lomo del animal tintinea con valiosos latones.

No hablamos, empujamos con las rodillas y los talones para subir lo más rápido posible. En el último tramo, sin embargo, el padre Nereo tropieza varias veces y tengo que izarlo a la mula. El esfuerzo hincha sus venas y enrojece su rostro. Al llegar frente al Pal Piccolo, se ve obligado a dejarme continuar sola.

—Que Dios esté contigo —me bendice, pero no tengo corazón para responderle. Dudo de Dios tanto como del hombre.

El doctor Janes se ha unido a nosotros y me asigna a un alpino como escolta. Avanzaremos por caminos que en parte quedan al descubierto.

—El capitán me ha dejado al mando —dice, dando unos pasos con nosotros—. Me muero de ganas de que vuelva, decídselo.

—Estoy segura de que desempeñaréis la tarea perfectamente, doctor.

Se quita las gafas y las limpia con una punta de la manga. Busca consuelo. Le aprieto un brazo y lo noto temblar.

La forma en que me mira me asusta. Se da cuenta.

—Perdonadme, tengo un mal día. Sí, el capitán reforzará el puesto de avanzada y volverá a torturarnos con su cháchara. Ahora, id para allí. Seguid el sendero, os queda una buena media hora de ascensión.

Un pie delante del otro, avanzo con rapidez hasta que el fortín aparece frente a mí con una serie de barracones de tablones apuntalados sobre precipicios. Escaleras de hierro se extienden

desde las chimeneas humeantes hasta las cimas. Algunos de los alpinos que están pegados a las paredes levantan las manos en señal de saludo, mientras otros se dedican a reforzar los parapetos con piedras y sacos.

Me detengo para recuperar el aliento. La petición del capitán me parece más sin sentido que nunca.

Es él quien me recibe, apareciendo por el refugio.

—¡Tenía la esperanza de que vendríais!

Me ayuda a sacarme el cuévano y echa un vistazo a su contenido.

—¿Habéis traído lo que os pedí?

—Sí, pero habéis sido muy misterioso.

—Vamos dentro, os lo explicaré.

—¿No se derrumbará todo?

—Es más sólido de lo que parece. Estamos aferrados a la montaña.

El conflicto ha llevado al ser humano a alturas que no le son propias, lo ha transformado con el vértigo y los rigores del frío, con la aspereza de la roca y la pureza de los vientos; los aludes lo han barrido y quien se ha salvado ha aprendido a anclarse en paredes verticales.

El interior del refugio se calienta con una estufa en la que borbota una cafetera. No estamos solos, dos alpinos están barriendo.

—Estamos esperando a unos invitados —dice el capitán.

Nos encontramos en un desierto de roca, de extensiones verticales que empujan la mirada hacia el cielo.

—¿Qué invitados pueden venir a vernos aquí arriba?

Se gira para mirarme. Su expresión se vuelve seria.

—El enemigo, Agata. Esperamos a los emisarios del frente austriaco. Por eso os pedí que vinierais. Necesito vuestra ayuda.

—¿Cómo puedo yo ayudaros?

—Este puesto de avanzada debe cambiar la cara para recibirlos. Vienen a proponer nuestra rendición, están seguros de que ya no tenemos recursos para resistir.

—¿Y eso es verdad?

—Con vuestra ayuda, les demostraremos lo contrario. ¿Os veis capaz de hacerlo?

Asiento con la cabeza, no puedo elegir otra cosa.

—Bien, ordenad lo que queráis y mis hombres lo llevarán a cabo. Yo he de ocuparme de las defensas.

Está a punto de salir, pero lo detengo. No soy capaz de contenerme.

—¿Resistirán? —pregunto.

Me regala una de sus escasas sonrisas, que últimamente se han vuelto más habituales.

—Claro que lo harán —promete, y se aleja.

Miro a mi alrededor, me tomo unos instantes para decidir qué hacer.

—¿Tenéis órdenes? —me pregunta un alpino.

Le señalo el cuévano.

—Ahí dentro está todo.

Extendemos el finísimo encaje del mantel de liturgia sobre la mesa de esquinas desgastadas. La estola de seda que el padre Nereo lleva para celebrar la Pascua se convierte en un espléndido centro de mesa que brilla con bordados de plata. Dios lo entenderá, me digo, cuando lleno el cáliz eucarístico con las campanillas de nieve recogidas durante la ascensión.

Un soldado desenrolla la alfombra mientras un compañero bruñe con ahínco los candelabros tomados en préstamo del altar. Los mapas se extienden sobre el atril. Cuando enciendo las velas y doy un paso atrás para admirar nuestro trabajo, yo misma me sorprendo del resultado. El barracón luce ahora con el aire de un estudio romántico, el retiro de un refinado pensador.

El soldado encargado del rancho entra sosteniendo una sartén envuelta en un paño y la habitación se llena de dulces fragancias, pan tostado en mantequilla y aromatizado con el último polvo de canela que rebañé del fondo de un frasco. Llenamos las copas, echamos más leña en la estufa.

El capitán Colman regresa y su expresión nos arranca una carcajada.

—¡Excepcional! —dice—. Realmente excepcional, solo falta un detalle.

Se despoja de su capa y coloca algunos tomos sobre el baúl. Me acerco para observarlos.

—¿Libros? —pregunto.

—Novelas. Porque el fuego enemigo no nos preocupa lo más mínimo y tenemos mucho tiempo para leer.

No puedo evitar reírme mientras observo en mis manos uno de los volúmenes.

—*Nuestra Señora de París.* ¿Es vuestro? —le pregunto.

—Es mi preferido. ¿Lo habéis leído?

—No.

—Pues deberíais.

Un edelweiss seco marca un punto a pocas páginas del final.

—*Encima de todo esto, en el cielo, un vuelo perpetuo de cuervos…* —Miro al capitán, dudosa. Me salto unas líneas hacia abajo y continúo—. *… de noche sobre todo, cuando había un poco de luna sobre aquellos cráneos blancos, o cuando la brisa de la tarde rozaba cadenas y esqueletos, y movía todo aquello en la sombra. Bastaba aquel patíbulo para convertir en siniestros lugares todas las cercanías.* —Cierro el libro y se lo devuelvo—. Una lectura que, estoy convencida de ello, el Mando Supremo recomienda para levantar el ánimo de las tropas. ¿Os ayuda a prepararlos para el consejo de guerra?

—En realidad, es también una gran historia de amor, pero ya veo que no me creéis. Esta certeza me duele.

—El doctor Janes sabrá aliviar vuestro dolor prescribiéndoos *grappa*.

—El doctor Janes es el mejor médico del mundo.

—Me dijo que os dierais prisa en volver. El mando no es para él.

El capitán mira su reloj.

—Ha llegado el momento de que vayáis a cambiaros, ahora.

Me señala una pequeña habitación contigua a la furrielería que también sirve como garita. Cojo el paquete que he traído de casa y cierro la puerta. Me desnudo incómoda, siendo la única mujer en un entorno masculino.

El vestido más hermoso que tengáis, había ordenado el capitán en su mensaje. El único que tengo es también el único que no quisiera

ponerme ahora. Desato la cuerda que cierra el fardo y dispongo con cuidado el contenido sobre la litera. La blusa de finísimo algodón huele a corolas de manzanilla. Cuando me la pongo, siento el verano sobre mi piel. Las medias son las más finas que he usado nunca, y la falda de terciopelo negro, como el de los *scarpetz*, me cubre los tobillos con un vivo bordado de gencianas, espigas y botones dorados. El corpiño de color azul lavanda reluce mientras tiro de los lazos y me coloco el chal del mismo color.

Hubo un tiempo en que los husos y las ruecas del valle producían los hilos más finos y valiosos, bajo la hábil dirección de manos femeninas. El cáñamo y el lino de nuestros campos se transformaban en suaves tejidos, que flores y plantas teñían con los exuberantes colores de la vida. Ese tiempo se ha ido y me siento triste.

Llevo el vestido de novia de mi madre.

Delante de un espejo portátil, rodeada de objetos masculinos que me recuerdan dónde estoy, me trenzo el pelo y lo recojo en la nuca. Nunca me he visto así, y quizá nunca vuelva a hacerlo. Me concedo tan solo el tiempo para respirar profundamente, antes de regresar a la realidad.

Cuando me asomo, el capitán Colman se queda en silencio, hasta el punto que empiezo a sentirme incómoda. Tal vez se imaginaba un vestido diferente, pero aquí nunca ha llegado la moda de la ciudad.

—Si no… —empiezo a decir.

—Solo falta una cosa —me interrumpe, desapareciendo. Cuando regresa, me hace ponerme la pulsera roja con el número de la unidad—. Olvidasteis esto. No estáis aquí para servir la mesa, ni quiero que vuestra presencia sea malinterpretada de otra manera.

Rozo la cinta.

—¿Cuál es mi papel, cómo puedo llamarlo? A veces me lo pregunto, pero no encuentro respuesta.

—Si el asunto os inquietaba, podríais habérmelo preguntado a mí o a cualquiera de mis hombres. La duda no se nos pasa por la cabeza.

Sonrío, para ocultar mi incomodidad, pero empiezo a encontrar tranquilizadora su apacible arrogancia. Cuando me siento perdida,

sus palabras me encuentran y me traen de vuelta.

—Pues bien, ¿qué soy yo para esta guerra, capitán?

—No para la guerra, sino para estas trincheras, que están hechas de seres humanos y no solo de piedras. Sois la base de nuestra resistencia, Agata, y estáis aquí, ahora, porque sois, de hecho, un soldado.

Hace una señal y le entregan una pluma. Es reluciente, marrón, afilada como la voluntad que nos hace estar aquí.

—No hemos encontrado para fijarla nada mejor que un alfiler, pero estoy seguro de que sabréis hallar una solución más apropiada.

Tiemblo cuando me la sujeta en el pecho, pero sus dedos tampoco están tranquilos.

—Perdonadme. No estoy acostumbrado.

—No la merezco… —murmuro, demasiado cerca del llanto como para añadir más. Ni siquiera me atrevo a tocarla.

—No os permito que digáis eso. —Parece satisfecho—. Ahora nuestros invitados sabrán cómo miraros.

—¿Por qué vienen a ofrecer la paz?

—No ofrecen la paz, piden la rendición de este puesto de avanzada.

Sus ojos evitan los míos.

—¿Qué razón tienen, si el fortín es sólido…? —Se me quiebra la voz. Tengo que hacer una pausa—. ¿Estáis en dificultades, es así?

—Desde que empezó la guerra, Agata, no ha habido ni un solo día que haya sido fácil, pero todavía estamos aquí. No hemos cedido un metro de terreno y cuando, por desgracia, ha caído en sus manos lo hemos recuperado.

—Puedo bajar y llevar un mensaje al doctor Janes, seguro que os enviará hombres y… —Me doy cuenta de que, en cambio, el mensaje se me envió a mí—. Ya habéis echado vuestras cuentas —murmuro —, nadie vendrá a ayudaros.

El capitán me pone las manos sobre los hombros. Podría caerme si en este momento no me sujetara.

—No puedo restar hombres y artillería a la línea del frente del Pal, y no puedo darle al enemigo lo que no está en mi mano concederle: o se gana o se pierde, pero rendirse, nunca.

—Comandante, ya vienen —anuncian desde fuera.

Las manos del capitán Colman me aprietan con más fuerza, pero su presión no se convierte en un abrazo. Se afloja.

—No temáis, estáis a salvo. No han venido aquí para empezar un choque armado.

—¿Qué debo hacer?

—Quedaos a mi lado.

39

Los recibimos el uno al lado de la otra, en el umbral del refugio. La nieve aquí arriba sigue siendo alta y dura, los emisarios llegan a través de un túnel excavado por ambas partes. Es así como a menudo atacan, apareciendo de repente a este lado de las líneas italianas.

Cuando los veo salir de la blancura, mi pensamiento se dirige hacia Ismar. Estos chicos envueltos en capas de camuflaje son sus camaradas, y el oficial que los sigue y al que dejan pasar desplegándose a los lados es tal vez el comandante que se pregunta qué le habrá pasado a uno de sus hombres.

El capitán Colman se presenta con unas palabras en alemán, pero es detenido amablemente por su homólogo.

—Comandante Krauss, del 10.º ejército. Conozco vuestro idioma, estudié violín en Mantua.

El oficial austriaco es un hombre de largas extremidades y aspecto maduro. Sus ojos, grises como su uniforme, son prudentes pero amables. Su pecho está condecorado con una infinidad de medallas relucientes.

—Entrad, tomad asiento.

La delegación invade la sala con pasos cautelosos. Sus botas golpean vacilantes y yo creo que eso es bueno: respetan a estos hombres y el terreno que hasta este momento han sido capaces de defender.

El *Kommandant* y sus imperiales hurgan con los ojos la comida, la cerámica con incrustaciones, las telas finas… y a mí.

—¿Café? —pregunta el capitán Colman, invitándolos a sentarse.

—*Ja*, *danke.* Muchas gracias.

Un asistente pasa en silencio llenando las tazas. Lo reconozco: hasta hace poco engrasaba cañones.

—¿Un cigarro? Sin ceremonias.

Krauss extiende la mano y acepta. El comandante lo ayuda a encenderlo y con profundas bocanadas el aroma del tabaco se mezcla con el del pan dulce.

A saber dónde habrá conseguido el capitán encontrar semejante tesoro. Tal vez sea un suministro de emergencia, para solventar situaciones complicadas. Es tan raro para mí poder asistir a todo esto, ver a los alpinos y a los *Kaiserjäger* compartir la misma habitación, incluso la misma comida.

Bajo los ojos. Sin embargo, esto es lo que nos pasa a Ismar y a mí. Hay esperanza, tal vez, si estos hombres charlan de forma pacífica. Si un chico austriaco y yo intentamos sobrevivir sin destruirnos mutuamente.

Levanto la mirada y me encuentro con la del *Kommandant*.

—Sois una de esas mujeres que llevan al frente italiano su preciosa… *hilfe* —dice—. Ayuda, ¿no es así?

Su mirada es tan intensa que casi puedo sentir que me roza. Por un momento, recuerdo haberle dicho a Ismar esa misma palabra y temo haber sido descubierta, pero el oficial imperial suaviza su expresión y me doy cuenta de que la suya es una curiosidad auténtica.

—Sí —respondo.

—Las *Trägerinnen*. Mis hombres me lo explican a menudo en sus informes. Hace falta mucho valor.

—El valor siempre ha sido el abono de esta tierra —respondo—. A veces, lo único con lo que llenar el estómago.

Asiente.

—Lo estamos aprendiendo.

Se vuelve hacia el capitán Colman.

—Sabemos en qué condiciones de escasez de hombres y de armas se encuentra esta zona del frente —empieza a decir, pero parece dudar de sus palabras mientras apoya los codos en la mesa ricamente puesta. El fuego crepita, hay una mujer de aspecto decidido que lo observa, un capitán alpino con dos de sus oficiales

detrás. Las temidas plumas negras. Cuando vuelve a hablar, lo hace con menos vehemencia—. Estamos aquí para pediros que os rindáis, capitán Colman. Rendíos y salvad así a vuestros hombres, y a estas mujeres; es un combate en el que os llevaréis la peor parte.

—Me pedís algo que no puedo concederos.

—Vais directos a una matanza, ¿os dais cuenta?

No puedo evitar mirar al capitán, pero su expresión es impasible.

—Vuestro parte de guerra no me hace estar tan seguro sobre que el resultado será como lo estáis pintando —responde—. Lo hemos interceptado. Las pérdidas que habéis sufrido no son menos graves que las nuestras.

El *Kommandant* exhala una nube de humo.

—¿Es esto lo que deseáis para vuestras tropas, que vayan al ataque hasta que todo esté perdido? —pregunta.

El capitán Colman me mira por un momento.

—No, no lo deseo.

—¿Y entonces?

—Podríais rendiros, *Exzellenz Kommandant Krauss*.

El austriaco se echa a reír.

—Me temo que esta es una solución inviable también para nosotros. Bueno, ¿es vuestra última palabra? —pregunta.

El capitán Colman sonríe.

—No. He recibido órdenes precisas, comandante. Entregaré la respuesta de Italia en una carta que llegará, a través de vuestra persona, al primer mando disponible del Ejército Imperial.

Pide que le traigan papel y tintero. Con la lenta atención de un amanuense escribe las palabras, mojando la plumilla varias veces, haciendo pausas para reflexionar y tomándose mucho tiempo para dejar secar a la llama de la vela la única línea trazada en el papel. Para finalizar, lo dobla con cuidado y lo mete en un sobre, que sella y entrega al enemigo.

—Para vuestro general —dispone.

El comandante austriaco lo sopesa.

—¿No queréis anticiparme la respuesta? —pregunta.

—Me temo que eso no es posible.

El oficial escruta al capitán Colman como si viera en él algo que para el resto de nosotros sigue siendo un misterio.

—Lo entiendo. En tal caso, me despido y os devuelvo el cigarro. Es muy valioso.

—Quedáoslo, por favor.

—¡Ah, os lo agradezco!

Krauss se levanta y le tiende su mano enguantada. Colman no duda en estrechársela.

—Fortuna y gloria en la batalla.

—Fortuna y gloria en la batalla.

Se acabó. Los acompañamos a la salida.

El comandante Krauss me coge una mano y se despide de mí con una breve reverencia.

—No os quedéis —susurra—. Decídselo también a vuestras amigas: volved a vuestras casas, con vuestros hijos. La guerra destruye, y sería una verdadera lástima que…

Se interrumpe sin terminar la frase. Retiro mis dedos de los suyos.

—La guerra, *Kommandant*, en este lado del frente la libran los que tienen algo querido que defender —le respondo—. ¿Acaso podéis decir lo mismo?

No me responde. Se despide con un gesto y la delegación se retira. Uno a uno, los *Kaiserjäger* desaparecen por la galería que los ha traído hasta aquí. Los artilleros colapsan la entrada poco después.

El capitán Colman reúne a sus hombres.

—Ya sabéis lo que hay que hacer. Hacedlo sin titubeos.

Los soldados no preguntan nada más y en un instante se despliegan a lo largo de las defensas.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto.

Saca un cigarrillo del bolsillo del pecho, pero luego cambia de idea.

—Nos estamos preparando para repeler un ataque. Marchaos, Agata. Ahora dejadlo todo en nuestras manos.

—Ni hablar, me quedo.

—No os lo voy a permitir, y lo sabéis.

Me hace poner el cuévano y con un gesto llama a uno de sus hombres.

—Os escoltará hasta el mando del Pal.

Se percata de mi tristeza, porque hace un esfuerzo por bromear.

—Esperadme junto a la estufa y vigilad atentamente que el doctor Janes me guarde una copita de *grappa*. La última vez no encontré ni siquiera una gota. Y sonreíd, por favor.

No me veo capaz de darle esa satisfacción, el peso que siento tira de mis labios hacia abajo.

—Habéis ganado tiempo escribiendo ese mensaje y pidiendo que se le entregue al general —le digo.

—No será mucho, pero estamos preparados.

—Volved —le digo—. Eso es lo único que tenéis que hacer.

Levanta una mano, pero luego parece pensárselo mejor y la deja caer.

Una sensación de vacío se apodera de mi estómago. Un presagio, pienso tontamente, porque el capitán está sereno mientras espera la irrupción del enemigo, porque hoy sonríe demasiado y mi abuela siempre decía que después de mucha risa viene el llanto.

Lo aferro por la capa.

—¡Volved, o vendré yo a buscaros!

La pluma del sombrero se dobla como en una pequeña reverencia.

—A vuestras órdenes.

Suelto los dedos y me alejo de mala gana. Me vuelvo varias veces para mirarlo y él sigue ahí, como si tuviera a su disposición todo el tiempo del mundo. Mientras a su alrededor la actividad es frenética y los cañones son arrastrados por el borde del acantilado, él permanece inmóvil.

40

En cuanto llego abajo busco al doctor Janes, pero en la enfermería solo están los dos ayudantes. No saben dónde se encuentra, el frente del Pal Piccolo está revolucionado. Dicen que las noticias son preocupantes, pero no saben darme informaciones precisas. Es una actitud que he aprendido a conocer en estos meses: incluso el soldado que ha luchado mucho puede estar a merced de las palpitaciones y del susto, de manera que los hechos se enredan con los temores y es imposible distinguir lo que es verdad de lo que en cambio es solo una pesadilla compartida con los demás.

Estoy esperando en la furrielería cuando un estruendo me hace salir corriendo. Apenas tengo tiempo de levantar la mirada para ver una pieza de artillería que se estrella en un acantilado. Después de tanto esfuerzo para llevarla a las alturas, pienso, después de tantos sacrificios de mujeres, de hombres y de animales.

Llueven los cañones, se elevan las llamas. El aire se agita con los estallidos de la pólvora encendida.

La artillería del fortín no debe caer en manos del enemigo, o el infierno se desatará aquí. Los nuestros se baten en retirada, dejando tierra quemada a sus espaldas antes de que lleguen las tropas del káiser.

Debo localizar a Janes. Me apresuro hacia las trincheras, pero pronto me encuentro remontando una corriente en contra de soldados sudorosos y sucios, algunos heridos. Parece que no me ven, tienen los ojos como platos.

Los reconozco, vienen del fortín. Paro a un alpino, es el tipo que nos sirvió el café.

—¿Por qué estáis bajando? —le pregunto.

—¡Son las órdenes!

—¿Y el capitán?

—Está ahí arriba, cubriéndonos.

Quiere proseguir, pero no lo dejo.

—¿Él solo?

—Con algunos hombres.

Me abro paso entre las tropas que esperan en la entrada de la primera trinchera. Encuentro por fin al doctor Janes, ocupado en repartir indicaciones.

—¡Se ha quedado ahí arriba! —le digo.

—Lo sé.

No me mira.

—¿Os lo han dicho y no hacéis nada?

Por fin obtengo su atención. Me lleva a un lado.

—Lo he sabido todo el tiempo, Agata. Eran las órdenes.

—¿Las órdenes de quién?

—Del general Cadorna, llegadas desde Udine. Ese fortín debe resistir o habrá que hacerlo saltar por los aires.

—¿No vais a enviar refuerzos?

—Agata, el puesto de avanzada está condenado al sacrificio. El capitán Colman ganó tiempo con la delegación para permitir que sus hombres se replegaran, pero alguien tiene que quedarse, o se considerará deserción.

—¿Qué estáis diciendo?

Un cabo se presenta al nuevo comandante haciéndole el saludo militar. Está herido en el brazo.

—Traigo noticias del puesto de avanzada.

—Informad.

—El capitán Colman ha sido alcanzado varias veces en el vientre por el fuego de las ametralladoras enemigas. Durante todo el ataque, siempre ha estado presente en los puntos más expuestos y, aun herido, ha dirigido a sus hombres, aferrado al piolet. —Se queda sin voz, es la primera vez que veo llorar a un alpino—. Ha ordenado la retirada para salvar a los supervivientes, pero no ha querido que lo pusieran a salvo. Ha ordenado que se le dejara allí arriba, porque nos haría perder tiempo.

—Era una despedida —murmuro, sacudida hasta sentirme paralizada—. Me llamó para decirme adiós.

El doctor Janes despide al soldado.

—Perdonadme, Agata, juré que no os lo diría.

Era una despedida y yo no me di cuenta.

—¿Cómo habéis podido dejarlo solo? ¿Cómo habéis podido?

Al final soy capaz de gritar y de golpearlo en esos brazos que intentan contenerme. La presión es de una fuerza que nunca hubiera sospechado. Son manos robustas, pienso, las del carnicero en que ha tenido que convertirse. Me zafo y lo aferro por la solapa del uniforme.

—¡Pero qué clase de hombre sois! ¡Qué clase de hombre sois! —grito.

—¡Obedezco las órdenes de un general!

—Que no conoce estas montañas, que no sabe que, si cae ese fortín, las trincheras del Pal Piccolo quedarán expuestas a la lluvia de proyectiles enemigos. ¡Usted no conoce al capitán Colman, ni de qué son capaces estos hombres! Sois el nuevo comandante. Os lo ruego, demostradlo.

Puedo sentirlo temblar a través de los dedos que aún aferran su uniforme.

—Si no obedeciera las órdenes —dice—, si tomara la iniciativa de contraatacar y llevara más hombres a la derrota, tendría que responder de ello ante un consejo de guerra.

Lo suelto, con disgusto.

—Entonces id y ganad, y convertíos en un héroe. Él lo habría hecho por vos.

El doctor Janes niega con la cabeza, sus ojos son a estas alturas una red de venas rojizas.

—Yo no soy él, Agata.

—No, no lo sois. Eso es evidente. Pero tenía la esperanza de que habríais podido y querido llegar a serlo.

Me doy la vuelta, pero luego me lo pienso mejor.

—¿Por qué fue él mismo y no le ordenó a otro cualquiera que lo hiciera? —le pregunto.

No responde. Le pongo yo voz a su conciencia.

—Porque él nunca os habría sacrificado.

Se ha formado un círculo de soldados a nuestro alrededor. Lo han oído todo y me avergüenzo. No soy nadie para llamar a estos chicos a la batalla, ni para echárselo en cara a los que no se ven con fuerzas para ir a morir.

—Perdonadme. —Doy un paso atrás, me enjugo los ojos—. Es solo que… No puede terminar así. No puede.

El doctor Janes mira hacia las montañas.

—Tenéis razón. No puede.

Oigo el silbato de ataque que se eleva. El comandante Janes va en cabeza de sus hombres. Tiemblo con él, de miedo y de rabia, y de una sensación de ruina que me agrieta como el lecho de un río seco. A estas alturas soy polvo, pero el polvo puede levantarse si lo sopla el viento de tramontana.

Ahora todo está en sus manos. Nadie se ha echado atrás. Lo hacen por su capitán.

He prometido esperar, sentada junto a la estufa que calentaba nuestros encuentros, en la silla que acogía nuestros cuerpos, nunca lo bastante cansados como para no querer perdernos en nuestros relatos, en las palabras que nos proporcionaban alivio. En el cuévano encuentro su libro. Es un regalo que el capitán quiso hacerme, pero me duele. Hojeo las páginas. Paso el dedo por las anotaciones escritas a lápiz. Algunas están en francés. Sé muy poco sobre él.

Subrayó un pasaje. Cuando lo leo, algo se hunde dentro de mí. Es el final de la historia.

El edelweiss cae a mis pies. Lo recojo, se deshace entre mis dedos, exactamente como el abrazo final de los dos personajes que se deshace en polvo.

No te vayas, pienso, quédate conmigo, pero ya estoy llorando.

Cuando, horas después, la puerta del refugio se abre de par en par, me pongo en pie de un brinco. El doctor Janes no espera a que sea yo quien le pregunte.

—Hemos rechazado al enemigo y retomado el fortín —anuncia.

—¿Dónde está él?

—No lo hemos encontrado.

Busco mi chal, el libro se me escapa de las manos. Lo recojo, tropiezo.

—Subiré a buscarlo.

—Deteneos.

—Va a caer la noche —le digo—, y no puede quedarse fuera en el frío.

El doctor Janes me abraza con fuerza.

—Habéis escuchado con vuestros propios oídos las explicaciones de sus hombres, Agata. No son heridas a las que se pueda sobrevivir durante mucho tiempo.

Cierro los ojos, me aferro a una esperanza que solo es una máscara de la ilusión.

—Entonces ¿por qué no está? —murmuro.

—Volví a preguntar a todos los presentes en el ataque antes de acudir a veros. Según un testigo, el capitán fue recogido aún con vida por los soldados austriacos.

—Así que…

—Si queréis tener esperanza, hacedlo, pero como médico tengo el deber de deciros que lo que estáis pidiendo es un milagro.

—Pues entonces que Dios me escuche, porque es el momento de que lo haga.

No consigo enfadarme con el doctor Janes, no logro arrancarle la piel de la cara por la dureza de sus palabras, contra las que voy a quebrarme. No soy capaz de hacerlo, porque está llorando.

—Pero estáis sangrando. Perdonadme, no me había dado cuenta.

Me miro la mano. La palma está atravesada por un profundo corte. El doctor Janes toma su botiquín de campaña y con unos pocos gestos limpia y venda la herida. Solo ahora la siento arder. Yo tampoco me había dado cuenta.

—Me resbalé, bajando.

—¿Tenéis más heridas? ¿Os habéis golpeado la cabeza?

—No.

Algo se ha roto entre nosotros dos. Lo que nos separa es el lugar vacío de un hombre cuya ausencia no puede ser colmada.

Pienso en el espacio que dejó la caja roja en la estantería de mi padre: también aquella es tierra de nadie, imposible de llenar. Parece que mi destino es conservar un refugio para aquellos que nunca más podrán volver a mí.

—Ahora, ¿qué podemos hacer? —pregunto.

—Nada. Hace semanas que no intercambiamos heridos, ni cuerpos de soldados caídos.

—¿Por qué?

—Hubo un episodio de confraternización entre líneas enemigas enfrentadas, en cotas altas, en la cima del Chapot. Un subteniente italiano cruzó las alambradas desafiando a los francotiradores, para ir a ofrecerle vino a un suboficial austriaco.

—¿Le dispararon?

—Qué va. Los soldados de ambos bandos y sus compañeros se encontraron en tierra de nadie y compartieron un rato lo que tenían. No duró mucho, pero la noticia se filtró.

—No he tenido noticia de juicios sumarios.

—El Mando Supremo prefirió retirar a los soldados italianos y sustituirlos por otras unidades; el enemigo, en cambio, castigó con severidad a los responsables. Desde aquel episodio, las trincheras son mundos separados. Las banderas blancas ya no se izan para permitir la recogida de los caídos. Id a casa, Agata. Volved a vuestra vida. Él lo habría querido así.

Las palabras pueden matar, y estas lo hacen, pero son verdaderas. Recojo mis cosas.

—¿Agata?

—Decidme.

El doctor Janes me levanta la barbilla y me enjuga las mejillas.

—Gracias. Si no me hubierais empujado a hacerlo, el remordimiento me habría atormentado toda la vida.

Asiento, pero luego me lo pienso mejor.

—No fui yo. Es él, que siempre nos ha animado a ser mejores.

Salgo, la desesperación mueve mis pasos. Está cayendo la noche. Entre los retazos de las nubes titilan las primeras estrellas. Me doy cuenta de que estoy apretando contra el pecho el libro del capitán Colman. Lo he manchado de sangre. De pronto recuerdo unas

palabras anotadas en el margen. Un pensamiento repentino suyo, tal vez. ¿Quién sabe? Tienen la belleza de un poema. Las hago mías, para no derrumbarme, para transformar la ilusión en una plegaria.

Noche, márchate.

El amanecer canta.

41

Ismar llevaba horas esperando, un tiempo diluido por la inactividad y por la soledad. El deseo de tener de nuevo compañía se había convertido en inquietud con la puesta de sol, y en desasosiego cuando cayó la noche sin que la chica hubiera regresado.

No pensaba en ella llamándola por su nombre. No era una amiga. Pero tampoco era una enemiga. Era alguien de quien pronto tendría que separarse.

Había desatado los nudos de sus muñecas y se los había vuelto a hacer infinidad de veces. Había observado la aldea desde todos los ángulos, interpretando sonidos y destellos sin poder entender si había ocurrido en las inmediaciones algún acontecimiento relevante, que en aquellos tiempos solo podría tratarse de un hecho de sangre.

Al final, se había rendido a mirar el artesonado del techo, contando los latidos de su corazón.

Cuando por fin oyó que se abría la puerta, el alivio se mezcló con el miedo: si no hubiera sido ella la que hubiera aparecido en la habitación, probablemente le habría tocado en suerte ser fusilado.

No descubrió de inmediato el destino que le esperaba, desde la cocina le llegaba un resignado sonido de manos que trabajaban lentamente. Unos sollozos contenidos.

Los pasos resonaron en el pasillo. Ismar se incorporó, apoyándose en un codo.

La chica entró sosteniendo un plato y un cuenco de agua humeante, que dejó sobre la mesita de noche. Sin mirarlo, le entregó un paño limpio y una cuchara.

Había llorado. Su rostro estaba devastado.

—Warten! —*Le pidió que se quedara en el tono más rendido que logró expresar. Le habría gustado hablarle en su lengua, pero no recordaba más que palabras inútiles.*

La chica se sentó a su lado. Cuando se decidió a mirarlo, Ismar se sintió atravesado por una rabia desesperada. El verde bosque de sus ojos se había convertido en un negro opaco, una vida que había abdicado ante el desánimo, y que quería morder, tal era el sufrimiento.

—Was ist passiert? —*No pudo abstenerse de preguntarle.*

Fue como romper una barrera. La chica lo golpeó y él se defendió como pudo. Las cuerdas tiraban, sus manos intentaban contener la lluvia de bofetadas.

Y el llanto de ella comenzó de nuevo. Los golpes no eran nada, salvo desesperación. Ismar consiguió cogerle las manos entre las suyas y hacer que se cayera sobre sí misma. Inesperadamente, ella no se defendió, y entonces Ismar comprendió: había perdido a un ser muy querido.

La mantuvo así, quedándose inmóvil, dándole tiempo.

Ella estaba ocupando un espacio que no había sido de ninguna otra. Ismar nunca había recibido a una mujer así, justo por debajo de su barbilla, entre el hueco del hombro y el corazón. Su aliento le erizaba la piel, recordándole lo mucho que echaba de menos el contacto con otro ser humano.

Se atrevió a acariciarle la cabeza. Solo un toque, para empezar. Su madre lo calmaba así, cuando era niño. Los dedos en el pelo, respiraciones cercanas. La aflicción se marchaba, expulsada por manos amorosas.

Ella no lo atacó, y entonces Ismar decidió que era sabio continuar. Miraba sus manos y ya no veía solo zarpas dispuestas a desgarrar, sino también a defender, a mantener a salvo. La guerra lo había transformado en un despiadado bárbaro, pero ahora el regreso a la vida lo estaba curando.

Se abrió la camisa, le enseñó las gasas manchadas de rojo. Ella también estaba herida, de su mano vendada rezumaba sangre.

—Blut ist für alle gleich. Es ist das Gleiche —*le susurró al oído, cuando el llanto se hubo calmado.*

—Blut… Pluat? —*La oyó murmurar.*

La muchacha remezcló la palabra con los sonidos de su dialecto y tal vez con sus recuerdos, hasta que el instinto la ayudó a encontrar el significado.

—¿Sangre? —le preguntó ella.

—Ja*, sangre.*

—Pluat is glaich… vir ola*.*

La sangre es igual para todo el mundo.

Aquella noche Ismar tuvo la clara sensación de que se habían cuidado recíprocamente. Se habían reconocido el uno en la otra, y se habían perdonado.

42

Filas de ataúdes. Están listos, en Timau. Los he visto cuando partía, ordenados a lo largo del borde del cementerio.

Están esperando que sus cadáveres lleguen desde el frente.

He subido cargada de aprensión y ahora, en la retaguardia, espero recibir noticias. No volveré al valle hasta que sepa el destino del capitán Colman.

Algunos soldados intentan hacerme desistir de mi propósito, se está produciendo un ataque en las primeras líneas y la tierra tiembla, pero el comandante Janes, lo sé, respetará mi voluntad, sea cual sea el riesgo.

Entre los silbidos de las bombardas, asciende un carro tirado por una mula. Conozco al anciano que lo conduce, es de Cleulis. Sin prestar atención a los estallidos, desmonta y descarga con dificultad un ataúd.

Dos alpinos intentan hacer que retroceda, pero él no quiere ni oír hablar del tema. Está llorando.

Entonces me acerco.

—¿Qué buscáis? —le pregunto.

—A mi hijo. Lo llevo de vuelta a casa.

En los últimos tiempos, muchos de los caídos han sido enterrados aquí arriba; no había ni tiempo ni manera de transportarlos a todos al valle.

Los soldados tratan de cargar la caja de nuevo en el carro, pero el anciano detiene sus manos con toques amables, deja caer lágrimas que no pueden ser ignoradas. Por fin lo escuchan.

—Tengo el permiso del mando, lo tengo —jura. Y es cierto, lo enseña, entonces los alpinos se apiadan de él y lo dejan pasar. Lo

sigo hasta el cementerio, frente a la pequeña capilla.

No debería quedarme, el dolor se contagia, pero no soy capaz de darme la vuelta hacia el otro lado.

El anciano coge una pala del carro y empieza a cavar donde le han indicado.

Lo encuentra, bajo la cruz que lleva el nombre de su niño.

Bajo la mirada cuando levanta el cuerpo del suelo y lo coge entre sus brazos. No por desagrado, sino con pudor ante un amor tan grande que no teme nada, ni las bombas, ni la corrupción de la carne. Es un Cristo descendido de la cruz lo que tengo ahora delante de mí, pero no logro rezar.

Levanto los ojos solo cuando el carrito retoma el camino de vuelta a casa.

Entonces veo que el doctor Janes viene hacia mí con pasos que quisieran ir hacia atrás, hasta tal punto le resultan difíciles. Cuando llega a mi altura, con manos temblorosas me tiende una carta. Tiene los ojos hinchados.

—Ha llegado desde el frente enemigo a través de la Cruz Roja. Tomadla.

No la toco. Por dentro de mí ya lo he entendido.

—Es para vos, Agata. No le hagáis el desplante de no leerla.

Cojo el papel y lo despliego lentamente. Él ya no está, pienso, ¿por qué habláis de él como si aún estuviera vivo?

A estas alturas su ausencia de este mundo me resulta clara. El capitán Colman ha dejado de respirar y el viento se ha vuelto un poco menos fuerte. *Yo* soy menos fuerte.

A Agata Primus

Estimada señora:

Quien os escribe estas líneas es el doctor Johann Müller, oficial médico del Ejército Imperial, para haceros llegar la noticia del fallecimiento del capitán Andrea Colman, a quien asistí personalmente hasta el final. El capitán cayó como resultado de un trágico combate, del que sin duda ya estaréis al corriente, y fue llevado a mi puesto de socorro, con graves y numerosas heridas en

el vientre, aunque todavía consciente. Todos los intentos de salvarlo resultaron vanos.

Las últimas palabras del Caído fueron para vos, y su petición de haceros llegar sus pensamientos de afecto con esta carta la cumplo ahora como una deuda de honor.

Tuvo una muerte valerosa y sus restos fueron enterrados con honores militares. A la misa solemne celebrada por el sacerdote acudieron todos los oficiales y soldados austriacos que habían participado en la batalla.

Os envío algunas fotografías del lugar donde fue enterrado, que, aunque tristes, os traerán algo de consuelo, asegurándoos que sus restos mortales encontraron la paz en tierra consagrada por un sacerdote.

Recibid el más sentido pésame por esta cruel desgracia de parte de los soldados austriacos, que no tienen intención alguna de negar los honores al valiente enemigo caído.

Vuestro, J. M.

—¿Agata?

El doctor Janes tiene que sacudirme varias veces para conseguir una reacción mía. Las fotografías se me escapan de los dedos y se manchan de barro.

—Agata, no hagáis que me preocupe. Decid algo.

Si pudiera hablar, gritaría mi dolor.

Si tuviera voz ahora, lanzaría una maldición sobre el mundo, que no puede continuar cuando él está bajo tierra. Anatemas sobre la guerra e himnos a la revuelta. Romped vuestros fusiles, regresad a vuestras casas. Que las bayonetas sirvan para labrar la tierra y que las manos de los hombres acaricien las mejillas de los niños y de las mujeres enamoradas, tan cansadas de llevar sobre sus hombros el peso de un conflicto.

Pero no serviría para nada. Él ya no está.

Compartimos el pan y el frente, el miedo a la muerte y, sin embargo, solo ahora me doy cuenta de que no conocía su nombre.

El doctor Janes quiere palabras mías. Le daré mucho más.

Levanto la cabeza, lo miro de forma que no pueda eludir la responsabilidad que nos corresponde a todos.

—Vamos a buscarlo.

43

Después de meses de vida errante, vivir en un interior era una sensación alienante, como flotar carente de peso en ese lugar que no era ni hogar ni tampoco campo de batalla.

Ismar recuperaba sus fuerzas, se preparaba para volver a ser soldado y, mientras tanto, exploraba el reino que había pertenecido al hombre cuyas ropas llevaba, un reino que ahora le pertenecía a una mujer joven y sola.

La chica no llevaba alianza. Aquel había sido su padre, estaba seguro al respecto.

La casa era sólida y estaba limpia. Los olores eran los de los veranos de su infancia pasados en el campo.

Aire inocente. Aire que no olía a muerte.

De vez en cuando balaba una cabra y el tañido de una campana anunciaba el paso de las horas. Por lo demás, el silencio era un engaño casi perfecto: un oído perezoso no habría captado el tamborileo del frente, o lo habría tomado por una tormenta lejana.

Una obstinada sensación de hambre empujó a Ismar fuera de la cama. Había soñado con un puchero hirviente de judías cocidas en manteca de cerdo. Se había despertado con los labios húmedos y la garganta tumefacta.

Le daba de comer con gran parsimonia, hasta el punto de hacerle desear, la mayoría de las veces, morderle la mano.

Aliméntame, le habría gustado decirle, cuando ella iba contando los trozos de queso que desmenuzaba y giraba la cuchara en la sopa hasta que se deshacían. Aliméntame y no tengas miedo, no usaré esta fuerza en tu contra.

Pero ella no lo miraba nunca. No por miedo, ni por humildad, sino porque era la reina absoluta de ese mundo.

No lo miraba para que comprendiera cuál era su lugar, que estaba por debajo de su mirada, allí donde se bajaban sus pestañas. Ni un milímetro más arriba. Singular salvadora, o extravagante verduga.

Ismar desató los nudos de sus muñecas con los dientes y se levantó con dificultad. Había revisado su vendaje y torció la boca al ver la mancha oscura. Seguía sangrando, aunque unas pocas gotas cada vez. Culpa de ese afán de ponerse en pie.

A través de los postigos entornados, el sol hendía la penumbra con una lámina cegadora que rompía contra la librería. Los lomos dorados de los volúmenes se habían encendido con reflejos: ni siquiera una mota de polvo contaminaba su belleza. Parecían animados por una vida trémula. Ya los había mirado, recorriendo las páginas escritas en la lengua del enemigo. Era una valiosa colección: ediciones encuadernadas con esmero, telas y pieles de gran calidad, papel de grano finísimo y tintas brillantes. Se preguntaba quién y por qué, en aquella familia, había sentido la necesidad, entre la simplicidad reinante, de poseerla. Quizá se trataba de una herencia que le había tocado en suerte, quizá aquella chica era la heredera de una familia venida a menos.

Entre los libros, en una balda al alcance de la mano, persistía un espacio vacío. Alrededor había tapas y páginas apretadas para que cada volumen encontrara su lugar, y luego la interrupción. Parecía estar esperando un regreso.

Ismar se arrastró hasta el comedor con la ayuda de un bastón que probablemente había sustentado a más de un anciano.

El hogar ardía indolente, las llamas mordían los troncos sin demasiada convicción. Leña húmeda, que olía a ahumado, y que le trajo a la mente lejanos recuerdos de caza, la granja en el bosque donde iba con su padre.

No creía que algún día pudiera volver a disparar por placer.

Cuando la campana dio el mediodía, ya había inspeccionado el sótano, los dos arcones —eso era: allí se guardaban sus pertenencias—, el armario más grande y la despensa más pequeña.

Lo que contenían era poco más que nada.

Permaneció largo rato frente a las puertas abiertas de par en par. Luego tragó vergüenza y miró a su alrededor para abrazar la verdad.

En el caldero humeante solo hervía agua. En la bodega las jarras de vino estaban secas, los canastos estaban vacíos. El telar estaba vacío. No había fotografías, ni cuadros, ni cerámicas en los armarios. Las paredes acogían las herramientas de trabajo. El suelo, desgastado tal vez por un siglo de pasos, no debía de haber visto nunca alfombras, y las cortinas de las ventanas eran simples rectángulos bordados.

Cada objeto, o su ausencia, contaba una historia de generaciones de indigencia.

No era una tortura lo que la chica quería infligirle al escatimar la comida. Era la única forma que conocía de engañar al hambre.

El decaimiento había pasado, sustituido pronto por una necesidad diferente.

En el fondo de su mochila había escondido unas tabletas de chocolate. Debían de estar todavía allí, conservadas en papel de periódico, debajo de todo lo demás: las cartas que no había enviado a su familia, las postales recibidas, los mapas y el botiquín personal. A saber si ella habría probado alguna vez el chocolate.

Y luego estaba la cabra, que siempre balaba por las inmediaciones. Leche cremosa, si tenía suerte. No era nata, pero podría haberla recordado.

Aventurarse hasta el establo no era un riesgo demasiado grande: se comunicaba con la casa. Había llegado por allí, a través del bosque y del huerto, pero no recordaba mucho.

La puertecita que daba al redil exigía una dolorosa flexión para cruzarla, y antes de eso incluso un tiempo infinito acurrucado para decidir si era seguro abrirla.

Era seguro.

Las cabras eran dos. Debían de ser hembras, ya que en tiempos de guerra y hambruna nadie alimentaba a machos improductivos, pero las ubres parecían cualquier cosa menos exuberantes.

Las bestias lo miraban con esos ojos diabólicos de pupilas horizontales. Habían dejado de rumiar y estaban erguidas sobre sus

patas. Ismar podía sentir su miedo. No había contado con una eventual resistencia.

Tenía que pensárselo bien y la herida había empezado a darle punzadas en el costado. No estaba preparado para una lucha cuerpo a cuerpo por un tazón de leche. Les daría tiempo a las cabritas para que se acostumbraran a su presencia. Subió con cautela los peldaños de la escalerilla que llevaba al pajar. No había balas de heno secándose en el desván, solo matas dispersas aquí y allá.

Quería mirar las montañas, quería tratar de entender cuál sería el alcance de la empresa de regresar del otro lado de las líneas enemigas.

Cuando la puerta del establo se abrió con un chirrido y la luz del sol entró por un breve momento, Ismar pensó que la chica se asustaría al verlo bajar de repente, pero la puerta se volvió a cerrar y habló una voz masculina.

44

La respuesta del comandante Krauss al mensaje que le he enviado a través del mando del Pal Piccolo ha llegado sin dilaciones. El enemigo espera a la delegación que llevará al capitán Colman de vuelta a Italia.

Iremos siete personas, armadas nada más que con el valor y una bandera, y no volveremos sin él.

Los cuatro alpinos de la escolta ya esperan con sus capas, las plumas negras recortadas en sus firmes perfiles. Han sido muchos los que han pedido venir, han sido elegidos los hombres que más batallas libraron junto al capitán Colman, codo con codo. El padre Nereo ha insistido en ocupar el lugar del capellán castrense. Él nos acompañará.

El comandante Janes ya ha confiado la posición a un teniente que le sucederá por antigüedad, en caso de que no regresemos.

—¿Es posible? —le he preguntado.

Ha contestado que el estado de ánimo del enemigo cambia de un día para otro; como una veleta, sigue la marcha de la guerra en el frente occidental.

Pienso de nuevo en la carta del oficial médico austriaco y me esfuerzo en creer que el sentimiento de respeto y de honor que despertó la hazaña del capitán Colman no puede haberse desvanecido con las primeras luces del amanecer.

Él aún está aquí, lo noto. Late en estos corazones y, por impensable que parezca, su grandeza resuena también en el pecho del enemigo, dejándolo consternado.

Se encienden las antorchas. La bruma perenne en la que viven estas cimas acoge las llamas, abriéndose en una cavidad

opalescente, vientre de una criatura remota. Su respiración me agita, me estimula para andar. Quizá sea la montaña la que decida quién se quedará esta tierra, no el hombre.

Me cubro la cabeza con el chal, tiño mi alma con el negro del luto.

Voy a buscarte, pienso, mi corazón ya lanzado más allá de las líneas enemigas.

Las tropas se detienen para observar a estos peregrinos combatientes. La guerra guarda silencio. Las banderas blancas han sido izadas por ambos ejércitos.

Caminamos a lo largo de la línea de la trinchera más amplia y, como criaturas de niebla, poco después cruzamos la frontera de la tierra de nadie. La vida ha quedado suspendida en estos territorios de inmensos silencios, hechos para los espíritus y nadie más.

Paso a paso, el frente austriaco se perfila en la bruma como una mancha de tinta en la leche. Toma la forma de las trincheras y de los barracones, y de hombres erguidos a la espera. Las empalizadas han sido desplazadas para abrir un paso. Cientos de ojos desconocidos nos observan, ni siquiera se levanta un suspiro. Los austriacos también están acompañados por un sacerdote.

Sería tan fácil, al fin y al cabo, optar por tender la mano, pero hoy no es esta mi tarea, y mi silencio obstinado, el mentón levantado, la mirada orgullosa han de pesar como las piedras que ruedan sobre nuestras tropas.

Lo habéis matado. Esto yo no puedo olvidarlo.

El comandante Krauss se separa del grupo e intercambia unas palabras con Janes y el padre Nereo. Delante de mí, esboza una sonrisa, aunque parece sinceramente triste.

—Os dije que os marcharais, *Fraülein*.

—Hay cosas de las que no se puede huir, *Herr Kommandant*.

—Tenéis más razón que nunca. Por favor, creedme: estoy apenado.

Me señala la tienda.

El capitán Colman está ahí dentro y yo no consigo dar ni un paso.

—Ahora es cosa vuestra.

Quiere que yo sea la primera. Tal vez sea lo más justo.

La camilla está colocada sobre un catre.

Y aquí está.

No puedo contener el llanto, pero me exijo que sea mudo.

Lo han sacado de la tierra. Se han apiadado de su cuerpo, al menos eso. Y el hielo ha sido misericordioso. El capitán parece dormido.

El pelo y la cara están mojados por la nieve en la que lo han depuesto para nosotros. Una gota de agua brilla como una lágrima que se desliza de la pestaña a la mejilla. Quiero pensar que se alegra de volver a vernos. Se la seco con una caricia.

Le rozo las manos entrelazadas sobre el pecho, junto a su sombrero de alpino. La piel fría no me asusta.

Acabo de encontrarte de nuevo y ya tengo que dejarte ir, amigo mío.

Krauss se me aproxima.

—Su valor impresionó a todos mis hombres. Defendió a sus chicos hasta el sacrificio supremo.

Tengo que cerrar los ojos un momento para asimilar la ola de emoción que me asalta.

Nadie se atreve a meterme prisa. Esperan una palabra mía.

Aprieto con más fuerza sus manos en la mía.

Nada de lo que has hecho se perderá, lo prometo.

Entonces me siento preparada.

Levanto la mirada hacia el enemigo y me encuentro con esos ojos tan azules que he aprendido a conocer.

No siento miedo.

—Llevémoslo de vuelta a casa —les digo a los hombres que van conmigo.

La bandera italiana es desplegada con un golpe de brazos por el alpino que hasta ahora la ha exhibido en sus manos extendidas, y la tricolor llena ánimos y penumbra. Con un crujido, se posa sobre el cuerpo del héroe y yo me convierto en Antígona, la rebelde.

El padre Nereo traza en el aire la señal de la cruz y la camilla es izada sobre los hombros.

Enciendo mi antorcha en el brasero y me preparo para volver. Este fuego es también el mío, me arde por dentro.

El piquete de austriacos se pone firme a nuestro paso.

Solo una vez, ya lejos, me detengo a mirar al enemigo y este devuelve la mirada con las tropas de *Kaiserjäger* desplegadas. El viento se ha levantado y ulula.

Mañana será otro día y volveremos a luchar, pero hoy el silencio ha ocupado el lugar de los ladridos de los cañones. Esta muerte pesa y el capitán Colman vivirá también en sus pensamientos.

Porque a través de él han visto quiénes somos.

Se han dado cuenta del valor que pueden llegar a tener estos hombres, y matarlos ya no será tan fácil.

Si quieren arrebatarnos esta tierra, primero tendrán que pisotear su alma.

45

La mano de Ismar corrió de forma instintiva hacia su costado en busca del cuchillo, pero palpó el aire.

Por debajo de él, el hombre bloqueaba la única salida. Masculló una maldición entre los labios.

Contó sus pasos mientras lentamente se apretaba el vendaje hasta que apenas pudo respirar. Tendría que luchar para salir de allí y enfrentarse a una huida a través del bosque. Un pensamiento incómodo le sorprendió: si tenía suerte, mucha suerte, se marcharía libre de allí, y por su propio pie, pero ¿qué pasaría con la chica que lo había ayudado?

Levantó las manos, dispuesto a rendirse lo justo para llegar vivo abajo y luego pensar en algo para salvarse a sí mismo y a ella.

El tono de voz del hombre delataba excitación. Ahora Ismar lo vislumbraba entre las tablas: bien vestido, joven. Estaba hablando con las cabras.

Ismar bajó las manos, se arrastró hacia el peldaño que hacía las veces de balaustrada.

El hombre estaba por debajo de él, encorvado, con los brazos abiertos; había arrinconado a los animales en una esquina. Tarareaba una canción que Ismar reconoció: la había oído el día en que la chica entró hecha una furia, cerrando los postigos y la puerta y blandiendo la horca como un arma. Era el mismo hombre que cantaba en la calle, un hombre al que ella temía y que quería que lo temieran.

Las cabras balaban asustadas, sus pezuñas repiqueteaban nerviosamente, buscándose la una a la otra, cada vez más apretadas. En la mano del hombre brilló una hoja de metal.

Ismar cerró los ojos. Tenía claro lo que el hombre había ido a hacer allí. Había aprendido a olfatear el mal, había aprendido a sentirlo llegar como cuando las balas silbaban sobre su cabeza. Reconocía el calibre solo por su sonido, y los más peligrosos eran también los más pequeños.

Más sangre, más llanto de inocentes. Poco importaba que pertenecieran a animales. Estaba saturado, habían convertido su alma en una cloaca.

Rezó por las bestias para que la agonía fuera breve, manteniendo los ojos todavía entrecerrados, la cabeza encajada entre los hombros para no oír. Pero los balidos se hicieron más fuertes, y la voz del hombre los siguió con esa alegre cancioncilla, tan estridente en ese momento.

Algo trepó sobre la cabeza de Ismar y le resbaló por la cara. Ismar abrió los ojos por completo.

Pelaje cálido, patitas nerviosas. La rata era tan engreída o tan inexperta que no tenía miedo. Gorda y pacífica, estaba delante de su nariz, con los bigotes temblorosos, la cola larga que le iba desde la muñeca hasta el codo.

Mientras tanto, las cabritas no tenían intención de rendirse sin luchar, y la mayor intentaba cargar contra el hombre para defender a la otra.

Había esperanza, pensó Ismar. Siempre *había esperanza.*

Sacó del bolsillo un trozo de chocolate y se lo ofreció a la rata. La aferró por la cola, la bestia giró sobre sí misma mientras se tragaba la comida y buscó de nuevo la mano. Ismar le ofreció un poco más.

Ahora cumple con tu deber, le rogó.

Estaba en una posición perfecta. Extendió el brazo, justo sobre la nuca bien afeitada del hombre, apuntó y soltó la cola de la rata.

Los gritos no se hicieron esperar. Se armó una buena gresca. Cubos que rodaban, cabras que saltaban y golpeaban, palomas asustadas que batían sus alas en torbellinos de plumas sobre las vigas del techo, lanzando gritos estridentes.

El hombre maldijo y huyó dando una última patada a una tina.

Ismar bajó y se arrastró por las paredes hasta la puerta. Vio al invasor desaparecer al final del callejón. Con un pie, Ismar cerró

lentamente la puerta.

La gran rata seguía en medio del escenario, la más aturdida de todos.

Las palomas se habían calmado.

Las cabras estaban a salvo.

Ismar estaba a salvo. No exactamente como un hombre de honor, pero sí un hombre vivo.

Cuando volvió, Ismar no le ofreció leche recién ordeñada, pero le quedaban cuatro pastillas de chocolate. Al verlas, colocadas ordenadamente sobre las sábanas, los ojos de ella se abrieron de par en par, pero la chica no le dio satisfacción. No le preguntó por su origen.

Imaginar de dónde venían no era difícil: su mirada corrió hasta los nudos que ataban sus muñecas, y de nuevo se fijó en las suyas.

Era el porqué lo que quedaba en suspenso entre ellos. Como una puesta de sol que no se apaga en el alma de quien la mira. Como el tema de una sinfonía que sigue sonando en la cabeza.

—Ist is gut? *—le preguntó, observando cómo comía.*

—Se dice «¿está bueno?».

—¿Está bueno?

Un asomo de sonrisa, tal vez, el último cuadradito puesto entre los labios.

—Está bueno, sí. Gracias.

La vio titubear, tocándose nerviosamente el pelo, como si no supiera de qué otra manera ocupar sus manos.

Entonces, con los ojos en los ojos, la chica le cogió las muñecas y desató los nudos.

Ismar tuvo la certeza de que a partir de ese momento sería libre y, al mismo tiempo, prisionero.

No hay acto de amor u odio que no nos esclavice —era una máxima de su padre—.

No le dijo nada sobre la visita del hombre. No había razón para preocuparla. En caso de que ese cobarde regresara, ahora él estaba allí, listo para recibirlo.

46

Ya nada es como antes y nunca volverá a serlo. La muerte del capitán Colman ha trazado una frontera invisible para muchos de nosotros y yo no soy una excepción. El frente es un recordatorio constante de ello. El doctor Janes me busca para continuar con nuestra costumbre de charlar, pero es un esfuerzo para ambos. Duele.

Él ya no está, él ha muerto. Descubrí demasiado tarde que tenía un amigo.

Viola ha vuelto conmigo, pero con un corazón tenebroso.

Su abrazo era frío. En sus ojos, el vacío.

Hermana, me ha llamado. Ahora que sufro, soy digna de estar a su lado, pero yo no soy como ella. He desterrado de mí todo resentimiento, todo deseo de revancha. No deseo sacrificios, no pido asaltos que de todas formas nunca podrán traérmelo de vuelta. Cuando lo ha entendido, ha vuelto a darme la espalda, esta vez para siempre.

He cruzado el umbral que se asoma a una melancolía perenne, pero al mismo tiempo alguien me sostiene en una vaga euforia.

Me pregunto por la sustancia del sentimiento humano, esta amalgama de calor, necesidad, consuelo y preocupación por el otro que aproxima dos existencias hasta hacer que se sientan tan cerca que puedan rozarse, entrar la una en la otra transparentes como el alma, sin dolor, sin miedo. Me pregunto si puede ser un brote de guerra, una flor blanca en un tallo negro. Tal vez la necesidad pueda sustentarlo en vez de matarlo, igual que el hambre alimenta el espíritu con rabia y logra así que el cuerpo sobreviva con nada.

Tengo hambre, y arranco raíces a lo largo del descenso desde el frente. Mastico amargamente, la boca llena de saliva.

Tengo hambre de afecto —calambres que son mordiscos— y el enemigo se me aparece como nada más que un hombre.

Mastico amargamente su nombre y al final lo siento casi dulce.

Ismar.

Es un secreto, es soledad que se retrae, la juventud que repentinamente se me devuelve.

—Agata, párate. Detengámonos un momento.

Lucia me llama desde detrás. Estamos cruzando una zona de pastos, Maria viene con nosotras.

Amplias manchas de hierba interrumpen la capa de nieve, el agua fluye libremente en un abrevadero de la quesería cercana. Las cumbres y el frente están envueltos en nubes espumosas, pero aquí el sol calienta.

Nos quitamos los cuévanos y nos tumbamos sobre la hierba para desentumecer la espalda y las piernas, con las faldas levantadas. Compartimos pan y queso, intercambiando algunas palabras con los ojos cerrados.

La guerra no quiere cesar, está diciendo Maria, y pronto será de nuevo primavera y habrá que arar los campos, sembrar las semillas, o volverá a haber hambre. ¿No lo entienden los señores de la guerra? No, porque su plato de todos modos siempre estará lleno. Las mujeres deberían rebelarse. Al menos ellas.

—Los periódicos escriben que este conflicto ha significado mucho para la emancipación de la mujer —le digo.

—¿Sigues coleccionando hojas de periódicos mediocres?

—Sería un desperdicio tirarlos.

—Pero ¿qué quiere decir eso de «emancipación»?

—Que las mujeres se han vuelto más independientes, han podido hacer cosas que antes no hacían. Muchas han tenido que ocupar el lugar de los hombres en las fábricas, en las tiendas e incluso en las oficinas. Los prejuicios de que no eran capaces o no debían hacerlo se han disipado.

Maria no parece convencida.

—Nosotras siempre hemos hecho el trabajo de los hombres, desde que emigraban hasta ahora que están en el frente.

No se nos ha reconocido nunca nuestra capacidad de bastarnos a nosotras mismas, ni se nos ha concedido. La hemos tejido con esfuerzo y sacrificio, con silencio y con dolor, de madres a hijas. Descansa en estos cuerpos maravillosamente resistentes y está a disposición de cualquiera que la necesite. Se alimenta de un espíritu ardiente y de una iniciativa audaz, vive de valor. Vive de otras mujeres. Somos una trama de hilos tendidos unos sobre otros, fuertes porque están cerca.

Lucia se levanta, se sacude la falda con una mano y sonríe. Está tan hermosa, con la luz de la primera tarde dorando sus rasgos.

—Tienes razón, Maria. A nuestra manera, siempre hemos sido mujeres independientes.

Cuando se desploma, en silencio, creo que está recogiendo el pañuelo que el viento se ha llevado. No me percato inmediatamente del silbido, hasta que un segundo pasa sobre nuestras cabezas.

Me tiro al suelo, la alcanzo con una mano y estrecho la de Maria, que ha hecho lo mismo.

Han disparado. Los francotiradores.

Lucia levanta la cara. Está blanca como los huesos y sucia de tierra. En sus ojos brilla el miedo.

—Mis niños…

Es un susurro que se pierde en el viento. Y yo, tonta de mí, en lo único que puedo pensar es en que Lucia con este vestido parece una flor. Una campanilla azul en los prados que pronto se llenarán del rosa brillante de los rododendros. Tiene que poder verlos, tiene que ver la primavera.

Maria grita. Desde la quesería llega la llamada de los alpinos que están de guardia. Han escuchado los disparos, han entendido.

—Ya vienen —digo.

Lucia intenta tocarse la espalda. Está temblando.

—Tengo que ir a casa. Tengo que…

Le levanto el chal. El orificio es pequeñísimo, a la altura del omóplato.

Hay muy poca sangre. ¿Dónde está la sangre? La ausencia no me tranquiliza.

Llegan los alpinos, nos sirven de escudo. Veo por sus expresiones que han reconocido a Lucia. Saben quién es, saben cuánto le deben porque todo empezó con ella.

Lucia me aferra la mano, su fuerza me sorprende.

—Llévame con mis niños. Prométemelo.

Le digo que sí, mientras caen los primeros pétalos. La flor ha sido cortada.

47

La bala le entró por la espalda y, atravesando el costado izquierdo, afectó al intestino. Su abdomen está lleno de sangre. Entre los médicos y las enfermeras se ha instalado un dolorido silencio.

Desde el pequeño hospital de Paluzza hemos traído a Lucia a casa, para que su madre pueda cuidar de ella, rodeada por el amor de sus hijos.

Le he sostenido la mano, he notado cómo se iba enfriando y humedeciendo un poco más. Ya está cruzando el gran río, está mirando la otra orilla cuando son las caras de sus hijos las que tiene delante.

No me he quedado, no he tenido suficiente valor. La he besado y animado con palabras tan vacías que hasta me he sentido avergonzada. Me he llenado de nuevo con su sonrisa, un poco más tensa, un poco menos convencida. Me gustaría decirle que sus pequeños no se quedarán solos, pero eso sería como admitir lo que ahora cada uno de nosotros intenta mantener lejos de nuestros ojos y de nuestros labios.

Salgo, y bajo un cielo de violentísimos contrastes, bajo nubes de tormenta y rayos de sol, atravieso el pueblo temblando. He escapado de la muerte y una hermana ha ocupado mi lugar.

Es el grandioso diseño de Dios. Nacemos y morimos por un juego de coincidencias. Y, en medio, sufrimos y amamos.

Estoy perdiendo otro pedazo de corazón.

En las montañas se está formando una tormenta. Negros torbellinos se arremolinan hacia el valle, pronto cubrirán el sol. Siento que los acontecimientos están a punto de precipitarse. Es un

abismo que se me ha abierto en el estómago y que me absorbe. Se avecina algo terrible.

Los pasos se van acelerando, hasta convertirse en una carrera desesperada.

—Tienes que marcharte —digo, en cuanto cierro la puerta de casa.

—Qué prisas.

Francesco está sentado en la silla de mi padre. Sus pies cruzados encima de la mesa.

Busco instintivamente una presencia por encima de su hombro, un indicio de lo que puede haber ocurrido durante mi ausencia, pero todo está como lo dejé y no hay rastro de Ismar. Mi ansiedad es malinterpretada.

—No te preocupes por las cabras, no les he hecho nada. Algo valdrán, la gente tiene hambre.

Su desfachatez me enfurece. Lo golpeo en las botas.

—¿Por qué estás aquí?

Francesco se levanta sin prisas. Hace ademán de acariciarme, pero me retraigo y su brazo cae a lo largo de su costado.

—Estoy cansado de mendigar tu atención con juegos tontos, Agata.

No menciona al enemigo, ni tampoco la traición, y me pregunto qué habrá sido de Ismar. Tengo la esperanza de que no se haya quedado atrapado en esta casa ahora violada y que haya tenido la oportunidad de escapar.

Francesco da un paso hacia mí.

—No quiero hacerte daño.

—Estás enfermo —murmuro.

Su mirada se vuelve líquida.

—Sí, el amor que sigues rechazando me ha envenenado.

—Lo tuyo no es amor.

Lo tengo delante de mí.

—¿Quién te da derecho a juzgar? Nunca he sido lo bastante para ti, que no eres nada. Eres igual que tu padre, despectiva como él. Nunca he podido olvidar lo que me hizo.

—¿De qué estás hablando?

—Yo era solo un chiquillo. Tú, una cría. Se había dado cuenta de cómo te miraba y no le gustó. Ese pordiosero se atrevió a decirme que me alejara de ti. Fue entonces cuando juré que te tendría, y te tendré.

Doy un paso atrás.

—Mi padre vio en ti lo que eres. Márchate, Francesco.

La bofetada llega de repente y casi me hace caer. Y luego la mano que me agarra por el pelo, el beso, húmedo, repugnante.

Consigo morderlo.

—¡Maldita seas! Apuesto a que en el frente no eres tan melindrosa, y por cuatro monedas.

—¡Fuera de aquí!

Me lanza contra la mesa. El golpe en la nuca es tan fuerte que me siento confusa.

Está encima de mí, siento náuseas.

—¡Eres tú la que me obliga a utilizar la fuerza! Yo no quería hacerlo.

Sus dedos suben y hurgan bajo mi falda. El peso me aplasta, me abre las piernas.

Intento gritar, pero sus manos me ahogan.

—No quería hacerte daño, es culpa tuya, yo no quería…

Me aprieta, cada vez con más fuerza. Se me nubla la vista, se me cierra la garganta, pero de golpe el aire vuelve a entrar en una oleada dolorosa que me hace toser. Ya no me aprieta. Libre, me resbalo hasta el suelo.

Ismar ha levantado a Francesco a peso y lo clava contra la pared, agarrándolo por las muñecas, el rostro desfigurado por la furia. No tengo ninguna duda de quién es el más fuerte de los dos, a pesar de la herida.

La expresión de Francesco cambia, sus ojos se abren de par en par al ver la placa de identificación en el pecho de Ismar.

—¡Uno de ellos! —grita. Una mancha oscura se va extendiendo por las perneras de sus pantalones.

—Ismar, mírame…

No logro decir nada más, pero sé que mis ojos le hablan.

No más muertes. Que se mantenga lejos de nosotros la violencia.

Ismar lo arroja lejos con un grito de rabia. Francesco se aferra de alguna manera a la cómoda y consigue ponerse en pie otra vez.

En su rostro brilla una mezcla de disgusto y euforia. Está a punto de tener su venganza y esta vez nadie podrá evitarlo. Cuando sale corriendo, sé que no me queda mucho tiempo.

Miro a Ismar. Podría haberse quedado escondido.

—Gracias —murmuro, pero no me permito ninguna debilidad. Me atareo a su alrededor, con mil pensamientos y sin poder hacer nada. He de recuperar sus cosas, ayudarlo a salir sin que lo vean, recordar dónde puse el fusil, decidir si se lo doy o no…

Ismar se queda mirándome, hasta que su mano me detiene, presiona la mía y acoge su temblor en su palma. Se la pone sobre el pecho.

—*Herz.* Corazón —dice. Sonríe, mientras yo empiezo a llorar.

—No tengas miedo.

—*Keine Angst.*

Nos decimos las primeras palabras que le oí pronunciar. Qué ironía del destino. Serán también las últimas, pero no soy capaz de pensar en nada más tierno. Nos las dijimos el uno a la otra, invirtiendo las lenguas.

—Todavía puedes marcharte —le digo—. Por el establo, yendo hacia…

Ismar niega con la cabeza. Me quita el uniforme de las manos.

—Ayuda a mí.

Sé lo que quiere hacer, por fin conozco su valor.

Ahora o nunca, me digo. Miro a la cara del sentimiento que me inflama. Ama tu pecado y serás inocente, escribió alguien.

Yo me enamoré de la noche.

Le hablo a Ismar con la dulzura de mis gestos. Lo ayudo a ponerse el uniforme. Es un soldado, afrontará su destino como soldado.

Pero yo, ¿qué soy yo, en definitiva?

Cuando vienen a prendernos los estamos esperando delante de la casa, uno al lado de la otra.

Todo el mundo está allí, pero no veo a ningún soldado. Viola, Maria, las otras mujeres con las que he compartido tantas subidas…

me miran como si yo ya no fuera yo. Me gustaría poder explicarme, pero sé que es difícil comprender. En los ojos de los hombres veo consternación y duda.

Soy Eva ante el juicio divino. Un Dios de mil ojos me está mirando. He cogido la manzana, pero para esta gente el hombre que está a mi lado no es el inocente Adán. Ismar, para ellos, es la serpiente.

Pero ya no sé quién es Dios. Si el rey, que tiene el poder de inmolar a sus hijos, o quien, como nosotros, los recomponemos infatigablemente cuando nos llegan destrozados desde las montañas. Tal vez Dios esté en las manos del padre que desenterró a su propia criatura en el Pal, y la limpió con paños y lágrimas.

Quizá Dios esté en todo esto, o tal vez no exista.

El padre Nereo se abre paso entre la gente y corre hacia mí, con su demencial mirada de espanto dirigida a Ismar. Se detiene a unos pasos.

—¿Qué has hecho, Agata?

Lo que en realidad veo escrito en su rostro es la trágica certeza de que ya no puede ayudarme.

Ha llegado el momento de responder, pero no a él. A mí misma.

Las páginas de mi historia corren por delante de mis ojos, pasadas por el viento del adiós. La niña que fui me sonríe con margaritas y violetas en el pelo, la chiquilla en que se transformó solloza su dolor y la mujer de hoy se gira para mirarme. Estoy tan seria, frente a mí misma, que me gustaría darme una caricia.

Las cosas, al fin y al cabo, tampoco salieron tan mal, Agata. Hiciste todo lo que pudiste. A veces, mucho más.

Estoy tan cansada.

Pues entonces deja de tener miedo.

Pronto alguien escribirá en un papel mi sentencia de muerte y le ordenará a un chico de mi edad que me dispare al corazón con una de esas balas cuyo peso he llevado en estos meses.

Siempre he sabido que todo tiene un precio.

Me acerco al padre Nereo y le doy a él y a mí misma la respuesta.

—Elegí ser libre.

Libre de esta guerra, que otros han decidido por nosotros. Libre de la jaula de una frontera, que no he trazado yo. Libre de un odio

que no me pertenece y de la ciénaga de la sospecha. Cuando todo lo que me rodeaba era muerte, yo elegí la esperanza.

Hay truenos en el cielo y esta vez no es el frente: el temporal está a punto de estallar. Me giro para mirar a Ismar. No hay miedo en su rostro. Baja las escaleras de la casa.

Él está listo y yo también lo estoy.

Nunca me han cortejado. No he conocido el amor. Él, aunque brevemente, me ha dado la ilusión de ser querida por alguien.

Finge que me amas, me gustaría pedirle, mientras siento que me caen las primeras lágrimas. Finjamos por estos escasos instantes que tenemos un futuro por delante, juntos. Cógeme de la mano y dime que me encontrarás hermosa incluso cuando la juventud sea un recuerdo y a mí solo me quede un alma vieja y dolorida. No quiero morir sintiéndome sola.

—¡Yo lo sabía!

El círculo que nos rodea se abre para buscar la voz que ha hablado.

Lucia avanza apoyada en su madre, los niños aferrados a su blusa. Su piel ya no tiene color, sus labios son azulados. Camina descalza, y el primer pensamiento que me atrapa es que ya no siente nada terrenal. Como dicen sus alpinos, ya ha «pasado página», solo su aliento se ha demorado en este mundo.

Nadie se atreve a dar un paso o hacer un gesto para sujetarla. Ella no lo aceptaría, tiene la mirada orgullosa de una reina herida, soberana descalza de comandantes y soldados que han aprendido a inclinar la cabeza delante de ella.

—Yo lo sabía —repite, y el esfuerzo es tan evidente que la derriba —. Llevadme a mí también ante el consejo de guerra.

Todo el mundo la rodea y el silencio estalla en palabras que no oigo. No me interesan, sea cual sea mi destino.

Miro a esta madre, que pasa el valioso tiempo que le queda tratando de salvarnos, en vez de estar con sus hijos, y veo, finalmente, a Dios.

Dios está aquí y es mujer.

Empieza a llover. Una lluvia amable que me lava, que despierta con cada gota el aroma de la tierra. Ofrezco mi cara al cielo y cierro

los ojos. Quiero saciar mi sed de paz y de asombro.

Una mano coge la mía y la estrecha.

La reconozco. Y ya no estoy sola.

Epílogo

Mayo de 1976

Desde entonces, he cruzado varios océanos. El tiempo ha pasado como el agua, a veces tranquila, otras veces turbulenta. Me ha llevado a las cuatro esquinas de los continentes, y de regreso con la resaca de la pertenencia.

«La americana», me llaman ahora que he vuelto, pero son muchos los países que me han acogido y numerosos los idiomas que he hablado.

Fui testigo de vueltas y revueltas históricas. Las llevo escritas en mí, en los pliegues de mi piel.

Encontré a Tina, la fotógrafa, y viajé con ella hasta alcanzar horizontes lejanos. Hice miles de fotografías. Conseguí recuperar la placa con la imagen de mi madre y por fin volví a ver su rostro en el retrato que llevo al cuello.

Vi estallar una guerra aún más sangrienta que la anterior. Sobreviví.

Nacieron nuevas fronteras y tiempo han tenido para cambiar, como los cauces de los ríos, porque están hechas para reconocerse el uno al otro, no para separar. He visto cómo se levantaban muros para separar el este del oeste, los blancos de los negros: estoy convencida de que pronto se derrumbarán.

Voté, la primera vez de muchas. Marché para reclamar la paz y la igualdad y para reivindicar junto a nuevas hermanas lo que tendría que habérsenos reconocido de manera natural.

Vi al hombre dar su primer paso en la luna. Es como me la imaginaba desde aquí abajo, aunque nadie ha descubierto todavía a qué huele.

Dejé mi tierra y no he vuelto hasta hoy, porque mi presencia habría alimentado el dolor de los que se quedaron, pero, cuando Friuli tembló, sentí en mi pecho el estremecimiento de una llamada.

He vuelto, con canas y el cuerpo enjuto, para recoger escombros, como hice aquel día hace sesenta años con mi vida, aquí mismo, en esta plaza.

Nunca supe si lo que dijo Lucia era la verdad, o si mintió para salvar dos vidas miserables. El secreto se fue con ella, pero nada me impide pensar que, incluso en su agonía, Lucia había querido salvarnos.

Fui a visitarla donde descansa, la única mujer entre sus alpinos y soldados de infantería. Ella sigue velando por ellos, y esos chicos, estoy segura al respecto, velan por ella con dulcísima gratitud.

Deposité una flor sobre la lápida del capitán Colman. Un edelweiss, su flor de roca. Me quedé largo rato acariciando su nombre.

Nunca te he olvidado, amigo mío, el primer hombre que me miró de igual a igual, enseñándome a ocupar el lugar que me correspondía en la vida. Me salvaste de mí misma. Conservo celosamente tu libro y la pluma que me regalaste. Un día, lo sé, continuaremos con nuestras charlas.

Nunca volví a ver a mis hermanos, ni a Viola. Nunca respondió a mis cartas, pero he podido volver a abrazar a muchas de mis compañeras de ascensión. En aquel entonces eran solo niñas y ahora la mayoría de ellas son abuelas. Me contaron que, mientras pudo, Viola siguió subiendo a las trincheras después del final de la guerra para encender allí una vela. Maria, en cambio, no quiso volver, ni siquiera para el forraje. Decía que seguía viendo los fantasmas de esos chicos en los prados. Tal vez algo de ellos realmente se quedó allí. El doctor Janes está convencido de ello. Incluso ahora, cuando lo llamo por teléfono, hablamos de aquellos días en los que los jóvenes asustados hincharon el pecho con el valor de los titanes.

Gracias a él pude llegar hasta Suiza, con la mediación de la Cruz Roja. El pueblo no se opuso y, aparte del médico, no se informó a ningún otro militar sobre el tema. La obra de Lucia tuvo la perfección de un milagro.

Miro las cumbres que asistieron a mi nacimiento.

El terremoto no perdonó a Timau, pero fue misericordioso y no exigió un tributo en vidas humanas. Este valle quizá ha visto caer demasiadas, como para seguir reclamando más todavía para sí.

El *Orcolat*, ya lo llaman así, por el ogro de la leyenda que vive en el interior de estas montañas. No son capaces de odiar esta tierra ni siquiera cuando se abre y se derrumba y, como en un cuento, pintan con rasgos familiares de la tradición la gran adversidad que lleva al renacimiento.

Así será: no es el final, nunca lo fue. Es un nuevo principio, y yo estoy aquí para corresponder al regalo de una segunda vida que se me hizo.

Detrás de mí, repiquetea un bastón. Un sonido que reconocería entre otros mil, hasta ese punto me resulta tan querido.

Ismar se reúne conmigo, se apoya en mí y, en silencio, señala con un dedo delante de nosotros. No ha perdido la costumbre de comunicarse de ese modo que es solo nuestro.

Sé lo que me pide: una palabra, solo una, para describir lo que está ocurriendo ante nuestros ojos ancianos, húmedos de asombro. El ejército austriaco ha violado diferentes tratados para acudir aquí en socorro de un Friuli de rodillas. Es un invasor pacífico, que ayuda a levantar los escombros y a reconstruir, en lugar de destruir. Vuelvo a ver al joven Ismar en estos chicos. Tienen sus colores, que son también los de nuestros hijos, pero que en nuestros nietos se han mezclado maravillosamente con otros, haciéndolos también hijos del mundo.

Sin embargo, Ismar nunca regresó a este ejército. Ya no quería empuñar un arma para someter a otro ser humano. Ismar sigue siendo «mi diablo pacifista».

El hombre es una criatura tan extraña: ama y destruye, reconstruye y sobrevive. El amor es vida, la vida es un viento que no

entiende de barreras de alambrada, ni de fosos tan profundos como mares. Su naturaleza es expandirse.

La mano de Ismar estrecha la mía, como aquel día de hace tantos años.

Está esperando a conocer la palabra que he elegido. No he tenido que esforzarme demasiado para encontrarla: es ella la que me ha encontrado a mí.

—Humanidad.

Nota de la autora

Llevaba tiempo queriendo escribir esta novela y así ofrecer mi pequeña contribución para dejar por escrito la memoria de una empresa épica, que ha desempeñado un papel sustancial en el curso de la historia, y que la historia, por desgracia, ha pasado por alto. Las Porteadoras de Carnia están en el corazón de los friulanos, pero, más allá de las fronteras que las vieron nacer y las hicieron convertirse en protagonistas de acontecimientos a veces más grandes que los seres humanos, pocos las conocen.

Estaba yo en Milán, con mi editor, cuando se lo comenté por primera vez a Fabrizio Cocco y Giuseppe Strazzeri, editor y director editorial de Longanesi, respectivamente. Íbamos paseando, mi segunda novela aún no se había publicado y yo ya llevaba esta historia en mi corazón. En ese momento, con pocas palabras, estoy segura de que también entró en los suyos.

No es casualidad que los mencione, porque, en el destino de las Porteadoras, los hombres han desempeñado un papel clave para sacar a la luz las gestas épicas de estas mujeres excepcionales: príncipes, generales, oficiales y jefes de Estado, cada uno por su parte, han honrado y preservado un pequeño trozo de memoria de lo que estas mujeres hicieron por la patria y por el coronamiento de Italia.

Las encontraba en las fotos de archivo, en las lecturas que, como adulta curiosa, había empezado a hacer, y en los testimonios de las personas con las que me iba encontrando durante mis visitas a esos escenarios. En la escritura de *La porteadora* influyó, sobre todo, una persona: Luca Piacquadio, quien un día de frío riguroso —*esas* cumbres— me abrió las puertas del Museo de la Gran Guerra de

Timau, me proporcionó valiosos recuerdos de lugares y personas, y me indicó para que los leyera algunos textos fundamentales donde encontré descritos acontecimientos tan apasionantes y conmovedores que me sentí sobrecogida. Había que contarlos.

Recuerdo que me lo advirtió: estas mujeres habían sido demasiado maltratadas por la historia y por quienes, en tiempos recientes, habían ofrecido un retrato de ellas que, en su opinión, era inmisericorde.

«Ten cuidado con cómo escribes al respecto», me dijo, en un tono algo rudo en el que había, sin embargo, el afecto y la solicitud de un hijo. Las estaba protegiendo.

En este cuidado, en la necesidad de preservar su memoria, vi en todos estos hombres, hasta en Fabrizio, Giuseppe y Stefano Mauri, mi editor, una tenacidad en querer dar voz a las hazañas de las Porteadoras que me hizo sentir ternura.

Como escribió Donato Carrisi en su novela *La donna dei fiori di carta*: «¿Cuántas mujeres habrían merecido tener un lugar en la historia de la humanidad y han desaparecido de ella porque un mundo patriarcal decidió no concederles la misma dignidad? Un verdadero genocidio, si uno lo piensa».

Afortunadamente, también hay hombres valientes que ponen remedio a estos estragos.

De los hechos que leí y de las anécdotas que recogí, nació *La porteadora*.

Por razones narrativas, he condensado los hechos acaecidos a lo largo de dos años en un desarrollo de unos meses y he simplificado al máximo las dinámicas militares. Las fechas de los acontecimientos, por lo tanto, no coinciden con las de los hechos reales, aunque siguen la articulación de su desarrollo.

La historia de Agata e Ismar es ficticia, pero cuanto ocurre en torno a ellos es verdadero.

El cura del pueblo que con estoica determinación acompañó a las Porteadoras en esta dramática empresa en realidad se llamaba don Floreano Dorotea. Fue él quien lanzó desde el púlpito la dramática petición de ayuda durante una homilía.

En el monte Freikofel, en junio de 1915, un destacamento de alpinos del Batallón Tolmezzo conquistó la cima calzando *scarpetz*, para no ser oídos por los soldados austriacos que la custodiaban.

El personaje del capitán Colman está inspirado en dos oficiales que existieron realmente: el capitán Mario Musso, comandante de la 21.ª compañía del Batallón Saluzzo, y el capitán Riccardo Noël Winderling, comandante del fortín del monte Festa, respectivamente Medalla de Oro y Medalla de Plata al Valor Militar. En el monte Lodin, gravemente herido, el capitán Musso siguió al mando de sus hombres aferrado a un piolet. Los hizo retirarse, negándose a ser transportado. Fue recogido por los austriacos y llevado a un puesto médico, donde murió. La carta que cito en la novela reproduce la que escribió el oficial médico austriaco y que puede leerse íntegramente en el libro *Guerra sulle Alpi Carniche e Giulie (La Zona Carnia nella Grande Guerra)*, de Adriano Gransinigh (Andrea Moro Editore).

En el monte Festa, el fortín bajo el mando del capitán Winderling fue sacrificado. El 6 de noviembre de 1917, después de varios ataques que habían dejado en precarias condiciones el puesto de avanzada, una delegación enemiga se presentó ante los italianos para instar a su rendición. El capitán Winderling sirvió a los austriacos un suntuoso desayuno con lo que había quedado y entregó su respuesta en una carta que selló y envió al mando enemigo. Todo para dar tiempo a que la mayor parte de sus hombres pudiera retirarse y salvar la vida.

Los diablos blancos, los temidos francotiradores austriacos, infestaron las trincheras y los barrancos. Uno de ellos, en particular, mantuvo a los italianos en jaque entre el Pal Piccolo y el Pal Grande, impidiendo cualquier movimiento durante el día. Cuando cayó el enésimo alpino, el capitán Pizzarello, comandante de la 6.ª compañía del Batallón Tolmezzo, decidió intervenir. Con algunos de sus hombres, armado con granadas de mano, se lanzó en su busca. El francotirador no volvió a disparar. Tal vez murió, o tal vez alguien lo salvó…

Y ahora llegamos a ella.

Maria Plozner Mentil es el símbolo de las Porteadoras, la única mujer que tiene un cuartel con su nombre. Suya es la frase «*Anin, senò chei biadaz ai murin encje di fan*»: vamos, que si no esos pobrecitos se morirán de hambre también.

Madre joven, el 15 de febrero de 1916, durante una parada cerca de Casera Malpasso, un francotirador le disparó y murió durante la noche. Ese día Maria había subido tarde para entregar las provisiones, había amamantado a sus hijos y los había dejado en sus cunas: el más pequeño tenía seis meses. Fue enterrada con honores militares bajo el bombardeo, en presencia de todas sus compañeras y de un piquete de soldados. Ahora descansa en el templo Osario de Timau, entre 1.626 alpinos, infantes y *bersaglieri*, los héroes del Pal Piccolo. En la entrada, una inscripción reza una advertencia que resonará a lo largo de los siglos: «Recuerda que los que aquí reposan se sacrificaron también por ti».

Recordar es nuestro deber y responsabilidad. En estos tiempos en que algunos se llenan la boca con palabras como «Italia», «patria» y «fronteras», a menudo de forma inoportuna, tengamos bien presente lo que significaron para millones de jóvenes de ambos bandos y tratemos de recuperar el sentido de pudor ante el sacrificio.

Las Porteadoras eran mujeres sencillas, pero con una extraordinaria fuerza moral, acostumbradas desde hacía siglos a sostener a la familia en las condiciones más adversas. El hecho de que no fueran militarizadas supuso que Italia se olvidara de ellas durante mucho tiempo, negándoles incluso el apoyo económico que, en cambio, recibían los soldados que habían luchado en el conflicto. El título de «*cavaliera*» se concedió a las supervivientes a partir de los años 1972 a 1973, con la concesión de la Cruz de la Orden de Vittorio Veneto. Las medallas fueron fundidas con el bronce de los cañones enemigos.

El 29 de abril de 1997, el presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro, concedió *motu proprio* la Medalla de Oro al Valor Militar a Maria Plozner Mentil. El reconocimiento se entregó en una ceremonia celebrada en Timau unos meses después, frente al monumento que conmemora su sacrificio extremo, construido con el metal de las

armas recuperado en el frente. Fue la primera mujer italiana en recibir este honor.

Son verídicas las historias del padre que subió al frente durante los bombardeos para recoger a su hijo, de la porteadora que se enamoró del artillero, esforzándose para entregarle pesadísimos proyectiles con tal de llamar su atención (al final, se casaron), de la que siguió subiendo a las trincheras llevando una vela en recuerdo del soldado caído que no lograba sacarse del corazón, y de la que decía que aún veía en el *pal* los espíritus de aquellos chicos y no quería subir más.

Durante décadas, en las cumbres de la Carnia, muchos voluntarios han subido a las antiguas líneas del frente para restaurar pasadizos, refugios y trincheras. Entre ellos hay también jóvenes de diferentes naciones que tomaron parte en el conflicto, unidos por fin en la paz. Durante las excavaciones, no es raro que en la actualidad aún sigan saliendo a la superficie metralla, munición, cascos, pobres restos de los combatientes. Los cuerpos de muchos soldados nunca fueron encontrados, barridos de allí por los bombardeos. En el santuario de Redipuglia reposan 101.000 soldados y una mujer, miembro de la Cruz Roja —una vez más, «una» para hablar de todas—. A más de la mitad de esos cuerpos no se les pudo poner un nombre. La furia de la guerra.

Gracias también a la abnegación de las Porteadoras, el frente italiano de la zona de Carnia nunca cedió. Solo después del hundimiento de Caporetto se dio la orden de retirarse al río Piave. Los soldados tuvieron que abandonar las posiciones que tan duramente habían conquistado y conservado, prender fuego a los almacenes, arrojar la artillería por los barrancos, abandonar a la población que no podía seguirlos. Lo hicieron con lágrimas en los ojos.

En la medida de mis posibilidades, con esta novela quisiera honrar a las Porteadoras y a los hombres que, en esas cumbres, codo con codo, defendieron las fronteras sagradas, y restituirles el lugar que se merecen en nuestro corazón.

Para quienes deseen conocer mejor la historia de las Porteadoras y de las gentes del frente de Carnia durante la Primera Guerra Mundial, y encontrar el rastro de los hechos narrados en *La porteadora*, indico a continuación los textos de referencia que he leído y releído con un sentimiento de profunda gratitud.

AA. VV., *Le Portatrici Carniche*, Edizioni C. Cortolezzis, Paluzza, 2018.

Ardito, S., *Alpi di guerra Alpi di pace*, Corbaccio, Milán, 2014.

Casadio, L., Dorissa, I., Moser, G., *L'anno della grande fame. Fielis e la Carnia durante l'occupazione austro-ungarica del 1917-1918 nel diario di don Emilio Candoni*, Associazione Culturale Nuova Latteria Fielis, Tolmezzo, 2018.

Forcella, E., Monticone, A., *Plotone di esecuzione. I processi della Prima Guerra Mondiale*, Laterza, Roma-Bari, 2019.

Fornari, A., *Le donne e la Prima Guerra Mondiale. Esili come brezza tra venti di guerra*, DBS Danilo Zanetti Editore, Montebelluna, 2014.

Gransinigh, A., *Guerra sulle Alpi Carniche e Giulie (La Zona Carnia nella Grande Guerra)*, Andrea Moro Editore, Tolmezzo, 2003.

Meliadò, E., Rossini, R., *Le donne nella grande guerra 1915-1918. Le Portatrici Carniche e Venete, gli Angeli delle trincee*, Editoriale Sometti, Mantua, 2017.

Sartori, S., *Lettere della Portatrice carnica Lucia Puntel*, Associazione Amici delle Alpi Carniche, Timau, 2006.

La página web del museo: www.museograndeguerratimau.com.

Es fácil hablar de combates, de heroísmo en los campos de batalla, de hechos heroicos.
Menos fácil es acordarse y hablar de quienes soplaron suavemente sobre las brasas ardientes para transformarlas en fuego alegre.
Menos fácil es acordarse de las frágiles pero fuertes presencias.

ANTONELLA FORNARI

Agradecimientos

Doy las gracias de todo corazón a mi fantástico equipo de Longanesi, que me ha seguido y animado en este imprevisto cambio de dirección. Lo hicieron desde el principio con entusiasmo, dejándome libre para elegir, pero nunca sola. No era algo que había que dar por descontado, y no lo olvidaré.

A Stefano Mauri, un pilar, una presencia amable.

A Fabrizio y Giuseppe. Todo empezó con vosotros. Gracias por vuestra confianza.

A las mujeres fuertes, apasionadas y combativas de via Gherardini, 10: Cristina, Viviana, Graziella, Raffaella, Diana, Elena, Giulia, Patrizia, Lucia…

A Antonio Moro, por su inestimable ayuda.

A Giuseppe Somenzi y a todos los profesionales que trabajan con pasión para que los libros puedan llegar a las manos de los lectores.

A las libreras y los libreros, ahora más que nunca.

Un agradecimiento especial a Luca Piacquadio por su ayuda fundamental en la recopilación de material e información sobre las Porteadoras, a Lindo Unfer y a la Asociación de Amigos de los Alpes Cárnicos por transmitir el valor de la memoria, y por el importante trabajo de divulgación, que llevan a cabo también mediante el espléndido museo histórico La Zona de Carnia en la Gran Guerra de Timau.

Gracias a Daniela y Alessandra Primus por sus valiosos consejos sobre el dialecto timavés, y a Francesca Toson por haberme guiado hasta las personas adecuadas.

Gracias de todo corazón a mis amigos de siempre por hacer más divertidas algunas presentaciones y por estar siempre dispuestos a

ayudarme: Michela y Stefano, Massimo y Francesca, Alessandra, Roberta, Andrea, Marta, Michele y Camilla, Elena y Cristian.

Gracias a Michele, que a ochocientos kilómetros de distancia siempre consigue estar cerca de mí.

¡Un agradecimiento colmado de afecto a mi familia, por su apoyo emocional y logístico!

A Jasmine y Paolo, por estar ahí. Tengo mucha suerte.

Por último, gracias de todo corazón a ti, querido lector.

Nota

[1] «Cuidado dónde pisas: / no sea que machaques con tus plantas / las fraternas cabezas desdichadas». Dante Alighieri, *Infierno,* cant. XXXII, vv. 19-21, trad. de Jorge Gimeno, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.

Título original: *Fiore di roccia*
Primera edición: noviembre de 2026

© 2018, Longanesi & C. (Milán)
Gruppo editoriale Mauri Spagnol
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Xavier González Rovira, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: © Alex Venezia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-204-7705-3

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Un mosaico épico, un feminismo inimaginable a principios del siglo xx».
Il Corriere della Sera



En Timau, una aldea alpina italiana fronteriza con Austria, solo quedan mujeres. Los hombres han ido al frente para defender el territorio de los ataques enemigos. Cada mañana, desde que la Gran Guerra la convirtió en «porteadora», Agata se reúne con sus compañeras. Con las mochilas cargadas de comida y municiones, se lanzan a los más inaccesibles caminos de montaña. Valientes y decididas, desafían el frío y el peligro para abastecer en la trinchera a los soldados italianos, cuyas vidas penden de un hilo. Agata tiene veinte años, es la más joven del grupo y está dispuesta a todo para vencer a quienes quieren invadir su país. Pero, cuando un joven

enemigo herido se cruza en su camino, sus certezas se tambalean y, de repente, el amor se abre paso en medio de la intemperie.

Una inolvidable historia de valentía y resiliencia femenina que nos descubre uno de los episodios más olvidados de la Primera Guerra Mundial: el trabajo de las porteadoras alpinas, un grupo de mujeres que desafiaron las reglas en medio de un mundo convulso.

Sobre Ilaria Tuti

Ilaria Tuti vive en la montaña, cerca de Gemona del Friuli. Estudió Economía y, gran amante de la pintura, ha sido ilustradora en una pequeña editorial. Ha publicado varios relatos, uno de los cuales, «La bambina pagana», obtuvo el Premio Gran Giallo Città di Cattolica 2014. Su novela *Flores sobre el infierno* (Alfaguara, 2019) fue la primera entrega de la serie Teresa Battaglia y vio la luz en Italia en 2018, donde enseguida cosechó un gran éxito.

Sus derechos han sido vendidos a la televisión, convirtiéndose en la serie más vista del primer semestre de 2023 en Italia, y ha sido traducida en trece países. Ahora mismo se está rodando la adaptación de *La virgen negra* (Alfaguara, 2021), su secuela, que fue finalista del Premio Edgar Allan Poe y del prestigioso Premio Scerbanenco. *Hija de las cenizas* (Alfaguara, 2023) es la tercera y esperadísima entrega de la serie.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

La porteadora
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Nota
Créditos
Sobre este libro
Sobre Ilaria Tuti

Índice de contenido

1. La porteadora
2. Dedicatoria
3. Cita
4. Capítulo 1
5. Capítulo 2
6. Capítulo 3
7. Capítulo 4
8. Capítulo 5
9. Capítulo 6
10. Capítulo 7
11. Capítulo 8
12. Capítulo 9
13. Capítulo 10
14. Capítulo 11
15. Capítulo 12
16. Capítulo 13
17. Capítulo 14
18. Capítulo 15
19. Capítulo 16
20. Capítulo 17
21. Capítulo 18
22. Capítulo 19
23. Capítulo 20
24. Capítulo 21
25. Capítulo 22
26. Capítulo 23
27. Capítulo 24
28. Capítulo 25
29. Capítulo 26
30. Capítulo 27
31. Capítulo 28

32. Capítulo 29
33. Capítulo 30
34. Capítulo 31
35. Capítulo 32
36. Capítulo 33
37. Capítulo 34
38. Capítulo 35
39. Capítulo 36
40. Capítulo 37
41. Capítulo 38
42. Capítulo 39
43. Capítulo 40
44. Capítulo 41
45. Capítulo 42
46. Capítulo 43
47. Capítulo 44
48. Capítulo 45
49. Capítulo 46
50. Capítulo 47
51. Epílogo
52. Nota de la autora
53. Agradecimientos
54. Nota
55. Créditos
56. Sobre este libro
57. Sobre Ilaria Tuti

Puntos de referencia

1. Portada
2. Portadilla
3. Dedicatoria
4. Cita
5. Capítulo 1
6. Capítulo 2

7. Capítulo 3
8. Capítulo 4
9. Capítulo 5
10. Capítulo 6
11. Capítulo 7
12. Capítulo 8
13. Capítulo 9
14. Capítulo 10
15. Capítulo 11
16. Capítulo 12
17. Capítulo 13
18. Capítulo 14
19. Capítulo 15
20. Capítulo 16
21. Capítulo 17
22. Capítulo 18
23. Capítulo 19
24. Capítulo 20
25. Capítulo 21
26. Capítulo 22
27. Capítulo 23
28. Capítulo 24
29. Capítulo 25
30. Capítulo 26
31. Capítulo 27
32. Capítulo 28
33. Capítulo 29
34. Capítulo 30
35. Capítulo 31
36. Capítulo 32
37. Capítulo 33
38. Capítulo 34
39. Capítulo 35
40. Capítulo 36
41. Capítulo 37
42. Capítulo 38

43. Capítulo 39
44. Capítulo 40
45. Capítulo 41
46. Capítulo 42
47. Capítulo 43
48. Capítulo 44
49. Capítulo 45
50. Capítulo 46
51. Capítulo 47
52. Epílogo
53. Nota de la autora
54. Agradecimientos
55. Notas
56. Créditos
57. Sobre este libro
58. Sobre Ilaria Tuti
59. Índice